MEDITACIONES ESPIRITUALES

DEL VENERABLE PADRE

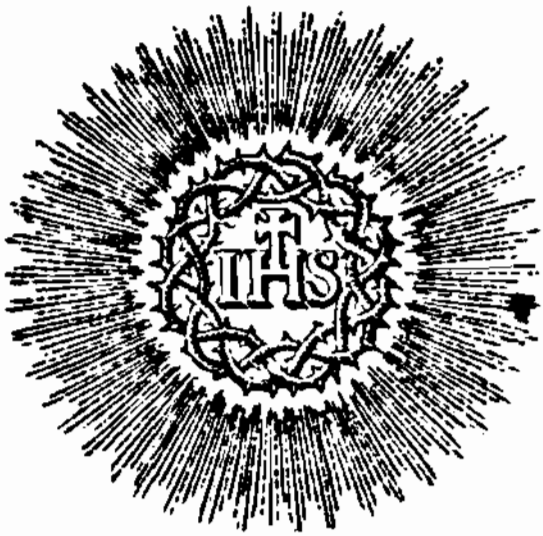
LUIS DE LA PUENTE

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

CON LICENCIA Y PRÉVIA REVISION DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

TOMO IV.

MEDITACIONES PARA SOSTENERSE EN EL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.



BARCELONA.
LIBRERÍA DE JAIME SUBIRANA,
PLAZA DE S. JAIME.

1856.

CUARTA PARTE

DE

LAS MEDITACIONES.

SOBRE LOS MISTERIOS

DE LA PASION DE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR.

INTRODUCCION DE LA ORACION MENTAL,

CERCA DE LA PASION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Aunque las meditaciones de los misterios de la pasion de Jesucristo nuestro Señor pertenecen, segun se dijo en la introduccion de este libro, á la via iluminativa, especialmente á lo supremo de ella, que confina con la via unitiva; con todo eso son muy provechosas para cualquier suerte de personas, por cualquier via que caminen, y en cualquier grado de perfeccion que vivan[1], porque los pecadores hallarán en ella motivos eficacísimos para purificarse de sus pecados. Los principiantes, para mortificar sus pasiones; los que aprovechan, para crecer en todo género de virtudes; y los perfectos, para alcanzar la union con Dios por el ferviente amor. Por lo cual dice san Bernardo[2], que la

[1] D. Bonav. in stimulo Divini amoris, cap. 1. [2] Serm. in feria 2. majoris Hebdomadæ.

pasion de Cristo, hasta el dia de hoy, hace temblar la tierra, quebranta las piedras, abre los sepulcros, y parte por medio el velo del templo, rasgándole de alto á bajo; porque los que debidamente la meditan, si son tierra por la culpa y aficion á cosas terrenas, tiemblan con el santo temor de Dios, y de la justicia rigurosa [1], que hace en su Hijo, moviéndose con esto á dejar su terrestridad. Si son piedras, por la dureza de corazon, se enternecen y desmenuzan por la grandeza del dolor, así de sus pecados, como de las penas que Cristo padece por ellos: y si son sepulcros cerrados, con la vergüenza de manifestar sus culpas, se abren por la confesion, para lanzar de sí la muerte y resucitar á nueva vida. Y finalmente, para todos se rompe el velo que ponia division entre Dios y nosotros, para que podamos, como dice san Pablo [2], contemplar mas al descubierto la gloria del Señor, y el abismo de los celestiales secretos. Y no sin causa se partió el velo de alto á bajo, para significar, que por medio de Cristo crucificado podemos contemplar la alteza de la divinidad, y de sus soberanas perfecciones: y tambien la profundidad de la humanidad, y de sus esclarecidas virtudes. De suerte, que los pecadores que como erizos están espinados con sus culpas [3], hallarán entrada en las aberturas de esta divina piedad, y meditando con dolor en ellas, quedarán libres de sus espinas. Los mas puros y sencillos, como palomas, podrán volar mas alto; haciendo sus nidos y moradas en los agujeros de esta piedra, y en las hendiduras de esta pared, quedarán con mayor pureza y hermosura. Y los perfectos, que como ciervos suben á los montes altos [4], meditando en Cristo levantado de la tierra, serán traidos con gran fuerza, para tener su conversacion en el cielo. Y todos como dice san Bernardo [5], podrán chupar miel de esta

[1] Matth. 27. 51. [2] 2. Cor. 3. 18. [3] Psal. 103. 18. [4] Cant. 2. 14. [5] Ser. 2. de Pentecost. Deut. 32. 13.

piedra, y aceite de este durísimo peñasco; el cual, habiendo sido duro en sufrir injurias, y mas duro en sufrir azotes, y durísimo en sufrir los tormentos de la cruz, es para nosotros fuente de aceite y miel, sanando nuestras llagas, ablandando nuestras durezas, confortando nuestras flaquezas, y regalando nuestras almas con la suavidad de sus divinas consolaciones. Y á esta causa con mucha razon, decia Alberto Magno[1], que la sencilla memoria y devota meditacion de la pasion de Cristo, aprovecha mas al hombre, que ayunar un año entero á pan y agua, y que diciplinarse cada dia hasta derramar sangre, y que rezar cada dia todo el salterio; porque estos ejercicios, aunque son buenos y muy provechosos, pero como son obras exteriores, si se toman á solas, no son tan poderosos para purificar el corazon de vicios é ilustrarle con verdades y virtudes, y perfeccionarle con los afectos encendidos del divino amor, como lo es la meditacion atenta y profunda de la pasion de Cristo nuestro Señor, la cual causa todo esto, dando tambien espíritu y vida á las penitencias y obras exteriores, y moviendo con eficacia al ejercicio fervoroso de ellas.

§ I.

Del fin que se ha de tener en meditar la pasion.

De este principio que se ha puesto, consta claramente, que como son diferentes las personas que meditan la pasion de Cristo nuestro Señor, así son diferentes los fines particulares que deben tener en meditarla, pretendiendo cada una aquel afecto y fruto espiritual, que es conforme al estado de su alma, y al camino por donde camina; es á saber, ó purificarse de culpas y aficiones desordenadas, ó adornarse con heróicas virtudes, ó unirse á Dios con fervorosos afectos

[1] Vide Rosetum Spirit. exercitior. tit. 22. cap. 1.

de caridad, tomando por medio para todo esto el afecto de la compasion que abre camino para los demás.

Para lo cual se ha de presuponer, que la pasion de Cristo, como dice san Laurencio Justiniano[1], puede ser motivo de gozo y motivo de tristeza, porque se puede considerar en dos maneras. La una es, en cuanto es sumo beneficio de Dios: *In quo divinæ miserationis reseratur abissus, cœlorum aperitur janua, charitatis latitudo ostenditur, et quantus sit homo apertissimè demonstratur; vile enim esse non potest, quod Filii Dei Sanguine comparatur.* En el cual se descubre el abismo de la divina misericordia, ábrese la puerta del cielo, manifiéstase la anchura inmensa de la caridad, y declárase la estima que Dios tiene del hombre; pues no puede ser cosa vil, la que con la sangre del Hijo de Dios se compra. De esta manera la meditacion de la pasion mueve afectos de gozo y alegría, como se alegró Abrahan[2], cuando en figura del sacrificio que ofreció del carnero en lugar de su hijo Isaac, vió la muerte de Jesucristo, gozándose de los grandes bienes que por ella vendrian á todo el mundo. Y el mismo Cristo nuestro Señor se alegraba por esta causa con la memoria de su pasion: y en el libro de los Cantares[3], á este dia, en que su madre la sinagoga le coronó con corona de espinas, llama dia de su desposorio y de la alegría de su corazon: y así entró en Jerusalen con grandes señales de regocijo para recibir esta corona, y celebrar en el tálamo de la cruz el desposorio con la Iglesia. Este modo de meditacion es mas propio de los que estan en la via unitiva, considerando la pasion como los demás beneficios divinos, de que se trata en la sexta parte.

La otra manera de meditar la pasion, de que ahora principalmente se ha de tratar, es en cuanto fué amar-

[1] Lib. de triumph. agon. Christi. cap. 20. [2] Joan. 8. 56. Ex Chrys. homil. 84. in Joan. [3] Cantic. 3. 11.

ga y muy penosa á Jesucristo nuestro Señor, y en cuanto fué ocasionada de nuestros pecados, y fué dechado de todas las virtudes, especialmente las que resplandecen en medio de grandes trabajos; y de esta manera nos mueve á tristeza y compasion del Señor, que tanto padeció por nosotros; y el mismo Cristo se entristecia con su memoria, y es razon que todos nos entristezcamos con él, porque no diga de nosotros aquello del Salmo 68. Miré si alguno se entristecia conmigo, y no le hubo: busqué quien me consolase, y no le hallé.

Mas para que se entienda cual ha ser esta compasion, y á qué fines se ha de ordenar, advierto, que Cristo nuestro Señor en dos maneras bebió el cáliz amargo de su pasion. La una, fué corporalmente por mano de los ministros y sayones, cuando fué preso, azotado, coronado de espinas y crucificado. La otra, fué espiritualmente por la memoria y viva representacion é imaginacion de los mismos trabajos, y de la causa de ellos, que fueron nuestros pecados. De ambas hizo mencion su Majestad, hablando con los hijos del Zebedeo, como en su lugar se dijo; porque san Mateo refiere, que les dijo [1]: Podréis beber el cáliz que yo tengo de beber? Donde habla de la bebida corporal que estaba por venir. Y san Marcos refiere, que les dijo [2]: Podréis beber el cáliz que yo bebo, y ser bautizados con el bautismo que yo soy bautizado? Donde tambien declara la bebida espiritual que continuamente cada dia bebia, aunque con mayor amargura la bebió en el huerto de Getsemaní, á donde con el sentimiento interior fué espiritualmente azotado, espinado, y crucificado: y en ambos modos de beber el cáliz resplandecieron excelentísimas virtudes, como despues verémos.

De aquí se siguen los fines que hemos de tener en estas meditaciones, y los provechos que de ellas hemos de sacar; los cuales se reducen á unirnos, transfor-

[1] Matth. 20. 22. [2] Marc. 10. 38.

marnos y conformarnos con Cristo afligido y atormentado en las dos maneras dichas, bebiendo tambien á nuestro modo el cáliz de su pasion en ambas formas.

Lo primero, procurando en la meditacion sentir, como dice san Pablo [1], en nosotros lo que sintió Cristo, con los afectos de compasion, dolor y tristeza, de modo que quedemos transformados en Cristo, triste y afligido por nosotros, espiritualmente crucificados con él, de la manera que la Vírgen santísima sintió los dolores de su Hijo; por razon de lo cual dijo de ella Simeon [2], que traspasaria su ánima el cuchillo, no corporal, sino espiritual, de compasion y dolor. Este modo de sentimiento de la pasion de Cristo, es don especial del mismo Señor, el cual dá ojos para ver sus trabajos y para llorarlos. Por lo cual dijo por Zacarías [3], que derramaria sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalen espíritu de gracia y de oracion: y que mirarian al que enclavaron, llorarian con gran llanto, como se suele llorar la muerte del unigénito: y aunque esto se suele declarar de otra vista y otro llanto que habrá el dia del juicio en los judíos incrédulos [4]; pero tambien se puede entender de los que reciben de Dios el espíritu de oracion, y en su virtud, con ojos de viva fe, miran al que con sus pecados crucificaron, llorando su muerte amargamente. De aquí consta el desórden de algunos que van á meditar la pasion, y desean en ella lágrimas y ternuras, principalmente por su propio consuelo y gusto, que aunque parece espiritual, pero, como dice san Buenaventura [5], es de amor propio y muy desordenado, pues es gran desórden pretender dulzuras en las amarguras de Cristo, y querer consuelos, meditando sus desconsuelos; los cuales no se han de meditar, sino para sentirlos y tener

[1] Philip. 2. 5. [2] Lucæ 2. 35. [3] Zach. 12. 10. Joan. 19. 37. [4] Hebr. 6. 6. [5] In stimulo Divini amoris. c. 1. ad fin.

parte en ellos; aunque es tanta la bondad de este Señor, que el mismo desconsolarnos con él, es modo de consuelo y no pequeño.

2. El segundo fin que hemos de pretender en estas meditaciones, es beber tambien el cáliz de la pasion corporalmente, conformándonos con Cristo nuestro Señor en el mismo padecer, sacando ánimo y esfuerzo para esto, y propósitos de esto muy eficaces, tomando algunas cosas penosas de nuestra voluntad, como es ayunos, disciplinas y otras mortificaciones voluntarias; ó sufriendo con paciencia y alegría las que Dios nos enviare ó permitiere, creyendo que, como dice san Pablo[1], tambien es don de Dios este modo de padecer por Cristo, como el compadecerse de Cristo. Y así á imitacion del mismo Apóstol hemos de procurar[2], cuando meditamos la pasion, traer siempre en nuestro cuerpo la meditacion de Cristo, y las señales de Jesus, que son las llagas y penalidades que afligen nuestra carne como afligieron la suya. De suerte, que de ambas maneras pueda decir cada uno: *Christo confixus sum cruci.* Con Cristo estoy enclavado en la cruz, así por la compasion, como por la imitacion en el padecer por él, como él padeció por mí.

3. De aquí se sigue el tercer fin principal de aquestas meditaciones, que es conformarnos con Cristo en las heróicas virtudes que ejercitó, bebiendo su cáliz, así espiritualmente, como corporalmente; es á saber, en el amor de Dios y de los hombres, en el celo de la salvacion de las almas, en la pureza de intencion, y en el afecto de obediencia, humildad, paciencia y pobreza, y las obras exteriores de estas y otras virtudes; y en especial en el desprecio de las cosas terrenas, y en la mortificacion de las aficiones que puede haber en procurarlas ó retenerlas. De modo, que armados, como dice san Pedro[3], con el pensamiento de lo que Cristo

[1] Philip. 1. 28. [2] 2. Cor. 4. 10. Galat. 16. 17. [3] 2. Pet. 4. 1.

padeció, en todo nos parezcamos á él: y la meditacion de su pasion nos sirva de un arnés trenzado, fuerte, lucido y hermoso, que nos arme y cubra de piés á cabeza, y nos haga espantables á los demonios, y terribles á la carne, admirables al mundo, agradables á los ángeles y amables á Dios.

§ II.

De las disposiciones que se han de procurar, para meditar la pasion.

Para alcanzar estos fines que se pretenden con la meditacion de la pasion, es importante aparejarnos lo mejor que nos fuere posible para ella: porque aunque es necesario, como dice el Espíritu santo [1], aparejar el alma antes de toda oracion, y no ir á ella, como quien tienta á Dios, esperando la racion del cielo sin aparejo; pero en especial es mas importante para la oracion y meditacion que tiene por materia los dolores y trabajos de Cristo nuestro Señor, para los cuales él se aparejó con grande amor, y quiere que sean pesados y meditados con mucho fervor.

Y así puedo imaginar, que me dice aquello de Jeremías [2]: Acuérdate de mi pobreza y trabajo, de mi amargura y de mi hiel; y que yo le respondo: con memoria me acordaré, y mi ánima se secará en mí, y repitiendo esto en mi corazon, esperaré en él, que es decir: me acordaré muy en particular, y con grande fervor de sus trabajos y aflicciones, sintiéndolas tan tiernamente, que mi ánima se seque por la grandeza de la tristeza y dolor; y no contento con pensar una vez todas tus penas, las repetiré muchas veces con grande atencion y afecto, sacando de ellas grande confianza.

Las disposiciones convenientes, para meditar con provecho estos misterios, declaró brevemente S. Buenaventura, diciendo [3]: *Debet homo aggredi hoc tam no-*

[1] Prov. 18. 23. [2] Thren. 3. 19. [3] In stimulo Divini amoris, cap. 2.

bile opus humiliter, confidenter, instanter, et cum quanta potest cordis sui munditia. Debe el hombre acometer esta obra tan noble, humilde y confiadamente, instantemente y con cuanta limpieza de corazon pudiere. Donde pone cuatro principales virtudes que disponen grandemente para recibir de Dios los dones y gracias que suele comunicar á los que se ejercitan en estas meditaciones.

1. La primera es, humildad de corazon, entrando en la meditacion con vergüenza y confusion de sus culpas no solo por la razon general [1], de que el justo en el principio de la oracion se acusa á sí mismo, sino en especial, porque con sus pecados es causa de los tormentos de Cristo, á quien está mirando y contemplando, á la manera que si un padre estuviese preso en la cárcel, aerrojado en un calabozo, con grillos y cadenas entre ladrones, padeciendo graves dolores y deshonras, no por sus propias culpas, sino por las de su hijo: si el tal hijo entrase á visitarle, sin duda entraria con una humilde vergüenza y confusion de sí mismo, por haber sido causa de aquellos tormentos á su padre. Y á esta humildad pertenece cubrirse de luto; esto es, de humildad exterior en el vestido y traje, especialmente cuando se celebra la memoria de la pasion, ó se medita muy de propósito, pues quien vá á visitar al afligido, no ha de ir con ropas de fiesta, sino de llanto, conformándose con el atribulado, como lo hicieron los amigos de Job [2], cuando le vieron llagado y tendido en un muladar. Tambien pertenece á la humildad, subiéndola de punto, reconocerse por indigno de asistir á estos misterios, y tener sentimiento de ellos, creyendo que esto es favor especial que hace Dios á sus amigos muy queridos, como lo fué dar parte á tres apóstoles de su tristeza en el huerto; y querer que su Madre, san Juan y la Magdalena asistiesen en el monte Calvario. Y esta

[1] Prov. 18. 17. [2] Job. 2. 7.

gracia no se dá sino á los humildes, porque los soberbios, como se dice en el libro de Job[1], no se atreven; esto es, no les es concedido contemplar á Dios, segun las grandezas de su divinidad, ni tienen espíritu para contemplar, segun las bajezas de su humanidad.

2. La segunda disposicion, es, confianza grande en la misericordia de Cristo nuestro Señor, que pues se dignó padecer tanto por nosotros, tambien se dignará concedernos que nos compadezcamos con él, de modo, que de la meditacion de sus trabajos saquemos el provecho para que ellos se ordenaron; y así juntando la humanidad con la confianza, he de pedirle esta gracia, alegándole tres títulos. El primero, la misma pasion que padece. El segundo, la compasion que allí tuvo de los pecadores, haciéndose su abogado, y orando por ellos, para que fuesen capaces del fruto de su pasion. El tercero, la liberalidad que usó con uno de ellos; esto es, con el buen ladron; el cual con humildad y confianza le pidió se acordase de él en su reino, y alcanzó mas de lo que pedia, como en su lugar verémos. Pero yo, dice san Laurencio Justiniano[2], despues que me hubiere confesado por pecador como el ladron, hablaré á mi Señor, colgado en la cruz, y le diré con humildad y confianza: Señor, acuérdate de mí, no solo para que vaya á tu reino: *Set ut doloribus compatiar tuis, tuæque communicem passioni*, sino para que me compadezca de tus dolores y participe de tu pasion[3]; porque bien sé que si tengo parte contigo en padecer, la tendré tambien en reinar. Con estos títulos hemos de ensanchar la confianza en Cristo, la cual, como dice san Bernardo[4], cuanto es mayor, tanto nos hace mas capaces de los divinos dones, estando el vaso del corazon con la humildad vacío de sí mismo para recibirlos.

3. La tercera disposicion, es, gran fervor y dili-

[1] Job. 37. 24. D. Gregór. lib. 27. mór. cap. 27. [2] Serm. de Passion. [3] Rom. 8. 17. 2. Tim. 2. 12. [4] Serm. 32. in Cant.

gencia en esta obra de la oracion; porque seria cosa vergonzosa pensar con tibieza lo que Cristo padeció con tanto fervor. Este se ha de mostrar en que la meditacion sea muy atenta, profunda y devota, sacudiendo de la memoria las vagueaciones; del entendimiento, la torpeza en los discursos para ahondar en los misterios; y de la voluntad, la frialdad en los afectos, procurando que sean muy fervientes, como los de Cristo nuestro Señor, haciendo una generosa determinacion de acompañarle, no durmiendo, como los tres apóstoles en el huerto, sino velando, como él velaba, y orando con la agonía, instancia y perseverancia que él oraba, gastando en esto algunas horas, como él las gastaba.

4. La cuarta disposicion, es, limpieza de corazon, procurando purificarle y conservarle limpio de culpas, para que entrando limpio en la oracion, esté con grande confianza, sin remordimiento, y bien dispuesto para recibir los dones de Dios y los frutos de su preciosa sangre; porque ningun hombre cuerdo quiere echar un licor precioso en vaso muy sucio. Por tanto, dice san Bernardo[1], pues la bendicion es muy copiosa, aparejad para recibirla vasos limpios, almas devotas, espíritus vigilantes, afectos bien regidos, y conciencias puras, en quien se derramen tantas gracias como aquí se comunican. Estas son las disposiciones que se han de llevar para meditar estos misterios. Mas quien se hallare falto de ellas, no por eso deje la meditacion, porque ella misma encenderá el deseo de ellas, como tambien mueve á otras virtudes que luego dirémos.

§ III.

De varios modos de meditar la pasion.

Para quitar el fastidio que podria tener nuestra tibieza, meditando siempre una cosa de una misma ma-

[1] Serm. in feria 4. Hebdomada pœnosa.

nera, es bien saber los varios modos que hay de meditar la pasion, demás de los que se han puesto, meditándola como beneficio nuestro, ó como dolorosa á Cristo. Otros dos muy principales hay, á que se reducen los demás, al modo que en los convites se suele servir en dos maneras: la una, poniendo cada plato de por sí; y comido aquel, poner otro: otra, poniendo muchos juntos, y tomando de cada uno algun bocado, conforme al gusto ó necesidad del que come. Así en este convite espiritual de los misterios de la pasion hay dos modos de comerlos espiritualmente. El primero y mas ordinario, es, meditando cada misterio por sí, ponderando en cada uno lo que es digno de ponderacion, siguiendo el órden de la historia, y en especial poniendo los ojos en las cuatro cosas que se notaron en la introduccion de la segunda parte[1]; conviene á saber: mirar las personas que allí intervienen, así la de Cristo nuestro Señor, como la de su Madre y discípulos, y tambien de sus perseguidores, penetrando las calidades y condiciones de cada una. Además, mirar las palabras que hablan, y tambien las obras que hacen, aprendiendo de las que dice y hace Cristo nuestro Señor, y huyendo de las malas que dicen y hacen sus perseguidores. Y finalmente, mirar las cosas que Cristo padece, ponderando como la divinidad en cierto modo se escondió, no destruyendo á sus enemigos, sino permitiéndoles que atormentasen á la sacratísima humanidad. De donde inferiré lo que es razon haga y padezca yo, por quien tanto hizo y padeció por mí, trabando en razon de esto, coloquios con Dios nuestro Señor, en la forma que luego verémos.

2. El segundo modo de meditar estos misterios, es, teniéndolos todos en la memoria, tomar por materia de meditacion algun trabajo especial, ó especial virtud de Cristo nuestro Señor, ponderando lo que hay cerca de

[1] Ex. S. P. N. Ignatio in 1. exerc. 3. Hebdomad.

ella en todos los pasos de la pasion, discurriendo por ellos. Como si quiero meditar la humildad de Cristo nuestro Señor, iré discurriendo y ponderando los actos de humildad que hizo: primero, cuando lavó los piés á los apóstoles: despues los del prendimiento, cuando estaba debajo de los piés de sus enemigos, y así procederé hasta los que ejercitó en la cruz. Y si quiero tomar la carrera de mas atrás, puedo discurrir por los actos de humillacion que hizo en el tiempo de su nacimiento, niñez, y predicacion, sacando de todos ellos motivos para ejercitar esta virtud enteramente, y porque en cada misterio resplandece algo especial que pertenece á su perfeccion. De este mismo modo se puede meditar la obediencia y caridad, ó paciencia del Salvador.

Y de la misma manera se puede tomar por materia de meditacion algun género especial de trabajo, dolor ó deshonra, discurriendo por los misterios de la pasion, ponderando solamente lo que toca á este trabajo como seria meditar las veces que fué desnudado con grande ignominia: las veces que derramó su preciosa sangre: las estaciones que anduvo en este tiempo: las afrentas en materia de virtud ó en materia de sabiduría que sufrió, procurando con cada cosa de estas compadecerme del Salvador, y alentarme á sufrir algo por él en aquella suerte de trabajo. Y otras veces puedo tomar por materia de meditacion el dolor especial que Cristo nuestro Señor padeció en algunos de sus miembros ó sentidos, como seria meditar el dolor de las manos, cuando las ataron en la prision, y despues en la columna, y cuando las clavaron en la cruz, y así en lo demás.

3. A estos dos modos de meditar la pasion se puede añadir el tercero, por aplicacion de los sentidos interiores del alma, cerca de cada misterio, en la forma que se declaró en la meditacion 26 de la segunda parte. Lo

primero, ver con los ojos del alma la figura exterior de Cristo nuestro Señor tan lastimosa, y la interior de su alma, por una parte tan bella, y por otra tan afligida, admirándome y compadeciéndome de que el resplandor de la gloria del Padre y figura de su sustancia, esté por mis pecados tan desfigurado. Lo segundo, oir interiormente, y sentir las palabras tan blandas y amorosas de este Señor: los clamores contra él tan ásperos y furiosos de sus enemigos: el ruido de las bofetadas, de los golpes, de los azotes y martilladas, sintiendo en mi corazon lo que Cristo sentiria en el suyo. Lo tercero, oler con el olfato interior, así la hediondez de los pecados que causaron la muerte de este sumo Sacerdote, como la suavidad del sacrificio que ofreció por ellos, y de las virtudes que ejercitó en esta poblacion tan devota de su pasion, ponderando como aplacó con ella la ira del eterno Padre, poniéndonos por señal de reconciliacion, no el arco que se hace en las nubes[1], sino á su Hijo, extendido como arco en la cruz, lloviendo sangre por nosotros. Lo cuarto, gustar las amarguras é hieles de Cristo nuestro Señor, amargándome y entristeciéndome con ellas, como si corporalmente las gustara. Y gustar tambien la dulzura del amor con que las padecia, y la que Dios comunica á los que padecen por su causa con amor, admirándome de ver unida tanta dulzura con tanta amargura. Lo quinto, tocar con el tacto del alma los terribles instrumentos de la pasion de Cristo, el rigor y aspereza de las sogas, azotes, espinas, cruz y clavos, sintiendo en mi espíritu lo que el Señor sentiria en su cuerpo, y ejercitando los afectos que suelen brotar de tales sentimientos. La práctica de este modo de orar se pondrá en los misterios del huerto, y la de esotros dos modos, se verá en la meditacion que se sigue; y es fundamento y preámbulo para las demás.

[1] Gen. 9. 13.

MEDITACION PRIMERA FUNDAMENTAL.

DE LA PASION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, EN QUE SE PONE UNA SUMA DE LAS COSAS QUE SE HAN DE MEDITAR EN CADA MISTERIO.

Lo que se ha de ponderar en cada misterio de la pasion, se puede reducir á seis ó siete puntos principales; conviene á saber: quién es la persona que padece estos tormentos: cuántos y cuan graves fueron: de qué personas los padece: por quién, y porqué causa: con qué amor y afectos; y las virtudes que ejercita padeciéndolos, y los que con él padecia su gloriosa Madre. De todo esto se tocará en esta meditacion en general, para que pueda despues aplicarse á cada misterio en particular.

Punto primero.—*De la persona que padece.*—En la persona de Cristo nuestro Señor, que padece estos tormentos, se pueden considerar principalmente tres cosas, que mueven con mas eficacia á los afectos de compasion, agradecimiento, amor é imitacion.

1. La primera, es la inocencia y santidad de este Señor; el cual era inocentísimo, sin mancha de pecado [1]: Santísimo con todo género de santidad, lleno de todas las gracias y virtudes: Sapientísimo y discretísimo, en quien estaban encerradas las riquezas espirituales de la sabiduría de Dios, y su divino Espíritu sin medida: por lo cual se vé, que cuanto padecia era sin culpa suya, aunque sus enemigos fingian que la tenía, y le atormentaban como á culpado. Pues cómo no me compadeceré de ver padecer á un Señor tan inocente, sabio y santo? Si el centurion y otros muchos que se hallaron en el monte Calvario, herian sus pechos de dolor, viendo padecer al que tenian por justo, cómo no hiero yo el mio, considerando que padece, no

[1] Coloss. 2. 3. Joan. 3. 34.

cualquiera justo, sino el supremo de los justos, sin haber dado ocasion culpable para tantos trabajos? O corazon mio; mas duro que las piedras, cómo no te partes por medio de dolor, pues ellas se partieron y desmenuzaron, cuando padeció esta Piedra viva, fuente de la gracia y dechado de toda santidad?

2. La segunda, consideraré, la omnipotencia, y liberalidad de este Señor en hacer bien á todos, y ser universal bienhechor de todos; porque toda la vida se ocupó, como dijo san Pedro[1], en hacer bien, y curar á todos los oprimidos del demonio: alumbraba los ciegos, limpiaba los leprosos, sanaba los enfermos, y resucitaba los muertos. Y además de esto hacia bien á las mismas almas, perdonando los pecados, librándolas del infierno, abriendo las puertas del cielo, comunicándolas luz de doctrina maravillosa y fuego de caridad, con el resplandor de todas las virtudes. De donde consta, que padecia tormentos y deshonras, no solo sin culpa, sino por lo que merecia sumo descanso y honra. Por lo cual dice san Agustin[2], que Cristo nuestro Señor vivió en el mundo: *Mira faciens, et malos patiens donec suspenderetur in ligno*, haciendo cosas maravillosas, y padeciendo cosas muy trabajosas, hasta ser colgado de un madero. Pues cómo, alma mia, no te deshaces de pena, viendo padecer este Bienhechor tuyo y de todo el mundo, el cual haciendo bien y provecho á todos, recibe mal y daño de todos? O quién pudiese alcanzar tal gracia, que obrando bien como mi Señor, padezca algun mal y trabajo por su amor! No quiero de los hombres premio de mis buenas obras, pues mi Redentor recibió de ellos graves tormentos por las suyas.

3. La tercera, consideraré la infinita caridad de este Señor en darse á todos, y hacerse uno con todos, ponderando como es mi Padre, mi Maestro, mi Médico, mi Redentor, mi Pastor, mi Criador, mi Bienaventu-

[1] Actor. 10. 38. [2] In Psal. 49.

rança, Esposo de mi alma, Dios mio, y todas mis cosas. Y poco antes de su pasion se hizo mi manjár y bebida para entrar dentro de mí y hacerse una cosa conmigo; por lo cual he de tomar sus trabajos, como mios, y compadecerme de ellos y sentirlos como si fueran mios, pues tan mio es el que los padece y tanto amor me tiene. Si el hijo llora la muerte de su padre, y la esposa de su esposo, y el amigo la de su amigo muy querido, cómo no lloraré la pasion y muerte de tal Padre, de tal Esposo, de tal Amigo? Para este fin ayudará lo que se dirá en el punto octavo.

Punto segundo. — *De la muchedumbre y gravedad de los tormentos de Cristo nuestro Señor.* — La muchedumbre y gravedad de los tormentos que Cristo nuestro Señor padeció en su pasion, en general se pueden reducir á dos órdenes: unos exteriores, figurados por el bautismo, que baña el cuerpo por de fuera; otros interiores, figurados por la bebida del cáliz, que entra y penetra á lo de dentro, porque de estas dos semejanzas usó el mismo Señor para declararlos [1], comenzando por los tormentos exteriores. Primeramente, se ha de discurrir por todos los géneros de cosas que son materia de trabajos corporales, en las cuales padeció Cristo nuestro Señor grandemente. En la hacienda y cosas que poseia [2], llegó á padecer tanta pobreza y desnudez, que murió públicamente desnudo en la cruz, tomándole los soldados sus vestiduras, y repartiéndolas entre sí. En la honra padeció innumerables irrisiones y escarnios, tratándole como á ladron, malhechor, y blasfemo contra Dios; blasfemando de él por esta causa. Lo tercero, en la fama padeció muchos falsos testimonios con que pretendian desacreditarle; de suerte, que en materia de virtud y santidad, fué despreciado y tenido por pecador, por samaritano, endemoniado, revolvedor del pueblo, comedor, bebedor y blasfemo.

[1]. Marc. 10. 38. [2] Ex D. Tom. 3. p. q. 46. art. 5. 6. et 7.

gas de mi alma; y por tus dolores corporales, líbrame de mis males espirituales. Amen.

4. Lo cuarto, se ha de considerar las aflicciones y dolores interiores de Cristo nuestro Señor, los cuales acompañaban á estos exteriores, y fueron tambien muchos y muy graves en todas las cosas que el ánima purísima del Salvador podia padecer sin imperfeccion, como fueron desamparos interiores de la divinidad, suspension de los consuelos sensibles del corazon, tristezas vehementes de la voluntad, por las injurias que se hacian á Dios y por la perdicion de los hombres; temores, tedios y agonías terribles; de las cuales fué testimonio el sudor de sangre, como verémos en la meditacion de los misterios del huerto. Finalmente, aunque fueron terribles los dolores del cuerpo, fueron mayores los del espíritu; porque en lo interior tomaba tanta pena, cuanta queria: y como amaba mucho, queria que fuese mucha, para mayor bien de los que tanto amaba. O dulce Redentor, ahora veo con cuánta razon te llama Isaías [1], varon de dolores y curtido en enfermedades pues por todas partes estás rodeado de dolores y cercado de aflicciones! Las tempestades del mar amargo bañaron y atormentaron tu cuerpo, y sus olas entraron dentro de tu alma [2]. Por de fuera te afligió el bautismo de sangre muy penoso, y por de dentro el cáliz de la tristeza muy amargo. Concédeme, Señor, que sea semejante á tí en todas estas penas, para que mi cuerpo y espíritu te agraden, y queden limpios de todas sus mancillas. Amen.

Punto tercero. — *De los perseguidores y enemigos que atormentaron á Cristo nuestro Señor en su pasion.*— 1. Cerca de este punto, lo primero, se ha de considerar la muchedumbre y calidad de las personas que se conjuraron contra Cristo nuestro Señor para despreciarle y atormentarle en su pasion, ponderando como con-

[1] Isai. 53. 3. [2] Psal. 68. 2. Luc. 12. 50. Marc. 10. 38. 1. Cor. 7. 34.

currieron reyes, jueces, gobernadores, sumos pontífices, sacerdotes, letrados y religiosos de aquel tiempo, cortesanos, soldados, gentiles y judíos; y hasta de sus mismos discípulos no faltó quien le persiguiese: el rey Herodes con su corte le escarnece; el juez Pilatò le condenà: Anás y Caifás, sumos sacerdotes, le reprueban: los escribas y fariseos le acúsan: los soldados le prenden y mofan: los verdugos le azotan, cõronan y crucifican: la canalla del pueblo dá voces contra él, pidiendo que muera: un discípulo le vende, otro le niega, y todos le desamparan. A lo cual se ha de añadir, que á todos estos tenia este Señor obligados con innumerables beneficios, para que le amasen, honrasen y sirviesen; porque demás de los beneficios generales, que como Dios y Redentor comunicaba á todos, en especial habia hecho otros muy particulares á los de aquel pueblo, enseñándoles su doctrina, haciendo en su presencia muchos milagros, curándoles sus enfermedades y las de sus hijos, criados ó amigos, y dándoles de comer milagrosamente en los desiertos, por lo cual le querian alzar por rey, y le recibieron en su ciudad, con la mayor pompa que jamás fué recibido príncipe de la tierra.

Pues todos estos se trocaron y convirtieron contra su Dios y Redentor, y contra su bienhechor infinito, injuriando, atormentando y matando á quien tanto bien les habia hecho; y á quien poco antes juzgaban por digno de suma honra, y le aclamaban por autor de la vida. O dulce Jesus, Rey de los reyes, Juez de los vivos y muertos, sumo Pontífice y supremo sacerdote, Fuente de la ciencia y santidad, Piedra angular del pueblo gentílico y judáico, cómo eres perseguido de los reyes y jueces terrenos; de los sacerdotes y sabios de la tierra, y de todos los pueblos y naciones del mundo? No me espanto que te persigan los que no te conocen; pero qué diré viéndote perseguido de los que te

conocían, y por mil títulos estaban obligados á servirte! O quién nunca te hubiera perseguido con mis pecados! No permitas, Señor, que te persiga mas con ellos, sino que fielmente con mis servicios corresponda á tus innumerables beneficios.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la crueldad y fiereza de estos enemigos y perseguidores; porque como eran soberbios, ambiciosos, codiciosos, hipócritas y fingidos, eran tambien enemigos de la verdad y del maestro que la enseñaba, y del médico que deseaba curar sus mortales llagas. Y demás de esto, estaban poseidos de la pasion, del ódio, rencor y envidia de Cristo, porque les reprendía sus vicios, y oscurecia sus honras vanas con la autoridad de su sabiduría, santidad y milagros, y así deseaban hundirle: unos por malicia, para vengar sus injurias: otros por pasion de temor, por no perder la gracia del César ó del pueblo; otros por ignorancia, por no conocer bien quien era: otros por falso celo de la religion y del bien público; el cual celo, cuando se junta con envidia, atiza la crueldad, y la hace mas terrible que de fieras. O Cordero mansísimo, con mucha razon decís [1], que os han cercado muchos perros y novillos, y toros gruesos, leones, y unicornios muy feroces, porque vuestros enemigos, á modo de fieras os rodean y espantan con sus bramidos, desgarran con sus uñas, muerden con sus dientes, y con sus cuernos os voltean de una parte á otra, trayéndoos de tribunal en tribunal, hiriéndoos con tanta crueldad, como si no fuerais hombre, sino estátua de hombre, gusano y desecho del pueblo! O quién pudiera libraros de su furia endemoniada! Mas vuestra caridad no dá lugar á vuestra omnipotencia, que pudiera hacerlo, para que en medio de tantas fieras resplandezcan vuestras soberanas virtudes.

3. Lo tercero, ponderaré como los principales per-

[1] Psal. 21. 13.

seguidores de Cristo nuestro Señor [1], fueron las potestades de las tinieblas infernales, que son los demonios, los cuales sumamente le aborrecian, porque les echaba de los cuerpos, y sacaba de su poder las almas, y destruia su reino, que era el reino del pecado; y así por vengarse de él, atizaban la fiereza de los hombres para que le persiguiesen. A Judas instigó Satanás, que le vendiese: á los soldados, que inventasen los escarnios que le hicieron; y en los judíos, encendia el fuego de ira con que ardian; y como la licencia que para esto le dieron, no fué con la limitacion que se le dió contra el santo Job, no se contentó con arrojarle en un muladar, lleno de llagas, sino con quitarle la vida con terribles tormentos. O Jesus, gran sacerdote [2], qué á tí con Satanás, para que tal poderío se le dé sobre tu sagrado cuerpo? O amor insaciable, que no contento con ser atormentado de los hombres, quieres que sus atizadores sean los demonios, para librarme con estos tormentos de lo que ellos me habian de dar por mis pecados.

4. Finalmente ponderaré, como crecieron las penas de este Señor, porque con los ojos de su alma sapientísima, conocia la rabia de sus enemigos, no solamente por las obras y señales exteriores, como los demás hombres, sino porque penetraba sus corazones, y veia claramente las ánsias endemoniadas que tenian de atormentarle, mucho mas de lo que por de fuera mostraban; porque aunque fueron muchos y muy graves los tormentos que le dieron, muchos mas y mayores quisieran darle si pudieran. O sapientísimo Jesus [3], vuestra misma ciencia aumenta vuestro dolor, sin entibiarse por esto vuestro amor; porque mas lleno está vuestro corazon de amor con vuestros enemigos, para padecer por su provecho, que el suyo de aborrecimiento para buscar vuestro daño. Llenadme, Señor, de vues-

[1] Lucæ 22. 53. [2] Zachar. 3. 1. [3] Eccles. 1. 18.

tra encendida caridad, para que imite vuestra invencible paciencia. Amen.

Punto cuarto.—*De las personas por cuyo bien padece Cristo nuestro Señor, y de las causas porque padece.*—1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Salvador padeció todos estos desprecios y dolores por los pecados de los hombres pasados, presentes y por venir, pagando las deudas de todos con el precio de su sangre, derramada con tanto dolor y desprecio. De donde podemos sacar algunas causas particulares de esta soberana pasion; es á saber: para volver por la honra de su Padre, injuriado con tantas ofensas; y para aplacar la justa indignacion que tenia contra los hombres, reconciliándolos con él, y librándolos de sus culpas y de las penas que por ellas merecian, asi temporales como eternas; y para merecerles y alcanzarles la gracia y caridad, y todas las virtudes, con los medios necesarios y convenientes para su justificacion y perfeccion. Y finalmente, para abrirles la puerta del cielo, y entrarlos en la gloria y vida eterna, quitando todos los estorbos que para ello habia. De aqui es, que como los pecados de los hombres eran infinitos en el número y en la gravedad, por ser contra Dios infinito, era necesario que fuese de infinita excelencia la persona que padecia estos dolores, para pagar con ellos la deuda con igualdad; y aunque cualquier dolor de Cristo nuestro Señor y cualquier gota de su sangre bastara para esto [1], por ser de persona tan infinita, quiso padecer tanta muchedumbre de tormentos, para que su redencion fuese mas copiosa, y los hombres conociésemos la infinita gravedad de nuestros pecados; porque, como dice san Bernardo [2], por la consideracion del remedio veo la grandeza de mi peligro. O cuán graves son las llagas, por las cuales fué necesario que Cristo fuese llagado! Si no fueran llagas de

[1] Psal. 129. 7. [2] D. Bern. serm. 3. de Nativit.

muerte, y de muerte sempiterna, nunca por su remedio el Hijo de Dios muriera. Miraba nuestro Redentor todo el cuerpo místico del linaje humano, llagado de piés á cabeza con innumerables culpas, y para curarle quiere que su cuerpo sea de piés á cabeza llagado con innumerables heridas, y su espíritu afligido con muy graves ignominias, proporcionando la medicina con la llaga. Por nuestras codicias desordenadas de hacienda estais, Señor, desnudo en una cruz, por la soberbia de los letrados, sois tenido por loco; por la vanidad de los que presumen de santos, sois escarnecido como pecador; por la hinchazon de los poderosos, sois tratado como miserable y flaco; por los regalos de los sensuales, sois cargado de tormentos. Los dolores de vuestros cinco sentidos, pagan las demasías de los nuestros; vuestra cabeza es coronada de espinas, en castigo de nuestras ambiciones; vuestra lengua es ahelada con hiel y vinagre, por nuestras glotonerías; vuestras manos y piés son agujereados con clavos, en pena de nuestras malas obras y peores pasos; vuestras espaldas son aradas con azotes, por los hurtos y maldades que cargamos sobre las nuestras; vuestros hombros fueron oprimidos con la carga de la cruz, porque los nuestros desecharon la carga de vuestra ley. O Redentor liberalísimo, cuya redencion es tan copiosa, que bastara para redimir infinitos mundos, si los hubiera, aplicad esta redencion á este único mundo que criastes, para que todos gocen de ella y se salven. Amen.

2. Lo segundo ponderaré, como Cristo nuestro Señor padecia todos estos tormentos por los mismos enemigos que se los daban, y derramaba su sangre preciosa para pagar los pecados que sus perseguidores hacian derramándola: y en testimonio de esto, estando en la cruz, oró por ellos y los excusó. Y es tan inmensa su caridad, que ofrece su pasion por dar la misma caridad á los que le aborrecen, por dar honra á los que le des-

honran, por dar libertad á los que le prenden, por dar descanso á los que le afligen y por dar eterna vida á los que le dan cruel muerte. Bendita sea, Salvador mio, vuestra inmensa caridad, y glorificada sea vuestra infinita misericordia. O si vuestros enemigos la conocieran cómo se confundieran de su ingratitud, y convertidos en amigos no cesaran de alabaros y serviros con mas amor, que antes os perseguian con rencor! Abrid, Señor, los ojos de los que ahora os persiguen, para que cesando de perseguiros, traten muy de veras de serviros.

3. Lo tercero, he de considerar con mas particular atencion, como Cristo nuestro Señor de tal manera padecia todos estos desprecios y dolores por todos los hombres del mundo, que en especial los padecia y ofrecia por cada uno de ellos, como si él solo estuviera en el mundo, teniéndole presente en su memoria y en su corazon, y ponderando sus pecados, miserias y necesidades, como si no tuviera otras que mirar y remediar. De modo, que yo puedo decir por mí, lo que san Pablo dijo de sí [1], hablando de Cristo nuestro Señor: el que me amó y se entregó á la muerte por mí. O alma mia, si te vieras en el corazon de tu dulce Jesus, al tiempo que padecia estos dolores! O si entendieras el amor y cuidado con que los ofrecia por tus pecados, sin duda te desficiera de dolor, por ser causa de sus dolores, y te abrazaras en amor por verte tan amada en medio de ellas. Llora, pues, ahora tus pecados, por los cuales padece tanto el que tanto te amó y ama con todas tus fuerzas al que por tí tanto padeció, y como si por tí sola las padeciera, asi le alaba y glorifica por todos los siglos. Amen.

Punto quinto.—*Del amor y afecto con que Cristo nuestro Señor padecia.*—Este punto es el mas tierno y el que ha de servir de salsa para hallar gusto y sabor espiritual en todo lo que meditarémos de la pasion, pon-

[1] Galat. 2. 20.

derando la grandeza é inmensidad del amor con que este Señor padecia todos sus tormentos, porque no los padecia por necesidad y fuerza; sino, como dijo el profeta Isaías [1], por su voluntad y de gana, solamente porque quiso, porque era bueno y misericordioso, é inclinado á dar gusto á su Padre eterno, y hacer bien á todos los hombres, y para descubrir las riquezas y tesoros infinitos de caridad y misericordia, y liberalidad de Dios para con sus criaturas. De aquí procedia, que como amaba tanto á su eterno Padre, y por su respeto amaba tanto á los hombres, con ese mismo amor inmenso padecia todo lo que padeció por ellos [2], aceptándolo todo con grande gusto y consuelo por su bien. O quién pudiera rastrear la longura y anchura, la alteza y profundidad de la caridad de Jesus! O quién entrara en su encendido corazon, y viera el horno de fuego infinito que en él ardia, y se derritiera con aquel fuego, saliendo todo lleno de amor, para amar como soy amado y para padecer con amor por quien padece con tanto amor. De este amor interior hacian tres señales y muestras exteriores, que bastan para derretir el corazon mas helado que el mismo yelo, y mas duro que el peñasco.

4. Porque lo primero, señal de amor á los trabajos, es desear que vengan presto: hablar con gusto de ellos, refrescar á menudo su memoria: entrar con alegría y gozo en el lugar donde han de padecer, y afligirse de ver que se dilatan, y reprender á los que se lo quieren estorbar, llamándolos Satanás y adversarios suyos. Todo esto hacia nuestro dulce Jesus, como verdadero enamorado del padecer, como adelante se verá. Por razon de lo cual dijo á sus discípulos [3]: Con un bautismo tengo de ser bautizado. O cómo me aflijo hasta que esté acabado! O Amado mio, si este bautismo fuera de agua, no me admirara que te diera pena su tardanza y dila-

[1] Isai. 53. 7. [2] Ephes. 3. 18. [3] Lucæ 12. 50.

cion; mas siendo bautismo de sangre, y de sangre salida de tus venas con terribles penas, cómo le deseas con tantas ánsias? O quién me diese tal hambre y deseo de padecer trabajos, que gustase de ellos mas que de los descansos!

2. Mas porque muchos blasonan de los trabajos, y los desean antes que vengan; y despues de venidos los aborrecen y huyen de ellos; hay otra señal mas cierta del amor al padecer, que es, acometer los mismos trabajos, salirlos á recibir, no huir de ellos ni impedirlos, aunque pueda: no excusarse, ni volver por sí, ni hablar en su defensa, aunque sea provocado á ello, para eximirse de ellos: ofrecerse aparejado sin resistencia á todo cuanto quisieren hacer de él sus atormentadores, con tal modo de mansedumbre, que no pierdan el ánimo de atormentarle, por muchos tormentos que le den. Todo esto y mucho mas descubrió Cristo nuestro Señor en su pasion, porque se fué al huerto donde le habian de prender: podia rogar al Padre que enviase legiones de ángeles que le defendiesen, y no quiso: dió licencia á sus enemigos, que estaban postrados en tierra, para que se levantasen y le prendiesen: entregó su rostro á las bofetadas, y su cuerpo á los azotes, sin volver el rostro, ni desviar el cuerpo á dolor alguno: no quiso hacer milagros, para que Herodes le amparase, ni hablar en su defensa, para que Pilatos le soltase, aunque le provocaba á ello, y se admiraba de su silencio: Y finalmente, aceptó su injusta sentencia, y abrazó dulcemente la cruz y se tendió en ella, dejándose enclavar con duros clavos de hierro[1], porque estaba ya muy mas enclavado con los clavos del amor. O amor infinito y fuego inmenso, á quien no pudiéron apagar las aguas de trabajos tan inmensos antes con ellas se encendia mucho mas. Abrasadme, Salvador mio, con este fuego, y encendedme con este amor.

[1] Cantic. 8. 7. Prov. 30. 15.

3. Pero mas adelante pasó el amor inmenso de Jesus, en dar señales de inmensidad, pues no se bárló con padecer lo que padeció, sino deseó padecer infinitamente mas. Miraba las ánsias con que sus enemigos deseaban inventar nuevos tormentos para afligirle; y dilatando mas su amor, no solamente deseaba padecer los tormentos que le dieron, sino estaba aparejado á sufrir todos los que deseaban darle. Y aun no contento con esto, estaba deseoso y aparejado para sufrir otros incomparablemente mayores, si fuera necesario para nuestro bien. O fuego infinito, que siempre ardes y nunca dices basta, con qué te pagaré tal deseo de padecer? Mucho te debo, por lo mucho mas que por mí padeciste; pero mucho mas te debo, por lo mucho mas que deseaste padecer, si fuera necesario para nuestra redencion. Si recibiste cinco mil azotes, amor tenias para recibir cinco mil millares mas crueles. Si tu cabeza fué traspasada con setenta y dos espinas, tu amor estaba rendido para dejarse traspasar de setenta mil de ellas. Si estuviste colgado tres horas en la cruz con excesivos dolores, aparejado estabas para estar millares de horas con tormentos mucho mayores. Mas deseaste ser atormentado, que tus enemigos atormentarte; y mas amaste el padecer, que todos los hombres mundanos aman el descansar. O quién me diese un amor tan insaciable, que no se viese harto de padecer por quien tanto padeció por mí con tan insaciable amor! Buen testimonio de este amor es lo que pasó en el huerto, adonde este Señor, previniendo á los tormentos de los verdugos, quiso de su voluntad dar principio á sus trabajos, con tales muestras de dolor, que sudó sangre, como en su lugar lo ponderarémos.

Punto sexto. — *De las heróicas virtudes, que Cristo nuestro Señor ejerciló en su pasion.* — 1. Lo primero, se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor ejercitó en

su pasion, todas las principales virtudes de la vida cristiana y perfecta, y cada una de ellas en grado heróico, cuanto á los actos exteriores, y mucho mas cuanto á los interiores que los acompañan. Las causas de esto fueron: La primera, porque habia venido á ser maestro, ejemplar y dechado de las virtudes; y entonces quiso hacer un epílogo de todas, y dar de ellas singular ejemplo, como lo dijo en acabando de lavar los piés á sus apóstoles [1]. La segunda, porque con su pasion nos habia de merecer y ganar todas las virtudes; y así quiso que los merecimientos se fundasen en el ejercicio actual de todas ellas. La tercera, para volver por la honra de las virtudes que estaban muy caidas y desacreditadas en el mundo, especialmente las que tienen por oficio hollar las cosas mundanas. La cuarta, para dejarnos por testamento y última voluntad, confirmada con su muerte, las obras excelentes de todas las virtudes; porque así como dijo en el último sermon, un mandamiento nuevo os doy, que os ameis unos á otros, como yo os amé, así pudo decir, y dijo con la obra: Un mandamiento nuevo os doy, que os humilleis como yo me humillé; y que obedezcais y sufrais como yo obedecí y sufrí. O dulce Maestro, enseñadme á ejercitar estas virtudes, imitando el ejemplo que me disteis, para que yo en mi tanto vuelva por la honra de ellas para gloria vuestra. Amen.

2. Lo segundo, puedo ponderar la muchedumbre y grandeza de estas virtudes, discurriendo por los ocho actos heróicos que Cristo nuestro Señor en el sermon del monte llamó bienaventuranzas, las cuales ejercitó en su pasion con eminencia. Lo primero, ejercitó la pobreza de espíritu, renunciando todas las cosas hasta el propio vestido, quedando desnudo en la cruz [2]. Y con la pobreza ejercitó la humildad, que se encierra en ella, hollando todas las vanas honras y pompas del mundo,

[1] Joan. 13. 15. [2] Matth. 5. 3.

y abrazando todo género de desprecios como está referido. Ejercitó la mansedumbre heróicamente en medio de tantas fieras que le mordian y despedazaban, estando como cordero sin hablar ni defenderse, ni indignarse, y con tanta fortaleza como si fuera un diamante en todo lo que sufria.

Lloró amargamente por nuestros pecados, con grande dolor y tristeza, hasta derramar, no solamente lágrimas por sus ojos, sino sangre por todos los poros de su delicado cuerpo. Tuvo hambre y sed insaciable de la justicia, no viéndose harto de hacer bienes, y de padecer males por justificarnos y darnos ejemplos de santidad; por lo cual dijo en la cruz: Sed tengo. Señalóse en tener misericordia de los miserables, dándoles cuanto tenia, hacienda, honra, sangre y vida para remediar sus miserias, y su mismo cuerpo en manjar para hartar su hambre, y su sangre en bebida para satisfacer á su sed. Tuvo limpieza de corazon eminentísima, conservándose en medio de tan terribles ocasiones sin pecado; antes tomando de ellas motivo para ejercitar admirables actos de virtud. Fué excelentísimamente pacífico, pacificándonos con su eterno Padre, ganándonos la verdadera paz, y conservándola él mismo con los que le hacian tan terrible guerra. Finalmente, fué por extremo paciente, padeciendo por la justicia las mayores persecuciones que jamás se han padecido, y con la mayor paciencia que jamás se ha tenido; por lo cual con mucha razon le son debidos todos los premios que á estas virtudes corresponden, los cuales tambien ganó para los que le imitasen en ellas. O Maestro soberano, quién te overa hablar en el primer monte, cuando predicabas estas virtudes; y quién te viera padecer en el monte Calvario cuando las ejercitabas! él mismo eras, y el mismo fin tenias en ambos montes, hablando y obrando, enseñando á padecer y padeciendo. Dame gracia, Señor, para que oiga lo que me enseñaste, y ejercite

lo que ejercitaste, conformándome contigo en todo lo que hiciste y padeciste.

3. Lo tercero, se pueden ponderar estas virtudes de Cristo nuestro Señor, cada una por sí discurriendo por las propiedades y grados que tiene cada una. Y porque seria cosa larga poner ejemplo en cada una, solamente le pondré en la obediencia, que las abraza todas: de la cual dijo san Pablo [1], que se humilló Cristo nuestro Señor, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: y que siendo Hijo de Dios, por las cosas que padeció, aprendió la obediencia, la cual fué heróica. Lo primero, porque no solo obedeció en cosas fáciles y prósperas, sino en cosas dificultosísimas y asperísimas, cual fué la muerte de cruz, con lo demás que precedió á ella. Lo segundo, con ser las cosas tales, fué su obediencia enterísima, sin dejar una jota ni una tilde de todo cuanto habian profetizado los profetas [2]. Lo cual ponderó san Juan cuando dijo: Sabiendo Jesus que todas las cosas de su pasion estaban ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Sed tengo; que fué decir: Para que se cumpliese una penalidad de las que estaban profetizadas, y faltaba por cumplir, que habian de darle á beber vinagre cuando tuviese sed, dijo: Sed tengo. Lo tercero, fué su obediencia prontísima y puntual, sin dilacion ni tardanza, ni réplica, ni escusas á cuanto se le mandaba, aunque fuese muy áspero, y de parte de los jueces y verdugos muy injusto. Lo cuarto, fué general y humilde, sujetándose á todo género de hombres malos y perversos, por entender que esta era la voluntad de su Padre, conforme á lo que él dice por Isaías [3]. El Señor me abrió la oreja; esto es, mandóme obedecer, y yo no contradije, ni volví atrás: dí mi cuerpo á los que le herian, mis barbas á los que las arrancaban, no apartó mi rostro de los que me injuriaban y escupian. Finalmente, fué obediencia per-

[1] Philip. 2. 8. Hebr. 5. 8. [2] Joan. 19. 28. [3] Isai. 50. 5.

severante hasta la muerte, queriendo que primero le faltase la vida, que el obedecer, y morir obedeciendo, y obedecer muriendo, y todo con obediencia de amor, segun aquello que el mismo Señor dijo [1]: Para que conozca el mundo que amo á mi Padre, y que como mi Padre me dió el precepto así le cumplo: levantaos y vamos á padecer. Gracias te doy, dulcísimo Señor, por el heróico ejemplo que me diste de obediencia. O quién tuviese otra semejante, fuerte, entera, pronta, puntual, perseverante y amorosa, sujetándome á toda humana criatura por tu amor, para que todo el mundo conociese que le amo, y que cumplo tus mandamientos con el modo que los mandas! Por tu santísima obediencia, te pido esta obediencia: mándame, Dios mio, lo que quisieres, con tal que me des esta virtud para cumplir lo que me mandas. De esta manera se puede discurrir cerca de la humildad y pobreza, silencio, modestia y demás virtudes.

Punto septimo. — *De las siete estaciones que Cristo nuestro Señor anduvo en su pasion.* — Los caminos ó estaciones que Cristo nuestro Señor anduvo la noche de su pasion, y el dia siguiente, se pueden reducir á siete, para meditarse en los siete dias de la semana, comprendiendo en ellas todo el discurso de la pasion. La primera, fué con sus discípulos, desde el cenáculo al huerto de Getsemaní, donde se entristeció, oró, y sudó sangre. La segunda, desde el huerto, donde fué preso, hasta casa de Anás, donde fué examinado, y recibió una cruel bofetada. La tercera, á casa de Caifás, donde fué escupido, abofeteado, y padeció gravísimas injurias y dolores toda aquella noche. La cuarta, á casa de Pilatos, presidente, donde fué acusado de los judíos con muchos falsos testimonios. La quinta, al palacio del rey Herodes, donde fué escarnecido de él, y de todo su ejército. La sexta, fué la vuelta á casa de

[1] Joan. 14. 31.

Pilatos, donde fué azotado, coronado de espinas, y escarnecido y condenado á muerte. La séptima, fué de aquí al monte Calvario con su cruz á cuestas, en la cual fué allí crucificado. Por estas siete estaciones deberia como David [1], dar gracias á Dios siete veces al dia, glorificándole por los juicios de su justicia y misericordia que en ellas resplandecen, rumiando muy despacio quién es la persona que anda estas jornadas, y el fin que tiene en ellas, la compañía que lleva, el lugar de donde sale, el modo como camina, el lugar donde para, las cosas que dice, hace y padece, sacando de todo, el espíritu y provecho á que se ordenaron.

1. En la persona de Cristo nuestro Señor se ha de considerar su infinita dignidad, como está dicho, ponderando los pasos y afectos del espíritu con que acompañaba los pasos del cuerpo, ordenándolos á gloria del eterno Padre, para satisfacer por nuestros pecados. Y quizá fueron siete las estaciones en castigo de los malos pasos que hemos andado en los siete pecados mortales, y para quebrantar el orgullo del dragon bermejo de siete cabezas, que tenia tiranizado el mundo [2]: y para domar la soberbia y rebeldía de los mundanos, y darnos á todos ejemplo de humildad y paciencia, conforme á lo que está escrito [3], que los montes del siglo se desmenuzaron, y los collados del mundo se encorvaron con los caminos de su eternidad; esto es, que los soberbios y altivos corazones, los rebeldes y protervos ánimos, se humillaron y sujetaron por las jornadas y caminos que anduvo este Señor eterno, trazadas desde su eternidad para este fin. O eterno Dios [4], y Salvador nuestro, Cordero sacrificado por nosotros desde el principio del mundo, esclarece los ojos de mi alma, para que considere estas jornadas y pasos que anduviste por nuestro remedio, de modo que alcance el fin para que tú las ordenaste [5]. Perdona, Señor, por

[1] Psal 118. 164. [2] Apoc. 12. 3. [3] Hab. 3. 6. [4] Apoc. 13. 8. [5] Psal. 118. 133.

ellas mis malos pasos, y enderézalos de aquí adelante, segun tu ley, para que no se señoree de mí ninguna injusticia. Ó Padre eterno, que cuentas los pasos de los hombres, así los malos para castigarlos, como los buenos para galardonarlos [1]! Mira los pasos de tu querido Hijo, y por ellos te suplico endereces los míos, para que sean en todo conformes con los suyos, Amen.

2. Cuanto á la compañía que Cristo nuestro Señor lleva en estas estaciones, se ha de considerar, como unas veces vá acompañado de sus discípulos, como vá el pastor en medio de sus ovejas. Y así fué la primera estacion del cenáculo al huerto, consolándolos y exhortándolos á velar y orar, amparándolos de los lobos que los querian perseguir y destrozar. Pero en las demás estaciones iba rodeado de enemigos, como oveja entre lobos, y como cordero entre leones y tigres; los cuales con excesiva crueldad y fiereza le mordian y despedazaban, afligiéndole con injurias, desprecios, dolores y tormentos, llevándole maniatado, como una oveja cuando es llevada al matadero, sin abrir su boca para quejarse. Cumplió aquí en su Persona lo que habia dicho á sus discípulos [2]: Mirad, que os envio como á corderos entre lobos, sed prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas; porque en estas estaciones, con ser terribles las persecuciones, calumnias y astucias de sus enemigos, siempre se mostró manso como cordero, sin resistirlos: sincero y puro como paloma, sin ofenderlos: prudente mas que las serpientes, sin ser engañado de ellos; antes con admirable sabiduría los confundia, ya callando, ya hablando como convenia.

3. Cuanto á los lugares de donde sale, y el modo como camina, y á donde vá á parar su estacion, se ha de considerar, como todos son para él lugares de afliccion y tormento, dejando unos y tomando otros: y ca-

[1] Job. 14. 16. [2] Lucæ 10. 3.

si siempre los postreros son más terribles que los primeros, subiendo del trabajo menor al mayor. Y todos los pasos son con apresuracion, por la furia de sus enemigos, que le hace salir de paso; y por la grandeza del amor con que gusta de apresurarse para concluir de presto nuestra redencion. De modo, que podemos decir de él aquello de los Cantares [1]: Mirad, que viene saltando por los montes y atrancando collados. Montes y collados son los tribunales y palacios de los pontífices, presidentes y reyes; en los cuales no se detenia este Señor á gozar de los bienes que allí gozan los mundanos, sino con grande apresuracion, como ciervo perseguido de los perros, pasaba por cada uno de ellos siendo allí mortificado, herido y atormentado, hasta que en el monte Calvario le dieron el último alcance, y quedó descoyuntado, y muerto en la cruz.

4. Ultimamente, en cada lugar de estos edificaré espiritualmente algunos tabernáculos, como san Pedro queria edificarlos en el monte Tabor, para morar allí con Cristo transfigurado en dolores, ponderando por menudo lo que allí dice, hace y padece por mi causa. Primero edificaré un tabernáculo en el huerto de Getsemaní, y allí moraré con Cristo triste y afligido, velando y orando con él, oyendo las palabras que habla con su Padre eterno y con sus discípulos, oyendo tambien las que el Angel le dice cuando le conforta, y las que él le responde, y mirando la lucha que padece dentro de sí, y el sudor de sangre que arroja de sí, y los pasos que anda, yendo y viniendo á sus apóstoles para despertarlos, y al lugar de la oracion para rogar por sí y por ellos. Unas veces le pediré como discípulo á maestro, que me enseñe á orar y velar: y otras veces, como amigo ó fiel criado, le consolaré en sus desconsuelos, compadeciéndome de verle desconsolado acompañándole en su soledad. Y en esta misma mora-

[1] Cantic. 2. 8.

da miraré como sale á recibir á sus enemigos, las palabras que les dice, los milagros que obra en ellos, y los tormentos que de ellos recibe, siendo preso, pisado y maniatado. Y aunque todo esto se hizo de priesa, yo lo pensaré despacio, deteniéndome en esta morada y estacion, hasta que mi alma quede satisfecha, enseñada y movida al amor é imitacion de lo que allí ha visto en su Señor. Todo esto se ha de sacar de lo que dirémos en la meditacion de este misterio, y á este modo se ha de proceder en las demás estaciones.

Punto octavo.—*De los dolores que la Vírgen nuestra Señora padeció en la pasion de su Hijo.*—Tambien se han de considerar en estos misterios de la pasion, los dolores y trabajos de la Vírgen nuestra Señora, para compadecernos de lo mucho que por esta causa padeció su Hijo, sintiendo lo que padecia su gloriosa Madre: y pues tambien lo es nuestra, y nuestros pecados son causa de sus aflicciones, justo es sentirlas, y alentarnos tambien á imitar las excelentes virtudes que descubrió en ellas.

La grandeza de estos dolores se ha de sacar de dos raices principales. La primera, del grande amor que tenia á Cristo nuestro Señor, porque á la medida del amor es el gozo de los bienes que tiene la persona amada, y el dolor de los males que padece. Este amor y dolor fueron vehementísimos en la Vírgen por muchos títulos.

1. El primero, porque Cristo nuestro Señor era hijo natural, á quien amaba con amor mas tierno y puro que todas las madres y padres del mundo amaron á sus hijos, por cuanto ella sola fué madre, sin padre, en quien se recogió todo el amor de padre y madre: y como la concepcion de este Hijo fué singular por obra del Espíritu santo, que es amor, así el amor fué singular: y por consiguiente fué singular el dolor que padeció en su muerte, de modo que pudo decir [1]: O vosotros

[1] Thren. 1. 12.

los que pasais por el camino, mirad y ved si hay dolor que iguale al mio!

2. Con esto se juntaba, que este Hijo era primogénito[1] y único, cuya vida suele ser mas amada, y su muerte mas sentida; y así para encarecer la Escritura el llanto en alguna cosa, le llama[2], llanto por muerte del Unigénito. Pues cómo lloraria la Vírgen la muerte de este su Unigénito, que juntamente era unigénito de Dios, viéndole crucificado con tan grande ignominia y dolor?

3. Lo tercero, creció mas el amor de la Vírgen con su Hijo, por la grande semejanza que tenian los dos, y la semejanza, como dice el Sabio[3], es causa del amor; y así los padres suelen amar mucho mas al hijo que mas se les parece. Pues como la Vírgen y su Hijo fuesen muy semejantes en la complexion y condicion, en las costumbres y virtudes, eran como una cosa en todo; y el dolor que traspasaba al uno, penetraba tambien el corazon del otro.

4. El cuarto título de amarle, fué la grandeza de santidad y sabiduría de su Hijo; porque la caridad[4], cuando está bien ordenada, ama mas á los mejores, que están mas cercanos á Dios: y si con esto se junta, que están mas cercanos á nosotros por la sangre, crece mucho el amor, aunándose naturaleza y gracia para su perfeccion. Y á este paso crece el dolor, viendo padecer al que es muy santo: y como creemos que padece sin culpa, acreciéntase nuestra pena. Pues si las hijas de Jerusalen lloraban amargamente los tormentos de Cristo[5], teniéndole por inocente, cuánto mas amargamente los lloraria la que le tenia por santo de los santos y fuente de toda santidad?

5. El quinto título de amarle, fué reconocerle por infinito bienhechor suyo, de quien habia recibido in-

[1] Jere. 6. 26. [2] Amos. 8. 10. Zach. 12. 10. [3] Eccl. 13. 19. D. Thom. 1. 2. q. 27. art. 3. [4] D. Th. 2. 2. q. 26. art. 3. [5] Lucæ 23. 27.

numerables y excelentísimos beneficios, y entre ellos el sumo de haberla escogido por su Madre. Y como el amor es agradecido, desea infinitos bienes para su bienhechor, en recompensa de los que le ha dado. Pues qué pena recibiria la Vírgen, viendo padecer tan terribles males al que deseaba que gozase infinitos bienes?

6. El sexto título de amarle, fué, porque siendo Hijo suyo, era tambien Hijo de Dios vivo y Dios infinito, y dignísimo de ser amado con infinito amor, por su infinita bondad y hermosura: y como la Vírgen con grande luz conocia esta infinita excelencia de su Hijo, amábale con todo su corazon, ánima, espíritu y fuerzas, sin quitar nada del sumo amor que podia ofrecerle. Y á esta medida creció el dolor, doliéndose con todo su corazon, con toda su ánima, con todo su espíritu, y con todas sus fuerzas, por ver tan despreciado y aborrecido al que por infinitos títulos merecia ser honrado y amado.

7. Finalmente, el Espíritu santo habia derramado en su corazon la caridad de Dios, uniéndola consigo con el amor unitivo, de modo, que fuese un espíritu con Dios y con su Hijo, de donde procedia tener por propias todas sus prosperidades y adversidades, y dolerse de los trabajos del Hijo, mucho mas que si fueran suyos, porque le amaba mas que á sí. Y como con la fuerza de este amor salia de sí, y estaba traspasada y puesta en el corazon del Hijo, lo que padecia él, padecia ella, sintiendo en sí lo que miraba sentir el Hijo: y así podia decir mucho mejor que san Pablo[1]: Con Cristo estoy enclavada en la cruz, vivo yo, no yo, sino Cristo vive en mí, y yo vivo en Cristo.

Con la grandeza de este amor se juntaba la segunda raiz del dolor, que es la viva aprension que tenia de los trabajos de su Hijo, con todas las circunstancias que quedan referidas; porque habia leido las divinas

[1] Galat. 2. 19.

Escrituras que los contaban, y penetrándolos con luz del cielo, y hallándose presente á ellos, no solamente ponderaba lo que padecia por de fuera, sino penetraba lo de dentro, y de todo formaba representacion tan viva, que se transformaba en la imágen de lo que el Hijo padecia. Este fue el cuchillo de dos filos, aguzado con conocimiento y amor, que traspasó como dijo Simeon [1], no el cuerpo, sino el alma de esta Vírgen purísima. Y de esta manera tambien bebió el cáliz de la pasion, que Cristo ofreció á los hijos del Zebedeo, y fué bautizada con el bautismo de penas, y sumida en el mar amargo de las tribulaciones, de modo, que se pudo decir de ella [2]: *Magna est velut mare contritio tua.* Grande es como el mar tu contricion, y la amargura de tu afliccion. O Vírgen soberana, quién podrá contar la amargura que tuvísteis por estos siete títulos de amor y dolor, que como siete cuchillos traspasaron vuestro corazon? Bien podeis decir en esta ocasion [3], no me llameis Noemi, que quiere decir hermosa, sino llamadme María, que quiere decir amarga, porque me ha llenado de grande amargura el Todopoderoso. Grandes favores os hizo el Todopoderoso en el dia de su encarnacion, y grandes aflicciones os ha dádo el mismo Todopoderoso en el dia de su pasion. Y pues tambien las aflicciones son favores, suplicadle muestre conmigo su poder, dándome sentimiento de lo que padeció, y gracia para imitarle con ello. Amen.

De estas consideraciones he de sacar, que la mas alta disposicion para sentir los dolores de la pasion de Cristo nuestro Señor, es el amor; y como dice san Buenaventura [4]: Cuanto este fuere mas encendido, tanto será mayor el dolor y compasion, y con la misma compasion se aumenta el amor. Y así de los siete títulos que se han referido, tomaré los que me hacen al caso para

[1] Lucæ 2. 35. [2] Theren. 2. 13. [3] Ruth. 1. 20. [4] In stimulo divini amoris. cap. 2.

granjear este fervoroso amor, y la union con Cristo, por la cual me haga participante de sus dolores y de los dones que proceden de su preciosa imitacion.

PUNTO NONO.—*De las heróicas virtudes que la Vírgen nuestra Señora ejercitó en la pasion de su Hijo.*—Ultimamente se han de considerar las virtudes que en esta ocasion ejérciló la Vírgen nuestra Señora, para imitarla en ellas. Las mas principales fueron cuatro, en que se encierran otras muchas.

1. La primera, fué altísima resignacion en la divina voluntad, negando la suya natural para conformarla con la de Dios, diciéndole como su Hijo: No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres: y esta resignacion tanto es mas heróica, cuanto son mayores los trabajos á qué nos ofrecemos por ella.

2. La segunda, fué profundísima humildad, no huyendo los desprecios, sino acometiéndolos y abrazándolos, gustando de manifestarse por Madre del que tantos desprecios padecia, tomando la mucha parte que le cabia de ellos. Y con esta humildad asistia á la cruz de su Hijo, haciéndose cargo de su pasion y muerte; porque aunque ella no tuvo pecados, por los cuales muriese Cristo, pero murió por preservarla de ellos.

3. La tercera, fué grande fortaleza y magnanimidad con gran paciencia, acercándose á la cruz de su Hijo, y estando en pié junto á ella, sin que fuesen parte para desviarla de su presencia, ni la crueldad de los perseguidores, ni la terribilidad de los dolores que por esta causa padecia, deseando se le ofreciese ocasion de padecer y morir por quien tanto padecia por ella.

4. La cuarta, fué encendidísima caridad y amor de los hombres, y de los mismos enemigos de su Hijo, sin que sus blasfemias y crueldades la moviesen á indignacion, sino antes á compasion, doliéndose de los pecados que hacian, y de los daños que incurrian, rogando á Dios por ellos, y excusándolos al modo que lo

hizo su mismo Hijo, como en su lugar verémos. De esta manera juntó la Vírgen con sus terribles aflicciones admirables ejercicios de virtudes; por lo cual pudo decir en este tiempo aquello de los Cantares [1]: Negra sóy pero hermosa; hijas de Jerusalen, no os admireis de verme así morena, porque el sol me ha quitado el color. Negra estais, Vírgen santísima, en lo exterior, por las penas que padeceis; pero hermosa en lo interior, por las virtudes que ejercitais: el Sol de justicia os ha puesto descolorida, porque sus tristezas son causa de las vuestras; y él mismo os hace hermosa, porque con su ejemplo resplandece el vuestro, imitando sus virtudes. Suplicadle, Madre piadosísima, que con los rayos encendidos de su luz, ilustre y encienda mi corazon, para que de tal manera medite sus trabajos, que tenga parte en ellos, imitando sus virtudes. Amen.

Por lo que se ha dicho en estos nueve puntos, quedan declaradas en general las cosas que mas en particular se han de ponderar en cada misterio de la pasion, así en la persona de Cristo nuestro Señor, como de la Vírgen su Madre, tomando á los dos por principal materia de la meditacion é imitacion, y á la Madre por abogada, para alcanzar sentimiento de lo que padece su Hijo. La práctica de todo se irá poniendo en las meditaciones que se siguen.

MEDITACION II

DE LA SUBIDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR A JERUSALEN, EN QUE DESCUBRIÓ Á SUS APÓSTOLES LO QUE ALLÍ HABIA DE PADECER, Y DE LAS VECES QUE HABLÓ CON ELLOS DE SU PASION.

Punto primero. — Lo primero se ha de considerar, como sabiendo nuestro Señor [2], que el tiempo de su pasion estaba cerca, y que los judíos trataban en Je-

[1] Cant. 1. 4. [2] Joan. 11. 54.

rusalen de matarle, quiso ir allá desde la ciudad de Ephren, donde se habia recogido con sus apóstoles, y en este camino iba con paso extraordinario[1]: *Præcedebat illos Jesus, et stupebant, et sequentes timebant.* Iba Jesus delante de ellos, de modo, que los apóstoles se admiraban y procuraban seguirle llenos de temor. Sobre este punto se han de ponderar las causas de este nuevo modo de caminar de Cristo con paso tan apresurado, y los afectos que causó en sus discípulos.

1. La primera causa, fue, para declarar la prontitud de voluntad, y el fervor de espíritu con que iba á padecer, sin temor de los trabajos que le esperaban en Jerusalen, ponderando que á las obras de suyo fáciles y gloriosas, como predicar, hacer milagros, sanar enfermos, etc., iba Cristo nuestro Señor con su paso ordinario; mas á la obediencia penosa y afrentosa de su pasion y muerte, quiso ir con paso extraordinario, sacándole de su paso la fuerza de su divino amor, el cual es como fuego y como aguijon y espuela, que apresura, y hace correr con mas fervor á la obediencia, que es mas penosa á la carne, y mas agradable á Dios. Al contrario del amor propio, que vá con piés de plomo á los ejercicios trabajosos de virtud, y nos saca de paso, y apresura á todo lo que es regalo y honra. Por donde conoceré cuan lleno estoy de amor propio, y cuan vacío del divino. O dulcísimo Jesus, que subiste á Jurusalen á padecer tormentos con tanto fervor y priesa, como si fueras á recibir descansos, llena mi corazon del amor divino, que te sacó de tu paso, para que yo salga del mio perezoso y tibio, ofreciéndome á obedecer y padecer cuanto quisieres, con un espíritu ferviente semejante al tuyo.

2. La segunda causa porque iba delante de todos, fué para significar, que en materia de padecer trabajos interiores y exteriores[2], quiso proceder y llevar la de-

[1] Marc. 10. 32. [2] Joan. 14. 12. D. Thom. 3. p. q. 46. art. 6.

lantera á todos sus apóstoles y discípulos, y á todos los mártires y santos que ha habido y habrá: ponderando que en los milagros, que es cosa honrosa, dió la delantera á sus apóstoles y á otros santos, queriendo que los hiciesen mayores que él; mas en materia de padecer, ninguno se le adelantó ni igualó. Padeció mas que Job, mas que Lázaro el mendigo, mas que los profetas y mártires, todos quedan atrás y le miran como á ejemplo y dechado de padecer. O buen Jesus, cuán contrario es tu espíritu al espíritu del mundo! Este quiere llevar la delantera á todos en honras y regalos; el tuyo en deshonras y tormentos. Aquel desea preceder en las obras de mayor gloria, el tuyo en las de mayor ignominia. Dame, Señor, este espíritu de que tanto te preciaste, para que procure señalarme sobre todos en ser por tu amor mas abatido y afligido que todos.

3. La tercera causa, fué para provocar á sus apóstoles á admiracion é imitacion: *Stupebant sequentes.* Admirábanse, y dábanse priesa por seguirle y alcanzarle, procurando cada uno adelantarse mas que el otro por acercarse mas á Jesus, venciendo el temor y miedo que llevaban, con el fuego de amor que le tenian, el cual les sacaba tambien de su paso, provocados por su ejemplo. En lo cual se nos descubre el modo como hemos de mirar á Cristo en su pasion, y meditarla, que es admirándonos de lo que hace y padece, y siguiéndole en ello. Cuando miro á Cristo azotado, vestido de púrpura, coronado de espinas y llevando su cruz, tengo de admirarme de que un Señor tan grande padezca con tanto amor cosas tan penosas, y acercarme á él cuanto mas pudiere, siguiéndole en tomar disciplinas y cilicios, y traer vestido pobre, y llevar mi cruz cada dia, dándome priesa por adelantar mas que otros y seguirle, no *à longe*, desde lejos, como le seguia Pedro la noche del prendimiento [1], sino de cerca, suplican-

[1] Matth. 26. 58.

do á este Señor me ayude á vencer las repugnancias que me desviaren de esto, y haciendo de mi parte lo que pudiere para vencerlas.

PUNTO SEGUNDO.—Caminando de esta manera Cristo nuestro Señor[1], detúvose un poco, hasta que llegasen los doce apóstoles, y tomándolos á parte, les dijo en secreto[2]: *Mirad que subimos á Jerusalen, y allí se cumplirán todas las cosas que están escritas por los profetas del Hijo del hombre, porque será entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas, y estos le condenarán á muerte y le entregarán á los gentiles para que escarnezcan de él, y le azoten y crucifiquen, y al tercero dia resucitará.* Esta fué la tercera vez en que Cristo nuestro Señor descubrió su pasion á los apóstoles[3], porque otras dos veces habia hecho lo mismo, aunque no con tanta distincion. La primera, cuando san Pedro le confesó por Hijo de Dios vivo. La segunda, cuando curó al endemoniado lunático, con grande admiracion y pasmo de toda la gente, como lo cuenta san Lucas. Sobre todo esto ponderaré las causas que tuvo Cristo nuestro Señor para descubrir á sus apóstoles tantas veces, y en tales ocasiones, los trabajos de su pasion y muerte, tomando las que hacen mas al caso para nuestro provecho espiritual.

1. La primera, para que se entendiese cuan presente tenia siempre en su memoria esta pasion, gustando continuamente la amargura de ella, y bebiendo sin cesar este cáliz tan penoso: de modo, que cuando comia y bebia, cuando predicaba y razonaba, cuando hacia milagros y obras maravillosas, allí la tenia presente: y en la misma transfiguracion gloriosa, hablaba de ella[4] como de cosa de que gustaba hablar, aunque fuese muy amarga; y todo esto á fin de moverme con su ejemplo á que yo tenga siempre presente su pasion, y guste de

[1] Lucæ 18. 31. [2] Matth. 20. 18. [3] Matth. 16. 21. et 17. 22. Marc. 8. 31. et 9. Lucæ. 9. 30. [4] Lucæ 9. 22.

pensar en ella y de hablar de ella á menudo, y que sea como pan, que se come con todos los otros manjares. O dulce Jesus, cómo no gustaré yo de pensar lo que pensabas, y de hablar en lo que tú hablabas? Este es mi deseo Amado mio [1], hacer un ramillete de tus dolores y ponerle delante de mis ojos, y entre mis pechos, acordándome siempre de ellos, compadeciéndome de tí, y amándote mas que á mí. Nunca le echaré á las espaldas, sino entre mis pechos, como cosa que gusto ver y que deseo abrazar, y no tomaré á bulto tus trabajos, sino uno por uno los iré contando, mientras camino por esta vida mortal, confortándome con su olor, hasta alcanzar la vida eterna.

2. La segunda causa era, para confirmar á sus discípulos en la fe y creencia de estas ignominias, que eran mas dificultosas de creer que sus grandezas, y para que se apercibiesen con grande constancia para ellas. Y por esta causa, cuando se vió mas honrado entre sus discípulos, por la confesion de san Pedro, y entre la gente del pueblo, por la grandeza de sus milagros, entonces les descubre su pasion, acordándose en el dia de los bienes, como dice el Sabio [2], del dia de los males, y apercibiéndoles en él un dia para el otro. Mirad, dice, que subimos á Jerusalen, y allí tengo de ser entregado á la muerte con grandes dolores y desprecios; pues subís conmigo, apercibíos á padecer algo conmigo, porque no desfallezcais en la fe, y en el amor que me debeis. O Maestro soberano, donde Vos subís quiero subir, porque padecer con Vos, no es bajar, sino subir y medrar: y si yo voy en vuestra compañía, no tengo que temer, porque será cierta vuestra ayuda. Con Vos quiero padecer en la Jerusalen de la tierra, para reinar con Vos en la Jerusalen del cielo. De estas palabras de Cristo me tengo de aprovechar en mis trabajos, imaginando que me dice: *Ecce ascendimus Hie-*

[1] Cant. 1. 12. [2] Eccles. 11. 27.

rosolymam; mira, hombre, que subimos á Jerusalen, primero á padecer y despues á reinar: no subes solo, yo subo contigo para ayudarte; yo subí primero, sube tú trás mí para imitarme: porque padeciendo conmigo, reinarás conmigo por todos los siglos. Amen.

Punto tercero. — Luego añaden los Evangelistas [1]: *Que los apóstoles no entendian lo que Cristo les decia, y que era para ellos palabra escondida y encubierta, y que no la sentian, ni alcanzaban, y que temian preguntársela, y que se entristecian vehementemente.* En lo cual se ha de ponderar:

1. Lo primero, como no todos los que oyen predicar la pasion, ó la leen y oyen hablar de ella, la entienden, penetran y sienten; como no la entendian, ni penetraban en este tiempo los apóstoles, que eran imperfectos: porque sentirla y penetrar los misterios y frutos de ella, y las grandezas que en sí encierra, es don de Dios, el cual le dá á sus escogidos á su tiempo; y así se le tengo de pedir, diciéndole: Redentor mio, mi entendimiento está oscurecido, y los misterios de vuestra pasion están para mí encubiertos, dadme sentimiento de ellos, pues me mandais por vuestro Apóstol, que sienta en mí lo que padecísteis Vos [2].

2. Lo segundo, ponderaré las causas de donde procedió, que los apóstoles no entendiesen ni penetrasen lo que se les decia de la pasion; es á saber: porque tenian baja estima con demasiado temor de las ignominias y desprecios, y grande estima con demasiado amor de las honras y grandezas: y así cuando les decia Cristo sus dolores y desprecios, entristecíanse vehementemente con gran caimiento de ánimo; porque sentian ser cosa indigna, que Cristo la permitiese. Y de aquí procede tambien, que cuando yo medito la misma pasion, estoy seco y sin sentimiento, porque llego con disposicion contraria á estos misterios, y para sentirlos, tengo de

[1] Luc. 18. 34. et 9. 45. et Matth. 17. 22. [2] Philip. 2: 5.

desnudarme del vano temor de los desprecios y dolores, y del amor propio de honras y grandezas; procurando tener grande estima y aprecio de todo lo que es padecer aflicciones y desprecios por cumplir la voluntad de Dios.

Para sentir mas esta verdad, ayudará mucho ponderar lo que en esta coyuntura sucedió á Cristo nuestro Señor con san Pedro [1]; el cual en acabando de confesarle por Hijo de Dios vivo, por revelacion que de ello tuvo, luego descubrió la grosería que de su coseha tenia: porque oyendo decir á su Maestro lo que hemos dicho, sintió tan bajamente de su pasion, que se atrevió á reprenderle, diciendo: *Guárdete Dios de tal cosa; no será así como dices.* Pero Cristo nuestro Señor, mirando á los demás apóstoles, le amenazó, y respondió asperísimamente, diciéndole: *Vente trás mí Satanás: éresme escándalo; porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las cosas que son de los hombres;* como quien dice: Tú me has honrado, confesándome por Hijo de Dios vivo; eres ahora Satanás y adversario mio, pues contradices á mi pasion, y cuanto es de tu parte me escandalizas, queriéndome apartar de ella, siendo la voluntad de mi Padre que la padezca. Todo esto nace en tí, de que no tienes entera sabiduría celestial, para conocer y gustar las cosas que son ordenadas por Dios, sino sabiduría humana y terrena, para conocer y gustar de las cosas de los hombres, las que ellos estiman y aprecian. Vente, pues, trás mí, y sígueme, porque no tengo yo de seguir tu juicio errado, sino tú has de seguir el mio que es acertado. De donde sacaré la grande estima que Cristo nuestro Señor tenia de su pasion y muerte, por ser trazada por voluntad del eterno Padre para bien del mundo, y la grande estima que quiere tengamos todos de los trabajos y desprecios padecidos por esta causa. De modo, que á cualquiera que

[1] Matth. 16. 16. Marc. 8. 29.

nos desviare de esto, le tengamos por Satanás, y por piedra de escándalo; y no nos vamos trás él, sino traerle trás nosotros, para que sienta lo que sentimos: y aunque nos contradiga con pio celo, y aunque sea santo ilustrado de Dios en otras cosas, y aunque sea amigo y querido, le hemos de atropellar como aquí atropelló Cristo á san Pedro. O Maestro soberano, que sentias tan altamente de tu pasion, por la sabiduría del cielo con que mirabas la causa de ella, desnúdame de toda sabiduría terrena, y visteme de tu sabiduría celestial, para que yo tambien sienta altamente de tus trabajos, y de los que quisieres que padezca por tu amor. No quiero, Redentor mio, traerte yo á que sigas mi propio parecer y deseo, porque es parecer errado, y deseo terreno. Trás tí quiero ir, á tí quiero seguir, estimando lo que tú estimas, amando lo que tú amas, y aborreciendo lo que aborreces; y pues me dás tal deseo, dame gracia para ejecutarlo. Amen.

MEDITACION III.

DE LA ENTRADA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN JERUSALEN CON RAMOS.

Punto primero.—Lo primero se ha de considerar [1], como Cristo nuestro Señor, cinco dias antes de su muerte, quiso entrar en Jerusalen, donde habia de ser crucificado y muerto, con grandes muestras de alegría, y con grande pompa exterior; así como solian los hebreos recoger en su casa el cordero pascual cinco dias antes de sacrificarle. Esta entrada ordenó el Salvador por algunas causas muy amorosas.

1. La primera, para manifestar las ganas que tenia de padecer, y la alegría con que recibia los trabajos que le esperaban en Jerusalen, entrando en ella con tanto regocijo, como si fuera á bodas; porque el celo

[1] Exod. 12. 5.

de la gloria de Dios, y de cumplir la voluntad de su eterno Padre, por la salvacion de los hombres, le ponia gusto en padecer todos aquellos trabajos, aunque los tenia tan presentes; como si ya los estuviera padeciendo. Y de este ejemplo nació, que los mártires iban á las cárceles como á bodas; y estaban en las parrillas de fuego como en cama de flores. O dulce Jesus, corrido estoy en tu presencia, por la repugnancia que tengo á padecer trabajos por tu amor; ayúdame, gozo mio, á que me goce en padecer algo por tí, como tú te gozabas en padecer por mí.

2. La segunda causa fué, para que entendiésemos [1], que cuando en el huerto de Getsemaní, y en el discurso de su pasion, habia de tener temores, tristezas, tedios y agonías, todo esto era principalmente en la parte inferior del alma, á cuya natural inclinacion contradecian los dolores del cuerpo; mas tambien los tomaba de su voluntad, y con gran contento de la parte superior del espíritu, en cuanto resplandecia en ellos la voluntad de su Padre. Y en esto mismo perseveró hasta la muerte, enseñándonos con esto, que la suma paciencia consiste en ofrecerse con gran contento del espíritu á sufrir, no solamente trabajos exteriores, sino aflicciones interiores. Y á esto me tengo de alentar, diciendo con el Apóstol [2]: Agrádome y alégrome en las enfermedades, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias por Cristo. De buena gana, Salvador mio, recibiré las tristezas y agonías de la carne, y renuncio los gustos sensibles de ella aceptándolas por imitarte con gozo del espíritu.

3. La tercera causa fué, para manifestar, que todas las injurias y persecuciones que habia recibido en Jerusalen las veces que habia estado en ella, no eran parte para entibiarle la caridad y amor que la tenia, y el deseo y gusto que recibia en visitarla y enseñarla,

[1] D. Th. 3. p. q. 46. art. 7. [2] 2. Cor. 12. 10.

y hacerla todo el bien que pudiese y con esto tambien la aseguraba, que las afrentas y dolores que en ella habia de padecer esta vez, tampoco le entibiarían su caridad, ni serian parte para que no volviese á recibirla en su amistad, si ella quisiese. O inmensa caridad de Jesus! O fuego encendidísimo de amor, á quien ni las muchas aguas, ni los rios de las tribulaciones pueden apagar[1]. Hasta el dia de hoy dura en él este amor, porque visitando mi alma con su gracia, si peco mortalmente, aunque con este pecado le crucifico dentro de mí, y huello su sangre preciosa, echándole de mí con ignominia; sin embargo de esto, vuelve segunda vez con grande alegría á entrarse por mis puertas y á querer visitarme, y darme de nuevo su gracia: y si otra vez le torno á crucificar, hollar y echar de mí, volverá la tercera vez con el gusto que la primera. O bendita sea tal caridad; y mil veces le alaben los ángeles por ella. Venga, venga vuestra Majestad, Redentor mio, á esta ingrata Jerusalen de mi alma, pues tanto gusto tiene en visitarla, que yo le ofrezco de nunca mas echarle de ella, tratándole siempre con la reverencia y obediencia que merece tal caridad. Mas porque yo soy mudable, ayúdeme vuestra gracia á tener constancia en retenerla.

4. La cuarta causa fué, para que entendamos, que padecer trabajos y desprecios por cumplir la divina voluntad y por la virtud, es cosa gloriosa y honrosa en los ojos de Dios y de los ángeles y de los justos: y así se ha de entrar en ellos, no solo con gozo, sino con muestras de honra y pompa, como quien se precia de ellos y se honra con ellos, sin avergonzarse, ni correrse por esto. Guárdeme Dios, como dice san Pedro[2], de padecer como homicida ó maldiciente, ó ladron, en castigo de tales culpas, porque esto es cosa vergonzosa; mas padecer como cristiano, por razon de la justicia, honra mia es, como lo fué de mi Señor.

[1] Heb. 6. 6. [2] Pet. 4. 15.

5. Pero mas adelante pasó la caridad de Jesus, y sus ganas de padecer, porque quiere entrar en Jerusalen con tanta honra y acompañamiento, para que despues sus deshonras é ignominias fuesen mayores, como quien caia de una grande honra, como lo dijo por David[1]: *Exaltatus autem, humiliatus sum, et conturbátus.* Despues de ser ensalzado, fuí humillado y conturbado. Y su Padre dice de él por Isaías[2]: mi siervo será ensalzado y levantado; mas como será á todos muy glorioso, así será entre muchos muy despreciado. De suerte, que nuestro buen Jesus siempre huyó la honra exterior de los hombres: y si esta vez la procuró ó aceptó, fué para que con ella fuese despues muy mayor su deshonra, ordenando la honra á padecer mas ignominia. Gracias te doy, dulcísimo Jesus, por la hambre insaciable de padecer ignominias que tuviste, por la cual te suplico humilmente me des tales ganas de padecer por tí afrentas, que no se menoscaben, aunque reciba honras. Amen.

Punto segundo.—Lo segundo, se ha de considerar la traza que Cristo nuestro Señor tomó en esta entrada: *Envió dos de sus discípulos, diciéndoles: Id á un lugar que está enfrente de vosotros; allí hallaréis una jumenta atada con su pollino, desatadlos y traédmelos. Y si alguno os dijere algo, decidle, que el Señor tiene necesidad de ellos, y luego os dejarán. Hiciéronlo así los discípulos, y poniendo sus capas sobre el pollino, subió en él Jesus.*

1. Aquí se ha de ponderar, como el Rey del cielo, queriendo dar muestra de su reino, estando acostumbrado á andar siempre á pié por toda Galilea y Judea, esta vez no quiso entrar á pié, ni tampoco en carros de cuatro caballos, ni en caballo ó mula aderezada con ricos aderezos, sino en un jumentillo, aderezado con las pobres capas de sus discipulos, hollando con esto la pompa mundana, y manifestando su pobreza, humildad

[1] Psal. 87. 16. [2] Isai. 52. 13.

y mansedumbre; por la cual habia de ser conocido en el mundo por Mesías y Salvador, como estaba profetizado por el profeta Zacarías, cuando dijo: Decid á la hija de Sion [1]: *Ecce Rex tuus veniet tibi justus, et salvator, ipse pauper et ascendens super asinum.* Alégrate hija de Sion, porque tu Rey vendrá para tí justo y salvador, pobre y sentado sobre un jumento. Con este ejemplo procuraré aborrecer la pompa del mundo, y abrazar la pobreza, mansedumbre y humildad de Cristo; porque si estas son señales de mi Rey y de mi Señor, razon es que lo sean tambien de los que se precian de sus vasallos, y con ellas tengo de aparejarme para salir á recibirle, pues á mí tambien se dice: *Ecce Rex tuus venit tibi.* Tu rey viene para tí. O si entendiese quien es este rey mio, y como viene para mí! Tú, Salvador mio [2], eres mi Rey, y Rey de reyes, Rey de hombres y de ángeles, de cielos y tierra [3]: Rey por tu naturaleza, Hijo del eterno Padre y monarca de todo lo criado; y tú vienes del cielo para mí, para mi salud, para mi consuelo, para mi remedio, para mi ejemplo, para mi defensa y proteccion. O Rey, amado mio, tú para mí, y yo para tí! Véisme aquí dedicado para tí, para tu servicio, para tu honra y gloria, para obedecerte, adorarte y amarte, y ser todo tuyo, pues tú eres todo mio: y pues tú vienes pobre, manso y humilde, yo tambien quiero ir á recibirte con pobreza, mansedumbre y humildad, vistiéndome de la librea que traes vestida.

2. Lo segundo, ponderaré el misterio que está encerrado en las menudencias de este hecho. Envia dos discípulos por el jumentillo, y no uno solo, por llevar adelante su costumbre de que anduviesen acompañados, y de dos en dos unidos en caridad. Manda que suelten á los jumentos atados, y se los traigan [4], para significar, que el oficio de los apóstoles era soltar á los

[1] Zacar. 9. 9. [2] Psal. 144. 13. [3] Apoc. 19. 15. [4] Prov. 5. 22.

pecadores, que viven vida bestial y están atados con las sogas de sus pecados, y traerlos á Cristo, para que se apodere de ellos, y los rija, como rige al jumento el que vá sentado en él. Manda que si alguno se lo impidiere, le digan, que el Señor tiene necesidad de ellos, como quien avisa que ha de haber quien impida su oficio, de desatar las almas de los pecadores, y que estos impedimientos cesarán con el nombre del Señor, que les envia por ellos [1], porque tiene de ellos necesidad para su gloria. O palabra omnipotente, que así tapa las bocas y ata las manos de los que quieren impedir el mandato del Señor! O Rey de gloria, qué necesidad teneis Vos de un jumentillo tan vil y despreciado como el pecador? Yo, miserable, soy el que tengo necesidad de Vos, que no Vos de mí: yo por mis pecados soy como jumento, y estoy atado con las sogas de mis pasiones. Mandad, Señor, que me desaten y me presenten delante de Vos, porque mi gozo será llevar sobre mí la carga de vuestra ley, á Vos, Dios mio, por gobernador en ella: no permitais que el demonio, mundo y carne estorben esta soltura, decidles con vuestra palabra, que teneis necesidad de vuestro siervo, porque luego me dejarán libre para serviros como deseo.

Punto tercero. — Caminando Cristo nuestro Señor sentado en su jumento, á deshora, por inspiracion del cielo, le salió á recibir innumerable gente, y unos echaban sus vestiduras en el suelo, para que pasase por ellas: otros cortaban ramos de los árboles y olivos, que estaban en aquel valle: otros venian desde Jerusalen á recibirle con palmas en las manos, en señal de victoria, y todos con gran gozo alaban á Dios, diciendo á voces [2]: *Hosanna Filio David, benedictus qui venit in nomine Domini Rex Israel. Hosanna in excelsis, benedictum regnum quod venit Patris nostri David, pax in cœlo, et gloria in excelsis.* Gloria sea al Hijo de David,

[1] Psal. 48. 13. [2] Luc. 19. 38.

salva Señor, al Hijo de David, y por él nos salva á nosotros: bendito sea el que viene en nombre del Señor, bendito y prosperado sea su reino, paz sea en el cielo y gloria sea á Dios en las alturas.

1. Sobre este hecho tan maravilloso, que todo precedió de inspiracion del Espíritu santo, ponderáré: Lo primero, cuan de verdad honra el Padre eterno á su Hijo, con honras y alabanzas; verdaderas porque así cuando entró la primera vez en el mundo, naciendo pobre en el portal de Belen, envió ejércitos de ángeles, que solemnizasen su entrada, y dijesen: Gloria sea á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad; así cuando entró esta vez en Jerusalen, pobre y manso sobre un jumento, despierta ejércitos de hombres y de mozos inocentes y puros, para que solemnicen su entrada y digan con el mismo Espíritu: Paz tenga el cielo con los que vivimos en la tierra, y gloria á Dios en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Los ángeles piden paz en la tierra de los hombres para con Dios; y estos hebreos piden paz en el cielo de Dios para con los hombres. O Padre eterno, gracias te doy por la honra que haces á tu Hijo unigénito, cuando vá por cumplir tu volund á ser menospreciado. O Espíritu santísimo, gracias te doy, porque inspiraste á esta gente tal modo de alabanzas para gloria de mi Redentor. Gózome Redentor mio, de que todos te alaben y bendigan: y yo con el mismo Espíritu te alabo y bendigo, diciendo: *Hosanna Filio David.* Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Estas palabras dice la Iglesia en la misa, al fin del Prefacio, en memoria de la venida que Cristo nuestro Señor hace en el santo Sacramento del altar, y con este espíritu las diré yo exclamando: Bendito sea el que viene en nombre del cielo á este Sacramento para salvarnos, venga con él la paz de los cielos, y sea gloria á Dios en las alturas.

2. Lo segundo, ponderaré la devocion de la gente, que se quitaba sus capas, y las tendia en el suelo para que las pisase Cristo nuestro Señor en señal de reverencia, teniéndose por dichosos de que tocase sus cosas. Y con este espíritu arrojaré todas las mias á los piés de Cristo, para que él haga de ellas lo que quisiere. Veis aquí, Redentor mio, arrojo á vuestros piés, no solo mi hacienda, sino mi honra y mi contento: mi corazon, y á mí mismo todo, pisadme y holladme, y haced de mí lo que quisiéreis, triunfad de mí, que he sido enemigo vuestro, yo llevaré en mis manos la palma de esta victoria, y la publicaré por el mundo; porque rendirme á Vos, es victoria vuestra y ganancia mia, y es victoria mia en virtud vuestra.

PUNTO CUARTO.—*En esta sazon algunos fariseos se llegaron á Cristo, y le dijeron*[1]: *Maestro, reprende á tus discípulos y házlos callar.* El Señor les respondió: *Digoos, que si estos callaren, las piedras hablarán.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, la maldad del envidioso, que le pesa de la gloria de su prójimo, y condena por malo lo que es bueno, y llama pasion á lo que es inspiracion de Dios, y quiere que sea reprendido; por lo cual se hace indigno de que Dios le inspire y mueva, como mueve á la gente sencilla y devota, para que se ocupe en alabanzas de Cristo.

2. Tambien ponderaré la eficacia de la divina inspiracion, que así trueca los corazones, y enseña á los ignorantes y los mueve á glorificar á Dios con fervor, dejando á los soberbios y presuntuosos fariseos en su tibieza. Esto denotan aquellas palabras: *Digoos de verdad, que si estos callaren, las piedras darán voces*; que fué decir: No dejarán estos de hablar, porque Dios con gran fuerza les inspira y mueve á ello; pero si callaren, Dios despertará otros, aunque sean tan duros como piedras, que clamen y digan lo que ellos dicen, porque para

[1] Lucæ 19. 39.

todo es poderoso, y de las piedras sacará hijos de Abraham [1]: y cuando estos callen ahora, de aquí á poco en mi pasion las piedras mismas, partiéndose con grande estruendo, me predicarán por Dios. O dulce Jesus, ablanda la dureza de los corazones judáicos y gentílicos, para que halle entrada en ellos tu divino espíritu, y conociéndote por verdadero Mesías clamen y den voces, diciendo: Bendito sea el que ha venido á salvarnos en el nombre del Señor. Sálvalos á todos, Salvador mio, y no te olvides de mi corazon, mas duro que las piedras, ablándale, muévele y enternécele con espíritu de devocion cuando ora, para que siempre te ame y alabe por todos los siglos. Amen.

MEDITACION IV.

DE LAS LÁGRIMAS QUE DERRAMÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR SOBRE JERUSALEN, CUANDO COMENZÓ Á VERLA, Y DE LO QUE SUCEDIÓ AQUEL DIA.

Punto primero.—Prosiguiendo Cristo nuestro Señor su camino [2], con el acompañamiento y aplauso de toda la gente que se ha dicho, en llegando á ver la ciudad de Jerusalen, *flevit super illam*, lloró sobre ella.

Aquí se ha de ponderar el motivo de estas lágrimas de Cristo, el cual tiene mas particular misterio que las otras veces que lloró. Las que sabemos, fueron cuatro. Lloró en el pesebre cuando niño [3], y esto no era mucho porque es propio de niños llorar en su nacimiento. Además, lloró cuando resucitó á Lázaro [4], y ni esto fué mucho, porque estaban llorando la Magdalena y todos los circunstantes, y es propio de los justos llorar con los que lloran. Tambien lloró en la cruz [5], y ni esto es tanto de maravillar, porque estaba lleno de trabajos y dolores, escarnecido de todos, y como desamparado de su Padre. Pero lo que admira, es, que llore esta

[1] Matt. 3. 9. [2] Luc. 19. 41. [3] Sap. 7. 3. [4] Joan. 11. 35. [5] Hebr. 5. 7.

vez cuando se vé en tanta honra y gloria, y cuando todos le dicen mil cantares de alabanza. Las causas de este lloro fueron estas.

1. La primera, para que conociésemos cuan poco caso hacia de la gloria mundana, y cuan poco se le pegaba al corazon, pues en medio de tantas alabanzas y regocijos, y cuando todos le cantaban loores, él derramaba lágrimas. O cuán lejos estaba de reirse, y envanecerse con aquellas prosperidades, quien las aguaba con lágrimas y suspiros!

2. La segunda causa mas principal, fué su infinita caridad, de la cual procedió el gozo de entrar en Jerusalen á morir, por el bien que de allí resultaba á los escogidos: y juntamente el llanto que ahora tiene, por el mal que ha de venir á los réprobos. No dice san Lucas solamente que lloró sobre la ciudad de Jerusalen, para que se entendiese que no lloraba sobre sí mismo, por los trabajos que habia de padecer, sino que olvidado de estos, lloraba sobre la desdichada Jerusalen, por los pecados que habia de cometer matándole, y por los castigos que por esta causa habian de venir sobre ella; lo cual todo se le puso delante al tiempo que la vió. O dulce Jesus, quién os pudiera acompañar en estas lágrimas, y olvidándose de los trabajos propios, llorar con caridad los pecados de mis prójimos y los castigos justísimos que han de venir por ellos! O cuán grave mal es el que mueve á Cristo á llanto, en medio de tanto regocijo! O alma mia, cómo no tiemblas de mal tan espantoso, que hace llorar á Dios de compasion!

3. Lo tercero, podré ponderar como es creible, que así como Cristo nuestro Señor, mirando á esta ciudad de Jerusalen, en la cual habia algunos buenos, pero muchos malos, lloró los pecados de los malos, y la destruccion que por su causa vendria sobre ella; así tambien entonces se le representaria la ciudad de este mundo y la Jerusalen terrena, donde están mezclados

pecadores con justos, y mirando los pecados de los malos, y los castigos que por ellos habian de venir, tambien lloraria sobre ellos: y por consiguiente, lloraria tambien por mis pecados, pues los tenia presentes. O Redentor mio, cuánto me pesa de la causa que os he dado y doy para que así lloreis! Deseo, cuanto es de mi parte, enjugar vuestras lágrimas, quitando de por medio mis pecados, que son causa de ellas. Yo, yo soy el que tengo de llorar, porque yo soy el que pequé: ayudadme, Señor, á que llore, de modo que merezca ser consolado.

Punto segundo.—Lo segundo, se ha de considerar las palabras de Cristo nuestro Señor cuando lloraba. Lo primero, dijo: *Si conocieses tú en este dia las cosas que son para tu paz, y ahora te están escondidas.*

1. Que es decir: O Jerusalen, si conocieses tú lo que yo conozco en tí, y de tí, sin duda llorarias como yo lloro: y si conocieses las cosas que te ofrezco para tu paz y prosperidad, como esta gente que viene conmigo las conoce, sin duda tambien me alabarias y aceptarias el bien que se te entra por las puertas. Y si conocieses este dia tuyo, y este buen dia, que amanece por tu casa con mi venida, sin duda le admitirias, y no le dejarias pasar partecica de él. Pero todo te está escondido por tus pecados [1], y por eso, ni lloras, ni lo buscas, ni lo admites. De donde sacaré, que el principio de mi remedio consiste en el conocimiento vivo y profundo de dos cosas; es á saber: mis miserias, y el remediador de ellas, que es Cristo nuestro Señor, con los medios que él me ofrece para ello, que son creerle, amarle, y obedecerle. Y en especial me importa conocer los medios que me ofrece para la paz de mi alma, en el estado que tengo en la Iglesia, ó en la religion. Y al contrario, el principio de mi perdicion es la ignorancia y poca estima de esto, y no conocerlo con tener-

[1] Eccles. 14. 14.

lo entre las manos. O buen Jesus, ahora veo con cuánta razon llorais nuestra ceguedad, pues estimamos en tan poco el bien que nos ofreces, siendo digno de infinita estima! Quitad de mí, y de todos los hombres este velo de ignorancia, para que veamos y lloremos; porque el ojo que no vé, no llora: y si viese, luego lloraria.

2. Lo segundo, profetizó los castigos que habian de venir sobre esta ciudad, diciendo: *Serás cercada de tus enemigos, y apretada por todas partes, y echada por tierra, sin dejar en tí piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita.* Esto es, porque no conociste este dia, en que Dios te visita, y viene á salvarte. De donde inferiré, que si la Jerusalen presente, que son las ciudades y almas de los fieles, no conocen esta visita de Dios, y las ocasiones muchas que Cristo les ofrece para su salvacion y perfeccion, tambien serán castigadas con terribles castigos: y por consiguiente, pues apenas hay dia en que Dios no me visite en la oracion ó fuera de ella [1], con inspiraciones y toques interiores, provocándome á que le sirva, si no conozco este tiempo de su visita, tambien seré castigado. Por tanto, alma mia, abre los ojos para conocer este dichoso tiempo, no seas mas torpe que el milano, y la golondrina, y la cigüeña, que conocen el tiempo de sus idas y venidas, mira bien las veces que Dios te visita cada dia [2], pues viene para tu provecho: si le dejas será para tu daño.

3. Finalmente ponderaré, que si Cristo nuestro Señor tanto lloró el castigo temporal de aquella ciudad por el amor que la tenia, cuánto mas lloraria el castigo eterno que habia de recibir en la otra vida, cuando venga á visitarla, no con visita de misericordía, sino de justicia en el dia de la cuenta? O piadosísimo Jesus, con cuánto afecto llorabais los desventurados hijos de esta perversa Jerusalen, mirando como habian de estar cer-

[1] Job. 7. 18. [2] Hier. 8. 7.

cados y apretados, no de los romanos, sino de los demonios, postrados no solo hasta la tierra, sino hasta el mismo infierno, atormentados en todas sus potencias, con turbacion y desórden sempiterno, sin dejar piedra sobre piedra, ni cosa que no esté llena de confusion. Allí llorarán con llanto perpétuo, porque no lloraron con Vos en esta vida, ni se aprovecharon de las lágrimas que por ellos lloráste is, ni de los avisos que les disteis. Abrid, Señor, los ojos de todos los pecadores, para que temamos la visita que habeis de hacer en la hora de la muerte, previniéndonos para ella con llorar nuestros pecados, porque no caigamos en los llantos sempiternos.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar [1], como entrando Cristo nuestro Señor en Jerusalen, luego se fué al templo á dar gracias á su Padre eterno, como lo tenia de costumbre, y allí sanó á muchos ciegos y cojos; y los niños que estaban en el templo, á imitacion de los demás, renovaron este cántico: *Hosanna Filio David.* Y los fariseos indignados, le dijeron: *Oyes lo que dicen estos? Respondió: Sí, oigo. No habeis leido lo que dice la Escritura* [2]: *De la boca de los infantes, y de los que maman, sacaste perfecta alabanza.*

1. Aquí se ha de ponderar, por una parte la bondad y liberalidad de Cristo nuestro Señor en hacer bien á cuantos se le llegaban, ciegos, cojos y tullidos dando con esto testimonio de quién era. Además, la eficacia de la divina inspiracion en mover las lenguas de los niños para glorificar á Cristo, atestiguando sus grandezas con estas alabanzas. Y por otra parte la maldad de los fariseos, en sacar de todo ponzoña; porque carcomidos de la envidia, ni les enternecia la mansedumbre de Cristo, ni la grandeza de sus obras, ni las alabanzas de los niños que apenas sabian hablar. O Dios eterno, líbrame de esta ceguedad y dureza de corazon,

[1] Mat. 21. 12. [2] Psal. 8. 3.

para que no saque daño de lo que ordenas para mi provecho. Y házme niño en la sinceridad y pureza, para que mi boca sea digno instrumento de tus alabanzas, por las cuales muchos te glorifiquen por todos los siglos. Amen.

2. Finalmente ponderaré, como habiendo estado Cristo nuestro Señor todo aquel dia trabajando en predicar [1], y hacer tantas maravillas, siendo ya tarde, miraba á todos, para ver si alguno le convidaba y hospedaba en su casa, y no hubo quien se moviese á ello por temor de los fariseos; y así se volvió con sus apóstoles ayuno á Betania, que distaba dos mil pasos de Jerusalen. Para que se vea la infinita liberalidad y misericordia de Dios con los hombres, y la infinita cortedad y desagradecimiento de los hombres contra Dios, y cuán poco se puede fiar de ellos, pues tan presto desampararon, por temor humano, al que habian recibido con tanto regocijo, cuya pena profetizó Cristo el dia siguiente por la mañana [2], maldiciendo á la higuera, que no tenia fruto de que comiese, y al punto se secó. O Juez justísimo, cuán justamente echarás tu maldicion á los malos el dia del juicio, porque teniendo hambre no te dieron de comer, y siendo peregrino, no te quisieron hospedar! O alma mia, no dejes por temor humano de convidar y hospedar á Cristo, porque no te excluya de su reino; y no ceses de trabajar por hacer bien á tus prójimos, aunque no recibas premio de ellos. Acompaña á tu Salvador, como los apóstoles en la entrada de Jerusalen tan gloriosa, y en la salida tan ignominiosa [3], sirviéndole con honra y con deshonra, para que él te reciba en su eterna compañía. Amen.

[1] Marc. 11. 11. [2] Matt. 21. 19. [3] 2. Cor. 6. 8.

MEDITACION V.

DE LA CENA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN BETANIA.

Aunque esta cena se hizo seis dias antes de la Pascua del cordero [1]; y un dia antes de la entrada en Jerusalen con ramos, como refiere san Juan; mas san Mateo y san Marcos la cuentan despues, por la ocasion que de allí tomó Judas para vender á Cristo nuestro Señor y por la misma causa sigo yo su órden.

Punto primero.—*Habiendo sido convidados Jesus en Betania, estando en la mesa, llegó Maria, hermana de Lázaro, con un vaso de alabastro, que cabia una libra de ungüento, hecho de nardo y de su espiga, muy precioso y puro, y con él ungió los piés de Jesus, y los limpió con sus cabellos: y quebrando el alabastro, derramó lo que tenia sobre su cabeza, quedando la casa llena del buen olor.*

Lo primero, consideraré como la Magdalena dos veces ungió á Cristo nuestro Señor. La primera, en su conversion, para alcanzar perdon de sus pecados, como se declaró ya en la tercera parte, en la meditacion 25. La segunda, en esta cena, en agradecimiento de la resurreccion de su hermano Lázaro; de lo cual quiso dar público testimonio, arrojándose á los piés de Cristo y lavándolos; á lo que se cree, con lágrimas de amor como la primera vez: luego los limpió con la mejor toalla que tenia, que eran sus cabellos, y los ungió con un ungüento muy precioso, y cobrando nueva confianza se atrevió á ungirle la cabeza, quebrando el vaso de alabastro, para que no quedase nada, con ser la cantidad de una libra. O qué atento y que contento estaba el Salvador mirando la obra de esta su sierva; y mucho mas ponderando la devocion y afecto interior con que la hacia, deseando hubiese muchos en su Iglesia que

[1] Marc. 14. 3. Joan. 12. 1.

en esto la imitasen! Y así para imitar el espíritu de estas dos unciones, he de procurar, con todo el fervor posible, pagar á Dios nuestro Señor las dos deudas que le debo: una por mis pecados, y otra por sus beneficios, y esta con mas fervor y espíritu de agradecimiento, dando muestras de ello en las obras, sirviéndole con todo lo mejor y mas precioso que tuviere.

Especialmente he de traer un grande vaso de alabastro, lleno de uncion espiritual con que ungirle. Vaso de alabastro es mi corazon y mi cuerpo, el cual he de quebrantar con ejercicios de mortificacion y penitencia con la contricion y dolor de pecados, quebrantando mis quereres y apetitos. La uncion ha de ser con un ungüento fiel y puro de la espiga de nardo[1]; esto es, con muchedumbre de afectos y obras muy excelentes de humildad y caridad, con fidelidad y pureza de intencion en ellas, para que mi caridad, como dice el Apóstol[2], sea de corazon puro, con buena conciencia y fe no fingida. Con este ungüento he de ungir espiritualmente á Cristo, primero los piés y despues la cabeza; porque primero tengo de meditar las bajezas é ignominias de su humanidad, figurada por los piés, procurando imitarlas y abrazarlas con obras de penitencia y mortificacion; y despues subir á meditar las grandezas de su divinidad, figuradas por la cabeza, gozándome de ellas, y agradeciéndole los beneficios que proceden de ambas. O dulcísimo Jesus, Dios y hombre verdadero! Pues de tu mano he recibido lo bueno que tengo en este vaso quebradizo, yo te lo ofrezco todo, aunque se haya de quebrar el vaso, cuando fuere menester, para tu servicio.

Finalmente ponderaré, que como toda la casa se hinchó de la fragancia del oloroso ungüento que derramó la Magdalena, así toda la Iglesia y casa de religion se edifica y conforta con estos ejercicios de virtud tan

[1] D. Bern. serm. 42. in Cantic. [2] 1. Tim. 1. 5.

gloriosos; por lo cual tengo de animarme á ejercitarlos para ser, como dice san Pablo, buen olor de Cristo, y provocar con mi ejemplo á que hagan otro tanto aquellos con quien vivo.

PUNTO SEGUNDO.—*Viendo Judas Iscariote lo que habia hecho Maria*[1], *dijo: Porqué este ungüento no se vendió en trescientos dineros, y se dió á los pobres? Y esto lo decia, no porque tuviese cuidado de los pobres, sino porque era ladron y tenia la bolsa comun, y hurtaba de lo que le daban: y tambien los discípulos llevaban esto pesadamente, y se enojaron contra ella, diciendo lo mismo.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, como nunca ha de faltar quien juzgue temerariamente, y murmure de las buenas obras de los justos. Unos por dañada intencion, como Judas; otros por ignorancia ó buen celo, aunque indiscreto, como los discípulos, que murmuraron de esta obra de la Magdalena, pareciéndoles que era pródiga en despreciar aquel ungüento tan precioso en cosa de que su Maestro no gustaba, como era aquella recreacion de ser ungido: y que era indiscreta en no remediar con el valor de aquel ungüento muchos pobres; y tambien tácitamente esta murmuracion redundaba contra el Maestro que lo permitia. Pero todos erraban en su juicio, porque no sabian ponderar el espíritu que movia á esta santa mujer para hacer esta santa obra, ni el que movia á Cristo para aceptarla, y por su poca devocion, ó por su reprension superficial la condenan, y se indignan y murmuran de ella. De donde sacaré aviso para nunca juzgar mal de nadie con temeridad, ni echar á la peor parte las cosas que pueden ser buenas, y mucho menos murmurar de ellas, dejando el juicio de todo esto á Dios, que es el verdadero juez, porque de otra manera erraré y pecaré contra los prójimos, y contra el Espíritu santo, que les mueve á la obra de que yo murmuro, el cual vengará

[1] Matth. 26. 10. Marc. 14. 4.

su injuria. Por lo cual Cristo nuestro Señor nos dijo[1]: No juzgueis y no seréis juzgados: no condeneis y no seréis condenados. Ni me excusará el color aparente de piedad con que encubro los juicios temerarios y murmuraciones, porque muchas veces con esta capa se cubren perversas intenciones; como Judas encubrió las ganas de hurtar el dinero en que se vendiera el ungüento, con capa de darlo á pobres.

2. Tambien ponderaré, como es muy creible, que esta murmuracion comenzó por Judas, y él despertó con su mal ejemplo á los demás, á que tambien murmurasen; para que se vea cuanto daña el mal ejemplo, y como un malo lleva trás sí á otros muchos buenos. Y así como aquella casa se hinchó del buen olor, que procedió de la obra buena que hizo Maria, así tambien se hinchó del mal olor que salió de la boca pestilencial de Judas, y turbó á los demás discípulos, inficionándolos con el vicio de la murmuracion.

Punto tercero.—*Cristo nuestro Señor, viendo todo esto, dijo á sus discípulos: Para qué sois molestos á esta mujer? Porque buena obra es la que ha obrado en mí: siempre tendréis con vosotros á quien podréis hacer bien, pero á mí no me tendréis siempre, y esta ha querido prevenirse, ungiendo mi cuerpo antes de la sepultura. Digoos de verdad, que donde quiera que fuere predicado mi Evangelio, se predicará en todo el mundo lo que esta hizo en mi memoria.*

1. Aquí se ha de ponderar las heróicas virtudes que Cristo nuestro Señor descubrió en este caso. La primera, fué grande fidelidad en defender á su sierva la Magdalena, callando ella, como lo habia hecho otras veces[2]; porque propio es del Señor volver por la honra de los que por su causa padecen murmuraciones, no queriendo excusarse, ni defenderse por humildad, liándose de su divina providencia. Por lo cual es gran

[1] Lucæ. 6. 37. [2] Lucæ 7. 44. et 10. 42.

cordura callar con paciencia en casos semejantes, porque mejor sabrá y podrá Dios excusarme, y volver por mi honra, que yo. Así como Cristo nuestro Señor defendió á la Magdalena, mucho mejor que ella supiera defenderse; porque si ella quisiera excusarse, quizá no acertara, ni saliera con su intento.

2. La segunda virtud, fué grande benignidad y blandura en corregir á sus discípulos y á Judas; porque aun que vió turbada su escuela, ni se turbó, ni indignó, sino con mansedumbre les quitó los engaños que tenian, y deshizo sus falsas aprensiones, aprobando aquella obra, diciendo que habia sido por instinto del divino Espíritu, que movió á esta mujer para que ungiese con aquel ungüento su cuerpo vivo, porque no le podria ungir despues de muerto. Lo cual fué así, porque cuando fué á ungirle, ya era resucitado. O Maestro sapientísimo, enséñame á corregir con espíritu de blandura [1], para que cure los males con la mansedumbre, y no los empeore con mi indignacion.

3. La tercera virtud, fué grande caridad y liberalidad con muestra de la providencia que tiene en convertir todas las cosas que suceden á los que le aman en su mayor provecho; porque si la Magdalena no fuera murmurada en esta obra, no fuera publicada, ni premiada con tanta honra suya. Ni permitiera nuestro amoroso Salvador que sus justos fueran murmurados [2], si no pudiera y quisiera sacar de estas murmuraciones mayores bienes para ellos. Y por esta causa prometió, que en todo el mundo seria esta obra publicada y predicada, como su Evangelio, para honra de quien le honró con ella: y así lo cumplió, porque todos los fieles creemos, que esta obra fué santa y por inspiracion divina, y alabamos á la que la hizo. Y yo, Redentor mio, en cumplimiento de vuestra promesa, me gozo de la devocion de esta vuestra sierva, y la doy gracias por

[1] Galat. 6. 1. [2] Roman. 8. 28.

el servicio y regalo que os hizo; pero mucho mas alabo la liberalidad que teneis en premiar lo poco que por Vòs hacemos y padecemos; pues por cuatro ó seis, que de esta obra murmuraron, quereis que millones de hombres la engrandezcan. No quieras, ó alma mia, servir á otro Señor, sino á Cristo, pues tan liberal es en honrar á los que le honran, y en premiar á los que le sirven.

MEDITACION VI.

DE COMO JUDAS VENDIÓ POR TREINTA DINEROS Á CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y LOS PRÍNCIPES DE LOS SACERDOTES SE RESOLVIERON DE MATARLE.

Entonces entró Satanás en Judas por sobrenombre Iscariote[1], *y fue á los príncipes de los sacerdotes, y díjoles: Qué me quereis dar, y yo os lo entregaré? Ellos le ofrecieron treinta dineros de plata, y entonces buscaba oportunidad para entregarle.*

El primer paso de la pasion de Cristo, nuestro Señor y la primera de sus injurias, fué ser vendido por Judas á sus enemigos, y esta fué una de las mayores ignominias que padeció y la que mas exageró despues, estando cenando con sus discípulos; y así en ella se han de ponderar todas las cosas que concurrieron en esta venta; es á saber, quién es el que es vendido y porqué se deja vender: quién le vende y porqué motivo: quién se lo persuade, y porqué causa, y con qué color, á qué personas le vende, en qué ocasion, y para qué fin: por qué precio, y con qué modo: y finalmente, lo que resulta de esta venta, porque todo esto exagera la grandeza de esta injuria.

Punto primero.—Lo primero, se há de considerar, como el que es vendido injuriosamente es Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Señor de todo lo criado, cuya pro-

[1] Matth. 26. 15. Marc. 14. 11. Lucæ 22. 3.

piedad es ser inestimable, porque su valor es infinito; el cual por su inmensa caridad bajó del cielo á comprarnos con el precio de su sangre [1], y á comprar para nosotros los bienes de gracia y gloria que perdimos, y en esto gastó toda su vida, haciendo innumerables bienes á los hombres para sacarlos de la servidumbre del demonio, á quien de su voluntad se habian vendido por el pecado. Este Señor tan soberano y bienhechor de todos, es vendido á traicion, y como si fuera esclavo, permitiendo esta venta tan afrentosa, por dos causas principalmente. La primera, para satisfacer con ella por la injuria que yo hice á Dios en vender mi alma al demonio por la culpa. O Redentor misericordiosísimo, confieso que como Achaz me he vendido y entregado á innumerables pecados [2], por los cuales merecia me mandaras vender como al siervo que debia diez mil talentos. Mas pues tú has querido ser vendido para pagar mis deudas, perdónalas por tu misericordia, y no permitas que otra vez vuelva á ellas.

La segunda causa, fué para darnos ejemplo de rara humildad, porque como tomó por nuestro amor forma de siervo y esclavo, quiso humillarse á la suprema bajeza de los esclavos, que es ser vendidos por dineros. O dulce Jesus, qué de invenciones buscas para humillarte por curar mi soberbia con tu humildad! Cúrala Señor, de una vez, pues tanto lo deseas, para que yo pueda imitar tu humildad, como deseo.

Punto segundo.—1. Lo segundo, se ha de considerar, como la injuria de Cristo nuestro Señor creció; porque quien le vende, no es algun enemigo descubierto, sino discípulo suyo, y no discípulo de los que comunmente le seguian, ó de los setenta y dos discípulos, que eran mas allegados, sino uno de los doce, que llamó apóstoles, á quien hizo extraordinarios favores y mercedes, descubriéndole sus secretos y dándole potestad para lanzar los demonios y hacer milagros.

[1] Isai. 52. 3. [2] 3. Reg. 21. 20. Matt. 18. 24.

El motivo principal que tuvo para esto, fué avaricia: por aquí comenzó su maldad, por aquí prosiguió y llegó á la cumbre, cumpliéndose en él lo que dijo san Pablo[1]; que la codicia es raiz de todo los males, y por ella muchos faltan en la fe, y se meten en grandes trabajos. Era Judas inclinado á tener dineros y cosas propias, y dejándose vencer de esta pasion en cosas pequeñas[2], vino á caer en otras muy grandes. Porque teniendo cuidado de recoger las limosnas que daban á su Maestro[3], comenzó á hurtar algo, y gastarlo á su albedrío y en sus comodidades. Con esto comenzó á quebrantar el voto de pobreza, si es verdad que los apóstoles ya le tenian hecho, y así vino á perder la gracia de Dios: y cuando la Magdalena ungió á Cristo nuestro Señor, murmuró de aquella obra tan santa, y de que Cristo la consintiese; por lo cual le aborreció, y vino á dar en tal alevosía, como fué venderle para reparar la perdicion de lo que hurtara, si el ungüento se vendiera en trescientos dineros. De suerte que de la codicia nació el hurto, el quebrantamiento del voto, la murmuracion, el escándalo, el aborrecimiento de su Maestro, y el venderle con traicion á sus mismos enemigos: por donde se vé el extremo de maldad, á donde llega un hombre desamparado de Dios, y que se deja llevar de sus pasiones, pues del estado mas alto que habia en la Iglesia, cayó en el abismo mas profundo de maldad que jamás hubo; lo cual ponderó con grande sentimiento Cristo nuestro Señor, cuando dijo á sus apóstoles[4]: *Por ventura no os escogí yo á t^o dos, y el uno se ha hecho diablo?* Que fué decir: Con ser yo propio el que os escogí para el apostolado por mi gracia, uno de vosotros se ha convertido en hijo del demonio, y grande adversario mio por su culpa.

De esta consideracion sacaré un grande temor y temblor de los juicios de Dios. Porque, como dice el glo-

[1] 1. Tim. 6. 10. [2] Eccl. 19. 1. [3] Joan. 12. 6. [4] Joan. 6. 71.

riosp san Bernardo [1], en ningun lugar de viandantes hay perfecta seguridad, ni en el cielo, pues de allí cayó Lucifer: ni en el paraiso, pues de allí fué echado Adan; y mucho menos en el mundo, pues Judas se perdió en la escuela del Salvador. Lo cual no se dice, porque no se haya de escoger el lugar mas saguro, sino para que despues de escogido ninguno se descuide con falsa seguridad, ni cese de pedir á Dios le tenga siempre de su mano. O alma mia, aunque ahora estés en pié, teme y mira que no caigas [2]; porque si cayó el que era apóstol de Cristo y conversaba con él familiarmente, oyendo sus sermones, viendo sus ejemplos, y gozando de sus milagros, cómo no temerás tú de caer pues nada de esto tienes? O Maestro piadoso, tened de vuestra mano á este pobre discípulo, para que no caiga en las miserias de este falso apóstol.

Punto tercero.—1. El que persuadió á Judas esta maldad, como dicen los Evangelistas, fué Satanás [3]: lo uno, por robarle el alma; y lo otro, por el ódio que tenia á Cristo nuestro Señor, deseando quitarle la vida y sacarle de su poder aquel discípulo. En lo cual he de ponderar, que la perdicion de Judas, aunque de su parte comenzó por querer seguir su mala inclinacion; pero creció mucho, por la solicitud del demonio que la iba atizando y soplando por momentos, el cual entró dentro de su alma; porque la pasion no mortificada, es como enemigo doméstico, que abre la puerta del corazon á Satanás, para que entre y le despeñe en el abismo de la maldad; y mientras la pasion dura, tiene su morada y posesion muy segura. De donde sacaré cuán perjudicial cosa es no mortificar una sola pasion, porque de ellas hace Satanás lazo para enlazarme y arrastrarme á su voluntad [4]; como el cazador que tiene atada el águila por una sola uña, fácilmente la puede que-

[1] D. Bern. serm. de ligno, feno et stipula. [2] 1. Cor. 10. 12. [3] Joan. 13. 2. [4] Ex D. Dorotheo serm. 11.

brar las alas y cortar la cabeza. O Salvador fortísimo, que veniste á echar de las almas al fuerte armado, que pacíficamente las poseia [1], muestra tu fortaleza en echarle de la mia, de modo que nunca mas se atreva á entrar en ella.

2. Lo segundo, ponderaré la razon aparente con que ésta serpiente astuta engañó á este miserable, coloreando la maldad de esta manera: Tu Maestro dice, que ha de morir esta Pascua, y los judíos lo desean y procuran mucho; pues ello ha de ser, y tu Maestro lo quiere, poco daño le hace en venderle; antes cumples su deseo y de camino cumplirás el tuyo cobrando el dinero que perdiste. Esta razon convenció á Judas, porque la pasion ciega el entendimiento, y le hace creer fácilmente todo lo que el demonio le dice en su favor, aunque sea muy injusto. De donde aprenderé á no dar crédito á pensamientos conformes á mi corazon apasionado, persuadiéndome que nacen de la serpiente infernal, cuyo oficio es engañarnos como á Eva, diciéndonos lo que nos dá gusto, coloreando el mal con apariencia de algun bien.

Punto cuarto.—Lo cuarto, se ha de considerar las personas á quien Cristo nuestro Señor es vendido, y el fin para que le compran.

1. Estos fueron los príncipes de los sacerdotes, con los demás escribas y fariseos, y ancianos del pueblo, al tiempo que estaban tratando de matar á Cristo, por la ira y rabia que tenian contra él. De suerte, que el traidor no le vende á su Madre, que le comprara segunda vez, como le compró en el templo para regalarle, ni le vende á otros discípulos ó amigos, que le compraran para libertarle y tomarle por Señor, sino véndele á los mayores enemigos que tiene; los cuales le compran para quitarle la vida con terribles tormentos. O crueldad endemoniada del vencedor! O furia infernal de los com-

[1] Lucæ 11. 21.

pradores! Bien se vé que Satanás era el tercero de esta venta y de esta compra, pues para tales fines se ordenaba. O mansísimo Cordero, qué injuria es esta que padece, siendo vendido para ser sacrificado por manos de tan crueles verdugos? O Salvador del mundo, vendido eres hoy, como el patriarca José lo fué de sus hermanos, aunque con diferente fin [1]; porque aquel fué vendido para librarle de la muerte, y tú lo fuiste para darle cruel muerte: aquel con su vida salvó á Egipto, y tú con tu muerte salvaste al mundo. Sálvame, Señor, por tu misericordia, y pues me compraste con el precio de tu sangre, no permitas que me venda por el vil precio del pecado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la grande afrenta que resultó á Cristo nuestro Señor de esta venta en la opinion de aquella gente, y la grande paciencia con que la llevó, cuando la estaba mirando, aunque estaba lejos. Porque es de creer, que Judas para encubrir una cosa tan fea como era vender á su Maestro, diria de él mucho mal á los del Concilio, diciendo, que se salia de su escuela, porque era quebrantador de la ley, enemigo de las costumbres antiguas, comedor y bebedor en los convites: que era regalado y pródigo, consintiendo que una mujer le ungiese piés y cabeza con un ungüento, que valia trescientos dineros, etc. Y todo esto oian con grande gusto aquellos sacerdotes, sin haber quien volviese por Cristo. O dulce Maestro, cómo no hay quien tape la boca de este falso murmurador, ni quien vuelva por vuestra inocencia, como Vos volvísteis por la Magdalena! O con cuánta razon os quejais por la boca de vuestro Profeta diciendo [2]: Si mi enemigo me maldijera, sufriéralo: y si el que me aborrecia dijera males contra mí, quizá me guardara de él. Pero qué hagas tú, ó Judas, mi amigo y compañero, y tan mio, que comíamos los dos con mucho gusto juntos, y andábamos en la casa de Dios

[1] Genes. 37 28. [2] Psal. 54. 13.

muy unidos! Grande, Señor, fué vuestra injuria; pero mayor fué vuestra paciencia, porque mas sentís la culpa del injuriador, que el daño que os viene de ella. Con este ejemplo se han de consolar los maestros, y los prelados y príncipes, cuando sin culpa suya dijeren mal de ellos sus discípulos, y sus súbditos ó vasallos.

3. Tambien fué grande afrenta de Cristo nuestro Señor en los ojos de aquella gente, y del pueblo, que de su escuela saliese un discípulo tan codicioso y abominable, que vendiese á su Maestro con muestras exteriores de grande aborrecimiento, de donde tomarian ocasion sus enemigos para decir: Cual es el discípulo, tal es el Maestro. O, Maestro celestial, no permitais que yo con mala vida os afrente, ni que por mi causa sea vuestro nombre blasfemado entre las gentes[1]: Seamos, Señor, todos vuestros discípulos tales cuales sois Vos, único Maestro nuestro, para que todos seamos gloria vuestra. Amen.

Punto quinto. —1. El precio porque es vendido Cristo nuestro Señor, fué treinta dineros de aquel tiempo: precio vilísimo; en el cual comunmente los judíos apreciaban á su esclavo, cuando alguno se le habia muerto[2]. Y esto acrecienta mucho la injuria del Salvador, pues por aquí se vé la baja estima que tenian de de él, así el que le vende, como los que le compran.

2. Pero mucha mayor injuria se le hizo en el modo del concierto, porque el discípulo, codicioso de algun dinero, puso el precio en la voluntad de los mismos compradores, diciéndoles: *Quid vultis mihi dare, et ego eum vobis tradam?* Qué me daréis, y yo os lo entregaré? Como quien dice: Dadme lo que quisiéreis, y yo le pondré en vuestras manos. Ellos, parte por ver la codicia del vendedor, parte por la baja estima y ódio que tenian de Cristo, á la primera palabra le ofrecieron los treinta dineros, que se daban por los esclavos, no en

[1] Isai. 52. 5. Rom. 2. 24. 2. Cor. 8. 23. [2] Exod. 21. 32.

satisfaccion de la muerte, sino para dársela cruelmente. O Salvador del mundo, cuán diferente estima teneis de los pecadores, de la que ellos tienen de Vos! Ellos os venden por treinta dineros, y Vos los comprais con vuestra sangre preciosa. Ellos ponen en voluntad de su carne el precio de esta venta, y Vos poneis en voluntad del Padre el precio de esta compra. O Padre eterno, formador de todo lo criado, mirad el precio en que es apreciado vuestro Hijo [1]. O Hijo de Dios vivo, con cuánta razon podeis decir: *Decorum pretium, quo appretiatus sum ab eis.* Donoso precio en que me han apreciado; mas pues habeis tomado forma de esclavo, no es mucho paseis por las bajezas del esclavo, siendo vendido por el precio de los esclavos. Gracias os doy por esta primera injuria que recibísteis en vuestra pasion, y en agradecimiento de ella me ofrezco por vuestro perpétuo esclavo, como deseo de nunca apartarme de vuestro servicio.

De aquí tambien tengo de sacar grande confusion y vergüenza, acordándome de las veces que he vendido á Cristo nuestro Señor por precio mas vil que treinta dineros; esto es, por un deleite de carne, ó un punto de honra, ó un interesillo de hacienda, entregándole otra vez á sus enemigos los pecados, para que dentro de mi corazon le crucifiquen. Y así puedo imaginar, que Cristo nuestro Señor me dice, lo que refiere el profeta Zacarias [2]: *Si os pareciere galardon por los bienes que os he hecho; y sino dejadlo, porque no os quiero forzar.* Y á esta peticion tan justa, lo que yo respondo con las obras, es venderle por tal vil precio, que me diga: *O donoso precio en que me apreciais!* O alma mia, cómo no te cubres de vergüenza, oyendo esta palabra de tu Redentor! O Redentor mio, cuán justo fuera quitaras de mí la vara de tu gobierno, y me cortaras el hilo de la vida, pues tan mal me sé aprovechar de ella! Perdóname, Señor, la injuria pasada, y ayúdame á que te aprecie como

[1] Zachar. 11. 13. [2] Zachar. 11. 12.

mereces, de modo que puedas decir sin ironía: *Hermoso precio es este en que me aprecias.*

Punto sexto. — Lo sexto, se ha de considerar lo que sucedió despues de esta venta, así en Judas, como en los príncipes de los sacerdotes.

1. Porque lo primero, Judas concertado el precio, *spopondit*, prometió de cumplir lo que habia ofrecido, y con gran cuidado buscaba oportunidad para hacer la entrega, por cobrar el precio; y así se volvió al colegio de los apóstoles, y á la compañía de Cristo, disimulando su maldad; porque como habia perdido la fe, pensó que Cristo no lo sabria. Pero Cristo nuestro Señor le admitió con tanto amor, como si no supiera lo que habia hecho, ejercitando en esto el amor de los enemigos con grande eminencia, sin reprenderle, ni afrentarle, ni descubrir su traicion. Quizá le diria: Amigo, seas bien venido; dónde has estado? qué has hecho? Y á sus falsas respuestas calló con gran disimulacion. O mansísimo Pastor y dulcísimo Padre, qué sentísteis en vuestro corazon, cuando vísteis entrar á este lobo en medio de vuestras ovejas, cubierto con piel de oveja para hacer prèsa en su propio Pastor? El disimula por no ser conocido, y Vos, aunque le conoceis, haceis el disimulado: él viene de procuraros la muerte, y Vos le recibís con tanto amor, como si en ello os fuera la vida. O caridad inmensa! O mansedumbre infinita! Hacedme, Señor, manso como oveja, para sufrir por vuestro amor los agravios de cualquier lobo.

2. Lo segundo, los príncipes de los sacerdotes quedaron tambien contentísimos, y mudaron luego de padecer; porque habiéndose resuelto de no matar á Cristo en el dia de la fiesta, porque no se levantase ningun alboroto en el pueblo, no quisieron perder la ocasion, y se resolvieron de matarle cada y cuando que Judas se le entregase, sin hacer caso del alboroto del pueblo. En lo cual se echa de ver por una parte la rabia de estos

crueles enemigos, y las ánsias que tenian de hundir á Cristo nuestro Señor; y por otra parte resplandece la sabiduría y providencia de Dios en salir con su traza, que Cristo muriese en el dia de aquella fiesta, para que fuese sacrificado el verdadero Cordero de Dios, cuando lo era el figurado. O Cordero inocentísimo Jesus, con cuánta razon os podemos llamar cordero pascual, porque vuestras fiestas y pascuas son morir por librarnos de la muerte, y ser sacrificado por darnos la vida: y si vuestros enemigos se dan priesa á querer mataros, aunque sea en fiesta solémne, mucha mas priesa teneis Vos en querer morir por ellos. Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico encendais mi corazon con tanto fervor, que tenga por fiesta y pascua, padecer algo por vuestro amor. Amen.

De lo dicho en esta meditacion, sacaré dos causas principales, por las cuales Cristo nuestro Señor permitió tanto tiempo á Judas en su escuela, esperándole á penitencia. La primera, para que entendamos, que en todas las congregaciones, aunque sean muy religiosas, ha de haber algunos malos, sin culpa del que las gobierna, como la hubo en esta, escogida por Cristo. Por lo cual dijo san Agustin[1]: *Ad quamcumque professionem te converteris, para te pati fictos*. En cualquier profesion de vida que escogieres, aparéjate á sufrir algunos fingidos; porque si no tragas esto, y te aparejas á sufrirlo, hallarás lo que no esperabas, y vendrás á faltar en tu vocacion, ó á turbarte en ella.

La segunda causa, fué para que le diese ocasion de ejercitar para nuestro ejemplo, los heróicos actos de mansedumbre, paciencia y caridad, y otras virtudes que no pueden ejercitarse sino es con enemigos. Y en particular, para dar ejemplo á los prelados y superiores, de tolerar á los malos súbditos, y ayudarlos, aunque les den muchas ocasiones de padecer, pues como

[1] Concione 1. in Ps. 36.

dice san Bernardo[1]: Los malos súbditos, como aumentan la carga del gobierno, así aumentan el merecimiento: *Et in quantum gravaris, in tantum lucraris.* Cuanto mas cargado, tanto mas ganancioso.

MEDITACION VII.

DE LA ÚLTIMA CENA, EN QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR COMIÓ EL CORDERO LEGAL CON SUS APÓSTOLES, Y COMO ANTES DE ELLO SE DESPIDIÓ DE SU MADRE SANTÍSIMA

PUNTO PRIMERO. — *Llegado el primer dia de los Azimos*[2], *cuando segun la ley, se habia de sacrificar el cordero pascual, que fué juéves, envió Cristo nuestro Señor luego por la mañana dos de sus apóstoles, Pedro y Juan, á Jerusalen desde Betania, diciéndoles: Cuando entraréis en la ciudad, toparéis un hombre con un cántaro de agua, seguidle; y decid al dueño de la casa donde entrare: El tiempo de mi partida está cerca, quiero celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos. Y él os enseñará un cenáculo grande y bien aderezado, y allí aparejaréis lo necesario para esta Pascua.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, el cuidado grande que Cristo nuestro Señor tenia con la observancia de la ley, pues quiso ir á Jerusalen adonde era necesario comer el cordero, con saber que le habia de costar la vida, y que allí habia de ser preso y crucificado, haciéndose obediente hasta la muerte. Además, como es propio de los perfectos obedientes prevenir con tiempo las cosas necesarias para cumplir su obediencia, así quiso con tiempo prevenir lo necesario para esta, dándonos ejemplo de obediencia y de diligencia, y providencia en la ejecucion de ella, para confusion de mis desobediencias, y de los descuidos y negligencias que tengo en la guarda de su santísima ley, aun en las cosas que me han de costar poco. Por tanto, ó

[1] Epist. 37. [2] Matt. 26. 17. Marc. 14. 13. Luc. 22. 10.

alma mia, acuérdate de lo que dice el Sabio [1]: Aparejа primero tu obra, y luego labra tu campo y edifica tu casa, porque no podrás labrar bien el campo de tu alma con mortificaciones, ni edificar la casa de tu conciencia con virtudes, si primero no aparejas lo necesario para el ejercicio de ellas.

2. Lo segundo ponderaré, como Cristo nuestro Señor escogió dos apóstoles los mas queridos, y los mas señalados en fe, amor y obediencia, Pedro y Juan, para que fuesen á prevenir la casa y huésped, y para que le ayudasen con su destreza y diligencia en la prevencion de lo necesario para el sacrificio del cordero. Y demás de esto, para enseñarnos el cuidado que hemos de poner en aparejar nuestras almas con lo necesario para celebrar el sacrificio y comida del Cordero purísimo de la ley nueva, que se nos dá en el santísimo Sacramento del altar, cuyo aparejo pertenece á la virtud de la fe figurada por san Pedro, y á la caridad figurada por el glorioso san Juan, ambas fervorosas y acompañadas con obediencia muy perfecta. O Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, justo es que te comamos con grande aparejo, limpiando y enderezando el cenáculo y sala donde has de ser espiritualmente sacrificado y comido. Envia, Señor, desde el cielo á esta pobre alma, viveza de fe y fervor de caridad, con prontitud de obediencia, que la ensanchen, adornen y aparejen como conviene, para esta celestial comida; porque si tú no me envias esta ayuda, nunca me aparejaré como debo para ella.

3. Lo tercero ponderaré, aquel breve y tierno recado que mandó dar al dueño de la casa. El Maestro dice: Mi tiempo es llegado, en tu casa quiero celebrar la Pascua con mis discípulos, el cual recado fué tan eficaz, que luego aquel hombre, tocado del divino Espíritu, ofrecio la mejor pieza de su casa, muy bien aderezada,

[1] Prov. 24. 27.

para que Cristo nuestro Señor celebrase allí su Pascua, sirviéndole con cuanto tenia. O Maestro soberano y Redentor mio, cuyo dicho es tan poderoso, que hace luego lo que dice, dí á mi alma: Mi tiempo es llegado, en tu casa quiero celebrar la Pascua con mis discípulos. O dichoso tiempo, en el cual mi Redentor quiere aplicarme el fruto de su pasion, y entrar en mi alma á celebrar la Pascua, que es tránsito de lo terreno á lo celestial! Ven, ó Maestro dulcísimo, con la dulce compañía de tus virtudes, y con ellas celebra dentro de mi alma esta Pascua y convite celestial: yo te ofrezco, no solamente la mejor pieza de mi casa, sino toda ella, pues toda es tuya; y ojalá fuera mejor de lo que es, para que te agradaras de estar siempre en ella.

Punto segundo. —1. Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor antes de salir de Betania, quiso despedirse de su Madre santísima, diciéndola, como era llegada ya la hora de su pasion y muerte, la cual habia deseado tantos años, para dar fin á la redencion del mundo, que su Padre eterno le habia encargado: y para prevenirla, es de creer que con un ánimo muy tierno pero muy varonil, la contaria todas las cosas que habian de pasar por él, diciéndola: Yo voy á Jerusalen á sacrificar y comer el cordero pascual, y á instituir el sacrificio y Sacramento, que por él es representado; y luego seré preso como ladron de mis enemigos en el huerto de Getsemaní: de allí me llevarán atado con gritería en casa de Caifás, donde pasaré toda la noche en graves desprecios y tormentos; y en siendo de dia me llevarán al tribunal de Pilatos, por cuyo mandado seré cruelmente azotado, y despues coronado de espinas, y escarnecido y sentenciado á muerte de cruz, y cargado con ella saldré de su pretorio al monte Calvario, donde seré crucificado entre dos ladrones, y al cabo de tres horas espiraré. Todo esto está decretado por mi eterno Padre, y es conveniente para la reden-

cion del mundo, y por esta razon gusto mucho de pasar por ello, pues basta que mi Padre lo quiera, para que yo lo acepte, y todos los que aman á mi Padre se conformen con su santa voluntad.

2. Oyendo la Vírgen estas y otras semejantes palabras que su Hijo la diria, fué su bendita alma traspasada con gravísimos dolores, porque cada palabra de aquellas era un cuchillo que atravesaba su corazon; pero levantando los ojos al cielo, hablando con el Padre eterno, le diria: Padre, si es posible, no beba vuestro Hijo y mio, este cáliz tan amargo de su pasion: pero no se haga mi voluntad sino la vuestra. Y volviéndose á su Hijo, le diria: Hijo, pues vuestra voluntad es beber este cáliz, dadme licencia que yo le beba enteramente con Vos, asistiendo á todos vuestros trabajos, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Vos quereis. De esta manera la Vírgen sintió en esta ocasion sumo dolor, con suma resignacion en la divina voluntad.

3. Tambien se puede piamente meditar, que Cristo nuestro Señor, como quien conocia la fe y valor de su Madre, la encomendaria, que en esta su breve ausencia recogiese el rebaño descarriado de sus apóstoles y discípulos, y los confirmase en la fe de su resurreccion, y los alentase y consolase. Y en razon de esto, es de creer la diria algunas razones de las muchas que dijo á sus discípulos en el sermon de aquella noche. Ó Vírgen soberana, cuán amargo dia fué este para Vos, bebiendo por junto el cáliz de la pasion que vuestro Hijo os iba relatando! Ya el cuchillo que Simeon profetizó, comienza á traspasar vuestra alma con gravísimo dolor: y si este es muy agudo, aparejad vuestro corazon, que mañana se aguzará mucho mas. O quién se hallara en vuestra compañía, para que siquiera gustara una gota de ese cáliz, y le tocara la punta de éste cuchillo! Alcanzadme, Señora, favor del cielo, para que de tal manera oiga y medite vuestros trabajos y los de vues-

tro Hijo, que merezca tener parte en ellos. Amen.

PUNTO TERCERO. — *Venida la tarde del juéves, salió Cristo nuestro Señor de Betania con sus apóstoles: y en llegando á Jerusalen, al lugar señalado, sentóse con ellos á la mesa, y díjoles* [1]: *Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua, esto es, este cordero pascual, antes que padezca.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, los semblantes diferentes que iban en este camino desde Betania hasta Jerusalen. Cristo nuestro Señor iba contento porque iba á padecer. Judas iba gozoso porque se le acercaba el tiempo y ocasion de entregar al que vendió, y cobrar el precio que le ofrecieron. Los apóstoles iban tristes por la muerte que temian de su Maestro, acordándose de lo que les habia dicho el dia antes: De aquí á dos dias será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado. O Hijo del hombre, Dios y hombre verdadero, cómo llevas en tu compañía al que ha de entregarte para ser crucificado? Mira que ese lobo ha de alborotar tu rebaño; y pues tanto has trabajado en recogerle, echa fuera al que ha de esparcirle. O qué pláticas tan dulces trabaria el Señor con sus discípulos para moderar la tristeza de su corazon, y aliviar el trabajo del camino! Dichoso el que camina con Jesus, no con fingimiento como Judas, sino con verdad como los demás discípulos, porque con su dulce compañía hallará alivio en su tristeza.

2. Lo segundo se ha de ponderar, la entrañable caridad y afabilidad de Cristo nuestro Señor, la cual mostró en aquellas tiernas palabras: *Con deseo he deseado comer este cordero con vosotros.* Como quien dice: Muchos dias ha que deseo grandemente este dia para daros muestras de lo mucho que os quiero, comiendo con vosotros no solo este cordero legal, sino otro mas precioso que os daré antes que padezca. O dulcísimo

[1] Luc. 22. 15.

y amorosísimo Maestro, estando tan cerca vuestra pasion tan amarga, decís, que con gran deseo habeis deseado este convite, antes de veros en ella? Con qué os pagaré tales deseos; sino con procurar otros tales para serviros? Y si Vos, Señor, deseais mucho comer conmigo esta última Pascua [1], yo tambien deseo mucho comerla con Vos. O Rey del cielo, que estais llamando á la puerta del corazon, deseando con gran deseo que os abramos, para entrar y cenar con nosotros: venid á mi casa que la puerta tengo abierta, y con gran deseo estoy deseando vuestra venida, para tener parte en vuestra cena.

Punto cuarto. — Lo cuarto se ha de considerar, el modo como Cristo nuestro Señor comió el cordero pascuál, guardando todas las ceremonias de la ley, y contemplando lo que significaban, con sentimiento de su corazon.

1. Mirando al cordero sobre la mesa muerto, desollado y asado en fuego [2], se le representó como habia de estar tendido en la mesa de la cruz, muerto y desollado con azotes, desangrado, y asado con fuego de tormentos. Mirando como le despedazaban sin quebrarle hueso se vió á sí mismo descoyuntado, sin que le quebrantasen las piernas como á los ladrones. Mirando la priesa con que le comian, miraba tambien la priesa con que descargaria sobre él la furia de sus enemigos para consumirle con tormentos. Gustando las lechugas amargas, se acordaria de las hieles y amarguras que le estaban esperando. Y cuando se vió con el báculo en las manos, se acordó de la cruz con que se habia de abrazar, y en que habia de estar enclavado. O dulce Jesus, cuán amarga era esta comida, mezclada con salsa de tan amarga representacion! Con esta salsa deseo siempre comer, acordándome de los trabajos que por mí padecísteis, y de la hiel y vinagre que por mí gustásteis.

[1] Apoc. 3. 20. [2] Exod. 12. 9.

2. Finalmente, acabada esta cena legal, es de creer que Cristo nuestro Señor daria gracias á su eterno Padre porque se habia puesto fin á esta figura y representacion, y se ofreceria á padecer todo cuanto en ella se representaba; por cumplir enteramente su voluntad, diciendo [1]: Padre mio, bien sé que estos holocaustos y sacrificios antiguos no te han agradado perfectamente, y que por esto me enviaste al mundo con cuerpo apto para ser crucificado. Ya es llegada la hora de este sacrificio, vesme aquí aparejado para cumplir tu voluntad; como lo has ordenado, así lo quiero. Gracias te doy Hijo de Dios unigénito, por este nuevo ofrecimiento que haces á tu eterno Padre: yo tambien me ofrezco á cumplir tu voluntad: mándame lo que quisieres, ayudándome con tu gracia á cumplir lo que me mandares.

MEDITACION VIII.

DEL LAVATORIO DE LOS PIÉS.

PUNTO PRIMERO.—*Sabiendo Jesus* [2], *que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, que estaban en este mundo, amólos hasta el fin.*

Sobre este punto, que es el proemio, y entrada que hace el glorioso san Juan para los misterios que se siguen, se han de ponderar las propiedades del amor que Cristo nuestro Señor tuvo á sus discípulos y á todos los suyos que vivian y habian de vivir en este mundo; presuponiendo, que este Señor tenia entonces tres familias de personas suyas: una de ángeles en el cielo; otra de almas justas en el limbo; y otra de discípulos en el mundo: y aunque estos estaban mezclados con otros muchos, que no eran suyos, porque eran malos, y ellos tambien tenian mezcla de algunas culpas é imperfecciones; con todo eso los amó con un amor tierno y pa-

Psal. 39. 7. [2] Joan. 13. 1.

ternal, porque eran suyos, eran sus hijos, sus amigos, y sus fieles devotos. De aquí se siguen las propiedades de este amor.

1. La primera es, que los amó como á cosa suya propia; y por consiguiente como á sí mismo, y en cierto modo mas que á sí mismo; pues con estar cercano á la muerte, como olvidado de sí y de sus trabajos, todo se ocupó en regalarlos, y perdió su vida por la vida de ellos [1], tomando los pecados y miserias de sus escogidos como suyas, y pagando con su muerte las deudas que ellos debian. O Amado de mi alma, si tú me amas como á cosa tuya, yo digo que te amo como á cosa mia; porque como yo soy tuyo, así tú eres mio. Yo soy criatura tuya, esclavo é hijo tuyo; pero tú eres mi Criador y Redentor, mi Señor y mi Padre, y te quiero amar, no como á mí, sino sobre mí, y sobre todas las cosas criadas y por criar, porque eres dignísimo de ser amado mas que todas ellas.

2. La segunda es, que los amó con amor perseverante hasta el fin: amólos mientras vivió en esta vida, y hasta que llegó al fin de ella; y amólos mientras vivieron, hasta que llegó para ellos su fin; y amará á todos los suyos hasta la fin del mundo. O amor constantísimo de Jesus, cuyo fuego no pudieron apagar las aguas de inmensas tribulaciones, ni los rios de innumerables tormentos! O qué de veces con mis pecados, cuanto es de mi parte, he querido ahogarle; pero siempre ha prevalecido, haciendo bien á quien le servia mal, arrojando nuevas brasas en la cabeza del que multiplicaba ofensas [2]. No ceses, Salvador mio, de amarme hasta el fin, para que yo tambien te ame sin fin. Amen.

3. La tercera propiedad, fué, que los amó con un amor excesivo sin tasa, hasta el fin donde puede llegar el amor, haciendo y padeciendo por ellos lo sumo que podia y convenia hacer y padecer, y deseando mucho

[1] Isai. 53. 12. [2] Prov. 25. 21.

mas sin fin, si fuera necesario para su remedio. O Amado mio, yo tambien deseo amarte como manda el precepto del amor con todo mi corazon, con toda mi alma, con todo mi espíritu, y con todas mis fuerzas, sin tasa alguna llegando si pudiese, al fin donde puede llegar el amor de una criatura para con su Criador. Querria amarte mas que los ángeles y serafines: y si fuera posible amor infinito, con ese te quisiera amar, sin cansarme con tu ayuda de crecer el amor, hasta llegar al fin de lo que tú has ordenado que te ame, pues mereces ser amado sin fin.

4. La cuarta, fué, que los amó para el fin; esto es, para él fin que fueron ordenados, que es amarle y servirle en esta vida mortal, y gozar de él en la vida eterna. No los amó para darles riquezas, ni honras ó regalos temporales, porque no era este su fin, sino para darles todos los medios de su gracia, con que alcanzasen el fin de la gloria. Y amólos para sí mismo, que es principio y fin de todas las cosas, para unirlos consigo con union de amor, en quien descansasen como en su último fin. O Amado mio, si te amase para el fin que me amaste! No te amo para que me des bienes temporales, sino ámote, porque me amas; y para que me des los bienes espirituales con que crezca en tu amor, y me junte sin fin contigo, que eres mi último fin, y suprema bienaventuranza. Amen. Estos afectos de amor tengo de ejercitar en todas las meditaciones siguientes, con las propiedades que quedan referidas.

Punto segundo.—*Acabada la cena legal del cordero, habiendo el demonio puesto en el corazon de Judas Iscariote, que le entregase á la muerte, sabiendo que el Padre puso todas las cosas en sus manos, y que salió de Dios y volvia á Dios, levantóse de la mesa, y quitándose la vestidura de encima, tomó un lienzo y ciñóse con él; y echando agua en una vacía, comenzó á lavar los piés de sus discípulos y á limpiarlos con el lienzo que tenia ceñido.*

Sobre este paso se ha de considerar, la excelencia de la persona que hace esta obra, el modo como la hace por sí mismo, y el misterio que representa de su encarnacion y pasion.

1. Lo primero, se ha de hacer pausa en lo que la hizo san Juan, ponderando la excelencia de la persona que se humilla á obra tan baja, como es lavar los piés de sus discípulos; porque tanto será mayor la humillacion, cuanto es mas alto el que se humilla: y tanto la humildad será mas heróica, cuanto fuere mas excelente la persona en quien se halla. Para esto miraré en Cristo nuestro Señor lo que tiene en cuanto Dios, y lo que tiene aquí en cuanto hombre: en cuanto Dios está en el cielo en medio de innumerables ángeles, que postrados á sus piés le adoran; en cuanto hombre, está en un pobre cenáculo, y en medio de unos viles pescadores, postrado á sus piés para lavárselos: en cuanto Dios, está vestido de hermosura, y ceñido de fortaleza, criando con sus manos todas las cosas; en cuanto hombre, está desnudo de sus vestiduras, ceñido con un lienzo, y con sus manos lava los piés lodosos de sus criaturas.

Pero en especial se ha de ponderar, como lo ponderó el Evangelista, que este Señor, que aquí se humilla, es infinitamente sabio, á quien nada se le esconde, ni la excelencia de su persona, ni la maldad del discípulo que le vende; ni la vileza y cobardía de los otros que tiene delante. Es tambien infinitamente poderoso, porque el Padre eterno puso todas las cosas en su mano y potestad, comunicándole su omnipotencia en cuanto Dios por la eterna generacion: y en cuanto hombre, por la union hipostática al Verbo. Es tambien Hijo natural de Dios, de quien nació *ab æterno*, y vino al mundo para remediarle, y despues de muerto volverá á Dios, á sentarse en su trono á la mano derecha de su Padre; y con saber todo esto claramente, quiso humillarse á esta obra; de suerte, que no se humilló por

ignorancia de lo que era, ni por fuerza que otro le hiciese, ni por ser de baja ralea, ni por tener bajos intentos y fines, sino solo porque quiso humillarse, y tomar forma de siervo por nuestro amor, cumpliendo perfectísimamente aquel consejo del Sabio, que dice [1]: Cuanto fueres mas grande, humíllate en todas las cosas. O infinita humildad, que así resplandeces en persona de tanta infinita dignidad para confundir la soberbia de mi infinita bajeza! Si Jesus, infinitamente sabio y poderoso [2], así se humilló cómo yo, sumamente ignorante y flaco, así me ensoberbezco? Si el Hijo de Dios, que procedió de Dios, y se vuelve á Dios, se bajó á tomar forma de siervo; cómo yo hijo de ira y esclavo del demonio, que fuí hecho de polvo, y me convertiré en el mismo polvo, presumo de engreirme, y querer ser servido como señor? O humilde Jesus, líbrame de este espíritu de soberbia, y fúndame en profunda humildad, pues tanta razon tengo para ser humilde.

2. Lo segundo ponderaré, como la humildad de este Señor tan alto fué amorosa y diligente, haciendo toda esta obra por sí mismo, sin ayuda de otro en señal de amor: El mismo se desnuda y ciñe: él echa el agua en la vacía, y la lleva adonde están sus discípulos, y se postra en tierra, y les lava; no las manos, sino los piés muy polvorientos y lodosos: y él mismo amorosamente se los limpia con la toalla con que estaba ceñido, regalándose y saboreándose en hacer todo esto por su persona, enseñándome á ejercitar las obras de humildad y caridad por sí mismo, gustando más de hacer que de mandar, y haciendo la obra humilde, sin mezcla de cosa jactanciosa [3]. O amantísimo Maestro, que sin hablar estais clamando, aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, comunicadme esa mansedumbre y humildad tan amorosa para hallar gracia en vuestros ojos, á quien siempre han agradado los mansos y humildes de corazon.

[1] Eccles. 3. 20. [2] Philip. 2. 7. [3] Matt. 11. 29.

3. Pero si es grande la humildad de esta obra exterior, mucho mayor es la humildad y solicitud que representa; la cual ejercitó con todos nosotros, pues por nuestra causa, siendo hijo de Dios[1], se apocó á sí mismo, tomando forma de siervo, y se desnudó las vestiduras de su gloria y grandeza, ciñéndose con carne mortal y pasible, sujeta á grandes penalidades: y en el monte Calvario consintió ser despojado de sus vestiduras con grande ignominia, y allí derramó en lugar de agua toda la sangre preciosísima de sus venas, depositándola en los sacramentos, que ordenó para lavarnos de nuestras culpas: y porque nosotros quedásemos limpios, quiso que el purísimo lienzo de su sacratísima humanidad, con que se ciñó, quedase en la apariencia sucio y manchado con ella. O Dios eterno, con que te pagaré lo mucho que por mí has hecho? Deseo desnudarme de toda grandeza temporal, y ceñirme con rigor de penitencia, y derramar mi sangre por tu amor cargándome de las penas con que te cargaste por mis culpas; y despues que hubiere hecho todo, diré[2], que soy siervo sin provecho; pues no hago la mínima parte de lo que hizo mi Señor.

Punto tercero.—El tercer punto, será considerar lo que pasó á Cristo nuestro Señor con san Pedro cuando llegó á lavarle los piés, y las razones que sobre esto hubo.

1. Lo primero, pasmado Pedro de la humildad de su Maestro, dijo: *Domine, tu mihi lavas pedes?* En las cuales palabras descubrió la viva fe que tenia de la grandeza de Cristo nuestro Señor, y de su propia bajeza, y de la vileza de aquella obra á que Cristo se humillaba. Y de la interior consideracion, y ponderacion de todo esto, vino á decir con afecto de grande admiracion y pasmo: Señor, tú á mí lavas los piés? Tú Dios infinito, Criador de cielos y tierra, Señor de los ángeles y se-

[1] Philip. 2. 7. [2] Lucæ 17. 10.

rafines, á mí criatura tuya, esclavo tuyo, pecador vilísimo y asquerosísimo, con esas manos, que dan vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos, quieres lavar, no mi cabeza ó mis manos, sino mis sucios y miserables piés? Yo, Señor, te habia de servir á tí, y lavar tus piés; y aun de esto no me tengo por digno, y tú quieres lavármelos á mí? De aquí tengo de aprender á sentir altamente de Cristo y bajaménte de mí, y haciendo comparacion de lo que un Dios tan alto hizo por un hombre tan bajo, sacar afectos de admiracion, de accion de gracias y de imitacion.

2. A este dicho de san Pedro, que procedia de gran fervor, respondió Cristo nuestro Señor, enderezándole á lo que convenia, con estas palabras: *Lo que yo hago no lo entiendes ahora, despues lo entenderás.* Como quien dice: Esto que hago tiene un misterio que no alcanzas yo te lo descubriré despues, ahora déjate gobernar. Respondió Pedro: *No me lavarás jamás los piés.* Replicóle Cristo: *Si non lavero te, non habebis partem mecum.* Pues si no te lavare, no tendrás parte conmigo. En lo cual se ha de ponderar lo mucho que ofende á Cristo nuestro Señor cualquier desobediencia y rebeldía, y cualquier asomo de pertinacia en su propio parecer, aunque sea con capa de humildad y de reverencia, pues este vicio solo bastó para que dijese á Pedro aquella tan terrible amenaza: *No tendrás parte conmigo*: que fué decir: no serás mas mi discípulo, ni te tendré mas en mi escuela y compañía, ni te admitiré á la herencia de mi reino. De donde aprenderé á no resistir á la voluntad de Dios y de mis superiores, por ningun título de aparente virtud, sino rendir mi juicio al primer aviso, y á la primera correccion de amor, antes que venga la segunda correccion con amenaza y temor; porque aunque sea tan privado de Cristo como san Pedro, y tan favorecido del eterno Padre como él lo fué, no durará mas la privanza de cuanto durare la obediencia:

y en faltando esta con pertinacia, faltará luego la privanza. O buen Jesus, dechado de toda perfecta obediencia, no permitas que me engañe mi propio juicio, anteponiéndole al tuyo, ni que con capa de humildad siga mi propia voluntad, dejando la tuya, porque no caiga sobre mí amenaza tan terrible, como es no tener parte contigo.

3. Lo tercero, tambien ponderaré la necesidad que tengo de que Cristo nuestro Señor me lave y limpie de mis culpas; pues si él no me lava, no tendré parte con él. Y á esta causa no dijo: si no lavare tus piés, antes dijo: Si no te lavare no tendrás parte conmigo. O Salvador del mundo, confieso que estoy sucio y manchado con innumerables pecados, de los cuales yo no me puedo lavar, porque el pecar fué mio, mas el perdonar es vuestro! Por tanto[1]: *Amplius lava me ab iniquitate mea, et à peccato meo munda me.* Lavadme Dios mio de mi grande maldad, y limpiadme de mi pecado: y despues que me hubiéreis una vez lavado, lavadme mucho mas, para que tenga mayor parte con Vos con mas seguridad de no perderla.

Punto cuarto.—Lo cuarto, consideraré el efecto que obró en san Pedro esta amenaza de Cristo, y lo que Cristo le respondió.

1. Porque primeramente á esta amenaza respondió Pedro: *Señor, no solamente los piés, sino manos y cabeza.* En lo cual descubrió el grande amor que tenia á Cristo nuestro Señor, y la grande estima que tenia de estar siempre con él, y lo mucho que sentiria apartarse de su compañía; y así dijo: Señor, si para tener parte contigo es menester que me laves, lávame, no solamente los piés, sino manos y cabeza. De donde aprenderé á rendirme á Dios y á mis superiores, siquiera por temor de que Dios no me aparte de sí, aunque este temor no es servil y de esclavos, sino temor

[1] Psal. 50. 4.

filial y de muy justos, porque es rendirse á Dios, por no carecer de Dios. Y á esta causa Cristo nuestro Señor no dijo á Pedro: Si no te lavare, echarte he en los infiernos, sino no tendrás parte conmigo, como quien deseaba ser obedecido, por temor casto y no por temor de esclavo.

2. A este dicho de Pedro, respondió Cristo nuestro Señor, diciendo: *El que está lavado, no tiene necesidad sino de lavar los piés, porque todo está limpio: vosotros estais limpios, aunque no todos, porque sabia quien era el que le habia de entregar.* En las cuales palabras pretendió enseñarnos, que quien está lavado por el bautismo, y penitencia de las culpas mortales, aunque está todo limpio, por cuanto tiene la limpieza necesaria para estar en gracia y amistad de Dios, pero tiene todavía necesidad de lavarse los piés de los afectos terrenos, y de las culpas ligeras, que se le pegan tratando en las cosas de tierra; y esto tambien es necesario para tener parte con Cristo en este sentido, que no entrarémos en el cielo, hasta habernos lavado de estas culpas, de las cuales tambien nos ha de lavar el mismo Cristo. De donde sacaré, cuan grave mal es un pecado venial, como pondera san Bernardo[1], y cuanto debe ser aborrecido, por dos títulos. El primero, porque no se perdona, sino es á costa de la sangre de Jesucristo, en cuya virtud somos lavados de estas manchas. El segundo, porque no es posible tener parte con Cristo en el cielo, hasta lavarnos de él, ó en esta vida ó en la otra con el fuego del purgatorio. Y pues el lavatorio del purgatorio es terribilísimo; como se dijo en la meditacion última de la primera parte, gran cordura será ya que cada dia me mancho con culpas veniales, lavarme á menudo de ellas con los suaves lavatorios que Cristo ha dejado en su Iglesia.

4. Finalmente ponderaré, la causa porque dijo el

[1] D. Bern. serm. in cœna Domini.

Señor: Vosotros estais limpios, aunque no todos, queriendo con esto secretamente avisar á Judas, que estaba sucio y que tenia necesidad de ser lavado, so pena de que nunca tendria parte con él; y de camino avisarme, que mire con diligencia si estoy limpio de culpas graves; porque entre muchos limpios, hay algunos que no lo están, y quizá seré yo uno de ellos: y aunque no sea mas que uno, no se puede encubrir á Cristo, el cual vé y conoce muy bien quién está limpio y quién sucio.

Punto quinto. — Lo quinto, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor, prosiguiendo su ejercicio de humildad y caridad, quiso ejercitarle con Judas, y llegando con su vacía adonde estaba, puesto á sus piés, se los lavó, y limpió con su lienzo como á los demás, y aun con algunas muestras de mayor caricia y amor para enternecerle. Y es de creer que le hablaria al corazon, diciéndole: O Judas, discípulo, y apóstol mio, qué te he hecho, porqué así me aborreces, y tratas de venderme? Si tienes alguna queja contra mí, aquí me tienes á tus piés, haz de mí lo que quisieres, con tal que no me ofendas, ni te pierdas? Quien te lava los piés del cuerpo, desea lavarte las manchas del alma: no te reuses ser lavado, porque de otra manera nunca tendrás parte conmigo [1]: y si no tienes parte conmigo, tu parte será con los hipócritas y fingidos en aquel miserable lago, donde todo será crujir de dientes, y perpétuo llanto. Puédese creer que derramaria lágrimas de sus ojos, por la dureza y miseria de aquel alma, y las mezclaria con el agua de la vacía, lavándole tambien con ellas: pero nada aprovechó, porque tenia el corazon obstinado, y poseido de Satanás. Pero este ejemplo ha de aprovechar para que aprenda yo á amar á mis enemigos, haciéndoles todo el bien que pudiere, para reducirlos á la verdadera amistad con Dios, y conmigo, por amor de Dios.

[1] Matt. 21. 51.

Y de la dureza de Judas tengo de sacar aviso para escarmentar en cabeza agena, acordándome de lo que dice el Sabio [1]: Que el pecador, cuando viene al profundo de los males todo lo desprecia; y que ninguno basta para corregir al que Dios ha despreciado, porque él quiso despreciar á Dios. O alma mia, contempla con atencion los dos retratos que tienen delante de tí, uno de la mayor caridad, y otro de la mayor dureza, que jamás hubo en el mundo. Adónde pudo más subir la caridad, que á bajarse el mismo Dios á lavar los piés del traidor, que trataba de venderle? Y adónde pudo llegar mas la dureza del traidor, que no ablandarse con la inmensa caridad del que estaba postrado á sus piés [2]? O Dios de mi alma, trueca mi corazon de piedra en carne, para que sienta tus divinos toques, y abrace tus amorosos ejemplos. Amen.

Punto sexto.—Acabado el lavatorio, Cristo nuestro Señor se desciñó el lienzo, considerando en él las manchas de los pecados agenos, que habian de ser causa que su humanidad quedase teñida con su propia sangre, derramada para librarnos de ellos; y tomando sus vestiduras, tornó á sentarse á la mesa, y dijo á sus apóstoles: *Sabeis lo que he hecho con vosotros? Llamáisme Señor, y maestro, y decís bien porque lo soy. Pues si yo, siendo vuestro Señor y maestro os he lavado los piés, cuánto mas vosotros debeis lavar los piés unos á otros? Porque yo os he dado ejemplo para que vosotros hagais lo qué yo he hecho. Si sabeis estas cosas, seréis bienaventurados si las hiciéreis. No digo esto de todos vosotros, porque yo sé los que he escogido.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, aquella pregunta de Cristo nuestro Señor: Sabeis lo que he hecho con vosotros? Esto es, el misterio que está encerrado en ello, y el fin para que lo hice? En lo cual nos dá á entender, que no todos los que ven sus obras, entienden

[1] Prov. 18. 3. Eccles. 7. 14. [2] Ezech. 36. 26.

el secreto, y el espíritu de ellas. O Maestro celestial, esclareced mis ojos con vuestra soberana luz, para que con viva fe, crea, entienda, y penetre las cosas que habeis hecho con nosotros, para que de todas me aproveche para gloria vuestra. Amen.

2. Lo segundo ponderaré, la fuerza de aquella razon que dice Cristo: Si yo, siendo vuestro Señor y maestro, os he lavado los piés, cuánta mayor razon es, que os laveis los piés unos á otros; esto es, que ejerciteis unos con otros obras de humildad y caridad; pues toda mi vida he gastado en daros ejemplo de estas virtudes, para que á imitacion mia os ejerciteis en ellas.

3. Ultimamente ponderaré aquella postrera palabra: Si esto sabeis, seréis bienaventurados si lo hiciereis. En que claramente enseña, que no basta saber los ejemplos de virtud que nos dió, sino los ponemos por obra; y que no es bienaventurado ni escogido para el cielo el que los sabe por saberlos, sino por imitarlos; pues Judas que estaba allí presente, los sabia, y no los imitaba, y por esto era de los réprobos. O bienaventuranza mia, pues me has hecho merced de que sepa lo que por mí hiciste, ten por bien que ejecute todo lo que me mandaste. Confieso que no hago lo que sé, ni obro lo que entiendo, por lo cual merezco ser castigado con grandes castigos; como el siervo que sabe la voluntad de su señor, y no la cumple [1]. Perdona, Señor, mis yerros pasados, y aliéntame á la enmienda de ellos, para que seá del número de tus escogidos, y llegue á ser bienaventurado, gozando de tí para siempre. Amen.

MEDITACIONES

DE LA INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Acabado el lavatorio de los piés de los apóstoles, y concluido el razonamiento, que Cristo nuestro Señor tu-

[1] Luca 12. 47.

vo con ellos, para declarar el misterio que en él estaba encerrado, quiso dárles otras mayores muestras del amor que les tenia, y otras mas regaladas señales de que los amaba hasta el fin, no solo hasta el fin de su vida, sino hasta el fin del mundo: y para esto quiso instituir un exelentísimo Sacramento, en el cual se quedase con ellos real y verdaderamente, mientras durase el mundo, haciéndoles un solemne y continuo convite, con darles á comer su propio cuerpo, y á beber su propia sangre [1], con un modo maravilloso, suave y muy regalado, como se verá por las meditaciones siguientes.

MEDITACION IX.

DE LO QUE HIZO CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTES DE INSTITUIR EL SANTÍSIMO SACRAMENTO, PARA REPRESENTAR LA DISPOSICION QUE HAN DE TENER LOS QUE LE HAN DE RECIBIR.

PUNTO PRIMERO.—Lo primero consideraré, las causas porque precedió el lavatorio de los piés á la institucion de este soberano Sacramento.

1. La primera fué, para enseñarnos la grande pureza y limpieza que han de tener los que le han de recibir, y participar de este convite, procurando no contentarse con estar limpios de los pecados graves, sino en cuanto pudieren de los ligeros, lavando sus piés del polvo que se les pega con las aficiones terrenas; porque siendo Cristo la misma limpieza, razon es recibirle con la mayor limpieza que nos fuere posible, lavándonos con el sacramento de la confesion, y con agua de lágrimas, suplicando á este Señor que él nos lave y purifique, para dignamente recibirle. Tengo de imaginar, que Cristo nuestro Señor me dice, lo que dijo á san Pedro: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo en este convite, porque no recibirás la parte de los frutos y gozos que reciben los que asisten lavados y puros. O Dios de

[1] Matt. 28. 20.

mi alma, si esto es así, lavadme cabeza, manos y piés, lavad mis pensamientos, obras y afectos, para que lavado, puro y limpio, asista en éste convite, y participe de su fruto. Amen.

2. La segunda causa fué, porque era costumbre, cuando uno convidaba á otro, lavarle los piés, en señal de humildad y caridad: y por esto se quejó Cristo de Simon[1], que cuando entró Cristo en su casa á comer, no le dió agua para sus piés: y debajo de esta loable costumbre, quiso significar Cristo nuestro Señor, que los que han de asistir á este convite, á imitacion suya, se han de ejercitar en grandes afectos de humildad y caridad, que son las dos mejores disposiciones que pueden llevar, humillándose delante de Dios y de los hombres, y amando entrañablemente á Dios, y á todos los hombres por Dios; cumpliendo con ellos las obras de piedad con reverencia y caridad. Por tanto, alma mia, si quieres gozar del convite de Cristo, aprende primero la leccion que te leyó, cuando dijo: Sabeis el ejemplo que os he dado? Sigue, pues, su ejemplo, para que te entre en provecho su Sacramento.

Punto segundo.—Lo segundo, consideraré las causas porque procedió la cena del cordero pascual[2] á la cena misteriosa en que se instituyó y comió este divino Sacramento, que fueron dos principales, en que la figura y lo figurado se podian conformar.

1. La primera, para que entendiésemos, que así como aquel cordero se sacrificaba, en agradecimiento de la merced que Dios hacia á su pueblo en sacarle del cautiverio de Faraon, y con su sangre se señalaban las puertas de las casas de los hebreos, para que el ángel de Dios, que mataba todos los primogénitos de Egipto, no tocase en ellas, y con su carne se confortaban los que habian de hacer aquella jornada para comenzarla, y proseguirla con esfuerzo; así tambien este Cordero de-

[1] Lucæ 7. 44. [2] Exod. 12. 11.

Dios [1], cuya carne y sangre está en este santísimo Sacramento, se sacrifica en la misa, en memoria y agradecimiento de la merced soberana que nos hizo el mismo Cristo en sacarnos del cautiverio del demonio, por medio de su pasion y muerte; y con su sangre, y en virtud suya somos preservados de la culpa y de la muerte eterna; y con su carne preciosa somos sustentados y confortados, para salir de esta servidumbre de Egipto, y comenzar con fervor la jornada de la virtud, y proseguirla hasta la vida eterna. O Cordero de Dios [2], muerto desde el principio del mundo, no en tu santa humanidad, sino en las figuras de ella, comenzando desde el principio del mundo á comunicar las gracias y dones que con tu muerte habias de merecer, qué te daré por los innumerables bienes que con tu preciosa muerte me has ganado? No tengo, Señor, cosa mas preciosa que darte [3], que es ofrecer este sacrificio de tí mismo, y recibir el cáliz de mi salud, con alabanzas de tu santo nombre. Líbrame ó purísimo Cordero, de la esclavonía del demonio! No muera en la casa de mi alma su primogénito, que es su libre albedrío, y confórtame para que camine por el desierto de esta vida, hasta llegar al descanso de la gloria. Amen.

2. La segunda causa fué, para enseñarnos en la comida del cordero legal, las disposiciones con que habiamos de comer este divino Cordero, figurado por él. Porque primeramente se ha de comer ceñidos los cuerpos con la santidad, mortificando todos los deleites sensuales de la carne, porque es cordero castísimo y amicísimo de esta pureza virginal. Lo segundo, calzados los piés con la guarda del corazon, y de todos nuestros afectos, para que no se enloden, ni lastimen con las cosas de la tierra. Lo tercero, teniendo báculos en las manos, con la confianza en la cruz de Cristo nuestro Señor, y en su proteccion y gobierno, haciendo obras agradables á sus

[1] D. Thom. 3. p. q. 83. art. 1. [2] Apoc. 13. 8. [3] Psal. 115. 12.

ojos. Lo cuarto, comiéndole aprisa con apresuracion de fervor espiritual, sacudiendo toda pereza y flojedad, comiendo este cordero, no con acedia, tedio ni fastidio, sino con hambre y deseo grande de comerle. Lo quinto, comiéndole con pan sin levadura, y con lechugas amargas; esto es, con pureza de alma, sin corrupcion de culpa, y con ejercicio de mortificacion amarga á la carne. Finalmente, comiéndole, no crudo ni cocido en agua, sino asado en fuego, porque no tengo de comerle, sin consideracion de lo que es este manjar, ni con sola consideracion fria y helada, sino con tal meditacion, que encienda el fuego del amor en el corazon.

Ponderadas estas seis cosas, haré reflexion sobre mí mismo para confundirme de la ruin disposicion con que como este celestial Cordero, y para alentarme á procurarle con grandes veras, diciendo aquello del Apóstol [1]: Pues Cristo, nuestro Cordero pascual, ha sido sacrificado por nosotros, comámosle en este convite, no con levadura de malicia y fingimiento, sino con sinceridad y verdad.

Punto tercero.—El tercer punto será, refrescar la memoria de aquellas palabras amorosas, que referimos haber dicho Cristo nuestro Señor á sus apóstoles al principio de la cena, y quizá las dijo al principio de esta cena sacramental [2]: *Con gran deseo he deseado comer con vosotros este cordero pascual, antes que padezca. Dígoos de verdad, que no le comeré mas, hasta que se cumpla, y venga el reino de Dios*. En las cuales palabras se nos avisa dos cosas para disponernos admirablemente á recibir este Sacramento.

1. La primera, que le debemos comer con gran deseo, y muy vehemente, así como él deseó comerle vehementísimamente con los suyos; porque Cordero tan precioso se ha de comer con grandísima hambre y deseo, nacido de la consideracion de nuestra necesidad, y de

[1] Cor 5. 7. [2] Lucæ 22. 15.

su excelencia y dignidad; porque ni la necesidad puede ser mayor que la mia; ni la excelencia del manjar mayor que la suya y así no ha de haber hambre mayor que esta.

2. La segunda es, que hemos de comer este Cordero cada vez, como si fuese la postrera, y como quien no le ha de comer mas hasta el cielo; pues por esto se llama Viático para pasar á la otra vida: y si con este afecto comulgo, será la comunion devota y provechosa acordándome de lo que dice el Sabio [1]: *Cuanto te sentares á comer á la mesa con el Príncipe, diligentemente considera lo que se te pone delante, y entra un cuchillo por tu garganta.* Esto es, como este manjar que te dá el Príncipe del cielo, como quien tiene el cuchillo á la garganta, y está cerca de espirar; y cómete, habiendo primero mortificado los afectos desordenados de la carne, como los mortificarias si entendieses que esta comida hábia de ser la postrera. O Rey del cielo, pues quieres que me siente contigo á esta soberana mesa, dame valor para degollar todas las aficiones que me hacen indigno de ella, aparejándome para este convite, como quien está de paso para ir luego al eterno, donde goce de tí por todos los siglos. Amen.

MEDITACION X.

DEL TIEMPO, LUGAR Y COMPAÑÍA QUE ESCOGIÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR PARA INSTITUIR ESTE SANTÍSIMO SACRAMENTO.

PUNTO PRIMERO.—Lo primero consideraré las causas porque Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento la noche de su pasion y víspera de su muerte, pudiendo dilatar la institucion para despues de su resurreccion.

1. La primera causa fué, para descubrir la grandeza del amor que nos tenia; pues cuando los hombres trataban de quitarle la vida con terribles tormentos y deshonras, él estaba instituyendo un convite celestial

[1] Prov. 23. 1.

para darles la vida con admirables regalos y favores, del cual habian de gozar muchos de aquellos que actualmente trataban de darle la muerte; con lo cual juntamente nos enseñaba, que con las injurias y persecuciones de los malos, no fueron parte para entibiar su caridad, ni para que dejase de regalar con este banquete á los escogidos; así ningunos trabajos, desprecios, ó tormentos han de ser parte para que los escogidos dejen de servirle, y de participar de este soberano convite, y coger su copioso fruto. Por donde echaré de vér con cuanta razon dijo san Pablo [1]: Quién nos apartará de la caridad de Cristo, así de la caridad que él nos tiene, como de la que nosotros con su ayuda le tenemos? Por ventura podrán hacer divorcio, y apartamiento entre estas caridades y amistades, la tribulacion ó la angustia? La persecucion ó el cuchillo? Cierto estoy, que ni la vida, ni la muerte, ni criatura alguna nos podrá apartar de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesus. O dulce Jesus, cierto estoy que ningunas persecuciones amortiguarán tu caridad, pues en medio de ellas nos diste por prendas de perpétuo amor tu cuerpo en manjar, y tu sangre en bebida; por lo cual te suplico me concedas otra caridad tan encendida, que ninguna persecucion baste para entibiarla.

2. La segunda causa fué, para descubrir el entrañable deseo que tenia de estar siempre con nosotros [2], no solo en cuanto Dios, sino en cuanto hombre; y así cuando se habia de apartar de nosotros, segun la presencia corporal, visible, y ordinaria de su humanidad, trazó quedarse con otro modo de presencia, tambien ordinaria, y perpétua hasta la fin del mundo, debajo de las especies de este Sacramento. Y aunque bastara instituirle poco antes de su ascension y subida á los cielos, no quiso sino antes de la pasion, por dejar entablado en su vida mortal este modo de quedarse con los hom-

[1] Rom. 8. 35. [2] D. Thom. 3. p. q. 83. art. 5.

bres mortales, por cuyo amor le instituia, y para que se viese su infinita caridad; pues cuando los hombres querian echarle del mundo por envidia y rencor, él trataba de quedarse con ellos en el mundo por otro modo, con grande piedad y amor. O Amado de mi corazon, si tanto deseas estar siempre conmigo, yo deseo estar siempre contigo, mirándote presente en todo lugar en cuanto Dios, y en este santísimo Sacramento en cuanto hombre. O quién pudiera asistir siempre en la iglesia cuando se celebra este divino misterio, y á donde está este divino Sacramento, para gozar de su presencia; mas ya que no puedo lo que deseo, haré lo que puedo procurando estar allí las veces que pudiere con alma y cuerpo, y siempre con el corazon y afecto.

3. La tercera causa fué, para que nunca faltase en el mundo un memorial de su pasion sacratísima [1], y algun sacrificio ordenado para aplacar y glorificar á Dios; y como en aquella cena y con su pasion cesaba ya el memorial del cordero y los sacrificios de la ley vieja, quiso entonces instituir este divino Sacramento y sacrificio, para que fuese memorial y representacion de su pasion, por el cual se nos aplicase el fruto de ella: y aunque bastara instituirle despues de su resurreccion, no quiso sino antes; porque el amor vehemente gusta mas de anteponer el bien que ha de hacer por su amado, y por obligarnos con esto á que tuviésemos mas tierna memoria suya; porque lo que los padres encomiendan á sus hijos, cuando están cercanos á la muerte, suele quedar mas impreso en sus memorias. O Padre amantísimo, pues en tal hora me dejaste memorial tan amoroso de tu pasion y muerte [2], con gran memoria me acordaré de tí hasta que la vida se me acabe: si me olvidara de tí, olvidada sea mi mano derecha, y mi lengua se pegue al paladar, si de tí no me acordare.

[1] Lucæ 22. 19. [2] Thren. 3. 20. Psal. 136. 5.

Punto segundo. —Lo segundo consideraré, el lugar que Cristo nuestro Señor escogió para instituir este Sacramento[1], y el misterio que en él está encerrado, porque escogió un cenáculo grande y bien aderezado, ofrecido con muy buena voluntad, por un hombre cuyo nombre no se declara; y Cristo nuestro Señor le aceptó y apropió para sus obras misteriosas, porque en este cenáculo se recogieron los apóstoles con la Vírgen despues de la pasion[2]; allí se les apareció Cristo despues de su resurreccion; allí se recogieron en oracion á esperar la venida del Espíritu santo; y allí vino sobre ellos con lenguas de fuego; y de allí salieron á predicar la ley evangélica. Y aunque este cenáculo principalmente es figura de la Iglesia católica[3], en la cual sola, y no fuera de ella se puede comer este cordero, y recibir las gracias y dones que de él proceden, tambien lo es del alma donde Cristo nuestro Señor entra y reside por medio de este divino Sacramento; la cual ha de ser grande y muy capaz, por los dones celestiales: ancha, por la latitud de la caridad y amor de Dios y del prójimo: larga, por la longanimidad de la esperanza; y aderezada con todo género de virtudes, que son la tapicería de la casa en que Diós mora; porque como está el cielo adornado con estrellas, así ha de estar el alma adornada con virtudes. O Dios eterno, pues te dignas venir á esta pobre alma, mira que de su cosecha es morada pequeña, estrecha, corta y sin adorno alguno; engrandécela con tus dones, y ensánchala con tu caridad, dilátala con tu confianza, adórnala con tus virtudes, inclina esos cielos estrellados[4], y estampa en mí una viva figura de ellos, para que sea digna morada tuya. Amen.

El misterio de los dos discípulos que vinieron á negociar este cenáculo, hace tambien á este propósito, como se declaró en la meditacion 7ª.

[1] Marc. 14. 15. Luc. 22. 12. [2] Act. 1. 13. [3] Exod. 12. 46. [4] Psal. 143. 5.

2. Lo segundo ponderaré, como Cristo nuestro Señor estima en mucho una voluntad buena y pronta de recibirle, sin hacer caso de las grandezas ni excelencias del mundo, y por esto no quiso que se declarase el nombre de este hombre, que le dió su cenáculo, para significar que no repara ni hace caso que sea rico ó pobre, noble ó plebeyo, letrado ó idiota, el que le ha de recibir en su alma, sino solamente de que le ofrezca lo que tiene, con una voluntad buena y devota, inspirada por Dios, consintiendo el hombre.

Finalmente, cuando entra en el alma que dignamente le recibe, se la apropia y toma por suya, y la hace su casa de oracion, y la descubre sus misterios, y comunica los dones del Espíritu santo, y la hace salir á publicar sus grandezas, para que ayude á sus prójimos. O dichoso el que acierta á ser cenáculo de Cristo en quien se agrade, y á donde resida y obre sus misterios! Venid, Señor, á este cenáculo de mi corazon, y tomadle por vuestro, que de hoy mas no quiero que sea mio.

Punto tercero. — Lo tercero consideraré, la compañía de personas que escogió Cristo nuestro Señor para instituir en su presencia este santo Sacramento, y darles parte de él, que fueron sus apóstoles, entre los cuales lo mas cierto es, como dice santo Tomás [1], que estuvo Judas, que aun no era salido del cenáculo, ponderando cuan diferentemente estaban allí los once apóstoles y este traidor: porque los once estaban presentes con el cuerpo y con el espíritu, con atencion y reverencia, mirando y entendiendo lo que Cristo nuestro Señor hacia, y recibiendo aquella comida con grandísima devocion, y haciendo diferencia de ella á las otras; pero Judas estaba allí presente con solo el cuerpo, porque con el espíritu estaba en sus malvadas pretensiones; y así, ni atendia ni entendia lo que Cristo estaba haciendo: y recibió aquel Pan de vida, sin hacer dife-

[1] D. Thom. 3. p. q. 81. art. 2

rencia de él al pan ordinario, y así no le entró en provecho; antes se le convirtió en daño, y de allí salió para vender á su Maestro, y paró en muerte desastrada, cumpliéndose en él lo que dijo san Pablo [1], que quien comulga indignamente, es culpado contra el cuerpo y sangre del Señor, como si otra vez le entregara á sus enemigos. Por lo cual muchos caen enfermos, y se debilitan y aun mueren desastradamente; y así por no hacer tal injuria á cuerpo tan venerable, he de procurar asistir á este convite como los apóstoles, con cuerpo y con espíritu, con atencion, reverencia y devocion, reparando en lo que Cristo nuestro Señor hace por mí, y en lo que voy á hacer cuando le recibo, apartando el corazon, no solamente de las cosas malas, sino de otros negocios diversos, atendiendo, como dice el Sabio [2], con diligencia á mirar lo que me ponen delante.

MEDITACION XI.

DE LA MARAVILLOSA CONVERSION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO DEL PAN EN SU CUERPO, Y DEL MODO COMO ÉL Y LOS APÓSTOLES COMULGARON.

Punto primero. — Lo primero, se ha de considerar, como estando Cristo nuestro Señor sentado en la mesa, tomó en sus benditas manos un pan de los que allí estaban, y diciendo estas palabras [3]: *Este es mi cuerpo*, en virtud de ellas mudó la sustancia del pan en su santísimo cuerpo. De suerte, que lo que al principio de las palabras era verdadero pan, en el instante que las acabó, se convirtió en su verdadero cuerpo, cubierto con los accidentes exteriores del pan.

Sobre esta verdad de nuestra fe, tengo de ponderar las infinitas grandezas que Cristo nuestro Señor descubrió en esta obra, en especial su infinita sabiduría, omnipotencia, bondad y caridad.

[1] 1. Cor. 11. 27. [2] Prov. 23. 1. [3] Matt. 26. 26. Marc. 14. 22. Luc. 22. 19. 1. Cor. 11. 24.

1. La sabiduría descubrió en inventar un modo tan inefable de comunicarse á los hombres, y darles sustento de vida, el cual modo solo Dios con su saber infinito pudo alcanzar; y así como la sabiduría de Dios resplandeció en la encarnacion, hallando modo como juntar cosas tan extremas, como son Dios y hombre, en unidad de persona para nuestro remedio, así en este misterio de la Eucaristía resplandece en haber hallado modo como juntar á Dios hecho hombre, con especies y accidentes de pan y vino, en un Sacramento para nuestro sustento. De donde sacaré afectos de admiracion, gozo y alabanza, gozándome de tener un Dios tan sabio, y alabándole por estas invenciones de su sabiduría, y rindiendo mi juicio con actos de fe á lo que inventó con ella: pues no es mucho que el infinitamente sabio sepa hacer lo que yo no alcanzo á entender. O sapientísimo Jesus[1], en quien están depositados los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios, dame alguna parte de ellos, para que sepa conocer y estimar esta merced, y darte las gracias debidas por ella.

2. Lo segundo, resplandece aquí la omnipotencia de Cristo nuestro Señor, en que con una sola palabra, en un momento hace innumerables milagros, así en el pan, como en su mismo cuerpo, para amasarlos, y juntarlos para nuestro sustento; porque en un instante muda y convierte la sustancia del pan en su cuerpo, quedándose solos los accidentes del pan para encubrirle; y le dispone de tal manera, que todo él está debajo de una cantidad muy pequeña de una hostia: de modo, que todo está en toda y en cada parte de ella, sin que se divida el cuerpo, aunque se divida la hostia. Todo lo cual tengo de creer con viva fe, pues basta ser Dios omnipotente, para creer que lo pudo hacer y que lo hizo, pues lo dijo. O grandeza de la omnipotencia de Cristo! qué es esto que haceis, omnipotentísimo Salva-

[1] Colos. 2. 3.

dor? Para sustentar á un vil gusanillo, trastornais el órden de la naturaleza, guisando con nuevo modo la disposicion de vuestro cuerpo, para acomodarle á la pequeñez de vuestro esclavo? Bendita sea vuestra omnipotencia, por la cual os suplico me troqueis en otro varon, para que goce el fruto de ella.

3. Lo tercero, se descubre aquí la infinita bondad y caridad de Cristo nuestro Señor con las mayores muestras que pudo dar de ella para nuestro sustento. Porque así como el Padre eterno mostró su bondad y caridad en dar al mundo para su remedio la cosa mas preciosa que tenia, que era su Hijo, y con él nos dió todas las cosas para que fuese copiosa nuestra redencion [1]; así el Hijo de Dios mostró su bondad y caridad en darnos para nuestro sustento la cosa mas preciosa que tenia, que era á sí mismo y su precioso cuerpo, con todo cuanto dentro de él estaba; como si un rey tuviese un cofre muy rico, lleno de grandes tesoros de oro y plata, perlas y joyas de inestimable valor, y dijese á uno: Toma este cofre para tí, dándole el cofre, le dá cuanto está dentro de él; así nuestro soberano Rey, dándonos su cuerpo y carne santísima, nos dá tambien su sangre, su alma, su divinidad, y los tesoros de sus merecimientos y satisfacciones, para que gocemos de ellas, queriendo estar siempre con nosotros, y ser nuestro compañero, nuestro convite, y regalador perpétuo. O Amado mio, con qué podré responder á tanta bondad y caridad como mostrais en este Sacramento? Vos me dais lo mejor que teneis, yo os quiero dar lo mejor que tengo: Vos me dais á Vos mismo, y á todas vuestras cosas, veis aquí os ofrezco á mí mismo, y á todas mis cosas, mi cuerpo y mi alma, mi sangre y mi vida, y cuanto puedo tener ofrezco á vuestro servicio. Ayudadme para que cumpla lo que deseo, en agradecimiento de lo mucho que por esta merced os debo.

[1] Jo. 3. 16. Rom. 8. 32.

4. Finalmente, aquí resplandece el celo ferventísimo que tuvo Cristo nuestro Señor de nuestra salvacion, inventando tal medio para aplicarnos él mismo los frutos de su pasion; de suerte, que puede ya decir: *Zelus domus tuæ comedit me.* El celo de tu casa me comió; no solamente me comió y consumió la honra, hacienda y vida, sino me hizo comedero; y que me dejase comer por dar salud y vida á los que moran en mi casa. O dulce Jesus, gracias te doy por este celo tan encendido que tienes de la casa de tu Padre, que es tu Iglesia: y pues tambien mi alma es casa tuya, por la cual te haces manjar para mi sustento, concédeme tan ferviente celo de tu gloria, que me deje comer y deshacer en razon de volver por ella.

Punto segundo.—Lo segundo consideraré las grandezas misteriosas que se encierran en las palabras que Cristo nuestro Señor dijo consagrando el pan. San Lucas refiere que dijo [1]: *Este es mi cuerpo, que se dá por vosotros.* Y san Pablo dice [2]: *Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros.*

1. Lo primero, se ha de ponderar, que no dijo: Este es figura ó representacion de mi cuerpo, sino es mi cuerpo real y verdadero, para declarar la presencia de su real cuerpo santísimo, y dar muestras excelentísimas de su misericordia y providencia paternal; porque en realidad de verdad, para lo que es santificarnos y sustentarnos espiritualmente, bastara que este Sacramento fuera puro pan, en cuanto representaba á Cristo, así como agua pura en el bautismo nos lava y santifica; pero la infinita caridad de Cristo no se contentó con esto, sino quiso él mismo por su propio cuerpo, y por su propia persona, estar en este Sacramento y santificarnos, para manifestacion del amor que nos tenia, y del cuidado con que tomaba nuestro regalo y sustento; porque lo que uno hace por sí mismo, hácelo con

[1] Luc. 22. 19. [2] 1. Cor. 11. 24.

mayor amor, con mas compasion, y con mas diligencia y providencia; como la madre que estima y ama mucho á su hijo, y por esto no consiente que otra ama le crie, ni quiere que sea sustentado con leche agena, sino ella misma le cria con leche de sus pechos, y se los dá muy tierna y amorosamente, con muy gran cuidado y compasion de su necesidad [1]. O Padre amantísimo! O Madre y ama nuestra piadosísima, cómo no me deshago en servirte con amor, haciendo por tí, lo que tú haces por mí? No me quiero contentar de hoy mas con hacer lo que tú me mandas para cumplir tus preceptos, sino hacerlo de tal modo, que cumpla perfectísimamente tus consejos.

2. Lo segundo, se ha de ponderar, que no dijo: Esto es parte de mi cuerpo, ó de mi carne; sino esto es mi cuerpo todo entero y perfecto: porque aunque cualquier partecita de su carne bastara para santificarnos, quiso poner allí su cuerpo entero, su cabeza, ojos, oidos, boca, lengua, pecho, corazon, manos y piés, para significar, que con sus miembros sacratísimos, quería santificar todos los miembros del que le recibe, y sanar á todo el hombre entero. Con sus ojos quiere santificar los mios, con su corazon el mio, y con sus manos las mias, á la manera que el profeta Eliseo para resucitar al niño difunto [2], se encogió y juntó sus ojos, boca y manos con las del niño, y de este modo le dió vida. Y así cuando le recibo, tengo de hablar con él, discurriendo por sus miembros benditísimos, y decirle: O dulce Jesus, pues os habeis encogido tanto en este Sacramento por dar vida á mi alma con vuestros ojos y oidos, santificad los mios, para que solamente vean y oigan lo que os agrada; con vuestra lengua purificad la mia, para que no hable palabra que os ofenda; con vuestros piés y manos fortaleced los mios, para que no falten en hacer lo que os dá gusto. O Amado mio, abrid

[1] Osseæ 11. 3. [2] 4. Reg. 4. 34.

esos vuestros ojos de misericordia, miradme con ellos, y alumbrad los mios, para que os conozcan y crean con viva fe. Abrid esos oidos, y oid mis oraciones y gemidos, haciendo que los mios se abran para oir vuestra palabra, y obedecer á vuestra santa ley. Abrid esa boca y lengua benditísima, y decidme algo al corazon, con que mi boca se abra para bendeciros, y mi lengua nunca cese de alabaros. Abrid, Dios mio, vuestro pecho y dilatad vuestro corazon, meledme dentro de él, para que todo me encienda y abrase, con el fuego de vuestro amor. Extended vuestras manos, y tocadme con ellas para santificar las mias en las obras que hicieren: por los pasos que dieron vuestros piés santísimos, os suplico que endereceis los mios, para que sean conformes á los vuestros, y todo mi cuerpo sea un vivo retrato de la santidad que tuvo el vuestro.

3. Lo tercero, se ha de ponderar aquella palabra última: Este es mi cuerpo, que se dá, ó se entregará por vosotros; en lo cual se nos dá á entender, que allí está el cuerpo que habia de ser vendido y entregado á la muerte por nosotros, y que él mismo se entregaba para ser comido, y uno y otro procede de un mismo amor para con nosotros, y así tengo de considerar en este cuerpo santísimo las cinco llagas que recibió en la pasion, que son señales de su muerte y de nuestra vida, y por ellas pedirle que me vivifique y santifique y me entre dentro de ellos, diciéndole: O Cuerpo santísimo de mi Salvador, que fuiste en la cruz traspasado con clavos y lanza, recibiendo cinco llagas muy crueles, y ahora estás en el cielo y en este Sacramento con las mismas muy resplandecientes, yo te adoro, alabo y glorifico, y te suplico por esas llagas, que cures las mias, y conviertas en hermosura y resplandor con tu gracia, la fealdad é ignominia en que yo caí por mi culpa.

Punto tercero.—Lo tercero consideraré, como Cristo nuestro Señor comulgó á todos los apóstoles, ponde-

rando la reverencia y devocion altísima con que los apóstoles tomaron aquel benditísimo Pan, y le comieron, porque en aquel instante hizo Dios otro milagro de su omnipotencia en los entendimientos y corazones de aquellos rudos pescadores y discípulos imperfectos, ilustrándolos con una lumbre extraordinaria, para que con viva fe certísimamente creyesen, que lo que estaba debajo de aquella cubierta de pan, era el mismo cuerpo de su Maestro; y así con la reverencia y amor que le tenian, y con la grande admiracion del nuevo milagro, le recibieron, por una parte temblando de respeto, y por otra, gozándose con amor, por meterle dentro de sus entrañas. O apóstoles sagrados, suplicad á vuestro Maestro y mio, me dé el santo temor y amor con que comulgásteis, para que le reciba con el provecho que vosotros le recibísteis.

2. Lo segundo ponderaré, la grande dulzura y afectos maravillosos que sintieron los apóstoles en aquella primera comunion; los cuales sin duda fueron tan excelentes, que por ellos conocieron la excelencia y dignidad infinita de aquel divino manjar, probando por experiencia la diferencia del sabor y gusto de aquel divino Pan, al que poco antes habian comido. Solo el desventurado Judas no halló sabor en esta comida, porque comia sin fe, sin atencion, ni reverencia alguna. Para sentir mas esto, puedo piamente discurrir por los once apóstoles, ponderando el modo como comulgaban. San Pedro avivaria allí la fe, diciendo á lo que estaba encerrado en aquel pan [1]: Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo. Y Cristo nuestro Señor le pudo responder: Bienaventurado eres Simon, hijo de Juan, porque no te lo ha revelado carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y cuando Cristo nuestro Señor le diese el Pan consagrado, con esta viva fe llena de reverencia, diria dentro de sí [2]: Apártate de mí, Señor, porque

[1] Matt. 16. 16. [2] Luc. 5. 8.

soy gran pecador; pero por obedecer le tomaria y comeria. En san Juan puedo considerar, como avivaria los afectos de amor, viendo que su Maestro, no solamente le pegaba consigo, sino le queria entrar en su propio pecho, y quedó tan absorto y con tanta éxtasis de este excesivo amor, que acabada esta cena mística, se reclinó sobre el pecho de Cristo, durmiendo el dulcísimo sueño de la contemplacion. O quién pudiera tener tal fe y reverencia como Pedro, y tal amor y caridad como Juan, para recibir con ellos á mi Señor! O cuán bien les pagó Cristo el trabajo que tomaron en aparejar la cena del cordero, porque como á mas queridos y fervorosos les daria mejorada la racion! Alcanzadme apóstoles gloriosos, este espíritu con que comulgásteis, para que goce tambien de la dulzura que gustásteis. A este modo puedo discurrir por los demás apóstoles, conforme á la devocion que en cada uno puedo imaginar.

Punto cuarto.—Lo cuarto consideraré, como Cristo nuestro Señor, segun dicen comunmente los santos, tomando un bocado de aquel Pan santísimo se comulgó á sí mismo, para animar á los apóstoles á que le comiesen, y para darles ejemplo de la reverencia, modestia y devocion con que habian de comerle, porque en todo quiso enseñarnos primero con el ejemplo, que con el precepto; y con la obra, primero que con la palabra: y como quiso ser bautizado, así quiso comulgarse tambien. O qué reverencia y devocion tan grande mostraria exteriormente, cuando llegaba aquel bocado á su boca, mirando la divinidad que estaba junta con la carne que allí recibia! O qué nuevos júbilos de alegría brotarian en su ánima santísima al tiempo que se comió á sí mismo, por el grande gozo que se le recreció de haber instituido tan admirable Sacramento! O dulce Jesus, quién pudiera recibiros con el amor y reverencia que Vos os recibísteis, imitándola en el mo-

do que puede ser imitada! Esta, Dios mio, os ofrezco por la que á mí me falta, y por ella os suplico me deis la mayor parte que me fuere posible, pues toda será muy debida á tan soberana Majestad.

MEDITACION XII.

DE LA CONVERSION DEL VINO EN LA SANGRE DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LOS GRANDES TESOROS QUE ESTAN ENCERRADOS EN ESTA SANGRE.

PUNTO PRIMERO.—Acabada la consagracion y comunion del pan, tomó Cristo nuestro Señor en sus manos un cáliz de vino, y dijo [1]: *Este es el cáliz de mi sangre del nuevo testamento, que por vosotros y por muchos será derramada en remision de los pecados.* Y en virtud de estas palabras, el vino se convirtió en su preciosa sangre.

1. En lo cual se ha de ponderar primeramente, la infinita caridad, liberalidad y omnipotencia de Cristo nuestro Señor, que resplandece en poner toda su sangre sin dejar una sola gota en el cáliz para nuestro regalo y sustento. Bastara sin duda para nuestra santificacion, que en el cáliz estuviera tanta cantidad de sangre, cuanta era la del vino, ó una sola gota de sangre; pero no quiere sino que esté allí toda la sangre de sus venas, la que entonces tenia y ahora tiene en su cabeza, corazon y brazos, y en todo su cuerpo, dándonosla toda liberalmente sin dejar nada, mostrando en esto su amor y largueza, y convidándome á mí, para que yo tambien le dé toda mi sangre, si fuere menester, para su servicio.

2. Pero mas adelante pasa su caridad y liberalidad, porque no solamente dá la sangre, sino la misma vasija preciosísima en que está. Como si un príncipe convidase á beber con un excelente vino en una taza sembrada de piedras muy preciosas, y dijese: Toma el vino, y

[1] D. Thom. 3. p. q. 78. art. 3.

tambien la taza; así Cristo nuestro Señor nos dá su preciosa sangre y tambien la copa y vaso en que está, que es sus venas, su carne y cuerpo santísimo, con su ánima y su divinidad, para que todo sea bebida y comida nuestra. O caridad inmensa! O prodigalidad santísima! Cómo no te daré yo, Señor, cuanto tengo, pues tú me das cuanto tienes con modo tan admirable?

3. Tambien tiene grande misterio aquella palabra, *mei*, mio, de la sangre mia, no agena, sino propia. En que nos significa su caridad, bien diferente de la de los reyes de la tierra, los cuales beben la sangre agena de sus vasallos, y de ella hacen liberalidades, y á costa de ella defienden sus tierras y conquistan las agenas; pero Cristo nuestro Señor, con su sangre preciosa dá beber á sus vasallos, de ella hace franquezas y liberalidades, y con ella gana tesoros y reinos para ellos. O Rey soberano, no tirano, sino padre, y padre amantísimo, que con la sangre de tus venas das la vida y sustento á tus vasallos ó hijos, para que todos seamos de tu sangre real, haciéndonos [1]: *Genus electum, regale sacerdotium; gens sancta.* Linaje escogido, real sacerdocio, gente santa. O si todo el pueblo cristiano conociese su linaje y sangre, y se preciase de ella bebiendo tus santas y generosas costumbres!

Punto segundo. — Lo segundo consideraré, como Cristo nuestro Señor á este cáliz de su sangre llamó su nuevo testamento. Lo primero, para declarar la excelencia del nuevo testamento sobre el viejo, porque este estribaba en sangre de animales, en cuanto figuraban la sangre de Cristo; pero el nuevo en la misma sangre de Cristo, en la cual está fundado, establecido y confirmado. Y así tengo de ponderar, que Cristo nuestro Señor, esta noche de su pasion hizo su testamento, con muchos legados y promesas de infinito valor, porque abrazan todos los tesoros de gracia y gloria, que tiene

[1] 1. Petr. 2. 9.

Dios para repartir con los escogidos. En este testamento nos promete perdon de pecados, y por consiguiente de las penas eternas que merecemos por ellos. Prométenos tambien la gracia y adopcion de hijos de Dios; con la caridad y todas las virtudes y dones del Espíritu santo, y la herencia del cielo, que es la eterna bienaventuranza; y que oirá nuestras oraciones, y asistirá con nosotros á nuestros trabajos, y para ayudarnos en nuestras obras. De todas estas promesas y legados es esta sangre la firmeza, prendas, arras, escritura, y carta de privilegio: por la cual hemos de cobrar lo que Cristo nos ganó, y lo que nos prometió y dejó por legado en su testamento; y así el tenerle con nosotros nos ha de ser motivo de grandes afectos de amor, confianza, alegría y seguridad de nuestra salvacion. Y cuando decimos misa, ó la oimos ó comulgamos, hemos de ofrecer esta sangre al Padre eterno confiadísimamente, para alcanzar todo esto, diciéndole: O Padre eterno, la sangre de este cáliz preciosísimo te presento como escritura y señal del testamento de tu Hijo, por el cual me prometió, que me darias lo que pidiese, y pues tú eres el testamentario, cumple en mí su testamento, concediéndome lo que te pido.

3. Tambien en este testamento nos dejó Cristo nuestro Señor grandes avisos y consejos, el nuevo mandato del amor de unos con otros, la observancia de sus preceptos, y lo que pertenece á las obras de humildad, paciencia y perfeccion cristiana. Para todo esto vale la sangre que está en este cáliz; y por ella alcanzamos fuerzas para cumplirlo, procurando, como dicen, tener sangre en el ojo, y preciarnos de ser siempre valerosos en su servicio.

Punto tercero. — Lo tercero consideraré, lo que Cristo nuestro Señor dijo de su sangre á los apóstoles, que por ellos y por muchos se derramaria en remision de los pecados.

1. Lo primero, dice, será derramada por vosotros para moverlos á compasion y dolor, y tambien á grande amor y agradecimiento, como quien dice: Mirad que os doy la misma sangre que tengo de derramar con graves dolores, no por mi causa, sino por la vuestra, y por vuestro remedio: compadeceos de mí, que la derramo, y amadme, pues tambien os amo. Y como dijo aquella palabra, por vosotros, porque hablaba con muchos, pudiera decir á cada uno: Esta es la sangre que derramo por tí, y así puedo imaginar que me lo dice á mí. O amantísimo Redentor, que derramaste tu sangre por mí con tanto dolor, y me la das en este Sacramento con tanto amor, dame gracia para que me compadezca de tus dolores, y corresponda á tu amor con grandes servicios.

2. Lo segundo, dice, que será derramada por muchos, esto es, por todos los hombres del mundo, cuanto á la suficiencia, y por muchos, cuanto á la eficacia y fruto que de ella sacarán. Y en este cáliz se pone para todos aquellos por quien se derramó, y hace mencion de esto, para que conozcamos su liberalidad; pues no hay hombre en el mundo por vil que sea, por quien no haya derramado esta sangre, y á quien no convide con el fruto de ella, aunque sea esclavo y la hez de la tierra. O Salvador liberalísimo, pues una gota de vuestra sangre basta para todo el mundo, aplicad su valor á muchos, para que muchos gocen el fruto de ella. Amen.

3. Lo tercero, dice, que se derramará en remision de los pecados, sin poner tasa alguna, ni en el número, ni en la gravedad: porque no hay número tan crecido de pecados, ni pecado tan grave y abominable, que por esta sangre no se pueda perdonar; hasta los pecados de los savones y verdugos, que con crueldad endemoniada la derramaron, pudieron ser perdonados por ella, porque por ellos se derramó: y si ellos quisieran, fácil-

mente alcanzaran perdon. O sangre preciosísima del cordero Jesus[1], en cuya virtud todos podemos lavar y blanquear nuestras estolas, limpiando nuestras almas de las manchas de nuestros pecados, lávame, blanquéame, limpiame, y hermosea mi alma, quitando de ella las fealdades de la culpa, y poniendo en ella las virtudes de la divina gracia.

4. Tambien se ha de ponderar aquella palabra, *effundetur*, será derramada, en que nos representa como saldrá de su cuerpo, no gota á gota destilándola con escasez, sino á borbollones, derramándola toda por todas las partes de su cuerpo, como se dirá en la meditacion siguiente.

El cuarto punto, puede ser del modo como Cristo nuestro Señor y sus apóstoles gustaron de este cáliz, ponderando lo mismo que dijimos del pan.

MEDITACION XIII.

DE LAS ESPECIES SACRAMENTALES DEL PAN Y VINO, Y DE LO QUE POR ELLAS SE NOS REPRESENTA.

Esta meditacion y la siguiente, pueden servir para cuando se oye misa, tomando algun punto de ellas, para ejercitar allí los actos de devocion, cerca del misterio que se representa.

Punto primero. — Lo primero, consideraré las causas porque instituyó Cristo nuestro Señor este Sacramento en dos especies diferentes de pan y vino, poniendo en la una principalmente su cuerpo, y en la otra su sangre, supuesto que verdaderamente con el cuerpo está tambien la sangre, y con la sangre su cuerpo, haciéndose compañía.

1. Dos causas fueron las principales. La primera, para significar que el convite que nos hacia era perfectísimo; y pues en los convites de la tierra hay comida

[1] Apoc. 7. 14.

y bebida, así tambien la hubiese en este convite celestial, aunque por su infinita excelencia, con lo uno está junto lo otro; y cualquiera parte de él, juntamente harta nuestra hambre y satisface á nuestra sed, por lo cual tengo de darle gracias innumerables, gozándome de que sea tan perfecto en todas su obras.

2. La segunda causa mas principal fué, para significar, que su sangre preciosísima estuvo toda apartada de su cuerpo en la pasion, derramándola por nuestros pecados con dolores y tormentos gravísimos. Y así cuando oigo misa, y veo alzar por sí la hostia y despues el cáliz, tengo de acordarme de este apartamiento tan doloroso, ponderando como en aquel cáliz está recogida toda la sangre que Cristo nuestro Señor derramó la noche y el dia de su pasion en cinco veces; es á saber: por el sudor, azotes, espinas, clavos y lanzada. Y discurriendo por cada una, puedo hacer con nuestro Señor coloquios y peticiones, con afectos de amor y agradecimiento, y de dolor de pecados. de esta manera. O sangre preciosísima de Jesus, que fuiste derramada en el huerto de Getsemaní, por los poros de su cuerpo con grandes tristezas y agonías de su alma! Gózome de que estés recogida en este cáliz, para ser adorada de los fieles: yo te adoro y glorifico cuanto puedo, y te suplico que me libres de las tristezas y agonías eternas que tengo merecidas por mis pecados, pues por ellos fuiste derramada. O cáliz preciosísimo lleno de aquella sangre que mi Señor derramó por sus espaldas, cuando fueron heridas con crueles azotes; y de la que derramó por su cabeza, cuando fué traspasada con agudas espinas, embriágame con el divino licor de esta sangre, para que todo me convierta en amor del que por mí la derramó. O amantísimo Jesus, que depositaste en este cáliz la sangre que derramaste en la cruz por los agujeros que hicieron los clavos en tus sagrados piés y manos, y por la herida que hizo la lanza en el costado; qué te daré por tan gran-

de beneficio [1], sino ofrecerte esta misma sangre en este cáliz de mi salud, glorificando por él tu santo nombre. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—Lo segundo consideraré, las causas porque Cristo nuestro Señor quiso que la conversion y mudanza del pan y vino en su cuerpo y sangre fuese invisiblemente, quedando los accidentes visibles del pan y vino para encubrirle; pues si quisiera, pudiera fácilmente hacer alguna mudanza visible, ó poner alguna señal exterior, que descubriera la grandeza interior que allí estaba encerrada.

1. La primera causa fué, de parte del mismo Cristo nuestro Señor para humillarse, y dar nuevo y continuo ejemplo de humildad, y tambien de heróica paciencia. Porque así como en la encarnacion, el que era Hijo de Dios, se humilló tomando forma de siervo, encubriendo la alteza de su divinidad, con la bajeza de su humanidad, por razon de lo cual fué de muchos desconocido, despreciado y maltratado, como si fuera puro hombre: así en este Sacramento, el que era juntamente Dios y hombre verdadero, quiso humillarse á tomar sacramentalmente aquella figura exterior de pan y vino, y encubrir con ella la alteza de su divinidad y humanidad; por razon de lo cual, tambien es de muchos desconocido, despreciado y maltratado, y á veces pisado, como si fuera puro pan, y puro vino; lo cual sufre con gran paciencia, sin dar muestras de venganza para ejemplo nuestro. O humildísimo y pacientísimo Jesus! Gracias os doy por esta rara humildad y paciencia que ejercitais para nuestro ejemplo. Ayudadme, Señor, para que á imitacion vuestra encubra lo que me puede causar honra vana entre los hombres, y sufra cualquier desprecio y agravio que recibiere de ellos. Esclareced nuestros ojos con la lumbre de vuestra fe, para que creamos y veneremos la infinita grandeza que está dentro de ese

[1] Psal. 115. 12.

velo; pues cuanto mas por nuestra causa os humillais, tanto es mas razon que todos os engradezcamos y alabemos por todos los siglos. Amen.

2. La segunda causa es, de parte nuestra [1], para que tuviésemos un nuevo y continuo ejercicio de heróica fe, negando todos nuestros sentidos, y los discursos que de ellos saca nuestro entendimiento, rindiéndole, y cautivándole, á lo que nos dice la fe. Por lo cual en las palabras de la consagracion del cáliz, llama Cristo nuestro Señor á este Sacramento: *Mysterium fidei*, misterio de fe por excelencia. Y así uno de los grandes milagros, que Cristo hizo esta noche, fué, como arriba dijimos, mudar los corazones y entendimientos de los apóstoles de repente, á que creyesen, que lo que tenia en sus manos, en diciendo: *Este es mi cuerpo*, dejó de ser pan, y se convirtió en cuerpo del mismo que lo decia. Y conforme á esto, cuando oigo misa, ó comulgo, ó entro en la iglesia, es admirable ejercicio actuar y avivar la fe, discurriendo por los sentidos de esta manera: creo, Señor, que aunque mis ojos ven color y figura de pan [2]; pero no está ahí verdadero pan, sino tú, Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre, y figura de su sustancia [3], blanco y colorado, escogido entre millares. Creo, Dios mio, que aunque mi olfato percibe olor de pan y vino; pero allí debajo estas tú mismo, verdadero Jacob [4], cuyo olor es como de campo lleno, á quien bendijo el Señor. Creo tambien, que aunque mi gusto percibe sabor de pan, y mi tacto toca blandura, y calidades de pan; pero con todo eso no hay allí pan terreno, sino tú, Pan vivo, que veniste del cielo, fuente de toda dulzura y suavidad [5]. O Salvador dulcísimo, ilustra mi entendimiento, como ilustraste el de tus apóstoles, para que con viva fe conozca la infinita hermosura que está allí encerrada, y sea confortado con el olor suavi-

[1] D. Th. 3. p. q. 75. art. 5. [2] Hebr. 1. 3. [3] Cant. 5. 10. [4] Genes. 27. 27. [5] Joan. 6. 51.

simo de tus virtudes, y sustentado, y recreado con la dulzura de tus deleites.

3. Otra tercera causa se puede ponderar, que fué para alentar nuestra confianza, y darnos ánimo y atrevimiento á tocarle, recibirle, y comerle; porque si no estuviera así encubierto quién se atreviera á ello? Y así el amor que le hizo quedarse con nosotros, le hizo tambien que se quedase disfrazado, para que pudiésemos gozar de él con mayor union, metiéndole dentro de nosotros. O bendito sea tal amor, que olvidado de su grandeza, se acomoda á nuestra bajeza, para que los viles gusanillos no se espanten ni huyan de ella.

Punto tercero.—Lo tercero consideraré, las causas porque Cristo nuestro Señor quiso quedarse con nosotros debajo de especies de pan y vino, mas que debajo de otra cosa visible, aplicándolas á nuestro provecho espiritual.

1. La primera fué, para unirse y juntarse con nosotros, no solo espiritualmente en cuanto Dios, sino corporalmente en cuanto hombre, con la mayor junta que era posible; porque no hay cosa que mas se junte con el hombre, que el manjar y bebida, la cual no se pega solamente por de fuera, sino entra por la boca, y penetra las entrañas, y allá se pega con ellas: y como el amor es unitivo del que ama con la cosa amada, quiso nuestro amantísimo Jesus, no solo quedarse cerca de nosotros, sino entrar dentro de nosotros, y con esta union sacramental, causar la union espiritual de verdadero amor. O Jesus amorosísimo, cómo no tienes asco de entrar en las entrañas de un cuerpo asqueroso como el mio? Quién causa esto, sino la grandeza de tu amor, que atropella las grandezas, por juntarse con nuestras bajezas? Júntame contigo con perfecta union de caridad, para que nunca me aparte de tí por toda la eternidad. Amen.

2. La segunda causa fué, para significar que obraba

dentro de nuestras almas todos los efectos que el pan y vino obran en los cuerpos; porque con su presencia, y con la gracia que nos dá por este Sacramento, nos sustenta, conserva, y aumenta la vida espiritual: dá fuerzas, y alegra el corazon: resiste al calor perverso del amor propio, y repara los daños que por él nos vienen: y finalmente, nos hace semejantes á sí, imprimiéndonos sus virtudes y propiedades; y por esto dijo [1]: El que me come, vivirá por mí. Con estas consideraciones despertaré en mí grande hambre de este santo Sacramento, con grande estima de lo que me importa recibirle á menudo para sustento de mi alma, como importa comer á menudo el manjar corporal para sustento del cuerpo. O manjar del cielo, ó Pan de ángeles y pan de cada dia [2], quién te pudiera cada dia comer para vivir por tí vida celestial y divina! O vino que engendras vírgenes, y alegras el corazon del hombre, ven y purifica mi alma con tu pureza, y alegra mi espíritu con tu alegría, embriagándome con la fuerza del amor!

2. La tercera causa fué, para significar, que como el pan se hace de muchos granos de trigo, molidos y hechos una masa, y el vino de muchos granos de uva pisados y exprimidos, así este divino manjar y bebida, pide corazones unidos con verdadera caridad, y se ordena para causar esta union de muchos fieles en un espíritu, y por esta causa se llama comunion, como union de muchos entre sí y con Cristo, de cuyo espíritu todos participan: y si para esta union es menester que yo me deje moler, pisar y hollar, mortificando en mí el ser que tengo del hombre viejo, tengo de ofrecerme á ello, en razon de gustar la dulzura de este divino manjar, y unirme con Cristo. O Cristo dulcísimo, que juntaste tu cuerpo con especies de pan, que primero fué molido, y tu sangre con accidentes de vino, que primero fué pisado y exprimido: yo me ofrezco á ser molido y des-

[1] Joan. 6. 58. [2] Zach. 9. Psal. 103. 15.

menuzado, y á ser pisado y hollado, por conservar tu amor, y la union y concordia con mis hermanos, para que tú, Dios mio, te dignes de unirte conmigo en esta vida por copiosa gracia, y despues con la perpétua union de la eterna gloria. Amen.

MEDITACION XIV.

DE SEIS COSAS MISTERIOSAS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO Y DIJO CUANDO CONSAGRÓ EL PAN Y EL VINO.

PUNTO PRIMERO.—Lo primero consideraré, como Cristo nuestro Señor, con un semblante exterior, grave, modesto y devoto, y poderoso, para causar reverencia y admiracion á sus discípulos, tomó de la mesa un pan en sus santas y venerables manos: y aunque pudiera consagrarlo sobre la mesa, quiso tomarle en ambas manos, para significar que la mudanza de este pan en su cuerpo, era obra de su omnipotencia y liberalidad, y de sus obras meritorias, que son figuradas por las manos.

1. Lo primero, era obra de su omnipotencia en cuanto Dios y de la potestad de excelencia que tenia en cuanto hombre, dada por su Padre[1]; el cual puso todas las cosas en sus manos; y con ellas hizo esta mudanza tan maravillosa, de modo que él mismo tuviese á sí mismo todo entero en sus propias manos; y quedándose donde estaba, se pusiese todo entero en las manos de sus discípulos para que le comiesen. O grandeza del poder divino! O mudanza de la diestra del muy alto[2]! Gózome Salvador mio, de que vuestras manos sean tan poderosas! Mudadme con ellas, y trocadme con vuestra diestra, para que reciba la virtud de este soberano Pan...

2. Lo segundo, mostró aquí la liberalidad infinita de sus manos; porque como dice David[3], que Dios dá

[1] Joan. 13. 3. [2] Psal. 76. 11. [3] Psal. 103. 27. et 144. 16.

á todos su manjar en el tiempo conveniente, y abriendo su mano los llena de bondad y bendicion; así tambien liberalísimamente nos dá este manjar celestial, y abre ambas manos para llenarnos con él de bendiciones y virtudes. Qué mayor liberalidad puede ser, que dársenos todo entero, sin reservar nada para sí, en precio y en sustento, y por compañero; y todo esto de valde y sin interés, solamente por ser bueno y liberal? Con esta consideracion, pediré á este Señor me dé sus poderosas y liberales manos para besárselas, por las mercedes que me hace, dándole la gloria de todo lo que con ellas obra.

3. Lo tercero, fué obra de sus manos, porque con sus merecimientos, y con los trabajos de sus manos, y con el sudor de su rostro, ganó este pan que nos dió á comer: y juntamente quiere que este pan sea comida, no de holgazanes, sino de trabajadores [1], que comen los trabajos de sus manos, y por eso son bienaventurados, disponiéndonos con ejercicio de buenas obras para comerle; y despues de comido, prosiguiendo el trabajo de nuestras manos en servirle. O Adan celestial, que á imitacion del Adan terreno trabajaste y sudaste para ganar el pan que habias de dar á tus hijos, yo te alabo y glorifico, porque me das de gracia lo que tú compraste con tan caro precio, y ganaste con tanta fatiga [2]. Justo es, Señor, que yo trabaje con mis manos, para no ser indigno de este divino Pan: pues está escrito, que quien no trabaja, no es razon que coma.

Punto segundo.—1. Lo segundo, consideraré, como teniendo Cristo nuestro Señor el pan en sus manos, levantó sus ojos al cielo para significar, que el pan que pretendia darles, no era pan de la tierra, sino pan del cielo, y pan de ángeles, pan sobresustancial, dado por su eterno Padre [3], en cumplimiento de lo que habia prometido en un sermon cuando dijo [4]: *No os dió Moisés*

[1] Psal. 127. 2. [2] 2. Thes. 3. 10. [3] D. Th. 3. p. q. 83. art. 4. ad. 2. [4] Joan. 6. 32.

pan del cielo, sino mi Padre os dá pan del cielo verdadero. Yo soy pan vivo, que bajé del cielo. Y así levanta los ojos al cielo para mover á sus discípulos, y á todos nosotros que levantemos allá los corazones con afectos de esperanza, de oracion y pureza, esperando recibir este manjar de nuestro Padre celestial que está en los cielos, y pidiéndosele con oracion afectuosa, y disponiéndonos á recibirle con pureza de vida celestial, cumpliendo lo que dice la Iglesia en el prefacio de la misa: *Sursum corda*, arriba los corazones. A lo cual respondemos: Ya los tenemos levantados al Señor. O Padre nuestro, que estás en los cielos, levanta nuestros corazones donde tú estás, y danos hoy este Pan sobresustancial que bajó del cielo para dar vida celestial al mundo.

2. Luego dió gracias á su eterno Padre por esta merced tan señalada que por sus manos hacia al mundo en darle tal Pan para su comida y sustento; enseñándonos con esto, que este Pan se ha de comer con grandes afectos de agradecimiento, antes y despues de comerle, por lo cual se llama Eucaristía, que quiere decir accion de gracias. O qué hacimiento de gracias tan fervoroso haria Cristo en aquella hora! Porque si dió gracias por el pan de cebada [1], que dió á los cinco mil hombres en el desierto, cuánto mayores y mas afectuosas las daria por este Pan del cielo, que dá á los hombres en el desierto del mundo? Porque á la medida del beneficio, crece el afecto del agradecimiento: y pues yo no puedo dárselas como debo, he de ofrecerle las que él dió á su Padre, y recibir el Sacramento, que para este fin instituyó.

3. Hecho esto, bendijo el pan: de suerte, que no solo bendijo á su Padre eterno, con bendicion de alabanza y accion de gracias, sino al mismo pan con bendicion de oracion, obradora de lo que bendecia. Nos-

[1] Joan. 6. 11.

otros bendecimos á una cosa con el deseo y oracion, deseando algun bien, y pidiendo á Dios que se le dé; pero Cristo nuestro Señor bendijo el pan, no solo pidiendo al Padre la conversion y transmutacion, que de él pensaba hacer, sino comunicándole virtud divina, é imprimiéndole un bien tan grande, como era mudarse en su propio cuerpo, y hacerle principio y causa de las bendiciones espirituales, que por su medio vienen del cielo para nuestra salud. O eficacia de la bendicion de Cristo! Bendiceme, Salvador mio, pues tu bendecir es bien hacer, para que bendito por tí, llegue á comer este benditísimo Pan, y participe las bendiciones que nos dás por él.

4. Luego partió el pan, porque no sin gran misterio tomó de la mesa un pan entero, y despues le partió, y dió á sus apóstoles: para significar lo primero, que todos habian de comer de un mismo pan, y beber de un mismo cáliz; y así todos habian de tener un mismo amor por el cual habian de ser unos entre sí. Además, para que entendiésemos, que aquel pan se podia partir, sin que se partiese lo que dentro de sí tenia, porque en toda parte iba su cuerpo, y con cada bocado daba á cada uno de los discípulos, tanto como estaba en todo el pan. Y finalmente para significar que este divino Pan, no se ha de comer entero y á bulto, sino partido y desmenuzado con la meditacion, considerando todo lo que está encerrado en él, que es la carne de Cristo, su anima santísima, su sangre preciosa, su divinidad y todos sus merecimientos, y ponderar cada cosa de estas por sí, es como partir espiritualmente el pan para comerle. O Redentor mio, pues yo como pequeñuelo no sé partir este pan, ni le tengo de comer sino es partido, pártemele con tu mano, para que le coma con provecho, sintiendo muy por menudo lo que en él está encerrado.

Punto tercero.—1. Ultimamente consideraré, como

partido el pan, Cristo nuestro Señor le dió á sus apóstoles, diciendo: Tomad, y comed, porque este es mi cuerpo. En lo cual se ha de ponderar aquella palabra: *Deditque discipulis suis:* Diólo á sus discípulos. O qué dádiva tan preciosa, en la cual les dió todo lo que era, y lo que tenia, de pura gracia, solo porque es amigo de dar! O caridad infinita! O bondad inmensa, la cual aquí no se quiere á sí, para sí, sino á sí, para darse á nosotros! O Dador liberalísimo, dáteme á tí mismo, pues yo tambien soy discípulo tuyo: y aunque no merezco tal don, pero bien sé que no le das porque le merecemos, sino porque eres bueno, y gustas darnos un bien tan grande, que excede á todo merecimiento.

Luego ponderaré como era tan grande la reverencia y estima que los apóstoles tuvieron de aquel divino Pan, por la luz interior de fe viva, que Cristo les comunicó, que si no les dijera: Tomad, y comed todos, no se atrevieran á tomarle en sus manos, ni á comerle; y así fué menester que se lo mandase y les dijese: Tomad este Pan, y mirad que no os le doy solamente para que le beseis, adoreis y pongais sobre vuestras cabezas, ó le guardeis como reliquias para vuestro consuelo, sino para que le comais, y os sustenteis con él, y comed de él todos, ninguno se excuse por título de humildad, porque le doy para todos los que sois de verdad mis discípulos, y no solamente á los presentes, sino tambien á los que sucederán hasta la fin del mundo. O Amado mio, pues me mandais comer este divino manjar, yo le tomaré y adoraré, y despues le comeré por obedeceros, y por gozar de vuestra dulce presencia, confiado que supliréis mi indignidad con la abundancia de vuestra misericordia y liberalidad.

—

MEDITACION XV.

DE LA POTESTAD QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DIÓ Á SUS APÓSTOLES PARA HACER LO MISMO QUE ÉL HABIA HECHO, Y DE LA QUE TIENEN AHORA LOS SACERDOTES PARA CONSAGRAR, Y OFRECER EL SACRIFICIO DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO.

PUNTO PRIMERO.—Lo primero se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor despues de haber instituido este santísimo Sacramento, dijo á sus apóstoles[1]: *Hoc facite in meam commemorationem*. Haced esto en mi memoria. Por las cuales palabras consta, que les dió potestad de hacer lo que él habia hecho convirtiendo el pan en su cuerpo, y el vino en su preciosa sangre, mandándoles así á ellos, como á los sacerdotes que les sucediesen en la dignidad sacerdotal[2], que hiciesen esto mismo, en la forma que él lo habia hecho.

1. Sobre este punto tan regalado ponderaré; lo primero, la infinita caridad de Cristo nuestro Señor en haber querido dar potestad sobre su verdadero cuerpo y sangre, no á los ángeles del cielo, sino á los hombres que viven en la tierra, para que ellos en su nombre, y representando su misma persona, puedan con verdad decir sobre el pan: Este es mi cuerpo, y en virtud de estas palabras conviertan el pan en el cuerpo de Cristo como el mismo Señor le convirtió; con tanta muchedumbre de milagros, que excede á los milagros de dar vista á ciegos, salud á enfermos y vida á muertos. O amantísimo Jesus, qué mas podias hacer de lo que hiciste por los hombres, dándoles una potestad, que excede á la dignidad de ángeles? Habias hecho al hombre poco menor que á ellos, constituyéndole sobre las obras de tus manos[3], y ahora le engrandeces mas, dándole facultad para traer del cielo tu cuerpo y sangre, y po-

[1] D. Thom. 3. p. q. 82. art. 1. [2] Luc. 22. 19. [3] Psal. 8. 6.

nerla en sus propias manos. Bendígante, Señor, por esta merced todas tus criaturas, y mi ánima con sus potencias se deshaga en tus perpétuas alabanzas. Amen.

2. Pero mas hay que ponderar en la infinita liberalidad de este divino Señor, el cual no quiso limitar esta potestad á cierto número de personas ó á lugares y tiempos determinados, para que todos pudiesen gozar del fruto de su Sacramento con abundancia. Pudiera ordenar, que no hubiera mas de un sacerdote en el mundo, ó uno en cada provincia ó ciudad: ó que los sacerdotes no pudieran consagrar, sino es siendo muy santos; ó que este Sacramento, como el cordero pascual[1], no se celebrara sino en un lugar señalado y una vez al año; pero su liberalidad no quiso poner estas tasas, dando plena facultad de que hubiese muchos sacerdotes; los cuales, aunque fuesen malos, pudiesen consagrar en todo tiempo y lugar, cada dia y en cada iglesia y oratorio de cualquier aldea. O largueza sin medida de nuestro Salvador! Por ventura, Señor, no sabeis nuestra condicion, que si lo precioso no es raro, luego lo tenemos en poco? Pues porqué quereis haya tantos sacerdotes, con plena potestad de celebrar tan amenudo este veneble Sacramento? Pero vuestro amor es sin medida, y pasa por la desestima que los malos tienen de vuestros dones, en razon de hacer bien á los buenos, que usan bien de ellos. O si todos sin tasa fuésemos largos en servirnos, pues sin tasa sois largo en regalarnos!

3. Aun mucho mas hay que ponderar en la infinita humildad y obediencia que Jesucristo nuestro Señor muestra á la voz y palabra de los sacerdotes; porque desde este punto se obligó hasta la fin del mundo de venir á la voz del sacerdote, cuando consagrase, sin dilacion ni tardanza, en cualquier lugar y hora que lo hiciese, aunque fuese malo y consagrase con dañada intencion, y aunque fuese para pisarle y echarle en el

[1] Exod. 12. 46.

fuego, pasando por todo esto por el bien de los escogidos. O piélago inmensísimo de la caridad de Cristo! Qué es posible que obedezca Dios la voz del hombre, y no de hombre santo como Josué[1], sino perverso como Judas? Y qué se deje tratar de manos tan sangrientas, y se sujete á tantas y tales bajezas? O Señor, cuan amigo eres de humildad y obediencia; pues cada dia quieres darnos tan ilustre ejemplo de ellos! De este ejemplo tengo de aprender á obedecer á los prelados, en todo lo lícito que mandaren, aunque sean malos y mal intencionados, cumpliendo su mandato con obediencia puntual, pronta y perseverante hasta la muerte, sin cansarme de obedecer, como no se cansa Cristo de cumplir lo que una vez ofreció.

Punto segundo.—Lo segundo consideraré, como en estas mismas palabras mandó Cristo nuestro Señor á los apóstoles, y manda á los sacerdotes de su Iglesia, que ofrezcan este sacrificio que instituyó de su cuerpo y sangre, debajo de estos accidentes de pan y vino, en lugar de los sacrificios de la vieja ley, ponderando la excelencia de este sacrificio, y los bienes que por él nos vienen.

1. Lo primero, sacrificio es una ofrenda que hace el hombre á Dios, de alguna cosa que le agrada, para reverenciarle y honrarle, en reconocimiento de su infinita excelencia y majestad. Pues qué cosa se puede ofrecer al Padre eterno mas preciosa, ni que mas le agrade, que su mismo Hijo, Dios y hombre verdadero, de quien él dijo[2]: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me he agradado? O cuánto te debemos Salvador del mundo, en habernos dado por Sacramento y sacrificio la cosa mejor que nos podias dar, que es á tí mismo! Y porque la ofrenda, aunque preciosa, no fuese desechada, por ser malo el que la ofrece, tú mismo quieres ser el principal oferente, como sacerdote eterno[3], se-

[1] Josue 10. 14. [2] Matt. 3. 17. [3] Psal. 109. 4. Hebr. 7. 17.

gun el órden de Melchisedech, ofreciendo este pan y vino celestial por mano de los sacerdotes terrenos.

2. Lo segundo ponderaré, como este sacrificio con eminencia es causa de los tres efectos para que se ordenan los sacrificios; es á saber: en satisfaccion por nuestros pecados, en hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, y para impetrar de Dios los bienes que deseamos, temporales ó eternos. Para estos fines he de oir ó celebrar la misa, dilatando las velas de la confianza todo lo posible, pues para todo hay en ella fundamento, confiando que por medio de este sacrificio, aplacaré la ira del Padre eterno, y pagaré las deudas de mis pecados, y alcanzaré las virtudes y dones que le pidiere; y con la caridad extenderé todo el bien de mis prójimos, así vivos como difuntos del purgatorio, pues á todos puede aprovechar, diciéndome á mí mismo, para avivar mi confianza: Qué pecados habrá tan graves, cuyo perdon no se alcance con este divino sacrificio del cuerpo y sangre que se ofreció en la cruz por todos los pecadores? Y qué penas, por nuestras graves culpas, no se pagarán con esta paga, ofreciendo las satisfacciones que nuestro Salvador ofreció para pagarlas? Y qué bienes se pueden pedir á Dios, que no se alcancen por medio de tal ofrenda, en la cual sumamente se agrada? O Padre eterno, si tanto te agradó la ofrenda del inocente Abel, á quien mató por envidia su hermano Cain, mucho mas te agradará la ofrenda de tu inocentísimo Hijo Jesus, á quien por envidia mató su hermano el pueblo hebreo, ofreciendo su vida para remediarnos con su muerte! Acepta, ó Padre misericordiosísimo, este sacrificio en remision de mis pecados; acéptale tambien en hacimiento de gracias, por los innumerables beneficios que de tu mano liberalísima he recibido, y por él te suplico me des aquí tu copiosa gracia, y despues la vida eterna. Amen.

Punto tercero.—Lo tercero consideraré, como en

estas mismas palabras encarga Cristo nuestro Señor á sus apóstoles, que hagan esto en su memoria, y especialmente en memoria de su pasion y muerte, ponderando como Cristo nuestro Señor ofreció dos sacrificios por nuestra causa.

1. Uno sangriento en la cruz, y otro sin sangre la noche de la cena, y este quiso que fuese en memoria del otro, para que echemos de ver lo mucho que desea tengamos memoria de él y de su pasion sacratísima, por el bien que de ella nos resulta, pues por esta causa instituyó este Sacramento y sacrificio, en que él mismo se queda entre nosotros para despertar esta memoria y movernos con ella á ejercitar los tres actos de agradecimiento, que son reconocer y estimar el beneficio, y alabar al bienhechor y hacerle algun servicio.

2. Para esto ponderaré, como nuestro Señor, siempre que hacia á su pueblo algun beneficio señalado, ordenaba alguna cosa en su agradecimiento, por lo mucho que nos importa serle agradecidos para recibir de él nuevas gracias. Y como este beneficio de la pasion, con los dones que de él proceden, no podia ser dignamente agradecido por los hombres, quiso suplir nuestra falta, haciendose nuestra ofrenda, para que se la ofreciésemos por los dones que nos habia dado: y como ella misma es otro nuevo beneficio, no queda otro medio para agradecerla, sino frecuentarla con la memoria dicha, procurando asistir cada dia á este venerable sacrificio, y recibir espiritualmente este divino Sacramento, y á sus tiempos sacramentalmente, al modo que se dijo en la primera parte en la meditacion 33 y 34. O dulcísimo Salvador, pues te quedas con nosotros para que tu presencia despierte nuestra memoria, concédeme que siempre me acuerde de tí, como tú te acordaste de mí, para que siempre te alabe, por los innumerables bienes que de tí recibo. Amen.

3. Ultimamente ponderaré, como Cristo nuestro Se-

ñor quiere tambien que celebremos este misterio, en memoria de las heróicas virtudes que ejercitó en su vida y muerte, de las cuales es un vivo dechado este venerable Sacramento; porque como vino al mundo, no solo á redimirnos, sino á darnos ejemplo de todas las virtudes, asi viene al Sacramento, no solo á santificarnos, sino á renovar los mismos ejemplos, los cuales, por ser presentes y continuos, mueven mucho á su imitacion. Y así puedo imaginar, que desde allí me está diciendo[1]: Ejemplo os he dado para que hagais lo que yo hice con vosotros; y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon. Estas virtudes son la caridad, misericordia y liberalidad. La humildad, paciencia y mansedumbre, y la obediencia pronta y puntual, con perseverancia en todo esto hasta la fin del mundo, como se ha ponderado en esta meditacion y en las pasadas, y en la sexta parte se dirá mucho mas, para declarar todo lo que le pertenece á este soberano beneficio. La imitacion de estas virtudes ha de ser uno de los principales frutos que he de sacar de estas meditaciones, suplicando á nuestro Señor me ayude á ponerlas por obra. O Dios de las virtudes, que hiciste de ellas un memorial, dándote por manjar á los que te temen, concédeme que de tal manera medite y reciba estos misterios, que imite tus esclarecidos ejemplos. Amen.

MEDITACION XVI.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR EN LA CENA DIJO Á SUS APÓSTOLES QUE UNO DE ELLOS LE HABIA DE ENTREGAR, Y COMO JUDAS SE SALIÓ PARA ESTO.

PUNTO PRIMERO.—*Estando Cristo nuestro Señor sentado en la mesa con sus doce apóstoles á deshora, se turbó á sí mismo en el espíritu, y con gran sentimiento, dijo*[2]: *De verdad os digo, que uno de vosotros que está conmigo*

[1] Joan 13. 15. [2] Matt. 26. 20. Joan 13. 21. Lucæ 22. 2. Marc. 14. 18.

en la mesa, y con su propia mano come conmigo de un mismo plato, me ha de entregar á la muerte, pero el Hijo del hombre morirá como está determinado: mas ay de aquel por quien será entregado, mejor le fuera no haber nacido.

1. Sobre este punto se ha de ponderar; lo primero las causas de esta turbacion y sentimiento interior de Cristo nuestro Señor, que fué por ver allí á Judas entre los suyos, hombre perverso, impenitente y reprobado; el cual, aunque era solo, bastaba para turbarle, entristecerle y aguarle el contento que allí tenia con tantos buenos y escogidos, no porque aborreciese la persona por sí misma, sino porque sumamente aborrecia su maldad, y en particular su abominable ingratitud, despues de haber recibido de él tantos beneficios. La cual quiso declarar su Majestad con gran ponderacion, diciendo: Uno de vosotros, á quien yo escogí por apóstol y descubrí mis secretos, y dí potestad de hacer milagros, á quien he lavado los piés y dádole á comer mi cuerpo y á beber mi sangre, comiendo conmigo de un plato, y bebiendo de un cáliz, este me ha de entregar á la muerte. O buen Jesus, ya no me espanto de que os turbeis á Vos mismo, tomando voluntariamente esta turbacion y tristeza, pues tan horrendo crímen como este es motivo de ella: pésame de la causa, que con mis desagradecimientos he dado á vuestras tristezas, y con vuestro favor propongo enmendarme de ellos.

2. Lo segundo se han de ponderar dos causas, que movieron á Cristo nuestro Señor, para decir estas palabras delante de los apóstoles. La primera, para que todos entendiesen que era Dios, y que conocia los corazones de todos y lo que contra él tramaban; y esta ciencia era una de las circunstancias que agravaba sus trabajos, y de ella se aprovechaba, no para vengarse de sus enemigos, sino para padecer mas por ellos. La segunda causa muy especial fué, la compasion que te-

nia de Judas, deseando reducirle con las razones que allí le dijo, que fueron tres eficacísimas, para convertir á un pecador. La primera, avisándole que sabia sus ocultos pensamientos y malos tratos, y por consiguiente, que era su Dios y su juez, á quien nada estaba oculto: La segunda, deshaciéndole el engaño en que fundó su pecado; porque como arriba se apuntó, excusaba Judas su maldad, diciendo: que pues Cristo habia de morir entonces á manos de los judíos, poco daño era venderle para sacar algun dinero. A este pensamiento respondió Cristo: El Hijo del hombre morirá como está decretado; pero ay del que le entregare! Como quien dice: El decreto de mi Padre, de que yo muera, no te fuerza á tí á que me vendas; libertad tienes para no hacerlo, y tuya es la culpa en quererlo hacer.

3. La tercera fué, amenazarle terriblemente con decir: Mejor le estuviera no haber nacido, que cometer tal pecado, por el cual será condenado al fuego eterno, donde deseará no ser, por no padecer tales tormentos, y no le será concedido. Con estas tres razones tengo de moverme á temblar de cualquier pecado; pues ni puede ocultarse á Dios, ni atribuirse á otra causa, que á mi dañada voluntad: y es tan grave mal, que fuera mejor no ser, que hacerle y ser por él condenado.

Punto segundo.—1. Lo segundo consideraré, lo que de aquí resultó en los demás apóstoles, y lo que Cristo nuestro Señor hizo en este caso. Porque primeramente todos los apóstoles se entristecieron grandemente, y preguntaron á Cristo nuestro Señor: *Maestro, soy por ventura yo?* En lo cual se descubre, como es de buenas almas temer culpa donde no la hay, porque temen tanto el pecado, por el grande amor que tienen á Dios, que no querrian ver su sombra, ni oir que entre ellos hubiese rastro de él. O quién tuviese tan entrañado en el corazon el amor de Cristo, que temblase de solo pensar que puede ofenderle!

2. Lo segundo, Cristo nuestro Señor, con su acostumbrada caridad y providencia, no quiso publicar el traidor, porque todavía estaba oculto; y porque no fuese ocasion de que sus apóstoles se alborotasen contra él, dándonos ejemplo, así en encubrir los pecados del prójimo; aunque se hayan presto de descubrir, como tambien de quitar cualquier ocasion de discordia y alboroto en la comunidad donde estamos.

3. Solamente descubrió esto á dos personas. La una, fué el mismo Judas, que con desvergüenza grande, por encubrir su delito, preguntó como los demás, si era él? Pero Cristo nuestro Señor, sin indignarse, ni decirle injuria alguna, con grande mansedumbre y con voz baja, sin que los otros lo entendiesen, le respondió: *Tú lo dices*. Que fué decirle: Tú eres el que me ha de entregar, y por tí he dicho todo esto: á tiempo estás de arrepentirte si quieres, que yo te perdonaré. La otra persona, fué su querido Juan, que estaba reclinado sobre su pecho, para que fuese testigo de la caridad que usaba con Judas; y así le dijo: *Aquel es, á quien yo diera un pedazo de pan mojado, y diósele á Judas*. Y es de creer se le daria con grandes caricias y muestras de amor: como una madre le suele dar á un hijo, ó un amigo á otro muy familiar y querido suyo [1], para que se vea donde llegó la caridad de Cristo, que con haberse turbado y entristecido con la traicion de aquel hombre, no cesó de darle muestras de amor para reducirle á su amistad. Gracias te doy, Salvador amorosísimo, porque no te cansas de echar brasas sobre la cabeza del que te aborrece, regalándole con tan amoroso bocado, para enternecer y ablandar su corazon.

Punto tercero.—Lo tercero, se ha de considerar como el desventurado Judas tomó aquel bocado, pero con grande pertinacia y obstinacion en su propósito; como quien decia: Por mas que me regales, tengo de vender-

[1] Prov. 25. 22.

te, y sacar el dinero que perdí; y en pena de esta pertinacia, le sucedieron dos terribilísimos castigos.

1. El primero fué permitir, que trás el bocado entrase en él Satanás. Dos veces entró en Judas, como consta del Evangelio[1]. La primera, para persuadirle, que vendiese á Cristo nuestro Señor, á lo cual dió su consentimiento, como arriba se dijo. La segunda, para que lo ejecutase con diligencia, instigándole á que se saliese de aquel cenáculo[2], y fuese á poner por obra la entrega que tenia tramada. Y esta fué en tomando aquel bocado de pan, para que se vea cuan peligrosa cosa es usar mal de los regalos de Dios, y de las señales de amor que nos dá; y por consiguiente, cuan peligroso es recibir en mal estado el Pan de vida, mojado con la sangre preciosísima que en sí encierra, y se nos dá en señal del perfecto amor que Cristo nos tiene. Porque en castigo de este atrevimiento y desagradecimiento, trás el bocado entra Satanás, y se apodera del corazon, y le instiga á otros innumerables y abominables pecados.

2. El segundo castigo fué, decirle Cristo nuestro Señor[3]: *Quod facis, fac citius*. Lo que haces, hazlo mas presto. Que fué como desampararle, y dejarle de su mano, permitiendo que cumpliese su dañada voluntad; como quien dice: Hasta ahora te he detenido en mi compañía, y en este cenáculo, haciéndole muchos regalos y favores, para que te arrepentieses de tu pecado; mas pues no quieres, yo alzo la mano de tí, y permito que vayas á ejecutar lo que deseas: y pues has de ir, vé presto porque mayores ganas tengo yo de morir, que tú de entregarme á la muerte. O caridad inmensa de Jesus! O dureza endemoniada de Judas! Por mucho que Judas desea vender á Jesus, mucho mas desea Jesus ser vendido y entregado á la muerte por salvar á Judas; mas cuando la maldad llega á resistir á la caridad, entra su hermana la justicia á vengar su injuria, y juzga que

[1] Lucæ 22. 3. [2] Joan. 13. 27. [3] Joan. 13. 27.

sea desamparado, quien con rebeldía no quiso ser curado, conforme al dicho del Profeta [1]: Curado hemos á Babilonia, y no ha sanado, desamparémosla. Por tanto, alma mia, canta á tu Dios misericordia y juicio, para que si la misericordia no te aficionare á lo bueno, el juicio te aparte de lo malo, y recabe el temor del justo Juez, lo que no recaba el amor del misericordioso Padre.

PUNTO CUARTO.—Lo cuarto, se ha de considerar, como habida esta licencia permisiva, Judas se salió del cenáculo, y Cristo nuestro Señor dijo [2]: *Ahora es clarificado el Hijo del hombre, y Dios es clarificado en él, y luego le clarificará.*

1. Por las cuales palabras pretendió enseñarnos dos cosas de mucho consuelo. La primera, que con la salida de Judas quedaba glorificado, porque su escuela y rebaño quedaba puro y santo: al modo que lo será el dia del juicio, cuando con grande gloria venga á juzgar, apartando los malos de entre los buenos y escogidos. De suerte, que como se turbó y entristeció de ver á Judas entre sus escogidos, así se gozó y glorificó de verle apartado de ellos. O quién fuese tal, que pudiese glorificarse Cristo de tenerle en su santa compañía! No permitas, Señor, que lleguen á tanto mis pecados, que sea honra tuya echarme de ella.

2. La segunda, fué, que con la salida de Judas se daba principio á su pasion, por la cual era glorificado, porque su gloria era morir por la gloria de su Padre; y Dios era glorificado en él, y le glorificaria con milagros en la pasion, y luego con la gloria de la resurreccion. Por donde se vé con qué ojos miraba Cristo nuestro Señor sus ignominias, pues la llamaba su gloria: y tambien con qué ojos mira Dios las ignominias de los escogidos, pues se glorifica en ellas, y por ellas los glorifica, y honra con suma gloria, para que yo aprenda á gloriarme de padecer por Cristo, pues Cristo es glorificado en que

[1] Jer. 51. 9. Psal. 100. 1. [2] Joan. 13. 31.

yo padezca, y él me glorificará porque padezco. Por tanto, ó alma mia, gloríate con el Apóstol en las tribulaciones, y en la cruz de Cristo[1], pues de ellas, y por ellas, es glorificado Cristo, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XVII.

DE LA CONTIENDA DE LOS APÓSTOLES SOBRE LA MAYORÍA, Y COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR LES CORRIGIÓ Y AVISÓ DEL ESCÁNDALO QUE HABIAN DE PADECER AQUELLA NOCHE; Y A PEDRO DE QUE LE NEGARIA TRES VECES.

PUNTO PRIMERO.—En acabando Cristo nuestro Señor de decir[2], que ahora era clarificado, y que su Padre le clarificaria, luego brotó en los apóstoles un espíritu de ambicion y contienda sobre quién de ellos era el mayor. En lo cual se descubre la viveza de esta pasion de honra, la cual luego salta en cualquier ocasion; y los que poco ha estaban tristes, por la nueva de que uno de ellos habia de entregar á su Maestro, ahora andan en porfías sobre quién privará mas con él, y quién seria mayor y mas honrado. Cristo nuestro Señor luego atajó esta contienda, y la raiz de ella, diciéndoles.

1. Lo primero, que en su escuela se habia de proceder diferentemente que en el mundo, y entre los reyes de las gentes; porque quien quisiere ser mayor, ha de procurar ser como el menor: y el que desea preceder á todos, ha de tratar de servir á todos; al modo que él estaba entre ellos, como siervo, sirviéndoles con humildad, como ya se ponderó en la meditacion 23 de la tercera parte.

2. Luego añadió, para animarles á esto: *Vosotros habeis permanecido conmigo en todas mis tentaciones y tribulaciones; pues perseverad en esto, y no en pretender mayorías, porque yo por testamento dispongo y ordeno daros*

[1] 1. Cor. 12. 10. Galat. 6. 14. [2] Lucæ 22. 24.

mi reino, como mi Padre me lo dió á mí; esto es: ordeno que entreis en mi reino por humillaciones y tribulaciones, como yo entré en él por ellas. O dulce Jesus, yo acepto el legado de vuestro reino, con condicion de la perseverancia en los trabajos por vuestro servicio. Ayudadme Vos á la perseverancia, porque no pierda la corona. De aquí sacaré, que si hubiese de tener algun modo de contienda con otros, no ha de ser sobre la excelencia, sino sobre la bajeza, deseando el postrer lugar, y la sujecion á todos, porque este es el camino para ser mayor en el reino de Cristo.

Punto segundo.—Lo segundo consideraré, como Cristo nuestro Señor dió á sus apóstoles otra triste nueva diciéndoles [1]: *Todos vosotros seréis escandalizados en mí esta noche: porque escrito está: Heriré al Pastor, y serán esparcidas sus ovejas; pero despues que resucitaré, os veré en Galilea.* Como quien dice: Vosotros, á quien he favorecido y regalado tanto, habeis de recibir escándalo con lo que veréis pasar por mí esta noche, y me desampararéis, y vendréis á perder la fe, ó titubear en ella; pero no desespereis por esto, porque yo resucitaré, y os recogeré en Galilea. Esto dijo para humillarlos por una parte, y abajar los humos de su ambicion, avisándoles de la flaqueza y cobardía que habian de tener; y por otra parte para prevenirlos, porque no desesperasen, ni se amilanasen por su caida, prometiéndoles que los visitaria. Y de ambas cosas he de sacar aviso para vivir con temor, de no escandalizarme, y dejar á Cristo; y para no desesperar, si alguna vez le dejare, pues tan benigno se muestra en querer recibirme.

2. A esto respondió Pedro: *Aunque todos se escandalicen, yo no me escandalizaré; antes estoy aparejado para ir contigo á la cárcel, y á la muerte.*

En las cuales palabras se descubre, que el fervor sin humildad, es causa de muchos yerros. Tres cometió Pe-

[1] Matt. 26. 31. Marc. 14. 27. Luc. 22. 33. Joan. 13. 37. Zach. 13. 7.

dro aquí. El primero fué, contradecir á Cristo, que fué, en modo de no darle crédito, á lo que habia dicho. El segundo fué, presumir de sí mas que de los otros, anteponiéndose á ellos. El tercero fué, presumir de sus fuerzas mas de lo que podia, y jactarse de ello. De aquí resultó que los demás apóstoles, por no quedar inferiores á Pedro, y no ser notados de cobardes, todos dijeron lo mismo, que estaban aparejados á seguir á Cristo hasta morir. Y si esto dijeran con humildad, pidiendo á su Maestro que los ayudara, no erraran; pero como nacia de presuncion, no fué agradable á Cristo nuestro Señor; el cual pudiera responderles aquello de Jeremías[1]: Oido habemos la soberbia de Moab, en gran manera es soberbio. Yo conozco su jactancia, y que no es conforme á ella su fortaleza, ni aun hará lo poco que podia. Lo cual se cumplió á la letra con los discípulos.

3. Pero Cristo nuestro Señor, dejando á los demás, se volvió á Pedro y le dijo: *Dígote de verdad, que antes que el gallo cante, me negarás tres veces*. Que fué decirle: Tú que presumes mas que todos, te escandalizarás mas que todos esta misma noche, porque en ella me negarás tres veces. Parece que permitió nuestro Señor estas tres negaciones de Pedro, en castigo de los tres yerros que cometió en las palabras que dijo, como despues verémos en la meditacion 28. De donde sacaré aviso para no presumir de mí, ni anteponerme á otros, sino con humildad temiendo mi flaqueza, suplicaré á nuestro Señor no me deje de su mano, porque soy tal, que aunque todos no se escandalicen, yo me escandalizaré, si él no me favorece. Mira, Dios mio, esta gran flaqueza mia, compadécete de ella; porque si tú no me ayudas, en cualquiera ocasion de escándalo, será cierta mi caida.

Punto tercero. — Lo tercero, se ha de considerar otro aviso que Cristo nuestro Señor dió á Pedro, y de camino á los demás discípulos, diciendo[2]: *Mirad que*

[1] Jer. 48. 29. [2] Luc. 22. 34.

Satanás ha deseado y pedido cribaros como á trigo, pero yo he rogado por tí, ó Pedro, para que no falte tu fe, y tú, despues de convertido, confirma á tus hermanos.

1. En las cuales palabras se encierran tres grandes avisos. El primero, que Satanás su adversario habia pedido licencia para tentarlos, porque sin esta licencia no pudiera, como ni pudo tentar á Job [1], ni aun entrar en los cuerpos ni hacerles daño. Pero concedióseleda licencia porque así convenia; porque dado caso que el demonio pretendia turbarlos y esparcirlos como quien criba trigo sin tiento alguno; pero Diós nuestro Señor pretendia convertir aquella tentacion en provecho suyo, para que quedasen mas humildes y puros en adelante, como el trigo bien cribado queda limpio de la neguilla y paja. Y esto me ha de ser motivo de consuelo cuando soy tentado, imaginando que la tentacion es como el cribo; y aunque el demonio me cribe con furia, no para apurarme, sino para derribarme: pero la divina proteccion suele cercar el cribo, y defender al que es cribado, y tener la mano al demonio con tal tiento, que no derribe, sino limpie y perfeccione; y no me faltará esta proteccion, si con humildad y confianza acudo á la divina misericordia.

2. El segundo aviso fué, que él habia rogado por Pedro, para que no desfalleciese ni faltase su fe, dándole á entender, que sin duda pereciera, y Satanás prevaleciera contra él hasta del todo destruirle, sino fuera por su proteccion. O amantísimo Jesus, suplico á tu divina Majestad, que si dieres licencia á Satanás que me cribe como á trigo, tú seas mi abogado y protector, para que no desfallezca mi fe ni falte en la caridad: convierte, Señor, la tentacion en mi provecho, para que la afliccion que padeciere, sirva de apurarme en el crisol, apartando de mí todo lo malo que tuviere [2].

3. El tercer aviso fué: *Y tú despues de convertido*,

[1] Job. 1. 12. Matt. 8. 31. [2] 1. Cor. 10. 13.

confirma á tus hermanos. En lo cual se descubre la misericordia de este Señor, con que templó el rigor pasado; porque como le reveló que habia de negarle tres veces, así le reveló que se convertiria, para que no desesperase cuando se viese caido. Además, le exhorta á que se muestre agradecido, por las mercedes que recibirá en su conversion, ayudando él á sus hermanos, para que tambien se convirtiesen; donde se vé la caridad de Cristo nuestro Señor para con los suyos, pues no le dijo, cuando te convirtieres, dame muchas gracias porque rogué por tí, sino confirma á tus hermanos en la fe y confianza: mira por ellos, ayúdalos en lo que fuiste ayudado, y en esto me pagarás algo de lo mucho que por tí he hecho.

MEDITACION XVIII.

DEL SERMON QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO DESPUES DE LA CENA.

Acabada la cena, hizo Cristo nuestro Señor á sus apóstoles un devotísimo y excelentísimo sermon, en el cual ejercitó maravillosamente los tres principales oficios que tuvo, de maestro, consolador y abogado. Como maestro, les exhortó á heróicos actos de virtud; como consolador, les hizo grandes promesas para su consuelo; y como abogado, rogó por ellos á su eterno Padre, como se irá ponderando en esta meditacion y en la siguiente.

Punto primero. — *Del amor de Dios*.—1. Comenzando por el amor de Dios, que es el primero y supremo mandamiento, en este sermon exhortó Cristo nuestro Señor á sus apóstoles á que le amasen, trayéndoles grandes razones para ello. Entre otras cosas les dijo [1]: *Como el Padre me amó, así os he amado, permaneced en mi amor*; como quien dice: El amor que os he tenido,

[1] Joan. 15. 9.

no es como quiera, sino como el amor que mi Padre me tiene, comunicándoos de gracia muchos de los dones que mi Padre me ha dado; y por esto os aviso que permanezcais en mi amor, procurando de vuestra parte conservar este amor que os tengo, para que yo por vuestra culpa no deje de amaros; y procurando tambien amarme como yo os amo, porque amor no se paga sino con semejante amor, y el amor mueve á ser amado. O Amador dulcísimo, con qué palabras mas encarecidas podias declarar la grandeza del amor que nos tienes, que con decir que nos amabas como tu Padre te amó! Y con qué razones mas eficaces nos podias mover á que te amásemos, que con decirnos la grandeza del amor con que nos amas! O si pudiese amarte con un amor semejante al tuyo, pues con tal amor quieres ser amado!

De la obediencia á los mandamientos.— 2. Lo segundo les dijo, como este amor principalmente se descubria en la obediencia y guarda de sus mandamientos, trayéndoles grandes motivos para ello, y así les dijo[1]: *Si me amais guardad mis mandamientos: el que guarda mis mandamientos, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré y le manifestaré á mí mismo: si alguno me ama, guardará mis palabras, y mi Padre le amará, y ambos vendrémos á él y harémos morada en él.* En las cuales palabras nos enseña que el verdadero amor de Dios no está ocioso, ni vive á su libertad, sino trabaja por cumplir la voluntad de Dios, y en esto se encierran tres grandes bienes. El primero, ser amado del eterno Padre con especiales señales de amor: y si tan gran bien es ser amado y querido de los reyes de la tierra, cuán gran bien será ser amado del Rey del cielo, porque nada puede faltar al que priva con tal Rey? El segundo, que el Padre y el Hijo, y por consiguiente el Espíritu santo, morarán dentro de él, y estarán en su alma, rigiéndola, regalándola, y teniendo

[1] Joan. 14. 15.

do especial cuidado de ella. El tercero es, que Cristo se les manifestará, así en esta vida por la luz de la fe, muy esclarecida con la gracia de la contemplacion, como en la otra, por la beatífica con que se vé á Dios claramente. O dichosos los que aman á Cristo cumpliendo sus mandamientos, pues tan grandes bienes alcanzarán por ello! O alma mia, ama obedeciendo, y obedece amando, para que te purifiques con esta obediencia de caridad, y veas al que amas, y te goces con su vista por todos los siglos. Amen.

3. Lo tercero, púsose á sí mismo por ejemplo y dechado de todo esto, diciendo [1]: *Si guardais mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo guardé los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor, así en el amor que me tiene, como en el que yo le tengo.* De modo, que la guarda de los mandamientos de Dios, conserva el amar nosotros á Dios, y el ser amado de él, y todo á imitacion de Cristo, mirando como guardó él estos mandamientos, poniendo su vida por cumplirlos. O Amado mio, deseo cumplir la voluntad de tu Padre, como tú la cumpliste, amándole como le amaste, para ser amado como tú lo fuiste! *Diligam te, sicut diligor à te.* Amele como me amas. Y pues me mandas que le ame, dame lo que me mandas, para que pueda amarle como quieres. En la sexta parte se dirá mas largamente de este punto.

PUNTO SEGUNDO. — *Del amor de unos con otros.* — Con el precepto del amor de Dios, anda junto el precepto del amor del prójimo, al cual exhortó Cristo nuestro Señor á sus apóstoles tres veces en este sermon, con palabras muy encarecidas.

1. La primera vez les dijo [2]: *Un mandamiento nuevo os doy, que os ameis unos á otros como yo os amé, y con esto conocerán que sois mis discípulos, si tuviéreis amor*

[1] Joan. 15. 10. [2] Joan. 13. 34.

unos con otros. Llama á este mandamiento nuevo, porque él le renovó, que estaba muy caido, y le puso en perfeccion, y como fundamento de la ley nueva, que todo es amor, y por él somos semejantes al Adan nuevo; y somos renovados en el espíritu, y alcanzamos la nueva dignidad de hijos de Dios, por la adopcion de Cristo, y porque nos pone nuevo dechado y ejemplo de amor. El precepto de amor antiguo decia: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Este precepto nuevo, dice: Que le amemos como Cristo nos amó; esto es, con la pureza y fervor, y con la intencion que él nos amó, á semejanza suya, queriendo y procurando para nuestros prójimos, principalmente los bienes espirituales aunque sea con pérdida de nuestras comodidades temporales. Y para que estimemos este amor, dice, que este ha de ser la divisa y señal de sus discípulos, por la cual han de ser conocidos por tales, que fué decirles: Los discípulos de Moisés son conocidos por la observancia de las ceremonias de la ley: los del Bautista, por ayunos y asperezas: los de los fariseos, por los vestidos y ceremonias exteriores: los de los filósofos, por dichos y sentencias agudas; pero los discípulos de mi escuela, por el amor de unos con otros, y aunque puede haber otras señales, como son la fe, la profecía, los milagros, y otras obras muy gloriosas: pero esta del amor es la certísima, y puede hallarse en todos, sin la cual las demás son imperfectas. Y por esto dijo el Sabio [1]: Que los hijos de la divina Sabiduría, son la Iglesia y congregacion de los justos, cuya nacion y condicion propia es obediencia y amor: porque como las naciones del mundo se conocen por los lenguajes ó trajes, ó por los fueros y otras señales exteriores; así la nacion de los hijos de la Sabiduría encarnada, que es Cristo, se conoce por obediencia y amor de Dios, y de unos con otros entre sí. O Maestro dulcísimo; dame la señal de los que

[1] Eccles. 3. 1.

cursan en tu escuela, para que por ella, no solamente yo sea conocido, sino tambien tú seas glorificado, pues la virtud del discípulo, es gloria de su maestro.

2. La segunda vez les dijo [1]: *Este es mi precepto, que os ameis unos á otros como yo os amé: ninguno tiene mayor amor que este, que es dar la vida por sus amigos.* En las cuales palabras al mandamiento del amor que llamó nuevo, llama ahora suyo; porque aunque los demás sean tambien suyos, pero este lo es por excelencia: es suyo, porque en él funda su ley, y se preció de guardarle perfectísimamente, y porque le estima en mas que á los otros, y con él hace á los hombres suyos, sus hijos, sus amigos y sus fieles siervos, y con él les dá sus cosas propias: esto es, su gracia y la herencia de la gloria, y á sí mismo se dá por suyo. Finalmente, es precepto suyo, porque él mismo se pone por dechado de este amor, cuya suprema perfeccion consiste en dar la vida si fuere menester por sus amigos; esto es, por aquellos á quien ama, como él la dió por nosotros [2]. O Amador infinito, que diste la vida por todos, porque á todos amaste; y aunque eran tus enemigos, la ofreciste por ellos, para convertirlos en amigos, dame un amor tan perfecto como este, pues no es razon quiera yo mi vida, siendo tan vil y miserable, mas que tú quisiste la tuya, siendo tan preciosa y admirable.

3. La tercera vez les dijo [3]: *Estas cosas os mando, que os ameis unos á otros.* En las cuales palabras claramente dá á entender, que todas las cosas que mandó en su ley, y todos los demás mandamientos, están cifrados en este uno del amor, y por esto dijo: Estas cosas os mando, que os ameis; porque si os amais, con esto cumpliréis todas las demás: porque el cumplimiento de la ley, es el amor [4]. Tres veces repite este precepto, para que esté mas firme en el corazon, y todas tres le llama precepto, con no haber usado de este vocablo, cuando

[1] Joan. 15. 12. [2] Roman. 7. 10. [3] Joan. 15. 17. [4] Rom. 13. 10.

les encargó que le amasen, como quien dice: Para que me ameis, no será menester diga yo que os lo mando, porque el amor que os tengo, y los bienes que os he hecho, están diciendo que me ameis; mas para que ameis á vuestros prójimos, quiero mandarlo expresamente una, dos y tres veces, porque no os descuideis en este amor.

PUNTO TERCERO. — *De la oracion y confianza.* — Otras tres veces exhortó Cristo nuestro Señor á sus apóstoles en este sermon al ejercicio de la oracion, declarándoles la confianza, y las demás condiciones que habian de acompañarla.

1. Lo primero les dijo[1]: *El que cree en mí, hará las obras que yo hago, y otras mayores, porque voy al Padre, y cualquier cosa que pidiéreis en mi nombre, la haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo: y si me pidiéreis alguna cosa en mi nombre; tambien la haré.* En las cuales palabras nos enseña, que la oracion con la fe viva, y esperanza cierta en su palabra; es poderosa para alcanzar del Padre eterno y del mismo Cristo fuerzas y poder para hacer obras maravillosas, semejantes á las que él hizo en este mundo; así obras de virtud y santidad, como obras de milagros mayores que los suyos, si fuere menester; y para certificarnos de esto, repite lo mismo segunda vez, y dice, que es gloria de su Padre conceder esto por su Hijo, para que entendamos cuan de buena gana lo cumplirán ambos.

Obediencia con amor, hace ser oida la oracion.—2. Lo segundo les dijo[2]: *Si permaneciéreis en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, todo lo que quisiéreis, pediréis, y se os dará.* En las cuales palabras nos enseña la maravillosa eficacia y trabazon de la oracion, con la union á Cristo por amor y por obediencia á sus palabras; porque en manos de la voluntad, unida de esta manera con Cristo, se pone el querer y el pedir; y el

[1] Joan. 14. 12. [2] Joan. 15. 7.

mismo Cristo nuestro Señor se obliga á conceder lo que pidiere: lo cual se entiende cuando quiere y pide, movida de esta divina union, y segun ella, la cual nunca quiere mas de lo que Dios quiere, ni pide, sino lo que dá gusto á Dios, porque no tiene voluntad propia, sino la de Dios toma por suya: y por esta razon dice santo Tomás[1], que siempre se cumple la oracion de los que de esta manera oran. O Dios de mi alma, concédeme que siempre esté unido contigo, y tus palabras y preceptos estén siempre unidos conmigo, amándolos y cumpliéndolos de corazon; porque cierto estoy, que si te amo, obedezco y concierto mis quereres, conforme á la ley del amor, cuanto quisiere puedo pedir, y cuanto pidiere me darás [2], porque gustas de hacer placer á quien te le hace, y de cumplir la voluntad del que siempre cumple la tuya.

3. Lo tercero, les dijo [3]: *De verdad, de verdad os digo, si alguna cosa pidiereis al Padre en mi nombre, él os la dará: hasta ahora no habeis pedido nada en mi nombre, pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea lleno.* En las cuales palabras con grande aseveracion les hace una solemne promesa, de que le les dará cuanto pidieren en su nombre, y luego les exhorta á que usen de ella, para que por la experiencia prueben su verdad, y se gocen enteramente cuando la vieren cumplida. Para que se entienda la excelencia de esta promesa, se ha de ponderar, quién es el que la hace, á quién se hace, quién la ha de cumplir, á quién se ha de pedir, porqué títulos, qué cosas, y con qué modo.

De la promesa de nuestras oraciones.—1. El que hace esta promesa, es el Hijo de Dios vivo[4], cuyo nombre es fiel y verdadero, y la misma verdad y sabiduría infinita, que no puede engañarse, ni engañarnos: y sabe muy bien lo que promete, y lo que puede y quiere cum-

[1] 3. p. q. 21. art. 4. [2] Psal. 114. 19. 1. Joan. 3. 22. [3] Joan. 16. 23. [4] Apoc. 19. 11.

plir, y conviene que se cumpla, y de todas partes es certísima.

2. A quien se hace la promesa, es á los discípulos de Cristo, que estaban con él en aquel cenáculo, habiéndose ya salido Judas; que es decir: hácese solamente á los que creen en Cristo, y esperan en él, y desean servirle y obedecerle como discípulos, y no á los pecadores rebeldes y obstinados que se apartan de su escuela y obediencia. Y en este sentido dijo el otro ciego [1], que Dios no oye á los pecadores. Y el Sabio dice: Que quien cierra su oido para no oir la ley, su oracion será desechada. Pero aunque sean pecadores, si desean no serlo, sino ser discípulos de Cristo, tambien tienen parte en esta promesa, cuando piden ser admitidos á su escuela, porque nuestro Padre celestial dá su espíritu bueno al que se le pide, para dejar de ser malo; pero mas especialmente gozan de ella los que permanecen en Cristo, y sus palabras permanecen en ellos, como esta dicho [2].

3. El que ha de cumplir la promesa, ó á quién se ha de pedir, es el Padre; esto es, aquel Señor que por excelencia merece este nombre, y es padre amoroso, y todopoderoso para dar á sus hijos cuanto le pidieren, mucho mejor que todos los padres de la tierra, porque dá sin perder nada, y sus gustos son dar á todos. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor [3]: *Si vosotros, siendo malos, dais á vuestros hijos los bienes que habeis recibido, cuánto mas vuestro Padre celestial que por naturaleza es bueno, dará su buen espíritu á cualquiera que se le pidiere?* Tambien ha de cumplir esta promesa el mismo Hijo de Dios, que nos amó tanto, que murió por nosotros; y es tan liberal y amigo de dar, que se dá á sí mismo, y nos manda que pidamos, por el deseo que tiene de darnos. Y finalmente, tambien la ha de cumplir el Espíritu santo, que es un Dios, con los dos, el cual, como dice el Apóstol [4], pide por nosotros, inspirándonos á pedir, por las ganas que tiene de dar.

[1] Joan. 9. 31. [2] Luc. 11. 13. [3] Lucæ 11. 13. [4] Roman. 8. 26.

4. Los títulos para pedir, son el nombre de Cristo; esto es, la bondad de Cristo nuestro Señor con todas sus virtudes y merecimientos, y por los trabajos de su vida y muerte, y por los servicios que hizo al Padre, y por su gloria y honra; para que sea su nombre glorificado. De suerte, que no tengo de pedir en mi nombre, ni confiando en mi virtud, ni en mis merecimientos, ni para gloria de mi nombre, sino dejando todo esto, y desconfiando de mí, estribar en Cristo mi Señor, y ordenar lo que pidiere para gloria suya.

5. Las cosas que abraza la promesa, con todas las que son decentes y convenientes á la bondad del Padre que las ha de dar, y al nombre y virtud del Hijo por quien se piden, y á la necesidad del que las pide para bien de su alma ó de otros para quien pide, sin poner tasa en esto, pues no la puso el que hizo la promesa. De donde se sigue [1], que pues Dios quiere ser largo en dar, no tengo de ser yo corto en pedir, sino pedir como quien pide al liberalísimo Dios; y pedir, como dice Cristo nuestro Señor: *Ut gaudium vestrum sit plenum.* Que nuestro gozo sea lleno; esto es, pedir, no principalmente cosas terrenas, que no pueden dar gozo lleno, sino las cosas celestiales, y esas no cortamente, sino con tanta abundancia, que llenen nuestro gozo, y harte nuestro deseo, primero en esta vida temporal, y despues en la eterna.

6. El modo con que se ha de pedir, es con gran fe y confianza en la bondad y liberalidad del que promete y ha de dar lo que se pide, y en los merecimientos del medianero, por quien se pide. Esta es la fe de quien dijo Cristo nuestro Señor por san Marcos [2]: *Habete fidem Dei*, tened fe de Dios; esto es, una fe que sea grandísima, fe digna de Dios, fe altísima, que dejando todo lo bajo de la tierra, ponga sus áncoras en el cielo, y espere de Dios todo lo que ha prometido, estribando en su palabra, y en quien él es. Esta es la fe, que en otras

[1] D. Basil. de Constit. cap. 1. [2] Marc. 11. 22.

partes compara al grano de mostaza, de la cual se dijo en la tercera parte meditacion 38. Con esta fe se ha de juntar grande perseverancia, hasta que nuestro gozo sea cumplido; esto es, hasta que por experiencia veamos que somos oidos, y nos gocemos de ello, y alcancemos el gozo lleno que se recibe con los dones que nos dan. O Redentor del mundo, que tan liberal eres en prometer, y tan fiel en cumplir lo que prometes! Gracias te doy por esta liberalidad y fidelidad que en todo muestras, suplícote me des gracia para que te pida lo que me mandas pedir, y con el modo que quieres que lo pida, para que mi gozo sea lleno, recibiendo lo que pido, y gozándome con tus dones, y mucho mas contigo dador de ellos, porque nunca mi gozo será lleno, sino es teniéndote á tí, que eres mi sumo gozo, por todos los siglos. Amen. Lo que resta de esta promesa, pondrémos en la meditacion 33 de la sexta parte.

Punto cuarto. —*Razones de consuelo en los trabajos.*—Gran parte del sermon gastó Cristo nuestro Señor en animar á sus apóstoles, y consolarlos en los trabajos presentes, y en otros que despues habian de padecer en el mundo, trayéndoles muchas razones, de las cuales apuntaré algunas, aunque no por el mismo órden, para que nos sirvan de puntos de meditar, y de motivos para consolarnos y alentarnos á sufrir con paciencia las persecuciones y trabajos que nos sucedieren.

1. La primera razon, es, por el ejemplo de lo que el mismo Cristo padeció [1]: *Acordaos*, dice, *de las palabras que os he dicho: No ha de ser el siervo mayor, ó mas privilegiado que el Señor: si á mí persiguieron, tambien perseguirán á vosotros. Os echarán de las sinagogas, y vendrá hora en que quien quiera que os matare, piense que hace servicio á Dios, y estos trabajos os vendrán por mi causa.* O dichosos trabajos, cuya causa es Cristo, y por los cuales somos semejantes á Cristo! No quiero, Señor

[1] Joán. 15. 20.

mio, privilegio de exencion de trabajos, pues siendo yo vuestro siervo, es grande honra mia pasar por la ley que pasó mi Señor.

2. La segunda, porque ser perseguidos, es señal y prenda de que no son del bando reprobado del mundo; y por consiguiente, que son del bando de Cristo, y de sus escogidos. *Si el mundo*, dice, *os aborrece, sabed que primero me aborreció á mí: Si fuérais del mundo, el mundo amara lo que es suyo; mas porque no sois del mundo, sino yo os escogí, y saque del mundo, por eso os aborrece el mundo.* O buen Jesus, de tu bando quiero ser, y no del mundo; y si el mundo me aborreciere y persiguiere, de esto me alegraré, porque tú volveras por mí, pues me persigue por tí.

3. La tercera razon, es[1], porque estos trabajos y tristezas se convertirán presto en gozo. Así como la mujer cuando pare tiene gran tristeza y dolor, pero despues se goza por el hijo que le ha nacido en el mundo, y el mismo hijo, que fué causa de su dolor, es despues causa de su gozo: el dolor duró poco tiempo, el gozo mucho, y es tan grande, que hace olvidar los dolores del parto; así tambien vosotros teneis tristeza por mi ausencia y por mi muerte; pero yo resucitaré, como quien de nuevo nace en el mundo, y convertiré vuestro llanto en gozo. Teneis grandes dolores, como de parto, predicando mi ley, haciendo lo que os mando, porque se levantarán grandes persecuciones contra vosotros; pero eso mismo que os diere tristeza, será ocasion de alegría tan grande, que os haga echar en olvido la tristeza pasada, por el fruto que de ella cogísteis: el dolor durará poco tiempo, pero el gozo será perpétuo, porque ninguno os lo podrá quitar. O alma mia, no codicies el gozo del mundo, pues ha de parar en llanto[2]: escoge la tristeza y el dolor por Cristo, pues se ha de convertir en gozo: ama las tribulaciones, y luego hallarás gozo en ellas.

[1] Joan. 16. 20. [2] Jacobi 1. 2.

4. La cuarta, porque en el cielo hay moradas eternas, donde serán aposentados por Cristo los que acá padecen por su amor [1]. *No se turbe*, dice, *vuestro corazon, creed y confiad en Dios, y en mí, porque en la casa de mi Padre hay muchas moradas, y yo voy á aparejaros el lugar que habeis de tener, y volveré por vosotros, y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, allí esteis gozando de mi compañía y de mi gloria.* O alma mia, no te turbes ni aflijas con tus trabajos, porque la morada de este mundo es como de paso, y Cristo vendrá por tí en la hora de la muerte, para premiarte lo que hubieres padecido en vida, colocándote con sumos gozos en sus eternas moradas.

5. La quinta, porque en medio de los trabajos de esta vida viene Cristo nuestro Señor á visitarnos y ayudarnos; y así dice [2]: *No os dejaré huérfanos, yo volveré á vosotros: no se turbe vuestro corazon, ni tema, pues os he dicho, que voy y vengo á vosotros: un poco no me veréis, y de ahí á poco me veréis, y se gozará vuestro corazon, y ninguno podrá quitar el gozo que yo os diere.* O Padre amantísimo, que nunca dejas huérfanos á tus hijos, aun cuando á su parecer estás ausente de ellos, porque nunca lo estás para mirar por su bien, deseo no turbarme con mis trabajos, pues tan presto has de venir á visitarme y consolarme en ellos! Dame Señor, el gozo interior, del cual, ni el demonio, ni el mundo, ni criatura alguna me puede privar; porque poseyendo este gozo, me será sabroso cualquier trabajo.

6. La sexta, porque aunque sean atribulados, son amados del Padre eterno [3]: *Cuando yo*, dice, *no rogaré por vosotros, sabed que el Padre os ama, porque me amásteis y creísteis que salí de Dios.* Como quien dice: No os turbeis ni temais, ni perdais la confianza y el ánimo en medio de los trabajos que padeciéreis por mi causa, porque son prendas de que mi Padre os ama,

[1] Joan. 14. 1. [2] Joan. 16. 16. [3] Joan. 16. 26.

por el amor que mostrais en padecer por mí: y si el Padre os ama, él os amparará y consolará; pues un Padre tan amoroso y poderoso, no puede faltar al consuelo de sus hijos. Ó Padre amantísimo, no quiero otro consuelo en la tierra, sino saber que me amas; porque si me amas, nada me puede faltar, pues no sabes amar y desamparar.

7. La séptima razon de consuelo es, por las grandes prendas de confianza que tenemos para salir con la victoria de todos los enemigos que nos persiguen [1]. *En el mundo*, dice, *tendréis apretura, pero confiad que yo vencí al mundo.* Esto es, yo vencí al demonio, príncipe de este mundo, y vencí la fiereza de los trabajos y persecuciones, y vencí al pecado y á la muerte; y en virtud de mi victoria podeis seguramente confiar que vencerêis, pues yo vencí para vosotros, y estoy en vosotros peleando para vencer. Gracias te doy Padre eterno, por la victoria que nos das por tu Hijo Jesucristo [2]; y pues tuya ha de ser la victoria y la gloria de ella, no quiero dudar ni desconfiar de que podré alcanzarla.

Otras razones de consuelo trae Cristo nuestro Señor, fundadas en la venida del Espíritu santo, las cuales dejo para la quinta parte, en las meditaciones 17 y 22 de su venida.

MEDITACIÓN XIX.

DE LA ORACION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO Á SU PADRE AL FIN DEL SERMON DE LA CENA.

Esta oracion de Cristo nuestro Señor, es un vivo y parfectísimo ejemplo de todas las cosas que han de concurrir en una oracion fervorosa y excelente, cuanto á las personas por quien se ha de orar, y las cosas que se han de pedir, y los títulos que se han de alegar y el órden que en esto ha de haber. Reducirla hemos á

[1] Joan 16. 33. [2] 1. Cor 15. 57.

tres puntos, por tener ella tres partes[1]: porque primero oró en cuanto hombre por sí y por sus cosas: luego oró por sus apóstoles que tenia presentes, y estaban á su cargo, y despues por todos los escogidos, y por todos los fieles que habia de haber hasta la fin del mundo: y este órden pide la caridad bien ordenada, y es el que debemos guardar en la forma y manera que Cristo nuestro Señor le guardó.

PUNTO PRIMERO.—Estando Cristo nuestro Señor en pié en presencia de sus apóstoles, levantando los ojos al cielo con vóz clara, oró á su Padre por sí mismo, diciendo: *Padre, llegada es la hora, clarifica á tu Hijo, para que tu Hijo te clarifique á tí.*

1. Aquí se ha de ponderar lo primero, la reverencia interior y exterior con que Cristo nuestro Señor oraba, la devocion que mostró levantando los ojos al cielo, la voz tan tierna, y palabras tan regaladas y sentidas que decia para enseñar á sus apostoles con este ejemplo como habian de orar, y para consolarnos con el cuidado que de ellos mostraba tener.

2. Lo segundo se ha de ponderar lo que pidió en esta oracion; es á saber: que fuese clárificado en el tiempo de su pasion con milagros, para que se descubriese que aunque padecia cosas tan ignominiosas, era Hijo de Dios. Además, ser tambien clarificado con la claridad y gloria de la resurreccion y ascension á los cielos, y ser clarificado en el mundo, y conocido de los hombres por Hijo de Dios; y para que se entendiese, que no pedia esto por su propia honra, añade: Pídolo Padre, para que tu Hijo te clarifique á tí; esto es, para que por mi gloria y en ella seas glorificado: y para que yo, despues de glorificado por tí, de nuevo te clarifique y publique tú gloria á mis discípulos y por ellos á todo el mundo.

De esta oracion de Cristo nuestro Señor tengo de

[1] D. Thom. 3. p. q. 21. art. 3.

usar en muchas maneras. Unas veces pidiendo al Padre eterno clarifique á su Hijo en todo el mundo, entre todos los infieles, dándoles luz para que le crean y glorifiquen como á Hijo suyo, para que con esto sea el mismo Padre mas glorificado, y con este espíritu le diré muchas veces: *Pater, clarifica Filium tuum, ut Filius tuus clarificet te.* Padre, clarifica á tu Hijo unigénito Jesucristo, para que tú seas en él y por él clarificado en todo el mundo.

Otras veces apropiaré á mí mismo esta oracion, pidiendo al Padre eterno, clarifique á mí, miserable é indigno hijo suyo, con la claridad de su gracia, y con obras excelentes de virtud, no para honra mia, sino para gloria suya, y para que yo le glorifique y predique sus grandezas; y así con este espíritu, pidiendo para mí, diré: Padre, clarifica á tu hijo, para que tu hijo te clarifique á tí: y no es atrevimiento usar de esta oracion, porque supuesto que Dios quiere que le llame Padre, bien puedo llamarme yo hijo: y si no tuviere tanto ánimo, en lugar de esta palabra hijo, pondré esta palabra siervo ú esclavo, diciendo: Dios mio, clarifica á tu siervo, para que tu siervo te clarifique á tí: Padre, ama á este esclavo tuyo, para que tu esclavo te ame á tí.

3. Lo tercero, con esta oracion juntó Cristo nuestro Señor títulos para lo que pedia, diciendo: *Yo te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me encomendaste. Clarifícame pues, ó Padre, cerca de tí mismo, con la claridad que tuve cerca de tí, antes que el mundo se hiciese.* Como quien dice: Justo título tengo para pedir esto, porque yo he procurado siempre tu gloria en la tierra, y he obedecido á tu voluntad, cumpliendo todo lo que me has mandado, justo es que tú me clarifiques con la claridad y con el premio que me tienes señalado en tu predestinacion eterna. De donde se han de sacar dos cosas. La primera, que los varones perfectos

cuando piden algo á Dios nuestro Señor, pueden como arriba se dijo en la introduccion de la obra, § 1, con humildad alegarle los servicios que le han hecho, buscando su gloria, y obedeciendo á su voluntad: y cuando la conciencia les dá testimonio de esto, piden con gran confianza. O Padre amantísimo, si pudiera decirte con verdad que siempre te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me has encomendado! Pero muy al contrario he vivido, buscando mi gloria con menoscabo de la tuya, y atropellando tu voluntad por hacer la mia; y así te suplico, no como fiel criado, sino como pobre necesitado, que me clarifiques con tu gracia, para que de hoy mas te clarifique sobre la tierra y acabe lo que me has encomendado[1].

La segunda es, que la oracion es medio para negociar las cosas que Dios tiene ordenadas en su eterna predestinacion; y así no hemos de faltar en la continua oracion, pues quizá por ella se nos ha de dar lo que Dios ha predestinado para nuestra salvacion, y así le hemos de pedir con instancia, no la gloria del mundo cerca de los hombres, sino la gloria cerca de Dios, para la cual nos tiene señalados.

Punto segundo.—Luego se ha de considerar la oracion que Cristo nuestro Señor hizo por sus apóstoles, en la cual primero declaró por quien rogaba, diciendo á su Padre: *No te ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos*. Llama mundo á la muchedumbre de los reprobados, rebeldes á Dios y á su ley: los cuales por su culpa se hacen indignos de que Cristo nuestro Señor ore por ellos, cuanto á la eficacia de su oracion, la cual no tiene en ellos efecto. Y así dice, que ruega por los apóstoles escogidos del Padre, *quia tui sunt*, porque son tuyos, son tus amigos, tus siervos fieles; tus escogidos, y los tienes debajo de tu amparo. Este título es maravilloso para alegar á Dios en nues-

[1] D. Thom. 2. 2. q. 83. art. 2.

tras oraciones; diciéndole: Padre celestial, favorece á los que me has encomendado, y dá tu ayuda á todos los fieles, porque son tuyos. Dios mio, mira por mi alma y cuerpo, y por todos los sentidos y potencias que me diste, porque son tuyas. Conserva los deseos y propósitos buenos que me has dado, porque son tuyos. Quién hay que no mire por lo que es suyo [1]? *Tuus sum ego, salvum me fac.* Tuyo soy, sálvame: tuya es mi alma, sálvala: tuyo es mi entendimiento, ilústrale: tuya es mi voluntad, rigela, etc. No permitas, Señor, que yo sea parte del mundo, por el cual no ruegas, porque si me excluyes de tu oracion, tambien quedaré excluido de tu reino.

2. Despues de esto pidió Cristo nuestro Señor para sus apóstoles tres cosas excelentísimas.

Union de caridad.—1. La primera fué, diciendo: *Padre santo, en tu nombre y por tu gloria guarda estos que me diste, para que sean una cosa como yo y tú lo somos.* En las cuales palabras pide al Padre eterno, que mire por ellos y los conserve, dándoles union de caridad entre sí mismos y con Dios; no union cualquiera, sino perfectísima, y á semejanza de la que el Padre y el Hijo tienen en unidad de esencia. De modo que como los dos, por ser un Dios, tienen un mismo sentir, querer y obrar, así ellos se conformen en todo con el sentir de Dios y con su divina voluntad, obrando solamente lo que Dios quiere que obren; y conviniendo todos en esta union con Dios, quedarán tambien unidos entre sí.

2. La segunda cosa que pide, es, los libre de todo lo que es contrario á esta divina union, diciendo: *No te ruego que los saques del mundo, sino que los libres del mal.* Que es decir: En el mundo han de padecer grandes persecuciones y trabajos: no te pido, Padre mio, que los saques del mundo, porque conviene se queden en él, sino que los libres de lo malo; esto es, del peca-

[1] Psal. 118. 94.

do, de la desunion y discordia, del demonio, y de todo mal eterno, de modo que vivan en el mundo sin que se les pegue el mal del mundo.

3. La tercera cosa que pide, es, los de la plenitud de todas las virtudes, diciendo: *Santifícalos en verdad, pues yo me santifico por ellos, para que ellos queden santificados en verdad.* Que es decir: no solamente los libre del mal, sino santifícalos con abundancia de virtudes verdaderas, libres de toda hipocresía y fingimiento, conformes á la verdad que yo les he predicado, pues yo me he consagrado y ofrecido en sacrificio y hostia santa, por hacerlos santos. Por todo esto se vé, como Cristo nuestro Señor quiere que pidamos en la oracion cosas grandiosas, dignas de Dios, alegándole principalmente dos títulos; uno la gloria y majestad de su santísimo nombre; otro la santidad del sacrificio que él mismo ofrecio por nosotros en la cruz. O Padre soberano, oye la oracion de tu Hijo unigénito, librándome de lo malo, que inficiona el mundo, y santificándome con verdadera santidad, para que goce de la union que tienes con él, unido contigo en perfecta caridad. Amen.

Punto tercero.—Ultimamente, se ha de considerar la oracion que hizo por todos los demás fieles, pidiendo para ellos los bienes de gracia, y la vida eterna.

1. Lo primero, dijo: *No ruego solamente por estos, sino por todos los que por su predicacion han de creer, para que todos sean una misma cosa: y como tú, Padre, estás en mí, y yo en tí, así ellos sean uno en nosotros, para que crea el mundo que tú me enviaste.* De donde consta, que oró por todos los que ahora vivimos en su Iglesia; y por consiguiente, que oró por mí mismo, porque á todos y á cada uno, y á mí tambien, nos tenia tan presentes como á los que estaban en aquel cenáculo, y para todos pidió esta union de caridad perfectísima con Dios y entre sí, al modo dicho; la cual fuese tan grande y maravillosa, que bastase para convertir al mun-

do, y para que los infieles creyesen que Cristo era Dios, pues tenia discípulos tan unidos en caridad. O dulcísimo Jesus, cuán cuidadoso y celoso eres del bien de tus escogidos; pues antes que nazcan oras por ellos, y pides para ellos dones tan soberanos! O Padre amantísimo, oye esta oracion que tu Hijo unigénito ofrece por mí, y házme participante de la soberana union que tienes con él! Concede tambien esta union á los religiosos, para que por ella conozcan los seglares, que tu Hijo unigénito mora en ellos. Concédela tambien á todos los fieles, para que los infieles, admirados de esta milagrosa union, reciban tu santa ley. Y pues tu Hijo nos ofrece la claridad de su gracia, para que todos seamos *consummati in unum*, muy perfectos y acabados en lo que es ser una cosa, concede á todos los justos, que han participado esta claridad, que lleguen á la excelencia de ella, para que se dilate por todo el mundo la claridad de su gloria. Amen.

2. Lo segundo que pidió, fué: *Padre, quiero para los que me diste, que adonde yo estoy, allí estén ellos conmigo, para que vean la claridad que me diste.* Que es decir: Padre, no solamente pido para mis fieles la union de caridad y perfeccion en esta vida, sino que despues de ella estén conmigo en el cielo, donde yo estoy gozando de mi compañía, para que vean la claridad que me diste en cuanto Dios y en cuanto hombre, y sean bienaventurados con esta vista. O Amador dulcísimo, con qué eficacia orabas cuando esto decias, pues hablando con tu Padre, interpones tu suprema autoridad y la igualdad que tienes con él, diciendo [1]: Padre, *volo*, quiero que donde yo estuviere, estén mis discípulos. Quién podrá ir contra ese quiero tuyo, pues lo que tú quieres eficazmente, todo se cumplirá? O quién estuviera donde tú estás! Bien sé que estás en todo lugar, donde están buenos y malos, pero no todos están con-

[1] Isai. 46. 10.

tigo, gozando de tu dulce compañía [1]. Concédeme, que siempre esté yo donde estás tú, viéndote en esta vida por fe muy esclarecida, y despues con clara vista en tu gloria. Amen.

MEDITACION XX.

DE LA IDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR AL HUERTO, Y DE LA TRISTEZA Y AFLICCION INTERIOR QUE ALLÍ TUVO.

PUNTO PRIMERO. — *Acabado el sermon de la cena y dicho el himno acostumbrado, en accion de gracias* [2], *salióse Jesus con los once apóstoles del cenáculo, y fuese de la otra parte del arroyo de Cedron, al monte de las Olivas, á un campo que se llama Getsemani, donde estaba un huerto, y allí entró como tenia de costumbre.*

1. Sobre este paso se han de ponderar las causas de esta salida de Cristo nuestro Señor del cenáculo al huerto. La primera fué, por guardar la costumbre que tenia de recogerse á lugares solitarios á oracion retirada, despues de haber cumplido con el oficio de predicar. Y es mucho de ponderar la magnanimidad y entereza de este Señor, que por ningunos trabajos ni peligros queria dejar sus buenas costumbres, y así predicó y dijo su himno acostumbrado despues de la cena, y se fué á la soledad como si no esperara ningun trabajo. De donde sacaré confusion de mi tibieza, porque con cualquier ocasion dejo mis loables costumbres, en especial la de la oracion, habiendo de ser al contrario, que en tiempos de mayor aprieto habia de acudir mas á ella.

2. La segunda causa fué, porque su prision no se hiciese en el cenáculo y en casa agena, sino en la soledad y en el campo, donde se podia hacer mas cómodamente sin que viniese daño á su huésped. Y para que se viese que no huia, fuese al lugar que era muy

[1] D. Dionis. cap. 3. de Divinis nominibus. [2] Matt. 26 30. Luc. 22. 39. Joan. 18. 1.

sabido del traidor que le habia de entregar, como quien de su voluntad se vá á ofrecer á la prision y muerte, llevado, no con cadenas de hierro, sino con cadenas de amor y de obediencia; y así dijo á sus discípulos en el sermon de la cena [1]: *Para que conozca el mundo, que amo á mi Padre; y que como él me dió el mandamiento, así lo cumplo: levantaos, vamos de aquí.* O dulce Jesus, dame estos afectos de amor y de obediencia para que no huya de los trabajos, sino antes me ofrezca á ellos, siguiéndote con amor, y acompañándote con obediencia.

3. La tercera causa fué, para significar, que como la pérdida del mundo comenzó por la mala libertad que Adan pretendió en un huerto; así la salvacion del mundo comenzase por la prision de Cristo en otro huerto, plantado en el valle de las olivas: porque todo lo que allí sucedió, fué para nosotros rio inmenso de misericordia, aunque para él fué arroyo impetuoso de tristezas y trabajos: y aunque al tiempo que pasó el arroyo de Cedron se acordó de las avenidas de dolores que habian de penetrar su alma, con todo eso iba con sus apóstoles mostrándoles grandes caricias. Dame, Salvador mio, licencia, que te acompañe y pase contigo por el arroyo de los trabajos y penas; pues todos serán para mí valle de olivas y misericordias.

Punto segundo. — *Llegando al lugar señalado, dejando los apóstoles, tomó tres de ellos, Pedro, Diego y Juan. Et cœpit contristari, et mœstus esse, pavere et tædere. Comenzó á entristecerse y á estar afligido, á tener miedo y tedio.*

1. Lo primero, se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor quiso dar principio á los trabajos de su pasion con dos cosas terribles, que la hicieron penosísima. La primera fué, privarse voluntariamente de toda alegría sensible; de suerte, que aunque solia tener gusto de padecer con muestras de alegría, ahora se privó de esta

[1] Joan. 14. 31.

alegría en la parte inferior de su alma y cerró la puerta á todo consuelo sensible, que de la parte superior lo podia venir. La segunda fué, tomar voluntariamente los afectos contrarios de temor, y tristeza, dando licencia á sus apetitos que brotasen estos afectos penosos con grande vehemencia; porque como estaba en su mano tomarlos ó dejarlos, y tomarlos con poca ó mucha intension, tomólos con grandísima fuerza, para que su pasion fuese mas amarga; porque los trabajos, cuando hay alegría sensible siéntense poco, como lo experimentaron muchos mártires: mas cuando hay tristeza, siéntense mucho; y así la paciencia entonces es muy mas gloriosa, porque padece sin ayuda de costa sensible, y se come sin salsa el manjar desabrido y amargo de la tribulacion puramente por amor de Dios. O dulce Jesus, gracias te doy por este principio que diste á tus trabajos, tomando lo que habia de ser aumento de ellos, concédeme que por tu amor me prive de cualquier gusto sensible, y me ofrezca á beber el cáliz de tu pasion, puro como le bebiste.

2. Lo segundo ponderaré, la muchedumbre y gravedad de estas aflicciones interiores de Cristo, que los Evangelistas llaman temor ó pavor, tedio, tristeza, y agonía. El temor fué de los tormentos y muerte tan terrible, que tenia cercana, el cual suele á veces atormentar mas que la misma muerte, y causa un modo de temblor ó espanto, que se llama pavor, y una congoja interior que se llama agonía, de que despues dirémos. Este temor acometió á Cristo nuestro Señor como un ejército de soldados innumerables, imaginando tantos temores, cuantos fueron despues sus tormentos, porque tuvo temor de la prision, de las injurias de aquella noche, de los azotes, de la corona de espinas, de la cruz y clavos, y hasta de la lanzada que le habian de dar despues de muerto. Todos estos temores tomó de su voluntad para afligirse con ellos, y mostrar su fortaleza en resistirlos, sin volver por su

causa atrás de lo comenzado. O fortísimo Guerrero, con cuánta mas razon podiais decir lo que dijo David [1]: Mi corazon se ha turbado, y el miedo de la muerte ha descargado sobre mí; el temor y el temblor me han cogido, y las tinieblas me han cubierto; mas no por eso deseais alas de paloma para huir, porque tomais el temor para vencerle. El tedio fué un enfado y desgana de todas las cosas de este mundo, no hallando en la tierra cosa que le diese gusto y consuelo, ó alivio: y hasta de la misma vida, como otro Job [2], tenia tedio, viéndola cercada de tantos males y peligros; con lo cual pagaba los tedios que yo tengo de las obras de virtud, y las desganas de sufrir lo amargo de ella.

La tristeza fué un pesar y afliccion interior de los males que miraba como presentes, contrarios á la inclinacion natural de su carne: y como los trabajos eran muchos y muy terribles, y la aprension de todos ellos muy viva, y los aprendia como inevitables, supuesta la divina ordenacion, tuvo la mayor tristeza que jamás hubo ni habrá en esta vida; y esta tristeza tambien le acometió como otro ejército de soldados terribles, entristeciéndose de verse afrentado, despreciado, escupido, desamparado y perseguido. O alegría de los ángeles, porqué te sujetas á tantas tristezas? Quieres convertir tus gozos en penas, para convertir mis penas en gozos! Alábente los ángeles por esta caridad tan grande, con la cual escogiste para tí la tristeza, por llenarme á mí de alegría. Concédeme, Señor, tal esfuerzo en tu servicio, que ni el temor me acobarde, ni el tedio me oprima, ni la tristeza me consuma. Amen.

En todo esto tengo de ponderar, que así como resplandeció la infinita caridad de Cristo en desear la muerte, y gozarse de su pasion para nuestro bien, así resplandece ahora en tomar voluntariamente estos afectos penosos para padecer los trabajos interiores que sus esco-

[1] Psal. 54. 5. [2] Job. 10. 1.

gidos padecen, y hacerse semejante á sus hermanos en lo que era natural sin culpa, y para darnos ejemplo de paciencia en sufrirnos á nosotros mismos, cuando nos viéremos en el estado que estaba Job, cuando dijo[1]: *Factus sum mihi metipsi gravis.* Yo mismo me soy grave, y pesado en sufrir.

Punto tercero.—Lo tercero, se ha de considerar las demás causas que acumuló Cristo nuestro Señor para moverse á esta tristeza y afliccion interior, en las cuales se representan los motivos que yo puedo tener de justa tristeza, que es la que san Pablo llama tristeza[2], segun Dios.

1. La primera fué, la memoria y viva aprension de los pecados de los hombres, así pasados, como presentes y porvenir; los cuales tenia presentísimos, y con grande evidencia conocia, y pesaba tres cosas que hay en ellos muy terribles; es á saber: su muchedumbre sin cuento, su gravedad como infinita, por la injuria que con ellos se hace á Dios, y el grandísimo daño que causan en los hombres, condenándolos á terribles tormentos del infierno. Todo esto le causó terrible tristeza y la tomó de buena gana. Lo uno, para suplir la falta de tristeza que los hombres tienen por sus culpas, y pagar por ellas con este dolor interior que tenia; y lo otro, para librarlos de la eterna tristeza que por sus pecados merecian.

Considerando esto, tengo de imaginarme á mí mismo dentro de la memoria y corazon de Cristo nuestro Señor, y ver como está mirando todos mis pecados y tibiezas, y como con ellos le causo tristeza y desconsuelo terrible, por lo cual me tengo de entristecer, ponderando las tres cosas dichas; es á saber, su muchedumbre y gravedad, y la pena eterna que por ellos merecia, y procurando aborrecer el pecado, pues tan grande mal es, que basta su consideracion á causar en

[1] Job. 7. 20. [2] 2. Cor. 7. 10.

Cristo tal tristeza. O Padre eterno, yo te ofrezco esta tristeza y dolor de tu Hijo unigénito, en satisfaccion de mis muchos y graves pecados. Pésame de haberlos cometido; mas porque mi pesar y tristeza es muy pequeña, yo la junto con la suya, por la cual te pido aumentes la mia, para que pague con esta pena lo que debo por mi culpa. O Salvador mio, gracias te doy por la tristeza que tomaste por mis pecados. O quién nunca los hubiera cometido, por no darte tal pena con ellos! Bórralos Señor de mi alma, para que no haya en ella cosa que pueda darte tristeza y pena.

2. La segunda causa de esta tristeza fué, la consideracion del poco provecho que habian de hacer en muchos hombres los medios de su encarnacion, pasion y muerte, los sacramentos y sacrificios, la doctrina y ejemplos de su vida, y en todo esto ponderaba la terrible ingratitud de los hombres, su ceguedad, dureza y rebeldía en desechar estos bienes, que tan á su costa les ofreció, por lo cual con efecto, muchos se habian de condenar. Y tambien le daba pena la tibieza y pereza que otros muchos tendrian en aprovecharse de estos medios tan eficaces para su salvacion y perfeccion. Y en esta consideracion tambien tengo de imaginar, que yo soy uno de los que afligian á mi Salvador con mis tibiezas, por no hacer el caso que debia de su pasion y muerte, por lo cual me tengo de entristecer con él, suplicándole que quite de mí esto, que tal tristeza le causaba.

3. La tercera causa de esta tristeza fué, la consideracion de todos los trabajos y tristezas que habian de padecer sus escogidos, y todos los justos por su causa, las cuales tenia presentísimas, y las sentia como si él mismo las padeciera, porque los tenia unidos consigo, con entrañable amor y caridad [1]: y quien tocaba á uno de ellos, le tocaba á las niñas de sus ojos, porque mas

[1] Zachar. 2. 8.

unidos estaban con su corazon, que la niñeta con el ojo. Allí sentia las aflicciones de los apóstoles y mártires, las persecuciones de los doctores y ministros del Evangelio, las tentaciones que padecieron los confesores y vírgenes, las tristezas y desconsuelos de los justos atribulados; y allí tenia tambien presente mis tribulaciones y tentaciones, mis temores y tristezas, y compadeciéndose de mí, se entristecia por ellas, queriendo por este afecto de compasion, padecer lo mismo que yo padezco, obligándome á que yo, con el mismo afecto de compasion, padezca lo qué él padeció. O piadosísimo y clementísimo Jesus, qué es lo que haces para entristecerte y afligirte? Por ventura, no te basta considerar tus propias penas, sino que tambien quieres considerar las agenas, y entristecerte por ellas, como si fueran propias? Bastara, Señor, que te entristecieras por mis pecados, holgándote de las penas que justamente se me dan por ellos; pero como tu inmensa caridad no tiene tasa, quiere sentir tristeza de mis culpas y de mis penas para librarme de ellas. Concédeme, Señor, que yo me entristezca de tus trabajos, como tú te entristecias de los mios, pues los tuyos de verdad son mios, habiéndolos tomado por mi causa.

4. A estas causas generales de la tristeza de Cristo nuestro Señor, se pueden añadir otras especiales, que son la perdicion de aquel pueblo hebreo, á quien habia escogido por suyo, y la grande ingratitud que mostraba en quitarle la vida; y á este modo tengo de imaginar, que sentia Cristo nuestro Señor la perdicion de algunos reinos de la cristiandad, que habian de negarle y perder la fe.

5. Además, la condenacion y perdicion de Judas, viendo que el demonio se le quitaba y arrebataba de su escuela, imaginando, que así como un hombre siente grande tristeza y dolor cuando le cortan un miembro que está unido con todo el cuerpo; así Cristo nuestro

Señor sentia en su corazon todos los empellones y vaivenes del demonio, con que le cortaba ó arrancaba algun miembro vivo de su cuerpo místico, que era como atravesarle las entrañas y arrancarle al que tenia metido dentro de ellas. O mi buen Jesus, cuán innumerables tormentos de estos padecias por junto, teniendo presentes las caidas de tantos justos que el demonio arrebataba para si! Duélete, Señor, de mí, y no permitas que yo sea apartado jamás de tí.

6. Tambien se entristecia por el escándalo de sus discípulos, y por la afliccion de su afligida Madre, la cual tambien tenia allí presente. Y en conclusion, siendo verdad lo que dice el Sabio [1], que quien añade ciencia, añade dolor; Cristo nuestro Señor aumentó grandemente sus dolores, por la grande ciencia y viva aprension que tuvo de todas las cosas, que eran causa de ellos. O Dios y Señor de las ciencias, dame esta ciencia de tus dolores, para que yo tenga parte en ellos!

Punto cuarto. — Lo cuarto consideraré, como Cristo nuestro Señor habiéndose apartado con sus tres discípulos, Pedro, Diego y Juan, les declaró su afliccion, diciéndoles con un semblante demudado: *Triste está mi alma hasta la muerte; esperadme aquí, y velad conmigo.*

Aquí se ha de ponderar, primeramente estas palabras de Cristo nuestro Señor, y lo mucho que por ellas significa, cuando dice: *Tristis est anima mea usque ad mortem.* Que es decir: Mi alma está triste con una tristeza, cual se padece en las agonías de la muerte, y tan grande, que bastara á causarme la muerte, sino guardara la vida para padecer mas cruel muerte; y será tan larga, que durará sin cesar hasta el instante de mi muerte, despidiéndome de tener mas alegría mientras viviere en ésta vida mortal. O Salvador mio, cómo no traspasan mi corazon estas palabras; y le hieren con herida mortal, viéndole á tí entristecido con tristeza de

[1] Eccles. 1. 18.

muerte por mi causa! O Vírgen santísima, si oyérais estas palabras, cómo fueran cuchillo de dolor, que pasaran de parte á parte vuestra purísima alma, por estar tan unida con la de vuestro Hijo que tan triste estaba! O pecado mortal, cuán grave eres, pues causas en Cristo tristeza mortal!

2. Lo segundo, se han de ponderar los motivos que tuvo para decir estas palabras á sus apóstoles, que fueron dos. El primero, porque como esta tristeza era interior, era necesario que él nos manifestase su grandeza, para que conociésemos lo mucho que por nosotros padecia, y se lo agradeciésemos y nos alentásemos á imitarle en ello. Así como en la cruz dijo, sed tengo, para que se conociese aquel trabajo, que en secreto padecia por nuestra causa. El segundo, para mostrar que era hombre y que se sujetaba á tristezas y temores, y como tal se consolaba con sus amados discípulos, descubriéndoles su afliccion, para que se compadeciesen de él y le consolasen; y por eso les dijo: Velad conmigo, y hacedme compañía. O consuelo de los desconsolados, quién te ha sujetado á pedir consuelo á tus criaturas? Mis pecados han hecho esto, y el deseo que tienes de mi consuelo, comprándole con el precio de tus desconsuelos. De aquí tambien puedo sacar, que no es contra la perfeccion de la paciencia dar cuenta de sus desconsuelos y tristezas á los confesores y maestros de espíritu, y á los fieles amigos, que nos pueden consolar en Cristo con verdadero consuelo.

3. Lo tercero, ponderaré la causa porque Cristo nuestro Señor declaró esta tristeza á estos tres apóstoles mas que á otros; es á saber, para que los mismos que habian sido testigos de la gloria que tuvo en su transfiguracion, fuesen tambien testigos de la tristeza y agonía que tomaba en su pasion, y comparando una con otra, conociesen y testificásen lo mucho que debemos al que por nuestro amor privó á su cuerpo de tanta glo-

ría, y ahora le aflige con tan terrible tristeza: y tambien para que entendamos, que si Dios dá consuelos en está vida á los escogidos, es para prevenirlos y alentarlos á grandes trabajos: y que si es favor estar con Cristo en el monte Tabor, viéndole glorificado y participando los gozos de su gloria, tambien es favor estar con el mismo Cristo en el huerto, viéndole entristecido y atribulado, y participando con él de sus aflicciones y tristezas; y que este favor no se hace á todos, sino á los mas queridos y regalados. Así lo creo, Salvador mio, y así lo deseo, y te suplico me hagas este favor, que sea yo uno de los pocos á quien des parte de tus trabajos, con grande sentimiento de ellos.

MEDITACION XXI.

DE LA ORACION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO EN EL HUERTO.

Punto primero. — Estando Cristo nuestro Señor triste al modo dicho, y viendo que sus apóstoles lo estaban, les avisó que orasen, diciéndoles [1]: *Velad conmigo y orad, porque no entreis en tentacion: y tomando para sí el mismo consejo, se apartó de ellos como un tiro de piedra á orar.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, como Cristo nuestro Señor, con palabra y ejemplo nos enseña, que el remedio de nuestras tristezas no es parlar y enternecerse con los hombres, que no pueden dar consuelo cordial, sino hablar con Dios en la oracion, á quien hemos de acudir como á principal consolador, el cual nos puede quitar la tristeza ó moderarla, como mas nos conviniere. De este ejemplo he de aprender en mis tristezas á no esperar principalmente, ni consuelo de hombres, ni desordenarme en buscar consuelos terrenos, sino en primer lugar, como dice el apóstol Santiago [2], pedirle á Dios, y esperarle de él, y experimentaré

[1] Matt. 26. 41. Luc. 22. 41. D. Thom. 3. p. q. 21. per tot. maximè art. 4. ad 1. [2] Jacob 5. 13.

lo que dice David: Mi alma rehusó ser consolada, acordéme de Dios, y alegróse mi corazon.

2. Lo segundo, tambien nos avisa que la oracion es único remedio para no caer en las tentaciones, y no perecer en los peligros; y así cuando estamos cerca de ellos, hemos de orar con fervor. Y no dice Cristo, orad que no seais tentados, sino orad para que no entreis en la tentacion, y os anegueis en ella, porque muchas veces nos conviene ser tentados y afligidos; pero la oracion sirve para que no caigamos en ella, ó si cayéremos, para que no perezcamos del todo, sino que nos levantemos con el favor que Dios nos dará para ello: y porque la tentacion es cada dia, así cada dia tengo de decir con gran devocion la última peticion del Padre nuestro, no no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal. Amen.

3. Lo tercero tengo de ponderar aquella palabra: *Velad conmigo;* esto es, en mi compañía, y como yo velo, imitándome á mí; en lo cual nos dá á entender, que él mismo vela con los que velan, y ora con los que oran; y los que velan y oran hacen esto con él, teniéndole por maestro, por compañero y ayudador. Pues con tal compañía, cómo no gustaré yo de velar y orar? Ayudadme, dulcísimo Jesus, para que siempre vele con Vos, gastando los dias en trabajar, y las noches en orar, y dias y noches en obedecer á quien siempre veló, oró y trabajó por mi amor.

4. Finalmente, ponderaré aquel acto de mortificacion, que hizo Cristo nuestro Señor en apartarse de la compañía de sus apóstoles para orar: porque en las grandes tristezas y aflicciones, gusta la naturaleza estar en compañía de sus amigos, para consolarse con ellos; pero Cristo nuestro Señor venció esta inclinacion con valor. Lo cual denota el Evangelista, diciendo[1]: *Avulsus est ab eis,* que fué arrojado, ó arrancado

[1] Luc. 22. 41.

de ellos, cuanto un tiro de piedra, como quien vencia con el ímpetu del espíritu la inclinacion de la carne, y se apartaba de las personas, á que estaba pegada con amor natural, por orar á solas [1]. O Dios mio, concededme que me aparte de la leche, y me arranque de los pechos de las consolaciones humanas, para dedicarme á la oracion, y en ella entender tu santísima voluntad para ponerla por obra. Amen.

Punto segundo.—Llegado Cristo nuestro Señor al lugar de su oracion, hincó ambas rodillas, y postróse, pegando el rostro con la tierra, y puesto así, dijo [2]: *Padre mio, si es posible pase de mí este cáliz; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Vos quereis.* Que fué decir: Padre mio, si es hacedero, salvo el decreto de vuestra justicia, que pase de mí el cáliz de esta pasion sin que yo le beba, concédemelo, pero no se haga lo que mi voluntad natural desea, conforme á su inclinacion, sino lo que fuere vuestra voluntad, porque esta quiero sea preferida á la mia. O altísima oracion! O excelentísima resignacion! O Maestro de oracion y de obediencia, cuán alta leccion me estás leyendo de estas dos virtudes, abre mis ojos para que la entienda y mis oidos para que la oiga y cumpla.

1. Cuatro cosas señaladas hubo en esta oracion, las cuales tengo de ponderar para mi provecho. Lo primero, fué oracion retirada y sola, quitando todas las ocasiones de divertirse para hablar á solas con Dios, rompiendo por las dificultades de la inclinacion natural, como está dicho.

2. Lo segundo, fué con profunda reverencia y humildad interior y exterior, nacida de la grandísima estima que Cristo nuestro Señor tenia de la divina majestad, y del conocimiento de la bajeza de su humanidad, en cuanto criatura, y de la necesidad en que estaba, porque otras veces oraba en pié; pero esta vez,

[1] Isai. 28. 9. [2] Matt. 26. 39.

como estaba en afliccion del ánima, oró de rodillas, postrado y cosido con la tierra.

3. Lo tercero, fué acompañada de grande confianza y amor; lo cual declara aquella palabra, Padre mio. Otras veces llamábale solamente Padre, pero esta vez añadió, Padre mio, dando muestras de aumentar la confianza y amor con quién era particularmente Padre suyo, no por adopcion, sino por naturaleza.

4. Lo cuarto, fué con grande abnegacion de la propia voluntad, y con grande resignacion en la divina, porque los trabajos eran terribles, la inclinacion natural de huir de ellos era grande, la congoja interior muy crecida y así resignarse entonces á lo que Dios quisiese contra su inclinacion, fué acto de heróica virtud. Considerando todo esto, he de confundirme por la falta que tengo de estas virtudes, suplicando á Cristo nuestro Señor me las comunique; y cuando me viere en algun trabajo, cualquiera que sea, tengo de usar de esta misma oracion, procurando decirla con el espíritu que la dijo el mismo Señor. O Padre celestial, si es posible pase de mí este cáliz de amargura que me aflige; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.

5. Tambien se ha de ponderar otra cosa señalada de esta oracion de Cristo nuestro Señor, que fué ser larga, porque no hemos de pensar que duró solamente el tiempo que gastó en decir estas breves palabras, sino por lo menos duró una hora como consta de lo que dijo á san Pedro: *No has podido velar conmigo una hora?* Esta hora gastó Cristo pensando las cosas que le movian á la reverencia, confianza, amor y resignacion, y á los demás afectos que ejercitó en su oracion. Tambien pasaba por su memoria todas las partes de su cáliz, y en todas se resignaba; como si dijera: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz de la tristeza; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú: pase de mí el cáliz de la prision, el cáliz de los azotes, etc. pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.

6. Tambien se puede creer, que en esta hora diria esta oracion con otros sentidos que refieren los santos haberla dicho, como en el que santa Catalina de Sena supo por revelacion que Cristo nuestro Señor, con las ánsias de padecer, para concluir la redencion del mundo, pidió, que si era posible, se abreviase y pasase de presto la bebida de aquel cáliz. En lo cual fué oido, porque en pocas horas se concluyó el negocio de su pasion; y asimismo en otros sentidos, que luego dirémos. Y á imitacion de todo esto, tengo yo de gastar una hora ó mas en la oracion recogida; de modo, que aunque el tema y materia de ella sea una breve sentencia; pero la variedad de consideraciones y afectos la puede alargar mucho, como se dice de san Francisco, que gasté una noche en oracion, diciendo solamente: Dios mio y todas mis cosas; ó como decia san Agustin, hablando con Dios: Conózcame á mí, y conózcate á tí.

Punto tercero. — Acabada esta primera oracion, Cristo nuestro Señor volvió á sus apóstoles, para ver si velaban como les habia mandado, y hallólos durmiendo. Despertólos, y con blandura les dijo, especialmente á Pedro, que se preciaba de mas fervoroso: *Así, no pudísteis velar una hora conmigo? Velad y orad, porque no entreis en tentacion; porque aunque el espíritu está pronto, la carne está flaca.*

1. Sobre este punto se ha de ponderar: lo primero, en Cristo nuestro Señor, su grande caridad, solicitud y cuidado que tenia de sus discípulos, pues en medio de tantas aflicciones interrumpe su oracion por visitarlos y alentarlos: y aunque los halló durmiendo, no se indignó contra ellos, sino con blandura los corrigió y avisó del peligro en que estaban, repitiéndoles lo que les habia dicho, que orasen por no caer en la tentacion; pues aunque el espíritu esté pronto, como la carne es flaca, si no es ayudada con oracion, será vencida. De todo esto he de sacar avisos y consejos de perfeccion,

procurando de tal manera darme á la oracion y recogimiento, que no falte al cuidado de las personas y cosas que están á mi cargo. Además de no reprender con aspereza, sino con espíritu de mansedumbre y con razones amorosas, especialmente á los que faltan por flaqueza, mas que por malicia.

2. Lo segundo, ponderaré en los discípulos el descuido del hombre en los negocios de su salvacion, tomándolos Cristo nuestro Señor tan de véras y con tanto cuidado. Y en persona de estos que duermen, me consideraré á mí mismo, que duermo y aflojo en mi aprovechamiento; imaginando que Cristo nuestro Señor me reprende con las mismas palabras, diciéndome: No puedes velar, ni una hora conmigo? Oh, Señor, y cuán justamente merezco ser reprendido; pues velando Vos, duermo yo: no solo no velo una hora, pero ni aun media velo como debo, llevado de mi flojedad; mas pues veis que mi carne es flaca, socorred á mi flaqueza, para que no me canse de velar en vuestra compañía.

3. Tambien ponderaré, la diferencia de los perfectos á los imperfectos; porque en estos la tristeza causa soñolencia, desmayo y enfado de la oracion, y porque la dejan, vienen á caer en la tentacion, como cayeron los apóstoles, desamparando á Cristo; pero en los perfectos, la tristeza les convida, y lleva á la oracion, y les aviva en ella: y cuanto mas crece la tristeza, tanto mas crece el fervor de la oracion; como creció en Cristo nuestro Señor, y por esto no desfallecen en la tentacion, antes permanecen con gran fortaleza en ella[1]. O Dios benditísimo, no apartes de mí la oracion, ni tu misericordia, y no permitas que yo deje la oracion; porque si yo no la dejo, tu misericordia nunca me dejará.

Punto cuarto.—Volvióse Cristo nuestro Señor se-

[1] Psal. 65, 20.

gunda vez á la oracion, repitiendo las mismas palabras, aunque con mayor instancia, porque es de creer diria las que pone san Marcos[1]: *Abba Pater, Padre, Padre, todas las cosas te son posibles, traspasa de mí este cáliz, mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.*

1. Aquí se ha de ponderar el grande afecto de amor y confianza, que descubre la repeticion de aquella palabra, Padre, Padre, y la confesion de su omnipotencia, en que estriba la oracion, alabándole primero que le pida lo que desea; como quien dice: No puedes dejar de oirme por falta de amor, porque eres Padre, y muy padre; ni por falta de poder, porque todas las cosas te son posibles. De esta oracion tambien me puedo aprovechar en mis trabajos y peligros, y á su semejanza componer yo otra, diciendo: Padre, Padre, todas las cosas te son posibles, líbrame de esta tentacion que padezco; concédame esta virtud que te pido; remedia esta necesidad en que me veo; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quisieres.

2. Lo segundo ponderaré, como Cristo nuestro Señor gastó buen rato de tiempo en esta oracion; y es de creer, que en este tiempo oraria por todos los hombres, cuyo Redentor era, deseando cuanto es de su parte, como Redentor universal, que todos se salvasen, y que su pasion fuese provechosa á todos, y no se perdiese el fruto de tan grandes trabajos. Y en este sentido, junto con el que se ha dicho, podemos creer, que tambien dijo las palabras referidas: Padre, todas las cosas te son posibles, si es posible, no quede este cáliz de mi pasion en mí solo, pase de mí, y traspásale á todos los hombres, para que todos reciban provecho de él; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Esta peticion era muy conforme á la caridad de Cristo nuestro Señor, y de ella puedo yo usar, suplicando al Padre eterno, que

[1] Marc. 14. 39.

el cáliz de la pasion de su Hijo se traspase con eficacia á todo el mundo, pero rindiendo mi juicio y voluntad á su eterna ordenacion.

En esta consideracion me puedo imaginar presente á Cristo nuestro Señor, y que pide á su Padre, que pase el cáliz de su pasion á mí, comunicándome el fruto de ella; y así le tengo de suplicar me le aplique. O Padre eterno, pues vuestro Hijo ha bebido este cáliz tan amargo, poderoso para dar vida á todo el mundo, y á mil mundos, mostrad vuestra caridad y omnipotencia en traspasar su fruto á muchos, para gloria del que le bebió por ellos! Pase tambien este cáliz á mí, y lléneme de sus amarguras y de los dones que ganó con ellos.

3. Tambien se puede ponderar á este propósito, lo que san Mateo refiere, que dijo Cristo nuestro Señor en esta segunda oracion: *Pater, si non potest transire hic calix, nisi bibam illum, fiat voluntas tua. Padre, si no puede pasar este cáliz, sin que yo le beba, hágase tu voluntad;* como quien dice: Si este cáliz de la pasion no puede pasar á los escogidos, y serles de provecho, sino es que yo le beba, yo le quiero beber por su provecho. Gracias te doy, amantísimo Redentor, por la estima que de mí tienes, pues te ofreces á beber cáliz tan amargo por mi provecho. Menester es, Señor, que este cáliz pase primero por tí, y ese paso pierda su amargura, para que cuando pase por mí sea fácil de beber. Si tú no le bebieras, quién tuviera corazon para beberle? Mas despues que tú le bebiste, quién no gustara de beberle? Pase, Señor, pase de tí á mí; porque pasando los trabajos por tí, serán muy dulces para mí.

Punto quinto.—Acabada la segunda oracion, volvió Cristo nuestro Señor segunda vez á sus apóstoles con la misma caridad que la primera; y hallándolos tambien durmiendo, compadeciéndose de su flaqueza, dejólos, y volvióse la tercera vez á la oracion, repitiendo las mismas palabras [1]: *Padre, si quieres, pase de mí este cáliz;*

[1] Luc. 22. 42.

pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y esta oracion tambien fué larga y prólija; porque como dice el mismo Evangelista: *Factus in agonia prolixius orabat. Puesto en agonía y congoja grande, oraba mas prólijamente, prolongando mas su oracion.*

1. Aquí tengo de ponderar, lo primero, como Cristo nuestro Señor, aunque sabia que sus discípulos dormian, quiso venir á visitarlos, para descubrir el cuidado que de ellos tenia; pero en especial ponderaré la grande soledad que sintió el Salvador en este punto, viéndose privado de todo consuelo. El lugar era solo, y el tiempo oscuro, los discípulos estaban oprimidos del sueño, su Madre estaba ausente, su Padre celestial parece que se hacia del sordo, y no le respondia; su divinidad, y la porcion superior de su alma dejaba padecer á la porcion inferior, cumpliéndose lo que dijo David[1]: Busqué quien me consolase, y no le hallé. Y es de creer, que entonces diria aquello del salmo 21: Dios mio, Dios mio, mira por mí; porqué me desamparaste? Doy voces de dia y de noche, y no me oyes; aunque bien sé que no es por mi culpa, ni será para mi daño.

2. De aquí procedió la perseverancia de Cristo nuestro Señor en su oracion, sin quejarse con impaciencia de no ser oido, ni enfadarse, ni dejar por eso de orar, y repetir lo mismo una, dos, y tres veces, creciendo en el fervor, para enseñarme con este número de tres, que significa perfeccion y duracion, que tengo de orar con instancia y perseverancia, sin quejarme de Dios, porque no me oye, ó porque dilata el oirme, y sin cesar por eso de orar[2]; porque si Cristo mi Señor, que merecia ser oido á la primera palabra, no le dan la respuesta, hasta que ahora tercera vez, qué mucho que me la dilaten, no mereciendo yo ser oido? Y si esta dilacion no fué para su daño, tampoco será para el mio: y si persevero, sin duda seré oido á su tiempo en lo que me conviniere, ya

[1] Psal. 68. 21. [2] 2. Cor. 12. 8.

que no por merecerlo como amigo, siquiera por importuno.

3. Finalmente, ponderaré como el Padre eterno dilató tanto el oir la oracion de Cristo nuestro Señor, para darnos á entender la grande necesidad que nosotros teníamos de la pasion y muerte de su Hijo, pues se detenia en responderle cuando le pedia, que si era posible se impidiese; lo cual me obliga mucho á amarle, pues tanto estima mi bien. O Padre soberano, porqué amais tanto á los esclavos, que quereis por su causa afligir á vuestro Hijo? Porqué os haceis del sordo á su demanda, dejando de cumplir su deseo, por respeto de los que nunca cumplen el vuestro? Si haceis la voluntad de los que os temen, y oís su ruego con presteza, cómo no haceis la voluntad de quien tanto os ama; y en clamando le decís[1]: Aquí estoy, qué me quieres? Vuestra caridad, Dios mio, y la de vuestro Hijo, es causa de esto; porque en el modo que Vos quereis no oirle, él tambien quiere no ser oido, estimando en mas nuestra salvacion que su vida. Concédeme Señor, esta conformidad con vuestra voluntad en cualquier cosa que ordenáreis, pues aunque sea por mi culpa, no será para mi daño, con el grande amor que teneis á vuestro Hijo, á quien sea honra y gloria para todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXII.

DE LA APARICION DEL ÁNGEL, Y DEL SUDOR DE SANGRE.

PUNTO PRIMERO.—*Estando Cristo nuestro Señor en su oracion, se le apareció un ángel que le confortó*[2].

1. Sobre este punto se ha de considerar, quién envió este ángel, qué ángel era, y en qué manera le confortó. Quien le envió fué el Padre eterno, el cual viendo á su Hijo en tanta afliccion y desamparo, y que todavía perseveraba en su oracion, para que se echase de ver que

[1] Psal. 144. 19. Isai. 58. 9. [2] Lucæ 22. 43.

tenia providencia y cuidado de él, y que no despreciaba su oracion, envió del cielo este mensajero, que en su nombre le consolase; así como en el desierto cuando venció al demonio, envió ángeles que le diesen de comer, con lo cual juntamente nos enseña el cuidado paternal que tiene de los que oran, enviándoles á su tiempo el consuelo con algun ángel invisible, que es su santa inspiracion: y si dilata esto, no es porque les aborrezca, sino para enviárselo al tiempo que mas le conviene. O Padre celestial, gracias te doy por el cuidado que tuviste de enviar quien confortase á tu desconsolado Hijo, por él te suplico no me desampares en mis trabajos, sino que á su tiempo me des el consuelo y esfuerzo conveniente para poder llevarlos.

2. El ángel que vino, es de creer que fué san Gabriel, á quien estaba encargado el servicio del Verbo encarnado [1], no como ángel de guarda, sino como ministro y ejecutor de lo que tocaba y pertenecia al misterio de la redencion: y aunque no vino sino un ángel solo, porque este bastaba para el fin que se pretendia de confortar á Cristo; pero si fueran menester diez legiones de ellos, poderosa era su oracion para alcanzarlos de su Padre, como él mismo lo dijo poco despues. En lo cual se nos representa, como el oficio de los ángeles es asistir á los que oran para consolarlos y animarles, y para presentar á Dios sus oraciones, y traer el despacho de ellas; y con la oracion les provocamos á que vengan en nuestra ayuda todos los que fueren menester para ella.

3. Llegado pues, el ángel en forma visible, habló á Cristo nuestro Señor con gran reverencia, y con semblante muy compasivo, poniéndole delante algunas razones que podian consolarle, y confortarle en su afliccion; es á saber, que era voluntad y decreto del Padre eterno, que muriese, y bebiese aquel cáliz, que era ne-

[1] D. Thom. 1. p. q. 112. art. 4. ad 1.

cesario para remedio del mundo; para rescatar los justos que estaban en el limbo, para poblar el cielo, y para cumplimiento de las profecías; y que los trabajos pasarian presto, y luego se seguiria la gloria de la resurreccion, y el descanso perpétuo de su carne. Estas, y otras razones le diria el ángel, y Cristo nuestro Señor con humildad las oia, mostrándose en cuanto hombre necesitado del consuelo de sus criaturas: y aunque sabia muy bien todo lo que el ángel podia decirle, gustaba de oírselo, y se confortaba con ello. O Salvador mio, cómo siendo tú el consuelo y esfuerzo de los ángeles, te has puesto en necesidad de ser confortado por uno de ellos? Tu caridad ha hecho esto, por la cual te doy innumerables gracias, y te suplico me ayudes, para que me aproveche de los consuelos y avisos que me diere, así el ángel de mi guarda, como tú, que eres ángel del gran consejo.

Tambien de este ejemplo sacaré aviso para sujetarme con humildad á recibir consuelo de cualquier persona, aunque sea menos sabia y discreta que yo, y aunque yo sepa todo lo que me puede decir; porque muchas veces, por medio del menor, consuela Dios al mayor, y le dá nuevo sentimiento de las verdades que antes sabia, y tomaré aviso para sacar razones mas divinas que humanas con que consolarme en mis trabajos, y oir tambien las que el Espíritu santo consolador suele inspirar al corazon para su consuelo.

Punto segundo. — *En oyendo Cristo nuestro Señor las razones del ángel, puesto en agonía oraba mas prolijamente, y vínole un sudor como de gotas de sangre, que caian en la tierra.*

1. Sobre este paso tan lastimoso se han de considerar las causas de este sudor tan extraordinario y prodigioso, en el cual se manifestó la terribilidad de la afliccion interior que padecia el anima santísima de este Señor, ponderando como dentro de ella se levantó una

lucha terribilísima entre el temor y la tristeza de la muerte, y de los tormentos por una parte, y el celo de la gloria de Dios y del bien de los hombres por la otra. La imaginativa, con la viva aprension de los dolores, avivaba los afectos del temor, tristeza y congoja interior; pero la razon superior, con las conveniencias de la muerte por las causas dichas, avivaba los afectos del celo y del amor, resistiendo á los otros que le detenian, y con esta lucha creció tanto la congoja, que vino á reventar la sangre por sudor de todo el cuerpo en tanta abundancia, que corrió hasta la tierra. O Luchador fortísimo, qué necesidad teneis de pelear contra los temores y tristezas con tanto celo, pues en todo están sujetas á vuestra voluntad? Por ventura es ensayaros para la lucha que os espera con los verdugos y sayones? O es pasear la carrera de vuestra pasion antes de veros en ella? O es darme ejemplo de luchar contra mis pasiones, resistiendo valerosamente hasta derramar la sangre por vencerlas? Por todo os doy inmensas gracias, y os suplico me prevengais con vuestra gracia, para que luche con grande fortaleza. El modo de luchar contra mis pasiones, á imitacion de lo que aquí hizo Cristo nuestro Señor, ha de ser poniendo delante de los ojos distintamente todas las cosas que me causan temor y espanto en el camino de la virtud, y en el cumplimiento de la divina voluntad, ora sea temor de pobreza ó desprecio, ó de algun dolor ó enfermedad, ó cualquier otra dificultad, y contra todas luchar con gran valor, procurando con el celo fervoroso de la gloria de Dios y de mi salvacion, vencerlas y rendir mis apetitos á la divina voluntad, resistiendo á mis inclinaciones, hasta que reviente la sangre, por el santo coraje que concibo contra ellas.

2. Lo segundo, tengo de ponderar la inmensidad del amor de Cristo nuestro Señor, y la liberalidad grande que muestra en derramar su sangre por nosotros de su

voluntad; por razon de lo cual en el libro de los Cantares es comparado al árbol de la mirra, el cual primero destila como sudor por los poros el licor que se llama mirra, y despues es punzado y descortezado para que la brote con mas abundancia: así Cristo nuestro Señor no quiso esperar á que los verdugos sacasen su sangre con los azotes, espinas y clavos, sino antes de esto quiere que su imaginacion y su santo celo, sean sus verdugos, sus azotes y clavos, aprendiendo tan al vivo todos los tormentos que habia de padecer en cada parte de su cuerpo, que bastase á sudar sangre por la cabeza, rostro, espaldas, pecho y las demás. De modo, que en aquella hora padeció espiritualmente de tropel y por junto lo que despues habia de padecer en diferentes horas, como si en su espíritu fuera preso, azotado, coronado de espinas, crucificado, ahelado, y atormentado con dolores de muerte, para que entendiese, que mas ganas tenia él de derramar su sangre por nuestro bien, que los verdugos de sacársela por hacerle mal. O Arbol de mirra benditísimo, que antes de ser punzado y descortezado, brotas la mirra primera por los poros de tu cuerpo, gracias te doy por este amor tan liberal, y por esta liberalidad tan amorosa que aquí mostraste. Bastaba, Señor, ser una vez atormentado, mas tu caridad quiere mostrarse tan liberal, para que nuestra redencion sea mas copiosa, y el ejemplo que nos das de padecer mas eficaz. O quién le pudiese imitar, cogiendo un hacecico de esta mirra primera, y poniéndole entre mis pechos [1], para que pensando con dolor las amarguras que aquí padeciste, mis manos destilasen mirra muy escogida, castigando con penitencias mi carne, como tú afligiste la tuya. Ayúdame, Amado mio, con tu gracia, para que cumpla este deseo con fortaleza.

3. La tercera causa de este sudor, fué, para mostrar

[1] Cant. 5. 12.

el vivo y tierno sentimiento que tenia de nuestros pecados, y de las llagas mortales que padece todo el cuerpo místico de su Iglesia, para cuyo remedio quiso, como cabeza nuestra, tomar la purga y medicina de dolor interior con tanta vehemencia, que sudó sangre por todo su cuerpo natural: y como los pecados se purgan y perdonan con lágrimas nacidas de este dolor, el suyo fué tan excesivo, que no solo derramó lágrimas por los ojos como gotas de agua, sino derramólas por todos los poros del cuerpo como gotas de sangre, que bañaron la tierra. O sangre preciosísima, derramada por mis pecados con infinito amor y excesivo dolor! O quién fuera la tierra en que caiste, para quedar limpio y santificado con tu baño! Lávame, ó buen Jesus, con esa sangre, y aplícame una gota de ella, pues una basta para mi salud. Y qué digo para mi salud? Para la salud de todo el mundo bastara una sola, pues porqué, Salvador mio, derramas tantas? O amor sin medida, quién te amase sin medida! O si todos los miembros, y partecicas de mi cuerpo se convirtiesen en lenguas para alabar tus misericordias, y en ojos para llorar lágrimas de sangre por mis pecados!

4. La cuarta causa, fué, para mostrar el sentimiento grande que tenia de las aflicciones y tormentos que habia de padecer el cuerpo místico de sus escogidos, cuyos trabajos sintió tanto, que por la compasion de ellos derramó sangre: y como dice san Lorenzo Justiniano[1], allí fué espiritualmente apedreado con san Estéban, crucificado con san Pedro, aspado con san Andrés, desollado con san Bartolomé, asado en parrillas con san Lorenzo, despedazado de bestias con san Ignacio: y en resolucion, padeció con el espíritu, lo que sus mártires padecieron en el cuerpo, y en testimonio de esto suda sangre por el suyo. Dignísimo eres, ó Salvador de los hombres, que todos te alaben, sirvan y amen

[1] Lib. de triumph. Cristi agone, cap. 19.

por este amor que les mostraste! O quién me diese que sintiese yo tus dolores, que solo el pensamiento de ellos me hiciese sudar sangre; porque si la cabeza siente tanto el dolor de los miembros, razon es tambien que los miembros sientan el dolor de su cabeza.

Finalmente, tengo de ponderar, cuan debilitado quedaria nuestro dulce Jesus de este sudor, y cuan solo estaba, sin tener con que enjugarse, ni quien le aliviase. Solamente el ángel, pasmado de esta estrañeza, le confortaria de nuevo, hasta que fué tiempo de partirse. O afligido Jesus, quién se hallara en ese huerto para haceros compañía en este trabajo! O quién pudiera daros su alma y corazon, para enjugar vuestro sudor con algun alivio! Dame, Señor, licencia para que con el espíritu me halle presente á vuestro tormento, y haga con verdadera compasion, lo que entonces quisiera hacer para vuestro consuelo.

Punto tercero.—Acabada esta lucha y sudor de sangre, Cristo nuestro Señor se levantó de la oracion, y volvió tercera vez á sus discípulos; y hallándolos durmiendo, los despertó, diciéndoles: *Basta ya, levantaos y vamos de aquí, porque ya se acerca el que me ha de entregar.*

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, el ánimo y esfuerzo que la carne de Cristo nuestro Señor sacó de la oracion para acometer los trabajos de la pasion, enseñándonos con este ejemplo la eficacia de la oracion, para fortalecer á la carne flaca, y darla vigor para acometer lo que antes aborrecia y huia.

2. Lo segundo, ponderaré la mansedumbre de este Señor, que con haberse visto tan congojado, y ver á sus discípulos tan descuidados y dormidos, no se indignó, sino compadeciéndose de ellos, les dijo: *Dormid y descansad.* O buen Jesus, cuánta mayor necesidad teniais Vos de domir y descansar! Pero como buen Padre, quereis para vuestros hijos el descanso, y tomais para Vos el trabajo.

8. De ahí á un rato los despertó y dijo: *Levantaos, que ya viene el traidor*. Como quien los reprendia amorosamente, diciendo: Vosotros, mis amigos dormís, y mi enemigo no duerme. Con lo cual me tengo de confundir, viendo que los malos son mas diligentes en perseguir y ofender á Cristo que yo en servirle; pero confiado en la virtud de este Señor, tengo de levantarme como los discípulos, y acompañarle en sus trabajos ofreciéndome con prontitud á sufrirlos por su amor.

MEDITACION XXIII.

POR APLICACION DE SENTIDOS INTERIORES DEL ALMA, CERCA DE LA SANGRE QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DERRAMÓ EN EL HUERTO.

Presupuesto lo que está dicho de este modo de orar [1], por aplicacion de los sentidos, servirá esta meditacion para los demás pasos, en que Cristo nuestro Señor derramó su preciosa sangre en la pasion, y tambien para la que derramó en su circuncision.

Punto primero.—Lo primero, con la vista interior del alma, miraré la sangre que vierte Cristo nuestro Señor, ponderando quién es el que la derrama, porqué causa, con qué modo, y con qué afecto; es á saber, como la derrama Dios por mis pecados con infinito amor, excesivo dolor y desprecio, y como sale matizada con los vivos colores de sus virtudes, humildad, paciencia y caridad, sacando de aquí, afectos de admiracion, amor, agradecimiento, y de imitacion, en esta forma. Qué es posible que un Dios de tan infinita majestad derrame sangre tan preciosa por una criatura tan vil como yo! Y qué tan á costa suya busque mi remedio, haciendo de su sangre, medicina para mi pecado! O bendita sea bondad tan sin medida! Qué alabanzas te daré, Señor, por tanta merced! Cómo podré debidamente agradecér-

[1] 2. par. med. 26.

tela! Cómo te amaré de todo mi corazon! Y cómo imitaré tus gloriosas virtudes! Yo propongo con tu gracia de imitarlas, aunque sea derramando mi sangre por seguirte en ellas.

Punto segundo.—Lo segundo, oiré con los oidos del alma las palabras, voces y clamores, que suenan con el derramamiento de esta sangre, y con el ejercicio de tantas virtudes. Lo primero, oiré como esta sangre clama y dá voces al Padre eterno [1], no pidiendo venganza como la sangre de Abel, sino pidiendo misericordia y perdon para los hombres, alcanzando lo que pide, porque no puede el Padre eterno dejar de oir este clamor. De donde sacaré grandes afectos de confianza para pedir por esta sangre perdon de mis culpas. Lo segundo, oiré las voces que me dá Cristo con esta sangre diciéndome: Pues yo doy mi sangre preciosa por tu provecho, dame tu sangre vil por mi servicio, resistiendo al pecado, y derramándola si fuera menester, por no hacerle. Lo tercero, tambien oiré las palabras, que el Salvador diria á su eterno Padre, ofreciéndole su sangre por nosotros. O cuán bien las recibia su Padre, aceptando la oferta, y prometiendo darle cuanto le pidiese por ella. Lo cuarto, oiré los gemidos del Salvador y el ruido de la sangre que vertia, compadeciéndome de sus dolores, y sintiéndolos como si fueran mios, y llorando mis culpas, que fueron causa de ellos.

Punto tercero.—Lo tercero, se ha de oler con el olfato interior la fragancia y olor suavísimo de esta sangre, que sube al eterno Padre, aplacando con esta suavidad su ira é indignacion mucho mejor que con el sacrificio sangriento de animales que Noé le ofreció [2]. O cuán bien le olia verla derramar con tanto fuego de amór, ofreciéndosela su Hijo en sacrificio y ofrenda por nuestras culpas, entregándose, como dice san Pablo [3], á sí mismo por oblacion y sacrificio en olor de suavi-

[1] Hebr. 12. 24. [2] Genes. 8. 20. [3] Ephes. 5. 2.

dad. Tambien ponderaré cuan bien le huele, cuando nosotros se la ofrecemos en el sacrificio de la misa, sacando grandes afectos de amor y confianza por todo esto. Tambien he de oler la fragancia de las virtudes olorosísimas que acompañan este derramamiento de la sangre de Cristo, y con este olor confortaré mi corazon para imitarlas, corriendo trás Cristo por darle un alcance en ellas; ponderando, que humildad, paciencia y obediencia, teñidas con mi sangre, mezclada con la de Cristo, son muy olorosas y agradables al Padre eterno, por la semejanza que tienen con las de su Hijo, y así me animaré con gran fervor á procurarlas.

Punto cuarto.—Lo cuarto, se ha de gustar con el gusto interior del alma, la suavidad y dulzura de esta sangre, y de las virtudes que en su derramamiento resplandecen, viendo el gusto de la parte superior del espíritu con que este Señor la derrama, y cuán sabroso le es derramarla por obedecer al eterno Padre, y para nuestro remedio. Además, gustar la suavidad de esta sangre cuando se bebe en el Sacramento del altar, recreando mi alma con esta dulzura, y deseando siempre tener parte en ella. Gustar tambien la dulzura inmensa que tiene para endulzurar todas las cosas amargas de esta vida, mojándolas en ella, haciendo propósitos de tomarla por salsa de la obediencia y humillacion, y de los trabajos y desprecios que se me ofrecieren. Tambien he de gustar las amarguras y dolores que este Señor padece en su carne, y sentirlas dentro de mí, conforme á lo que dijo san Pablo[1]: Sentid en vosotros, lo que en Cristo Jesus. O dulcísimo Jesus, quién pudiera sentir lo que sentias, y gustar lo que gustabas, cuando derramabas por mí tu preciosa sangre! Dámelo á sentir, aunque sea muy amargo; porque habiendo pasado por tí, para mí será muy dulce.

Punto quinto.—Lo quinto, con el tacto interior del

[1] Philip. 2. 5.

alma se ha de tocar esta sangre, besarla y bañarme con ella, para quedar limpio, blanco y puro con la sangre de este Cordero sin mancilla[1]. O quién fuera la tierra en que cayó esta preciosa sangre! O si mi corazon fuera relicario en que estuviera depositada! O sangre de Jesus, derramada con infinito amor, abrásame en amor del que por mí te derramó! O sangre, vertida con excesivo dolor y desprecio, enciéndeme en deseo de padecer dolores y desprecios por quien te vertió! O sangre de mi Señor, que en el Sacramento del altar entras dentro de mi pecho, yo te toco y te palpo, te gusto y te abrazo, y me incorporo y junto contigo, y deseo estar siempre abrazado y unido con quien te me dió, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIV.

DE LA VENIDA DE JUDAS CON LOS SOLDADOS A PRENDER A CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LO QUE SUCEDIÓ ANTES DE LA PRISION.

PUNTO PRIMERO.—*Estando Cristo nuestro Señor en el huerto con sus once apóstoles*[2], *llegó Judas con un escuadron de soldados con su tribuno y con otros magistrados y ancianos, y muchos criados de los pontífices y fariseos, á los cuales dijo Judas: A quién yo besare, ese es Jesus, prendedle, y llevadle con cautela. Y acercándose á Jesus, besóle, y díjole: Dios te salve, Maestro. El Señor le respondió: Amigo, á qué has venido? Y cómo Judas, con beso entregas al Hijo del hombre?*

1. Sobre este paso se ha de considerar; lo primero, las marañas y trazas que inventó Satanás, por medio de Judas, para prender á Cristo nuestro Señor, parte con violencia de muchos soldados, muy desaforados; parte con astucia y doblez, encubriendo la traicion con beso de paz. Ponderaré la maldad de este traidor, que

[1] Apoc. 1. 5. et 7. 14. [2] Matth. 26. 48. Marc. 14. 44. Luc. 22. 48. Joan. 18. 3.

de apóstol de Cristo se hizo capitan y guia de traidores y enemigos capitales de Cristo, y les dá consejo de lo que han de hacer para salir con su intento, por no perder los treinta dineros que le habian de dar hecha la entrega. Y finalmente, la desvergüenza tan grande que mostró en aprovecharse del conocimiento que tenia de Cristo, y del lugar donde acudia á orar para entregarle, llegándose á darle beso de amor, como solia. De todo lo cual he de sacar temor de los juicios de Dios, suplicándole no me desampare, porque no llegue mi maldad á tanto, que del bien saque mal, convirtiéndolo en mi daño.

2. Lo segundo, ponderaré en Cristo nuestro Señor la grande caridad y mansedumbre que mostró en este caso en muchas cosas. La primera, en admitir el beso de aquel traidor, sabiendo que le tomaba por señal de traicion. O dulce Jesus, cómo no teneis asco de que boca tan maldita llegue á vuestro divino rostro? Cómo no salen de él llamas de fuego que le abrasen? Pero vuestra inmensa caridad no quiere por ahora echar de sí otras llamas que de amor, con deseo de ablandar este duro corazon. De donde sacaré grande confianza en la misericordia de este Señor, que no desechará el ósculo de los pecadores, que desean reconciliarse con él, como la Magdalena, pues no desechó este de Judas.

Lo segundo, mostró su mansedumbre en llamarle amigo, y hacer del disimulado en admitir su beso, como si no supiera á que fin iba enderezado, diciéndole: Amigo, á qué veniste? Como quien dice: Acuérdate que has sido mi amigo, y siempre te trataré como tal, y ahora deseo convertirte de enemigo en amigo, y de amigo fingido, en amigo verdadero. Si vienes á eso, yo te recibiré y te perdonaré: Dime, á qué veniste? O bendita sea tal caridad, que con tanta blandura convida al que usa contra él de tanta crueldad!

3. Lo tercero, quiso Cristo nuestro Señor, despues

de esto, corregir blandamente á Judas, manifestándole que sabia sus intentos, y por eso le dijo: *O Judas, con beso entregas al Hijo del hombre!* Como si dijera, con grande admiracion: O Judas, con señal de amistad usas conmigo de tanta enemistad! Y con beso de paz me haces cruel guerra! Y aunque nombra al discípulo con su nombre propio, en señal del conocimiento y amor que le tenia; pero á sí mismo no se nombra, sino con nombre comun del Hijo del hombre, en señal de humildad, pretendiendo por todas vias conquistar aquel corazon duro para ablandarle, pero su dureza fué tan grande, que nada aprovechó, sino dada la señal del beso, como se habia adelantado un poco de los soldados, volvióse de presto á ellos para hacer su hecho.

PUNTO SEGUNDO.—*Luego Cristo nuestro Señor salió al encuentro á los soldados y preguntóles*[1]: *A quien buscais? Ellos respondieron: A Jesus Nazareno. (No dijeron á ti sino á Jesus Nazareno, porque no le habian bien conocido). Díjoles Jesus: Yo soy, y al punto volvieron hácia atrás y cayeron de celebro en tierra.*

1. Aquí se ha de considerar, como Cristo nuestro Señor en su prision quiso dar muestras de su omnipotencia y divinidad, haciendo dos milagros: uno para descubrir el poder de su justicia; y otro para manifestar la grandeza de su misericordia. En el primero, se ha de ponderar la magnanimidad y omnipotencia de Cristo nuestro Señor en salir sin temor alguno á recibir á sus enemigos, y con una sola palabra dar con todos, y con Judas en tierra, de donde nunca se pudieran levantar, si él no les diera licencia para ello: lo cual hizo para que entendiesen, así Judas, como aquella gente, que contra él, ni valen astucias y fraudes, ni tampoco armas, ni fuerzas humanas, y que no le podrian prender, si él no quisiese; y que si moria, era porque de su voluntad se entregaba á la muerte. De

[1] Joan. 18. 4.

donde inferiré, que lo que no es poderoso contra Cristo, tampoco lo será contra los que están debajo de su amparo; y así me tengo de gozar de la omnipotencia de mi Señor, y fiado de ella acometer cualesquier trabajos.

2. Tambien se ha de ponderar la fuerza de aquella palabra, yo soy; la cual para los buenos es dulce, y de grande consuelo, cuando despues de haberle buscado y llamado en la oracion, les dice como á los apóstoles[1]: No querais temer, yo soy: esto es, yo soy vuestro Padre, vuestro protector y remediador, vuestro descanso y alegría: Yo soy vuestra sabiduría y justicia, vuestra santificacion y redencion: soy vuestro camino, verdad y vida: soy el que soy, y por mí seréis vosotros con un ser bienaventurado, participado del mio. Mas á los malos, que buscan á Cristo para ofenderle é injurarle, esta palabra es terrible y espantosa, porque quiere decir: Yo soy vuestro juez, que os tengo de juzgar: soy el Todopoderoso, que os puedo condenar: soy el Dios de las venganzas, que os tengo de castigar: soy el que soy para vuestro daño y desventura, aunque por vuestra culpa. Y si esta palabra, dicha por boca de Cristo, cuando estaba en tanta afliccion, es tan poderosa, que derriba en tierra á sus enemigos, cuánto mas poderosa será la que dijere, cuando venga como rey á juzgar, y digá á los malos: Apartaos de mí malditos, será sin duda como un viento impetuosísimo, que dará con ellos, no solo en tierra, sino en el profundo del infierno. Por tanto, alma mia, busca á Cristo con humildad, y le hallarás para tu provecho; porque si le buscas con soberbia, y para tus intentos vanos, le hallarás para tu daño.

3. Lo tercero, se puede ponderar la causa porque esta gente cayó hácia atrás, y no hácia adelante, pues no fué acaso sino para significar, que la caida de los malos es peligrosísima, sin ver á donde caen, ni ver los terribles castigos que les esperan, en los cuales caerán de

[1] Matth. 14. 28.

repente, y cuando menos piensan. Líbrame, Dios mio de tal caida, para que ni vuelva atrás del bien que comencé, ni caiga de tu gracia en el abismo de la culpa. Delante de mi rostro quiero caer con humildad, reconociendo mi pecado, y la nada que de mio tengo, y la tierra de que fuí formado, para que cayendo de esta manera, me levante á gozar de tu eterna gloria. Amen.

Punto tercero.—Dando Cristo nuestro Señor licencia á los soldados, que se levantasen, les preguntó segunda vez: *A quién buscais ? Y diciendo ellos, á Jesus Nazareno, les respondió con gran imperio: Ya os he dicho que yo soy: si me buscais á mí, dejad ir á estos.*

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, la ceguedad y dureza de Judas, y de estos hombres miserables, que con haber visto un milagro tan manifiesto de la divinidad y potencia de Cristo, no se le rindieron, ni reconocieron por Dios, sino como endemoniados perseveraron en su obstinacion; pero aunque tales, no sin misterio, á la pregunta que les hizo Cristo nuestro Señor, respondieron, que buscaban á Jesus Nazareno, queriendo el Espíritu santo por sus bocas, aunque tan malas, declarar que el que buscaban para prenderle y matarle, era Jesus, Salvador del mundo, Nazareno y Santo, consagrado á Dios y florido con virtudes celestiales, porque tal habia de ser el que con su muerte nos habia de salvar. O Jesus Nazareno, si los hombres te conociesen, todos te buscarian, no para darte la muerte, sino para que tú les dieses la vida. Búsquete yo, dulce Jesus, para que seas para mí Jesus: búsquete yo Santo Nazareno, para que por tí sea yo santo, y consagrado á tu servicio.

2. Mas sobre todo, se ha de ponderar, la inmensa caridad de Cristo nuestro Señor para con los suyos, y el cuidado que tiene en mirar por ellos, y defenderlos con su omnipotencia; porque aquella palabra, *sinite hos abire*, dejad ir á estos, fué un mandato tan poderoso y

eficaz, que no pudieron sus enemigos ir contra él, ni hacer daño alguno á los apóstoles. O amantísimo Jesus, cómo no cesas de mostrar en todas ocasiones el amor que nos tienes! Das licencia á tus enemigos contra tí, y quítasela contra tus amigos! Quieres que los males descarguen sobre tus espaldas, para librar de ellos á tus escogidos! Sirve, ó alma mia, de corazon á este Señor, sin cuya licencia ninguno te puede molestar, y cuya bondad es tan grande, que no la dará para tu daño, si le sirves con cuidado.

PUNTO CUARTO.—*Viendo los apóstoles que los soldados acometian á Cristo nuestro Señor, le dijeron: Heriríes hemos con nuestros cuchillos. Mas Pedro, arrebatado de su fervor, sin esperar respuesta, cortó con su cuchillo, la oreja de un siervo del pontífice, llamado Malco. Cristo nuestro Señor les dijo: dejadles hacer lo quieren.* Y á Pedro reprendió y reprimió su fervor indiscreto con breves y admirables sentencias, mezcladas de rigor y blandura.

1. La primera, fué: *Torna la espada á su vaina, porque quien mata con cuchillo á cuchillo morirá.* Que es decir: Quien con espíritu de venganza mata, digno es de muerte. En lo cual se ha de ponderar, cuan lejos quiere Cristo nuestro Señor que estemos de este espíritu de venganza en cosas propias, pues así reprende á su discípulo, porque con mezcla de este espíritu le queria defender: y tambien se descubre aquí la mansedumbre de este Señor, el cual no se cansa de dar lecciones de sufrimiento en medio de tantos enemigos que le injuriaban, como si estuviera en la cátedra, en medio de muchos discípulos que le oyeran.

2. La segunda, fué: *El cáliz que me dió mi Padre, no quieres que le beba?* Por las cuales palabras se vé, con qué ojos miraba Cristo nuestro Señor el cáliz de su pasion, la estima que tenia de beberle. No le miraba como dado por mano de sus enemigos, sino como recetado y ordenado por la voluntad de su eterno Padre, la cual de-

seaba cumplir, y sentia mucho que se lo impidiesen: y aunque el cáliz fuese amargo, bastaba ser dado por Padre tan sabio y amoroso, para beberle, como si fuera dulce. Con estos ojos tengo yo de mirar todos los trabajos y tribulaciones que me sucedieren: y si sintiere tentacion interior, ó pensamiento, que me aparte de beber con gana este cáliz, tengo de responder á mi tentacion: Y cómo no quieres que beba el cáliz, que mi Padre me dá! O Padre amantísimo, yo me ofrezco á beber cualquier cáliz que me dieres, y á recibir cualquier purga que ordenares, por amarga y desabrida que sea; pues siendo ordenada por tu sabiduría y providencia, sin duda será para mí muy justa y provechosa.

3. La tercera, fué: *Por ventura no podria yo hacer oracion á mi Padre, y luego enviaria mas de doce legiones de ángeles para mi defensa? Pero cómo se cumplirian las Escrituras, que dicen convenir que así se haga?* En las cuales palabras nos enseña, cuán fácil cosa le fuera defenderse por medio de la oracion, alcanzando con ella mayores ejércitos de ángeles, que los que venian á prenderle. Pero que cesaba de pedir esto, porque se cumpliese la divina ordenacion de su muerte, declarada en las Escrituras. O buen Jesus, gracias te doy porque dejaste de pedir lo que tu Padre te concediera, atendiendo mas á la necesidad que teníamos de tu muerte que al descanso de tu persona. De aquí sacaré dos avisos: uno, de cuan eficaz es la oracion hecha con confianza en Dios, persuadiéndome, que por ella, si fuere necesario, me defenderán legiones de ángeles; y que es verdad lo que dijo Eliseo á su criado [1]: Mas están por nosotros, que contra nosotros. El segundo, que cuando me consta ya de la voluntad de Dios no tengo de pedirle cosa en contrario, aunque supiese que la habia de alcanzar: porque ninguna cosa tengo tanto de desear y pedir, como que se cumpla en mí su santísima voluntad y ordenacion.

[1] 4. Reg. 6. 16.

PUNTO QUINTO.—*Luego Cristo nuestro Señor, tocando la oreja de aquel siervo Malco, le sanó.*

1. Este es el segundo milagro que hizo en su pasion, cuyos motivos fueron por cumplir con la ley del amor perfecto, haciendo bien á su enemigo, y al que tanto mal le queria hacer. Además; por las entrañas de misericordia que tenia, doliéndose de que alguno por su ocasion recibiese daño: y porque sus enemigos no tomasen de allí ocasion de hacer daño á sus discípulos, calumniándoles como á gente que resistia á la justicia. O dulcísimo Jesus, que pudiendo hacer milagro para defenderos, no quereis usar de vuestro poder, y usais de él para hacer bien al que os ofende: comunicadme este espíritu de amor, con el cual sea conmigo riguroso, y con mis enemigos blando. Amen.

2. Tambien se puede ponderar el espíritu de este milagro, porque sanar Cristo la oreja derecha, significa, que por los méritos de su pasion se nos ha de restituir el oido derecho del alma, que es la fe y la obediencia á todo lo que Dios revela y manda: y es de creer, que como las obras de Cristo nuestro Señor fueron perfectas, dando con la salud del cuerpo la del alma, como se dijo en la tercera parte, en la introduccion de la meditacion 25. Este Malco, en recibiendo este beneficio, admirado del milagro, y de la omnipotencia de Cristo, creyó en él, y quedó sano en el alma. Y apartándose de la maldita canalla, se fué á su casa llorando las injurias que se hacian á hombre tan santo y poderoso. O mudanza de la diestra del muy alto! Toca, Señor, el oido de mi alma, y sánale con perfeccion, para que dejando el espíritu de siervo, me haga verdadero Malco, que quiere decir rey, sirviéndote muy de veras con señorío de mis pasiones; pues servirle á tí, es reinar por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXV.

DEL PRENDIMIENTO.

PUNTO PRIMERO.—*Entonces dijo Jesus á los sacerdotes, magistrados y ancianos que allí estaban*[1]: *Cómo á ladron habeis venido con espadas y lanzas á prenderme? Cada dia estaba con vosotros en el templo enseñándoos y no me prendisteis! Pero esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, como este Señor inocentísimo fué tenido y tratado como ladron, y como á tal vinieron á prenderle: y es de creer, que con esta voz iban los soldados gentiles á ello. O buen Jesus, cuan lejos estais de ser ladron, robador de lo ageno, pues dais por nuestro bien todo lo que teneis por propio. Si es ser ladron robar los corazones, y sacar las almas del poder de Satanás[2], es verdad que sois ladron cuyo nombre es, date priesa, despoja, apresúrate y roba, mas esto no es injuria, sino honra; no es culpa digna de prision, sino hazaña, digna de eterna loa. Robad Señor, mi corazon, y tomadle para Vos, porque ni tomaréis lo ageno, pues tambien es vuestro, ni será contra la voluntad de su dueño, porque yo gusto de ser robado.

2. Lo segundo, ponderaré la reprension que dá Cristo nuestro Señor á esta gente, diciéndoles: *Cada dia estaba con vosotros en el templo enseñándoos.* Que es decir: Este pago me dais por el contínuo trabajo que he tomado en enseñaros, tratando como á ladron al que siempre ha sido vuestro maestro? O Maestro celestial, cuán mala paga te damos por la enseñanza y doctrina que nos diste, perdona nuestras descortesías, y apiádate de nuestras miserias; pues aunque seamos malos discípulos, tú no dejas de ser buen maestro.

[1] Luc. 22. 52. [2] Isai. 8. 3.

3. Lo tercero, ponderaré aquellas sentidísimas palabras: *Esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.* Por las cuales Cristo nuestro Señor dió licencia y poderío sobre su cuerpo á todos sus enemigos y á los demonios, cuyos ministros èran, para que le prendiesen y atormentasen á su voluntad, no con limitacion de reservar la vida como á Job[1], sino con plena potestad de quitársela á fuerza de tormentos; lo cual me ha de mover á grandes afectos de compasion y dolor, viendo entregado á mi Señor á enemigos tan crueles por mi causa. Gracias te doy, ó amantísimo Jesus, por esta caridad tan grande que mostraste en querer entregar tu cuerpo y vida á los poderes del infierno, por librar de ellos á mi alma. Yo, yo Señor, era el que habia de ser entregado á ellos, pues yo he sido el que pequé; mas tu caridad quiere pasar por esta pena, para librarme de la culpa. Suplícote, Dios mio, que me libres de sus furias, para que ni en esta vida, ni en la otra, caiga en sus tinieblas.

Punto segundo.—Habida esta licencia, todo aquel escuadron de soldados, arremetió furiosamente á Cristo nuestro Señor para prenderle; y es de creer, que con aquel ímpetu darian con él en tierra y le pisarian, boca, rostro y todo el cuerpo, hollándole con rabia increible. Luego le levantarian del suelo con grande violencia, dándole récios golpes con los palos que traian; y como dice el Evangelista[2], le ataron. Y puédese creer, que le ataron cruelmente las manos por las muñecas con duras sogas, y despues le echarian una soga á la garganta, haciendo todo esto con gran regocijo y alegría, como se alegran los vencedores con la presa, especialmente cuando ha sido muy deseada y se han visto muchas veces á punto de perderla.

En este hecho tengo de ponderar las heróicas virtudes del Salvador, para imitarlas, compadeciéndome de los trabajos que padece.

[1] Job. 1. 12. [2] Joan. 18. 12.

1. La primera, es extremada humildad, considerando como está debajo de los piés de los hombres y de los hombres pecadores, el que tiene su silla sobre todos los querubines y serafines. O qué sentimiento tan tierno tendria este Señor, viéndose así pisado de todos, diciendo á su eterno Padre aquello de David [1]: Ten misericordia de mí, Señor, porque me ha pisado el hombre: todo el dia me ha combatido y atribulado: hollado me han mis enemigos, porque son muchos los que pelean contra mí. Gracias te doy, dulcísimo Jesus, por la humildad tan profunda que aquí mostraste: grande humildad fué arrojarte á los piés de tus apóstoles y de Judas, para lavárselos; pero qué tiene que ver con permitir que Judas, con su maldito escuadron, ponga sobre tí sus piés? Concédeme, humildísimo Redentor, que guste ser pisado, y estar debajo de los piés de todos los hombres, pues merecia estar á los piés de Lucifer hollado de los demonios. De aquí subiré á ponderar en este paso la diferencia entre los pecadores y justos. Porque los pecadores cuando pecan, pisan, como dice san Pablo [2], al Hijo de Dios, y ponen debajo de los piés su santa ley. Mas los justos, como dice el mismo Apóstol [3], glorifican y llevan á Dios en su cuerpo, y ponen la divina ley sobre sus hombros y cabezas; y haciendo reflexion sobre mi vida pasada, lloraré las veces que pisé al Hijo de Dios, y hollé su voluntad para salir con la mia.

2. Lo segundo, ponderaré la invencible paciencia de este Cordero mansísimo, sufriendo tantas injurias y golpes, sin responder palabra, ni quejarse, ni tenia movimiento de ira ó indignacion alguna, aunque estaba viendo los corazones rabiosos de sus enemigos, y los regocijos que hacian por haberle prendido, cumpliéndose lo que dijo por David [4]: Me han cercado muchos becerros y toros gruesos: abrieron contra mí su boca, como leon que roba y brama. O pacientísimo Cordero,

[1] Psal. 55. 2. [2] Hebr. 10. 29. [3] 1. Cor. 6. 20. [4] Psal. 21. 13.

qué haces rodeado de tantos lobos y leones tan feroces? Cómo no balas, ni abres tu boca contra ellos, pues con solo decir: Yo soy, puedes derribarlos á todos? Mas ya Señor, pasó la hora de hablar; y callando con sufrimiento, quieres dejarte pisar para darme ejemplo de paciencia. Ayúdame para que le tome, sufriendo con silencio cualquier agravio y desprecio que me viniere.

3. Pero sobre todas las virtudes, campea la infinita caridad de este dulcísimo Salvador, en dar sus benditísimas manos para ser atadas con tanta crueldad, manos que siempre se ocuparon en hacer bien á los mismos que se las ataban; y aunque pudiera romper las ataduras, con mas facilidad que Sanson rompió las suyas [1], no quiso hacerlo, porque él mismo se las quiso atar con las sogas y cadenas de la caridad, en castigo de la mala libertad y demasiada soltura que han tenido las nuestras, y para librarnos de la cárcel, á donde merecíamos estar atados de piés y manos. Entonces se cumplió lo que habia dicho por David [2]: Los cordeles de los pecadores me ataron, pero yo no me olvidé de tu ley. Y qué ley es esta, sino la ley de la caridad? De la cual no se olvidó Cristo cuando le ataban los pecadores, amándolos, y deseando traerlos y atarlos consigo con cuerdas de Adan [3], y con cadenas de caridad. O amabilísimo y amorosísimo Jesus, quién pudiera atar tus manos, si tu amor primero no las atara? O manos liberalísimas y poderosísimas, que poco ha repartísteis á los vuestros el pan del cielo, y nunca estuvísteis atadas para hacer bien á los hombres, porqué os dejais atar con tanta crueldad? O atrevimiento endemoniado de los hombres, que con tanta ignominia maniatais á Dios! No permitais, Señor, que con mis pecados y desagradecimientos ate tus manos, para que no me hagas bien; antes te suplico ates las mias para todo lo que es culpa, y las sueltes para todo lo que es virtud.

[1] Judic. 16. 9. [2] Psal. 118. 61. [3] Osseæ 11. 4.

PUNTO TERCERO.—*Viendo los once apóstoles lo que pasaba, todos huyeron dejando solo á su Maestro.*

1. Aquí ponderaré lo primero, de parte de los discípulos, la cobardía y miedo que se apoderó de ellos, mirando como los que poco antes habian recibido de Cristo tantos favores, y oido tan saludables consejos, y visto tantos milagros, y blasonaban que estaban aparejados para morir con él, olvidados de todo esto se escandalizan en viéndole preso, y le desamparan y huyen, no solamente con el cuerpo, sino tambien con el espíritu, ó perdiendo la fe ó titubeando en ella. Los piés que poco antes habian sido lavados por las manos de Cristo, fueron enlodados y manchados con la culpa de esta huida tan cobarde. El corazon, que habia sido fortificado con el cuerpo y sangre de Cristo, perdió la fortaleza por el miedo de perder la vida. La fe, arraigada con la vista de tantos milagros, se oscureció con la niebla que levantó el temor de las persecuciones. Para que yo eche de ver lo poco que se puede fiar de hombres, cuya condicion es acompañar al amigo en la vida, y dejarle en la muerte, seguirle en tiempo de prosperidad y huir de él en tiempo de adversidad. Y en persona de estos discípulos me miraré á mí mismo, que en tiempo de paz blasono y presumo; y en viniendo la guerra y contradiccion, huyo: sigo á Cristo al tiempo del partir el pan y cuando me regala; y huyo de él cuando se ha de beber el cáliz de la pasion y cuando me aflige, y así me olvido de los beneficios que me ha hecho, como si nunca los hubiera recibido. O Salvador mio, líbrame de tal escándalo y cobardía, y no me desampares en el tiempo de la tentacion, porque amparándome tú, no te desampararé yo.

2. Lo segundo, ponderaré de parte de Cristo nuestro Señor, el grande sentimiento que tuvo cuando vió derramado su rebaño, y el escándalo que padecia; y cuando se vió solo y desamparado de sus amigos, en-

tonces diria aquello de David [1]: Mis conocidos se alejaron de mí; tuviéronme por abominable, como hombre aborrecible: fuí entregado á mis enemigos, y no me defendí, y mis ojos se enflaquecieron viendo su miseria. O Amado mio, quién te pudiera acompañar en esa hora, siendo preso contigo, de modo, que unas mismas sogas ataran tus manos y las mias! Esta será mi honra, y guárdeme Dios de dar en tal locura, que tenga por abominacion al que es todo mi consuelo y santificacion.

MEDITACIONES

DE LOS MISTERIOS DE LA PASION, QUE SUCEDIERON ESTA NOCHE, DESPUES DEL PRENDIMIENTO.

Por fundamento de las meditaciones siguientes, advierto, que Cristo nuestro Señor, para padecer mayores ignominias en su pasion, quiso ser presentado á cuatro tribunales ó concilios, y juntas de las personas mas calificadas que habia en Jerusalen, dos eclesiásticos, y dos seculares.

El primero [2], fué de Anás, príncipe y cabeza de los escribas y letrados de la ley; de los cuales se juntaba un concilio de setenta personas ancianas, para las causas que pertenecian á la doctrina que se predicaba y enseñaba, segun las Escrituras.

El segundo, fué de Caifás, supremo pontífice, y supremo sacerdote, con quien se juntaban los demás pontífices, sacerdotes, y fariseos, religiosos de aquel tiempo, para las cosas tocantes á la religion, y este era el tribunal eclesiástico del juez legítimo de aquel tiempo.

El tercero, fué de Pilatos, juez y presidente de Judea, á cuyo tribunal concurria muchedumbre de escribanos, alguaciles, y otros ministros de justicia, como es costumbre.

[1] Psal. 87. 9. [2] Ex Baronio, tom. 1. anno 30. et 31. Christi Domini.

El cuarto, fué de Herodes, rey de Galilea, con quien estaba muchedumbre de cortesanos, y un ejército de gente de guarda. En estos cuatro tribunales y concilios fué Cristo nuestro Señor presentado, y despreciado ignominiosamente; de suerte, que á sus desprecios concurrieron todas las personas de Jerusalen mas calificadas en letras, en religion, en justicia, y en grandeza: y el que era sapientísimo Maestro de todas las ciencias, quiso ser despreciado de los sabios y profesores de ellas. El que era sumo Sacerdote y dechado de toda religion, fué despreciado de los sacerdotes, y de los que profesaban santidad. El que era justísimo Juez de vivos y muertos, fué escarnecido de los jueces y ministros de justicia. Y el que era Rey de reyes y Señor de señores, fué despreciado de los reyes y cortesanos, y de sus ejércitos, sin otra muchedumbre del pueblo, que concurrió á estos desprecios, queriéndolo así su divina Majestad, para darnos ejemplo de humildad y paciencia, y para consuelo de los que fueren despreciados en este mundo, por cualquier suerte de personas, y para otros fines que irémos ponderando en las meditaciones que se siguen. Y cerca de ellas se advierta, que presupongo haber sucedido en casa de Anás, el primer exámen con la bofetada, como dicen muchos doctores [1], conformándome con el órden que san Juan lleva en contarlo; y de las tres negaciones de san Pedro hago juntamente una meditacion, ora hayan sucedido todas en casa de Caifás, ora solamente las dos postreras, y la primera en casa de Anás; porque para el intento de estas meditaciones, no importa haber sucedido todo esto mas en un lugar, que en otro.

[1] Idem sequitur S. P. N. Ignatius, in suis exercitiis.

MEDITACION XXVI.

DE LOS TRABAJOS QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PADECIÓ DESDE EL HUERTO A CASA DE ANÁS, Y DE LO QUE ALLÍ LE SUCEDIÓ.

PUNTO PRIMERO.—*El escuadron de los soldados, con su tribuno, y los ministros de los judíos, luego que prendieron á Jesus le llevaron á casa de Anás, suegro de Caifás, pontífice.*

1. Sobre este paso tengo de ponderar todos los trabajos que Cristo nuestro Señor padeció en aquel largo camino. Lo primero, padeció graves dolores, porque era llevado con grande crueldad de sus enemigos, tirando de él por las sogas, dándole de golpes y empellones, haciéndole ir á prisa, medio corriendo, y tropezando, y arrodillando, como en semejantes casos suele acontecer á los que van presos y maniatados. Acordaríase este Señor de la postrera vez que caminó á Jerusalen con sus discípulos, yendo muy aprisa delante de ellos, para significarles las ganas que llevaba de padecer [1]. O dulcísimo Jesus, qué apresurado paso llevais, arrastrado de vuestros enemigos; pero mucho mas de vuestra caridad, que les dá licencia para ello! O qué diferente compañía llevais ahora, de la que llevabais entonces! Dónde están vuestros discípulos, que entonces os seguian? No pudieron seguir paso tan apresurado y doloroso, y por esto os han dejado solo? No permitais, Señor, que yo deje de seguiros con esfuerzo al paso que llevais aunque sea muy penoso.

2. Lo segundo, ponderaré, la fatiga que sentia el cuerpo tierno de Cristo nuestro Señor, por razon del sudor de sangre que poco antes habia tenido; y puédese creer, que con la demasiada furia que le llevaban, se tornarian á abrir los poros, y á sudar de nuevo, si no sangre, á lo menos sudor de congoja y fatiga [2]. Tambien

[1] Marc. 10. 32. Supr. Medit. 2. [2] Psal. 109. 7.

al pasar el arroyo de Cedron, quizá tropezaria en aquellas piedras y caeria, bebiendo, no del agua del arroyo, sino del arroyo de las fatigas y amarguras que traspasaban su corazon. O cuerpo santísimo, gracias te doy por el cansancio que en este camino padeciste! O piés benditísimos, yo os glorifico por los pasos apresurados, que en esta jornada dísteis! Ahora comienzan, ó buen Jesus, vuestros piés á pagar los pecados que hicieron los piés apresurados para el mal. Detened, Señor, los mios en semejantes pasos, y apresuradlos con ligereza para el bien.

3. Lo tercero, padeció nuestro Señor en este camino grande ignominia, siendo llevado como ladron con gran vocinglería: y especialmente, al tiempo que entraban por la puerta de la ciudad, levantarian el grito aquellos fieros ministros del demonio, pregonando la presa que llevaban con gran orgullo. O Redentor mio, cuán diferente entrada es esta en Jerusalen de la que hiciste el domingo pasado! En aquella iban muchos con palmas en las manos, en señal de vuestra victoria; en esta van con espadas y lanzas en señal de la suya; en aquella levantaban todos la voz para alabaros, diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; en esta levantan la voz para vituperaros, diciendo mil injurias y blasfemias contra Vos; en aquella tendian sus ropas por el suelo para que pasase por ellas el jumento en que ibais sentado; en esta tiran de vuestra ropa, y os la rasgan y os llevan á pié y medio arrastrando. O mudanza de hombres contra su Dios! O paciencia de Dios en sufrir tales hombres! Líbrame, Señor, de mudanza tan perversa, y dame paciencia tan admirable, que me haga superior á cualquier mudanza.

4. Finalmente, ponderaré el espíritu y afecto con que Cristo nuestro Señor iba por el camino con grande humildad y paciencia, ofreciendo con grande caridad al Padre eterno aquellos sus pasos trabajosos, en satisfac-

cion de los que nosotros damos para ofenderle, sacando de esto afectos de agradecimiento y de imitacion, como despues dirémos.

PUNTO SEGUNDO.—*Preguntó el pontífice á Jesus de su doctrina y de sus discípulos.*

1. Sobre este punto se ha de considerar, primeramente los desprecios que Cristo nuestro Señor padeció en aquella entrada en casa de Anás, á donde se habian juntado los ancianos, letrados y maestros de la ley, como personas á quien tocaba calificar la doctrina de Cristo, á quien el pueblo llamaba profeta: y como todos eran sus enemigos y juntamente eran letrados soberbios, en viendo á Cristo, comenzaron á escarnecer y mofar de él, mostrando grande regocijo en verle preso y humillado, para que se vea como la ciencia que hincha dá principio á los desprecios de Cristo nuestro Señor, en castigo del pecado de Adan, que tuvo principio del apetito de la ciencia, para saber como Dios el bien y el mal. O Maestro sapientísimo, autor y principio de todas las ciencias del mundo, porqué se levantan contra Vos los sabios, y escarnecen al autor de la sabiduría? Mi soberbia es la causa de esto, y mi ciencia hinchada pedia tal cura, para que viendo al que es la misma sabiduría, despreciado de los sabios de este siglo, guste ser humillado de ellos, y no haga caso de sus errados juicios. Dadme, Dios mio, humildad en sabiduría; porque la sabiduría del humillado levantará su cabeza, y en medio de los grandes le hará glorioso[1]:

2. Lo segundo, se ha de ponderar la soberbia con que el pontífice y sus letrados comenzaron á examinar á Cristo nuestro Señor, con ánimo de calumniarle; y así le preguntarian, qué doctrina era la suya, si era contraria á la de Moisés: si era doctrina del cielo y habida por revelacion: cuántos discípulos tenia: quiénes eran: dónde estaban. Todo lo cual oia Cristo nuestro

[1] Eccles. 11. 1.

Señor con grande humildad y mansedumbre, sin embargo de que conocia su dañada intencion. De donde sacaré grandes afectos de confusion propia y de compasion de Cristo, mirándole en medio de aquellos sayones, ellos sentados como jueces, y él en pié como reo: ellos con insignias y borlas de doctores, y él maniatado con insignias de malhechor. O Doctor excelentísimo, doctor de los doctores y de todas las gentes! Cuando eras de doce años estabas sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles, con admiracion de todos[1]; y ahora estás en pié en medio de los mismos, oyendo y respondiendo con escarnio de ellos! Pero si fué admirable la sabiduría, que mostraste en las respuestas que entonces diste, no es menos admirable la que muestras en las que ahora dás, sufriendo las ignominias que de ellas te resultan. O si tu Madre santísima se hallara aquí presente, con qué sentimiento repitiera aquella su amorosa queja, diciendo: Hijo, porqué lo has hecho conmigo así? Porqué me has dejado sola, y te has entrado en medio de estos doctores, mas lobos carniceros, que maestros piadosos? Pero tú, Señor, le respondieras como entonces: En las cosas que son de mi Padre me conviene siempre estar, y mi Padre quiere que pase por este exámen. Gracias te doy, amantísimo Redentor, por la obediencia que tienes á tu Padre, y por la humildad que muestras entre los hombres por su amor.

Punto tercero.—*Respondióle Jesus: Públicamente he hablado al mundo, siempre enseñé en la sinagoga y en el templo donde concurrian todos los judíos, y nada he dicho en secreto, pretendiendo que lo fuese, para qué me preguntas á mí eso? Pregúntalo á los que me oyeron, pues ellos saben lo que les he dicho.*

1. Aquí tambien ponderaré; lo primero, como Cristo nuestro Señor, aunque preso y humillado, no esta-

[1] Lucæ 2. 49.

ha acobardado en este concilio, sino con gran libertad de espíritu, que procedia de la santidad de su vida, y de la verdad de su doctrina, porque la conciencia que se funda en santidad y verdad de su doctrina, es libre y animosa para todo lo bueno, sin temor ni encogimiento alguno, aunque esté delante de los sabios y grandes del mundo; y así tengo de procurar para mí tal modo de conciencia y santa libertad, como despues lo mostraron los apóstoles, imitando á su Maestro[1].

2. Lo segundo, ponderaré, la grande prudencia de Cristo nuestro Señor en no querer decir en particular de su doctrina qué tal era, porque sabia cuan mal recibida habia de ser la verdadera respuesta, sino remitióse á los que le habian oido, porque estaba tan seguro de su verdad, que á sus mismos enemigos, que estaban presentes y la habian oido, y hacia testigos de ella. Y bien se vió ser así, porque todos enmudecieron y no hubo quien le notase de alguna cosa mal dicha. O pureza de la doctrina del Salvador, cuán poderosa es tu fuerza, pues no solo das libertad generosa al que la dice, sino rindes y tapas la boca del enemigo que la oye. Concédeme, Salvador mio, luz para entenderla, libertad para publicarla, y obediencia para ejecutarla con perfeccion. Amen.

3. Lo tercero, es de ponderar la causa porque Cristo nuestro Señor no dijo nada de sus discípulos; porque como habian dado mala cuenta de sí, ni los quiso acusar publicando su flaqueza, ni se pudo preciar de ellos alabando su lealtad. Y además de esto, como algunos contemplan[2], estaba allí Judas esperando á que le diesen el dinero de la venta, porque estaba remitido á Anás: y como este desventurado era conocido por discípulo de Cristo, con su presencia desacreditaba á su Maestro. Todo lo cual afligia no poco á nuestro Salvador. O Maestro amantísimo, no permitas que yo desdi-

[1] Actuum. 5. 29. [2] Ita D. Cyril. lib. 11. cap. 31.

ga de la lealtad que te debo como fiel discípulo[1], para que no te avergüences de confesar por tuyo delante de tu Padre y de sus ángeles. Amen.

MEDITACION XXVII.

DE LA BOFETADA Y DE LA REMISION Á CAIFÁS.

PUNTO PRIMERO. — *Uno de los ministros dió una bofetada á Jesus, diciendo: Así respondes al pontífice*[2]?

Esta bofetada fué la primera injuria de las que recibió Cristo nuestro Señor en casa del pontífice por mano de sus ministros, y tan señalada, que san Juan quiso hacer mencion especial de ella. Tuvo todas estas circunstancias.

1. Lo primero fué cruel, dada por un sayon encendido en ira, con deseo de vengar la injuria de su amo, pareciéndole que con esto le ganaba la voluntad y hacia placer á todos los circunstantes.

2. Lo segundo fué afrentosa, porque se dió en presencia de muchos nobles y principales; y á una persona, que hasta entonces era venerada y respetada de todos, de cuyo rostro salia tal resplandor, que movia á reverencia á los que le miraban sin pasion.

3. Lo tercero fué injusta, porque se dió por venganza, y calumniando una respuesta prudentísima, juzgando temerariamente que era descomedida contra la autoridad del pontífice.

4. Lo cuarto, fué con aprobacion y aplauso de todos los presentes, sin que hubiese quien volviese por Cristo y reprendiese la furia de aquel mal hombre, y así abrió camino para que otros se descomediesen á hacer con él otro tanto. Mira pues, ó alma mia, el rostro de tu Señor lastimado con el furioso golpe de este sayon, sonroseado con la vergüenza natural de tan grave injuria, y corrido por el regocijo que sus enemigos recibieron

[1] Lucæ 9. 26. [2] Joan. 18. 22.

con ella: y compadécete de ver abofeteado el soberano rostro en quien se desean mirar los ángeles del cielo [1]. O Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su sustancia, quién ha puesto en vuestro divino rostro la figura de tan abominable mano? O Padre eterno, mirad el rostro de vuestro Hijo señalado con los dedos de un insigne pecador; y pues él sufre esta injuria por amor de los pecadores, sufridlos y perdonadlos por lo que él sufrió por ellos.

PUNTO SEGUNDO.—Respondióle Jesus: *Si hablé mal, dá testimonio de ello; y si bien, porqué me hieres?*

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, la grande paciencia y mansedumbre que Cristo nuestro Señor conservó en su ánima, recibiendo tal injuria; y aunque este malvado merecia que bajara fuego del cielo y le abrasara, ó se abriera la tierra y le tragara, ó la mano se le secara para siempre, como se secó la mano de Jeroboan, porque quiso asir con ella á un santo profeta: y aunque fuera fácil á Cristo nuestro Señor castigarle con estas y otras penas semejantes; pero no quiso vengar su injuria, sino llevóla con tanta serenidad, que mostró con la obra estar aparejado á recibir otra bofetada en el otro carrillo y otras muchas sin cuento. O dulcísimo Jesus, profeta verdadero, que por decir la verdad, como otro Miqueas [2], fuiste herido en tus mejillas, sufriendo este golpe con admirable paciencia y mansedumbre, dame parte en estas virtudes para que sufra mis injurias sin venganza ni turbacion por ellas.

2. Lo segundo se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor, que sabia bien callar y disimular sus afrentas, esta vez con grande mansedumbre quiso dar razon de sí, porque no entendiesen, que habia pretendido injuriar al pontífice, y de camino tácitamente corrige á su injuriador, para que reconozca su pecado, diciéndole: Si hablé mal en lo que dije, dá testimonio de ello

[1] Hebr. 1. 3. [2] Reg. 22. 24.

primero que me castigues, pues no eres juez sino testigo. Y si hablé bien, porqué me hieres contra razon y me notas de descortés y descomedido? Y con ser esta razon tan concluyente, no fué admitida, ni le valió, ni se hizo caso de ella, para que aprenda yo á tener paciencia, cuando no fueren oidas ni admitidas las mias, ni se hiciera caso de ellas. O amantísimo Jesus, cuya propiedad fué hablar siempre bien, y en cuya boca nunca se halló engaño, de quien con toda verdad se dijo [1]: Nunca así habló hombre alguno, gracias te doy por la injuria y dolor que padeces hablando bien, en castigo de las culpas que yo hice hablando mal. Concédeme, Señor, que siempre hable lo que te agrada, aunque desagrade á los hombres, sufriendo con paciencia sus calumnias.

PUNTO TERCERO.—*Envió Anás atado á Cristo al pontífice Caifás.*

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, la resolucion que tomó Anás, y todos aquellos sabios, que fuese llevado Cristo nuestro Señor á casa de Caifás, que era el pontífice y juez legítimo de estas causas, donde estaban juntos los sacerdotes y fariseos, y otros ancianos, para que todos juntamente tratasen de esta. Y dice el Evangelista, que Anás le envió atado, para significar que le tenian por culpado. Y quizá le ataron de nuevo y le doblaron las ataduras, porque no se les fuese ni alguno se le quitase, como habian de pasar por medio de la ciudad. O Cordero mansísimo, aunque de este primer concilio salis mas atado y apretado para entrar en el segundo; pero no se menoscaba por esto vuestra caridad, antes os ata y aprieta con nuevos deseos de padecer, por desatar de sus graves culpas á los que os atan con tan crueles sogas! Aumentad, Señor, en mí los trabajos, con tal que aumenteis el amor de padecerlos.

[1] Petr. 2. 22. Joan. 7. 46.

2. Lo segundo, tengo de ponderar la fatiga é ignominia que padeció Cristo nuestro Señor en esta segunda jornada, siendo llevado por medio de la ciudad con gran priesa y vocinglería, saliendo mucha gente á saber lo que era, y muchos se juntarian con los soldados, ayudándoles á injuriar al Salvador olvidados del bien que de él habian recibido. Pero no por esto nuestro dulce Jesus perdia un punto de su faz y caridad, ofreciéndose á padecer muchos por bien de todos, por lo cual es digno de ser glorificado de todos, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXVIII.

DE LAS TRES NEGACIONES DE SAN PEDRO.

Punto primero.—*Despues que todos los apóstoles huyeron, Pedro volvió á seguir á Cristo, pero desde lejos* [1], *y con él iba otro discípulo, el cual por ser conocido del pontífice, entró dentro del patio; y entrando tambien Pedro, se juntó con los demás criados al fuego, porque hacia frio.*

Sobre este paso tengo de ponderar los escalones por donde llegó Pedro á negar á Cristo nuestro Señor, para escarmentar en cabeza agena, y huir de ellos.

1. El primero fué, tibieza en el amor, nacida del temor humano, porque el amor de Cristo le movió á seguirle, pero el temor humano le entibió, de modo que le siguiese de lejos, como antes siempre le siguiese de cerca.

2. El segundo fué, olvidarse de lo que Cristo nuestro Señor le habia dicho, que le negaria tres veces aquella noche; y es propiedad de los que confian mucho de sí, olvidarse de las palabras de Dios, y de los avisos que les dá para reprimir su orgullo, como si no hablaran con ellos.

3. El tercero fué, con título de amar á Cristo, po-

[1] Matth. 26. 58. Marc. 14. 54. Lucæ 22. 54. Joan. 18. 15.

nerse en la ocasion de negarle, juntándose con malas compañías que le provocasen á ello, llegándose al fuego donde habia trulla de gente ruin, y ruinas pláticas. Y no carece de misterio decir que hacia entonces frio, para significar la frialdad del corazon de Pedro, y la oscuridad y tinieblas de su alma. Todo esto nació originalmente de la secreta presuncion y confianza que tenia de sí mismo; la cual no se curó con el aviso que le dió Cristo nuestro Señor, y como quedó viva, brotó estos malos frutos. De donde tengo de sacar tres grandes propósitos. El primero, de no presumir de mí, ni fiarme de mí mismo, acordándome de lo que dice san Pablo [1]: Si estás en la fe, no presumas, sino teme: y el que piensa que está en pié mire bien no caiga. El segundo propósito es, de seguir á Cristo nuestro Señor, no desde lejos sino desde cerca y con fervor [2]; porque quien le sigue de lejos, no pone los piés donde los puso Cristo, ni advierte bien sus pisadas, ni es amparado de él en sus peligros. El tercer propósito, es, de huir las ocasiones de tropezar, y las malas compañías que me provocaren á caer, acordándome de lo que dice el Sabio [3]: Quien ama el peligro, perecerá en él.

4. Tambien puedo ponderar, que si es así, como dicen algunos doctores, que este discípulo conocido del pontífice era san Juan evangelista, aunque estuvo en las mismas ocasiones que san Pedro, no negó á Cristo nuestro Señor, ni tuvo ese peligro, principalmente por la proteccion especial del mismo Cristo, que le guardó y preservó, y porque no tenia la secreta soberbia y presuncion de Pedro. O Dios omnipotente, líbrame de las ocasiones de caer: y si en ellas me viere por mi gran miseria, ampárame con tu divina misericordia. Pónme siempre cerca de tí, y pelee cualquier mano contra mí [4], porque si me tienes de tu mano, ninguno me derribará, ni sacará de ella.

[1] Rom. 11. 20. [2] Cor. 10. 12. [3] Eccles. 3. 27. [4] Job. 17. 3.

PUNTO SEGUNDO. — *A esta sazon llegó una mujercilla, criada del pontífice y portera de la casa; la cual mirando á Pedro y reconociéndole por discípulo de Cristo, dijo á los que estaban allí: Este, con Jesus andaba. Y volviéndose á Pedro, dijo: Por ventura tú no eres discípulo de este hombre? Sin duda tú con Jesus Nazareno estabas. Respondió Pedro: No soy su discípulo, ni le conozco, ni sé lo que dices.*

1. Sobre este punto se ha de ponderar; lo primero, la astucia del demonio en acometer á san Pedro la primera vez por medio de una mujer, como acometió Adan por medio de otra para derribarle; porque las mujeres, como mas atrevidas y blandas, suelen derribar las rocas y piedras de la Iglesia, si no hay cuidado en huir de ellas.

2. Lo segundo, ponderaré en Pedro, la grande flaqueza del hombre; pues el que era piedra fundamental de la Iglesia, y habia tenido revelacion de la divinidad de Cristo, y le confesó por Hijo de Dios vivo, y se ofreció á morir por él, ahora solamente con la voz de una mujercilla teme tanto, que le niega y dice que no le conoce, ni es su discípulo, ni se precia de ello. Y con este ejemplo aprenderé á no presumir de mí, pues no soy Pedro ni piedra, sino polvo y lodo, fundándome en el conocimiento propio, y en el temor de mi mutabilidad y flaqueza; porque todo el oro y plata de mis virtudes, está fundado sobre mis piés de barro, y una chinita basta á derribarlos y dar con toda la máquina en el suelo[1]. O Dios eterno, dame conocimiento profundo de este barro que soy de mi cosecha, para que no presuma de mí, sino de tí; en cuya virtud resista al golpe de la tentacion, y conserve los dones que me has dado.

3. Lo tercero, ponderaré, cuan dañoso es el temor demasiado de la deshonra ó de la muerte; porque quien me derriba, no es tanto la noche de la adversidad,

[1] Daniel. 2. 33.

cuanto el vano temor de ella, por el cual muchas veces he negado á Cristo [1], ya que no con palabras, á lo menos con las obras, desdeñándome de algunas cosas de virtud obligatorias, por no perder un punto de la honra mundana, ó algun interés ó regalo de la carne. Y así he de suplicar á nuestro Señor me cerque con el escudo de su proteccion [2], para que no tema los temores de la noche, ni ellos se apoderen de mi corazon.

4. Lo cuarto, ponderaré la grave injuria que hizo Pedro á su Maestro en este caso, y lo mucho que Cristo nuestro Señor sintió ver que su querido y regalado, se desdeñase de ser su discípulo, condenando con esto la vida del que negaba por Maestro, y con esta consideracion me compadeceré de ver á mi Señor tan desconocido y desamparado de los suyos. O Maestro soberano, ya no me espanto que Judas el tibio te niegue por codicia, pues Pedro el fervoroso te niega por pusilanimidad; mas tu sabiduría permite esta ignominia, para que se descubra mas tu paciencia en el sufrir, y nuestra flaqueza en el pecar, y tu gracia en convertir al que pecó.

Punto tercero. — *Viendo Pedro lo que habia sucedido, y el peligro en que estaba, salióse del patio hácia el portal, y entonces cantó el gallo la primera vez, pero con la turbacion no advirtió en ello, y de ahí á poco tornó á entrar donde estaban los demás calentándose al fuego, y dijéronle* [3]: *Por ventura tú no eres de los discípulos de este hombre? Y uno de ellos afirmó que verdaderamente lo era. Y Pedro con juramento negó, diciendo, que no conocia tal hombre. De ahí á una hora tornaron tercera vez á hacer instancia en que era su discípulo, dándole señas de ello. Uno dijo, que le habia visto con Cristo en el huerto: otro que era galileo, como se conocia por el habla; y Pedro tornó á negar, echando maldiciones si le conocia.*

1. Sobre estos sucesos de Pedro se ha de ponderar, lo primero, las astucias de Satanás en tentarle, hacien-

[1] Titum. 1. 16. [2] Psal. 90. 5. [3] Marc. 14. 68.

do lo que Cristo nuestro Señor dijo, que habia deseado cribarle como á trigo, ya con unas tentaciones, ya con otras, hasta que le derribó una, dos, y tres veces, porque á los mejores combate con mayor furia; y si no están arraigados en humildad, derríbalos de la cumbre de la santidad [1]. O Dios eterno! No entre dentro de mí el pié de la soberbia, porque la mano del pecador no me mueva, echándome del lugar que tenia por tu gracia.

2. Lo segundo, se ha de ponderar cuan malo es dúrar en la ocasion, no escarmentando en la primera caida, porque un pecado llama á otro, y el menor trae luego á otro mayor, yendo de mal en peor, como Pedro, que primero negó á Cristo sencillamente, y la segunda vez con juramento, y la tercera con juramento y maldicion; y así es muy importante atajar á los principios el temor humano, y huir del peligro cuando asoma, porque los demonios siempre con el deseo están diciendo contra el alma aquello del salmo 135. Destruidla, destruidla, hasta los cimientos de la fe y esperanza en que estriba.

3. Lo tercero, se ha de ponderar, que como Pedro tres veces aquella noche habia presumido de sí mismo, diciendo, que estaba aparejado á morir por Cristo, y que no se escandalizaria aunque todos se escandalizasen, y que no le negaria, aunque supiese morir por él; así en castigo de estas tres presunciones, permitió Dios las tres negaciones de esa misma noche, porque la soberbia luego trae consigo la humillacion en la materia misma en que se ceba, y por esto es muy importante llorar luego la culpa de la soberbia, antes que se apresure la pena de la humillacion.

Punto cuarto.—*Luego cantó el gallo la segunda vez, y al mismo tiempo volviendo el Señor sus ojos á Pedro, miróle; y acordándose Pedro de lo que Cristo le habia dicho, salióse á fuera y lloró amargamente.*

[1] Psal. 35. 12.

1. Aquí se pinta la conversion de Pedro, y su penitencia, en la cual se ha de ponderar; lo primero, la infinita misericordia y caridad de Cristo nuestro Señor, el cual aunque estaba rodeado de enemigos, y metido en un fuego de terribles persecuciones y calumnias, como olvidado de sus trabajos, se acuerda del discípulo que se los aumentaba con aquella injuria: y aunque estaba lejos de Pedro, conoció los pecados en que habia caido; y en lugar de castigarle, se compadeció de él, con deseo de provocarle á penitencia para perdonarle, y todo con suma presteza, por sacar de presto aquella oveja de la garganta del lobo infernal, que se la habia tragado, y para esto hace que luego cante el gallo; pero no bastara el segundo canto, como ni bastó el primero, si el mismo Cristo no convirtiera sus ojos misericordiosos á Pedro, alumbrándole los suyos con luz del cielo, para que conociese sus yerros, y hablándole el corazon para que llorase. O amorosísimo Jesus, cómo no te amaré con todo mi corazon, pues cuando trato de ofenderte, pones medio para perdonarme [1]? Y cuando habias de mostrar tu ira en el castigo, muestras tu misericordia en el perdon? Compadécete, Señor, de todos los pecadores, míralos con ojos de misericordia, abre sus oidos para que oigan el canto y voz de los predicadores, tocándoles su corazon, para que lloren sus pecados: y cuando yo pecare por flaqueza, no te olvides de mirarme con ojos de misericordia.

2. Lo segundo, se ha de ponderar las lágrimas amargas de san Pedro, las cuales no procedian de temor de algun castigo, sino de amor de su Maestro; porque acordándose de los favores y beneficios que de él habia recibido, y de la ingratitud que mostró negándole en tan recia coyuntura, sus ojos se convirtieron en fuentes de lágrimas, con grande amargura de su corazon, como quien sentia lo que dice Jeremías [2], ser cosa muy amar-

[1] Abac. 3. 2. [2] Jer. 2. 19.

ga haber dejado á su Dios, y negado á su Señor. Ay de mí, diria, cómo vivo habiendo negado al Autor de la vida? Cómo no se abre la tierra, y me traga, habiendo injuriado al Criador de ella? O boca abominable! cómo te abriste para jurar que no conocias al que tanto bien te ha hecho? O lengua maldita! cómo te soltaste para maldecirle, si conocias al que tanto amor te ha mostrado [1]? O cuán justo fuera que viniera sobre mí la maldicion, pues la escogí, y que penetrara todos mis huesos, pues la abracé! O quién diese amargura de mar á mi corazon, y fuentes de lágrimas á mis ojos, para llorar amargamente de dia y de noche la muerte de mi alma y la traicion que ha cometido contra su Criador! Mas, pues ya conozco su misericordia [2], y que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, miraré al que me miró, me convertiré al que se convirtió á mí, y con el corazon me llegaré á él, y postrado á sus piés, le diré como el hijo pródigo [3]: O Padre y maestro mio, he pecado contra el cielo y contra tí, no soy digno de ser llamado tu hijo, ni tu discípulo, admíteme siquiera, cómo á uno de los jornaleros de tu casa, porque no hay para mí mas duro infierno, que ser echado de ella. De esta manera lloraba san Pedro, y se movia á confianza del perdon, acordándose de lo que Cristo nuestro Señor le dijo: que habia rogado por él para que no desfalleciese su fe, y que cuando se convirtiese, confirmase á sus hermanos. Y de esta misma manera lloró toda la vida, cuando oia el canto del gallo; y así se dice de él, que tenia sulcados y cavados los lagrimales de los ojos, por la muchedumbre de las encendidas lágrimas que por ellos vertia.

3. Finalmente, ponderaré el modo como la divina inspiracion ilustró y tocó á Pedro, y le convirtió, porque primero le hizo que se acordase de las palabras de Cristo, luego que saliese del lugar y ocasion donde estaba,

[1] Psal. 108. 18. [2] Ezech. 33. 11. [3] Luc. 15. 18.

y despues que á sus solas llorase amargamente; y lo mismo hace con nosotros cuando nos toca con eficacia. Con lo primero, nos mueve á temor, confianza y amor. Con lo segundo, quita los estorbos de la verdadera penitencia. Y con lo tercero, alcanza el fruto de ella, que es el perdon de los pecados, como haya propósito de confesarlos á su tiempo. O alma mia, como viste en Pedro tu flaqueza para pecar, así mira en él la eficacia de la divina gracia para convertirte: y como él lloró, así llora tus pecados, para que alcances cumplido perdon de ellos. Amen.

MEDITACION XXIX.

DE LOS FALSOS TESTIMÓNIOS QUE DIJERON CONTRA CRISTO NUESTRO SEÑOR EN CASA DE CAIFÁS, Y DE LO QUE RESPONDIÓ A SU PREGUNTA.

PUNTO PRIMERO. — *Los sumos sacerdotes, con todo su concilio, buscaban algun falso testimonio contra Cristo para condenarle á muerte; pero no le hallaron, aunque vinieron muchos testigos falsos para ello. Y entre otros unos dijeron*[1]: *Este hombre ha dicho, puedo destruir el templo de Dios, y en tres dias reedificarle; pero ninguno de estos testimonios era bastante, ni Jesus les respondió palabra.*

1. Sobre este punto tengo de considerar, lo primero, la forma de este juicio que intentó Caifás contra Cristo nuestro Señor, ponderando quién son los jueces, sus dañados corazones, y la soberbia y ambicion con que están sentados. Además, quién son los acusadores y testigos, su muchedumbre y perversas entrañas. Además, quién el preso y acusado, su divinidad y soberanía, junta con la modestia y humildad; admirándome de que el Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, esté como reo en pié, y atadas las manos, oyendo contra sí tantas calumnias delante de tan malditos jueces, los cuales eran

[1] Matt. 26. 59. Marc. 14. 59.

sus crueles perseguidores; y haciendo forma de juicio iban contra todas las leyes de justicia, convocando testigos falsos para condenar al inocente. O Cordero inocentísimo, quién te ha puesto en medio de lobos tan crueles? O Juez justísimo, quién te ha sujetado á jueces tan injustos? Las injusticias que yo hice, son causa de las calumnias que padeces por librarme de ellas. Líbrame, Señor [1], de las calumnias de los hombres, para que guarde con quietud tus santos mandamientos.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la grande inocencia y pureza que resplandeció en Cristo nuestro Señor, pues andando sus enemigos á buscar con tantas ánsias algo de que acusarle, por fas, ó por nefas, no hallaron fundamento aparente para testificar contra él cosa digna de castigo. Por donde se vé con cuanta verdad dijo [2]: *Vino á mí el príncipe del mundo, y no halló en mí cosa alguna.* Porque Satanás, por medio de sus ministros, vino á prenderle, y prendido condenarle á muerte con título de justicia, y no halló en él cosa suya; esto es, cosa que fuese pecado, ni cosa digna de tal castigo. O inocentísimo y purísimo Salvador! Por la inocencia y pureza de tu virtud santísima te suplico me concedas una vida tan inocente y pura, que cuando venga el Príncipe de este mundo en la hora de mi muerte, no halle en mí cosa suya, de que me pueda acusar para condenarme. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar el maravilloso silencio de Cristo nuestro Señor en todas estas calumnias, sin querer volver por sí, ni excusarse, ni tachar los testigos, ni cogerlos á palabras, descubriendo su falsedad; lo cual le fuera muy fácil, por su gran sabiduría; pero quiso callar, confiado de su inocencia, y de la fuerza que tiene la verdad, cumpliendo lo que dijo por boca del santo rey David [3]: Los que buscaban males contra mí, hablaron vanidades, y tramaron engaños: Pero

[1] Psal. 118. 134. [2] Joan. 14. 30. [3] Psal. 37. 13.

yo, como sordo, no los oia, y como mudo no abrí mi boca. Fuí como hombre, que ni oia, ni sabia que responder á sus calumnias. Todo esto hacia nuestro Redentor, para darnos ejemplo de silencio, sufrimiento en tales casos, remitiendo nuestra defensa á Dios, y á la verdad conocida. Y tambien es un modo secreto, y muy glorioso de triunfar de nuestros enemigos, los cuales desean que respondamos para tener algo de que asir con nuestra impaciencia ó indiscrecion, ó calumniando nuestra escusa; y así Caifás, enfadado de ver tanto silencio en Cristo nuestro Señor, se levantó en pié y le dijo: *No respondes algo á tantas cosas como testifican contra tí? Pero Jesus callaba, y no respondió nada.* O Verbo divino, palabra eterna del Padre, porqué no hablais alguna palabra en defensa vuestra? Mirad no digan, que quien calla consiente, y os tengan por culpado, por no haberos defendido. Pero vuestra misericordia quiere con su silencio satisfacer por mis parlerías y enfrenar mi lengua, para que no excuse mis culpas. Enfrenadla, Señor, con vuestra gracia, para que sufra callando, como Vos sufrísteis, y triunfe de mis enemigos, como Vos triunfásteis de los vuestros.

Punto segundo.—*Viendo Caifás que Cristo callaba tanto, díjole: Conjúrote por Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios bendito? Respondióle Jesus: tú lo dices, que yo soy: y digoos de verdad, que de aquí á poco veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo.*

1. Aquí se ha de ponderar la reverencia grande que Cristo nuestro Señor tenia al santo nombre de Dios; pues habiendo callado con tanto teson, en oyendo conjurar por el nombre de Dios, luego respondió y obedeció al pontífice, aunque sabia que le conjuraba con mala intencion, para sacarle alguna palabra de que acusarle: y aunque sabia que su respuesta le habia de costar muy caro, pues le habian de condenar por ella, dándo-

nos ejemplo de reverenciar su santo nombre, y por él obedecer á los prelados de su Iglesia, aunque sean malos, sin resistirlos, ni porfiar en nuestro silencio con dureza, cuando nos mandan hablar, ó hacer algo contra lo que habíamos determinado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la respuesta que dió, confesando sencillamente la verdad de que era Cristo, y juntamente desengañándoles del error que tenian contra esto, por verle tan oprimido, y para de camino ponerles algun temor que les enfrenase y apartase de sus dañados intentos; como quien dice [1]: Yo soy Cristo, y aunque me desconoceis, por verme tan humillado, dia vendrá en que veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios, y venir en las nubes del cielo á juzgar al mundo, como está profetizado de Cristo; por tanto, mirad bien lo que haceis. O Hijo de Dios vivo, é Hijo del hombre, Dios y hombre verdadero, humillado y ensalzado, que estás en pié como reo para ser juzgado de Caifás, y estarás sentado como juez en las nubes del cielo para ser juez de todo el mundo! Mi alma se abrasa con el fuego de tu amor, cuando te miro humillado para redimirme; y tiembla con gran temor, cuando te considero entronizado para juzgarme. Séame, Señor, tu amor espuela para servirte, y tu temor freno para no ofenderte.

3. Tambien se ha de ponderar aquella palabra: *De aquí á poco tiempo veréis al Hijo del hombre, etc.* Porque en los ojos de Dios [2] mil años son como un dia; y aunque nos parece que la venida de Cristo á juzgar se dilata, será muy presto. Con lo cual pretendió enseñarnos, que cuando nos viéremos humillados y atribulados, nos consolemos con pensar que de allí á poco vendrá la exaltacion; y al contrario, cuando nos viéremos engreidos y soberbios, nos humillemos, entendiendo que vendrá presto el dia del juicio, en que serémos humi-

[1] Ex Psal. 109. 1. et Daniel. 7. 13. [2] Psal. 89. 4.

llados, y en ambos casos nos ayudará considerar lo que sentirán Caifás y los demás que estaban en este concilio congregados contra Cristo, cuando le vean sentado en tanta gloria, como juez para condenarlos. O cómo se han de trocar las suertes, llorando con amargura irremediable los que aquí se atrevieron á ofenderle! Por tanto escoge ser con Cristo humillado en esta vida, para que seas por él glorificado en la otra.

PUNTO TERCERO. —*Oida esta respuesta por el pontífice, rasgó sus vestiduras diciendo: Ha blasfemado, para qué deseamos más testigos? No habeis oido la blasfemia? Qué os parece? Y luego todos le condenaron y dijeron: Digno es de muerte.*

1. Sobre este punto se ha de considerar, lo primero, la hipocresía endemoniada de este mal pontífice, para indignar á todos contra Cristo nuestro Señor: por una parte rasga sus vestiduras en señal de tristeza, como quien habia oido una grande blasfemia contra Dios, y por otra parte se goza de haber hallado ocasion para condenarle; y así como quien habia alcanzado victoria, dice: Para qué buscamos testigos? Y atropellando el órden del juicio, él se hace acusador, y á los circunstantes hace jueces, pidiéndoles que ellos le juzguen, y digan su parecer, provocándoles á que le condenen como á blasfemo; y así lo hicieron, diciendo: Digno es de muerte. Para que yo vea cuan errados son los juicios de los hombres, especialmente cuando están apasionados, pues llegan á condenar por digno de muerte al que es autor de la vida, y á juzgar por blasfemo contra Dios, al que es el mismo Dios.

2. Con esto tengo tambien de ponderar, la humillacion de Cristo nuestro Señor en este caso, compadeciéndome de verle calumniado y oprimido, por haber respondido la verdad, y admirándome que el Hijo de Dios llegue á tal extremo de desprecio, que sea juzgado por blasfemo, y sus palabras, que son de vida eterna, sean

tenidas por blasfemias, dignas de muerte eterna, sacando de este ejemplo motivos tambien para consolarme cuando me viere despreciado y condenado sin culpa. O dulce Jesus! Con cuánta mas razon pudieras rasgar tu vestidura, cuando oiste las palabras de Caifás tan llenas de blasfemias contra Dios, como las suyas estaban llenas de verdad y gloria del mismo Dios? O si mi corazon se rasgase de dolor y pena, oyendo las blasfemias que aquí dicen contra tí! No eres tú, Señor, el blasfemo, sino el blasfemado, y por las blasfemias que los hombres dicen contra Dios, permites ser tú blasfemado de ellos, pagando sus culpas con tus penas.

3. Últimamente, ponderaré el ánimo con que Cristo nuestro Señor oyó aquella sentencia: *Reus est mortis.* Reo es, y culpado digno de muerte. Y cuando vió que todos en conformidad la pronunciaban, por una parte se entristeceria viendo su injusticia, y que personas á quien tanto bien habia hecho, le condenaban tan presto á muerte; y por otra parte interiormente la aceptaria y se ofreceria á morir por darles á ellos vida. O caridad inmensa de Jesus, que así te dueles de nuestras culpas, por el daño que nos hacen, y juntamente te ofreces á morir por librarnos de ellas? Alábente, Señor, todos los ángeles, y á una voz contradigan á este perverso concilio, diciéndole: Digno es de vida, digno es de vida. Vosotros sois los merecedores de la muerte, y Cristo solo es digno de sempiterna vida.

MEDITACIÓN XXX.

DE LAS INJURIAS Y DOLORES QUE PADECIÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR EN PRESENCIA DE CAIFÁS Y DE SU CONCILIO, Y EN LO RESTANTE DE LA NOCHE.

PUNTO PRIMERO. — Oida esta sentencia [1], los que tenian asido á Cristo nuestro Señor, porque no solo esta-

[1] Matt. 26. 65.

ba atado, sino otros muchos le tenian asido porque no se les fuese, tomaron atrevimiento y ocasion para injuriarle y atormentarle, instigándoles Satanás á ello, mezclando con las cosas ignominiosas, otras dolorosas, para que la pena fuese mayor. Estas penas se reducen á cinco ó seis géneros.

1. La primera injuria, fué escupirle en el rostro, que era un tormento ignominioso y asqueroso, usado entre los judíos, y tenido por grande injuria; y como los soldados y ministros eran muchos, y todos á porfía le arrojaban salivas, quedó el rostro de Cristo afeado y oscurecido grandemente. Pondera, pues, ó alma mia, quién es el escupido, y quién son los que le escupen, qué rostro es el afeado con salivas, y qué bocas son las que le afean con ellas, y hallarás que el escupido es el Dios de la majestad, el Criador de cielos y tierra [1], el que con su saliva dá vista á los ciegos, lengua á los mudos, y oido á los sordos; es escupido el rostro que enamora á los serafines, á quien no se hartan de ver los ángeles, en quien está la salvacion de todos los hombres, por quien suspiraban los profetas, diciendo [2]: Muéstranos tu rostro, y serémos salvos. Este es escupido de viles hombrecillos, de abominabilísimos pecadores, de gente dignísima de que todos escupiesen en ella como en el lugar mas vil y desechado del mundo. Pues cómo no te compadeces de ver escupido á tal Señor por tales esclavos? A tan excelente Criador, por tan viles criaturas? O rostro venerable de Jesus, mas resplandeciente que el sol, mas hermoso que la luna, y mas gracioso que las estrellas del cielo! Cómo te han oscurecido y afeado las salivas de los pecadores de la tierra? Sus pecados son la causa de esto, y por lavarles de ellos quieres tú ser afeado. Antiguamente era escupido el que no queria resucitar la familia de su hermano [3], que habia muerto sin hijos; pero tú, Señor, eres escupido

[1] Marc. 7 33. [2] Psal. 79. 4. [3] Deut. 25. 9.

por resucitar la familia de Adan, que mató á sí, y á todos sus hijos. Gracias te doy por esta inestimable caridad, y por ella te suplico resucites mi alma, la laves y adornes con la hermosura de tu gracia. Amen.

2. Luego ponderaré la modestia, gravedad y serenidad que tenia Cristo nuestro Señor, sufriendo con extraña mansedumbre y silencio, aquella lluvia de salivas sin apartar su rostro, como dice Isaías [1], de los que le escupian, sin hacer gesto ni meneo de hombre injuriado ni enojado, y sin decir palabra alguna contra sus injuriadores. O Dios eterno, si á Maria hermana de Aaron, porque injurió á Moises, escupisteis en el rostro y se llenó de lepra, porqué no escupis á estos que os escupen, para que se llenen de lepra como su maldad merece? Mas Vos, Dios mio [2], no venísteis al mundo á hacer leprosos, sino á sanarlos, tomando sobre Vos la pena de su lepra, y la figura de leproso. No venísteis á escupir para matar [3], sino para sanar y dar vida con vuestra saliva al pecador que carece de ella: tocadme con vuestra saliva, para que sea sabio en conoceros, sano y fuerte para amaros y serviros.

3. Lo tercero, espiritualizando esto, ponderaré, como cada vez que ofendo á Dios con culpa grave, es espiritualmente escupir á Cristo en el rostro, y afearle con la saliva de mi culpa, salida de mi lengua emponzoñada, y de mi corazon y pecho venenoso. Y tambien ponderaré, cuánta lluvia de estas salivas descargaron y descargan sobre Cristo nuestro Señor, y cuánto mas siente estas que esotras, por ser mas abominables y hediondas delante de Dios. Y finalmente ponderaré, como despreciar y escupir al prójimo, es escupir á Cristo que toma esta injuria por suya. De todo lo cual tengo de sacar afectos de dolor y compasion, y propósitos de huir el pecado con que Dios es escupido.

PUNTO SEGUNDO. — 1. La segunda injuria fué, vendarle

[1] Isai. 50. 6. [2] Num. 12. 10. [3] Isai. 53. 4.

sus divinos ojos, para mas á su salvo herirle y escarnecerle, pensando que no los veia, porque la serenidad y gravedad del rostro de Cristo los encogia para no burlar de él á su gusto. Al contrario de lo que sucedió á Moisés [1], el cual cubrió con un velo su cara para hablar con el pueblo, porque el resplandor que salia de ella, ofuscaba la vista de los que la miraban; mas nuestro dulce Jesus, resplandor de la gloria del eterno Padre, consiente que la suya sea cubierta con otro velo por los discípulos de Moisés, no para que le oigan con mas atencion, sino para que le desprecien con mayor libertad, mostrando en esto que tiene no menos gana de ser despreciado, que ellos de despreciarle. Y es de creer que el velo ó venda con que le cubrieron y vendaron, seria vil y despreciado, para que el escarnio fuese mayor.

2. Tambien tengo de ponderar, cuán propio es de los grandes pecadores desear que Dios no les vea, ó imaginar que no los vé, para pecar mas libremente, diciendo lo que está escrito en Job [2]: Las nubes son su escondrijo, y no considera nuestras cosas. Al modo que estos miserables vendaron los ojos corporales de Cristo nuestro Señor, para que no les viese; mas no por eso dejaba de verlos con los ojos de su alma y de su divinidad; y así mas fué cegarse y quitarse la vista á sí mismos, que quitarla á Cristo. Y de esta manera he de pensar, que cuando peco olvidado de que Dios me mira [3], este olvido es como un velo con que pienso estar cubiertos los ojos de Dios, pero no lo están sino los mios; porque los de Dios, como dice el Sabio [4], contempla en todo lugar al bueno y al malo, y al bien ó mal que hace cada uno. O Dios eterno, no permitas que yo cubra tus ojos y tu rostro, sino es como los serafines le cubrian con sus alas, venerando tu divinidad y confesando que no tenian ojos para comprenderla [5]; pero tú, Señor, los tienes muy claros para verme y comprender-

[1] Exod. 34. 35. [2] Job. 22. 14. [3] Job. 22. 13. [4] Prov. 15. 3. [5] Isai. 6. 2.

me, y esto basta para que yo crea que miras mis culpas y me mueva á llorarlas con propósito de nunca mas volver á ellas.

Punto tercero.—1. La tercera injuria y tormento, fué herirle con las manos cruelmente, y esto fué en dos maneras. Unos le herian con los puños dándole puñadas y golpes en la cabeza y en el rostro, brazos, pechos y espaldas, con grande rabia y porfía. Y es de creer, que su celestial rostro quedaria hinchado y acardenalado, y el cuerpo como molido por la muchedumbre de los golpes á causa de ser muchos y muy crueles los que le golpeaban, y estar muy encendidos en ira, paliada con celo de que vengaban la blasfemia dicha contra Dios.

2. Otros le herian con las palmas de las manos, dándole de bofetadas, lo cual entre los hombres es mas ignominioso, que ser herido con el puño[1]. Aquí cumplió nuestro Señor á la letra el consejo que habia dado: Si alguno te hiere en un carrillo, ofrece el otro, porque las bofetadas no fueron una como en casa de Anás, sino muchas, y á porfía por muchos ministros del demonio, pareciéndoles que ganaban perdones en herirle, y todas las recibia este mansísimo Salvador sin decir: *Cur me cædis?* Porqué me hieres? Antes decia con la obra, mas que con la palabra: Si quereis herirme, heridme, que aparejado estoy para ser herido y abofeteado, y mi deseo es verme harto y lleno de tales desprecios, cumpliéndose aquí lo que dijo Jeremías[2]: Dará su rostro al que le hiere y será lleno de oprobios.

3. Tambien se ha de ponderar el misterio de estos dos modos de heridas que recibió Cristo nuestro Señor con las manos de los pecadores, porque unos le hieren con la mano cerrada y apretada, y estos son los avarientos y codiciosos, que se ocupan en allegar bienes para sí, y los aprietan sin extender las manos á repar-

[1] Matt. 26. 67. [2] Thren. 3. 30.

tirlos con pobres: otros le hieren con las palmas y manos extendidas y abiertas, y estos son los soberbios y jactanciosos del mundo, y los regalados y blandos en su carne; los pródigos y manirotos en dar y gastar para su vanidad y sensualidad. Las culpas de estos traen mayor ignominia, porque afrentan á Cristo, despreciándole para bonrarse á sí. Y en castigo de estas dos suertes de culpas, quiere Cristo nuestro Señor pasar por estas dos diferencias de penas; y así tengo de pensar, que yo soy el que hiero á Cristo con mis puños cerrados, cuando peco por codicia de bienes terrenos, y yo le hiero con las palmas extendidas, cuando peco por vanidad y sensualidad, por dilatar mi fama, y buscar la blandura de mi carne. O liberalísimo Dador de todos los bienes, que con tanta liberalidad das tu rostro al que te hiere, con deseo de darle tu corazon, por el grande amor que le tienes. Abre, Señor, tu mano benditísima, y toca á los que te hieren con la suya, para que cesen de herirte, y con ella hieran sus pechos como el Publicano, confesando sus culpas, para que alcancen perdon de ellas. Amen.

Punto cuarto.—1. La cuarta pena y tormento, fué mesarle las barbas y arrancarle los cabellos con crueldad excesiva; porque aunque los Evangelistas no cuentan eso, pero díjolo el mismo Señor por Isaías, y es cierto que se cumplió [1]. *Yo*, dice, *dí mi cuerpo á los que le herian, y mis barbas á los que las arrancaban: no aparté mi rostro de los que me escarnecian y escupian.* O sumo Sacerdote, mucho mas noble que Aaraon [2], cuya uncion destilaba de la cabeza hasta la barba, para significar su dignidad y fortaleza varonil! Cómo consientes que la tuya sea mesada y arrancada con tanta ignominia y crueldad! O sagrado Nazareno, cuyos cabellos no habian de ser cortados durante su consagracion [3]! Porqué dejas repelar y arrancar los tuyos, pues siempre

[1] Isai. 60. 6. [2] Psal. 132. 2. [3] Num. 6. 5.

eres Nazareno y Santo, y la misma santidad? Ya veo, Señor, que por mis cobardías afeminadas son mesadas tus barbas, y por mis demasías y excesos son arrancados tus cabellos: y pues el amor que me tienes, mas casto que el de Sanson á Dálida [1], dió licencia para esto, suplícote perdones las culpas que fueron causa de estas penas, y me des un ánimo varonil para servirte, y muy mortificado para nunca mas ofenderte.

2. La última injuria, fué de palabras afrentosas que le decian cuando le daban bofetadas y puñadas, diciéndole: *Profetizanos Cristo, quién es el que te hirió?* Que era decir: Pues dices de tí que eres Cristo y profeta, adivina quién te dió esta bofetada; en lo cual daban á entender, que le tenian por Cristo fingido y profeta falso. Y añade san Lucas: *Et alia multa blasfemantes dicebant in eum.* Que decian contra él otras muchas blasfemias, las cuales deja á nuestra consideracion. Mas para creer que fueron muchas y muy graves, basta saber que los blasfemadores eran muchos, y muy atrevidos y descomedidos [2], llenos de ira y rencor, y que la serpiente infernal movia sus lenguas serpentinas para que vomitasen injurias y blasfemias nunca oidas, á fin de provocarle á impaciencia, y tomar de él cruel venganza. Es de creer, que renovarian todas las palabras injuriosas que otras veces le habian dicho, llamándole samaritano, endemoniado, comedor y bebedor, amigo de publicanos, quebrantador de los sábados y fiestas, revolvedor del pueblo, embaidor, nigromántico, blasfemo contra Dios, y otras innumerables. De suerte, que ellos hartaron y cumplieron el deseo que tenian de injuriarle, cumpliéndose en Cristo nuestro Señor lo que dijo de sí el santo Job [3]: Abrieron contra mí sus bocas diciéndome oprobios, hirieron mi rostro y hartáronse con mis penas. Y el mismo Cristo, como dijo Jeremías [4], quedó tambien harto y lleno de desprecios; pero siem-

[1] Judic. 16. 4. [2] Psal. 139. 4. [3] Job. 16. 11. [4] Thren. 3. 30.

pre con ganas de recibir otros mayores, como los recibió en el discurso de esta noche: porque el deseo de sus enemigos era como hambre canina, y sed de hidropesía, que aunque coma y beba hasta hartase, luego tiene hambre y sed de comer y beber hasta la muerte. Pero el deseo de Cristo nuestro Señor, era hambre y sed de caridad infinita, que nunca del todo se puede ver harta; y así por mucho que ellos deseaban llenarle de injurias, estaba aparejado para recibir otras muy mayores. O bendita sea caridad tan insaciable, y fuego de amor tan encendido [1], que nunca supo decir á sus injuriadores, basta, basta, sino antes, daca, daca.

3. Finalmente, cerca de estas cinco maneras de injurias se ha de ponderar, como los Evangelistas no se desdeñaron de contar tan por menudo las afrentas é injurias de nuestro Salvador, porque sabian que era grande gloria de Dios, de Cristo y nuestra, haber querido padecer tales cosas por nosotros; y por consiguiente, que no hemos de desdeñarnos de padecer otras semejantes; sino gloriarnos de ellas, y amar de todo corazon al que tales muestras de amor nos dió, y nunca cesar de alabarle, juntando con la continua accion de gracias, continuos servicios por ellas, de las cuales puedo hacer una como letanía, en esta ó en otra forma. Gracias te doy dulcísimo Jesus, por haber sufrido con invencible paciencia y humildad, que fuese tu rostro escupido, tus ojos vendados, tus carrillos obofeteados, tus barbas mesadas, tus cabellos arrancados, tu cuerpo golgeado y tus oidos con innumerables blasfemias ofendidos. Suplícote, Señor, por estas tus sacratísimas penas me perdones las culpas que fueron causa de ellas, y me hagas tan dichoso, que padezca con paciencia y caridad por tí las penas que tú padeciste por mí.

Punto quinto.—1. Luego se ha de considerar lo que Cristo nuestro Señor padeceria en lo restante de aquella

[1] Prov. 30-15.

noche, lo cual es mas de lo que nuestro entendimiento puede alcanzar; porque habiéndose ido los pontífices y sacerdotes á reposar, Cristo nuestro Señor quedó fuertemente atado en aquella sala con muchos soldados de guarda, acudiendo tambien los criados y chusma de casa; los cuales se entretuvieron todo aquel tiempo burlando de él en las cinco cosas que se han dicho, y con otras muchas que Satanás les instigaba para vengarse de Cristo y derribar su constancia; y yéndose unos á dormir, venian otros de refresco, que proseguian sus injurias sin dejarle dormir ni descansar en toda la noche, estando como blanco y terrero de todos, cumpliéndose lo que habia dicho Simeon que estaria puesto como señal de contradiccion [1]. Y lo que dijo David [2]: Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo.

2. Pero qué hacia entonces este soberano Redentor, no hombre, sino mas que hombre y gloria de todos los hombres? Mostraba un rostro como de diamante, y un cuerpo como de acero, sin cansarse de sufrir, ni dar señal de enfado ó enojo; y en lo interior ofrecia todos aquellos trabajos á su Padre por los pecadores, y estaba continuamente orando por ellos con grandísimo fervor, de modo, que podíamos decir de él [3]: *Erat pernoctans in oratione Dei*. Estaba trasnochando y pasando toda la noche en oracion de Dios; esto es, en oracion altísima, digna de Dios, sin que la muchedumbre de las injurias que oia, ni la terribilidad de los dolores que padecia le divertiesen ó entibiasen en ella. Allí tenia presentes á sus discípulos, que andaban descarriados, como ovejas sin pastor, y oraba por ellos ardientemente, porque no se los tragase el lobo infernal; y tambien puedo creer, que me tenia presente en su memoria, y ofrecia por mí su oracion. O Salvador mio, quién se hallara en vuestra compañía para consolaros en el des-

[1] Lucæ 2. 34. [2] Psal. 21. 7. [3] Lucæ 2. 12.

consuelo de tan larga noche! Con el espíritu me pongo en vuestra presencia, deseando trasnochar en la oracion de Dios, juntando la mia con la vuestra, para que sea bien recibida y despachada.

PUNTO SEXTO.—1. Ultimamente, se ha de considerar, como algunos de los discípulos, y quizá fué san Juan, llevó la nueva de la prision de Cristo nuestro Señor á la Vírgen sacratísima, que estaba en compañía de la Magdalena y de otras santas mujeres, donde habian comido su cordero pascual; y en oyendo la triste nueva, fué su alma traspasada con el cuchillo de dolor y tristeza tan crecida, que bien pudo decir con verdad las palabras de su Hijo: *Triste está mi alma hasta la muerte.* Esto es, está llena de tristeza mortal, con ánsias y congojas como de muerte; porque como era encendidísimo el amor que le tenia, y muy viva la fe y aprension de las injurias y dolores que habia de padecer, cuando le consideró ya metido dentro de ellas, fué su alma llena de amargura, y penetrada de un mar de compasion, de suerte, que podíamos decir de ella lo que dijo Jeremías[1]: Grande es como el mar tu dolor y contricion, quién podrá darte remedio en ella?

2. Pero como esta Vírgen estaba llena de Dios, hizo luego lo que su Hijo, acudiendo al remedio de la oracion, y puesta de rodillas delante del eterno Padre, pegando su rostro con la tierra diria: Padre soberano, si es posible, pase este cáliz de mi Hijo sin que le beba, ó templa en algo su terrible amargura; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú. Padre eterno, todas las cosas te son posibles, traspasa este cáliz de mi Hijo en mí, yo le beberé, porque él no le beba: pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y en esta oracion velaria grande rato, haciendo actos de confianza y resignacion, conformando su querer con el divino: y es de creer, que con la congoja oraba mas prólijamente, has-

[1] Thren. 2. 13.

ta que el Padre eterno, por algun ángel, ó por sí mismo interiormente la confortó.

3. Luego se levantaria de su oracion, y á imitacion de su Hijo, como buena Madre procuraria confortar á las que estaban en su compañía, para que no desfallecieseu en la fe, y lo restante de la noche gastarian en revolver por su memoria las aflicciones que su Hijo estaba padeciendo, como las habia leido en los profetas[1], haciendo sus ojos fuentes de lágrimas con estas consideraciones. O Vírgen sacratísima, que como otra Sion llorando, llorais toda la noche, derramando lágrimas por vuestras mejillas, sin que alguno de vuestros conocidos os consuele en esta afliccion[2]; razon teneis de llorar porque el espíritu de nuestra vida Cristo, ha sido preso por nuestros pecados. O pecados nuestros, que tanto dolor causais á Cristo y á su Madre! Llorad ojos mios, toda la noche; llorad llorando con gran dolor, derramando copiosas lágrimas por vuestras mejillas; pues ningun otro consuelo les podeis dar, que llorar las culpas que son causa de sus llantos.

MEDITACION XXXI.

DE LA PRESENTACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTE PILATOS Y DE LA MUERTE DE JUDAS.

4. PUNTO PRIMERO.—*Luego en siendo de dia, se tornaron á juntar en casa de Caifás los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y ancianos, y llamando á su concilio á Cristo nuestro Señor, le preguntaron segunda vez*[3]*: Si tú eres Cristo, dínoslo? Respondió el Señor: Si os dijere quién soy, no me creeréis: y si os preguntare algo, es á saber, de las Escrituras, para que vengais en conocimiento de esto, no me responderéis, ni me soltaréis; pero de verdad os digo, que el Hijo del hombre, que está aqui, despues estará sentado á la diestra de Dios. Replicaron*

[1] Tren. 1. 2. [2] Thren. 1. 20. [3] Lucæ 22. 66. 71.

ellos: Luego tú eres Hijo de Dios? Respondióles Jesus: Vosotros lo decis, que yo soy. Contentos con esta respuesta, dijeron: No hay necesidad de testigos, pues de su boca hemos oido lo que queremos.

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, cuán deseada tenian la mañana, así Cristo nuestro Señor, como sus enemigos, pero con fines contrarios. Cristo, porque en aquel dia pensaba concluir la redencion del mundo, y habia treinta y tres años que estaba esperando este dia, que tenia por suyo, en cuanto todo era para bien nuestro. Sus enemigos deseaban que amaneciese para concluir su dañada pretension de matarle cruelmente; y así madrugaron mucho para juntarse otra vez de nuevo en su concilio. De donde tengo de sacar afectos de agradecimiento á Cristo nuestro Señor por las ganas que tuvo de ver este dia; y afectos de confusion y vergüenza, viendo cuán diligentes son los malos para el mal, y cuan madrugadores para cumplir su propia voluntad, y yo cuán perezoso y descuidado en cumplir la divina.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la malicia y astucia de estos escribas en la pregunta que hicieron á Cristo nuestro Señor, para cogerle de cualquier modo que respondiese: porque si negaba que era Cristo, dijeran que era contrario á sí mismo y que él se condenaba en haberse tenido por Cristo; y si confesaba que lo era, ratificándose en lo dicho, alcanzarian lo que deseaban para condenarle.

3. Pero mucho mas se ha de ponderar en la respuesta de Cristo nuestro Señor su admirable prudencia, su modestia y mansedumbre, junta con grande libertad de espíritu, añadiendo segunda vez aquella palabra, que estaria sentado á la diestra de Dios, para ponerles miedo, y para que nosotros entendamos, que sus humillaciones habian de parar en exaltacion; y lo mismo será de las nuestras, si le siguiéremos.

4. Y finalmente, con otro ánimo diferente del que tenian estos traidores, mirando á Cristo nuestro Señor tan desfigurado, con los muchos trabajos de aquella penosa noche, le preguntaré si es Cristo. Por ventura, Jesus mio, sois Vos el Cristo, el Mesías? el Hijo de Dios vivo? el resplandor de la gloria del eterno Padre? el que es figura de su sustancia, é imágen invisible de Dios? Pues si lo sois, como de verdad lo sois, cómo está vuestro rostro tan desfigurado? cómo tan afeado con salivas? cómo tan acardenalado con bofetadas? Quién os ha tratado de esta manera sin tener respeto á vuestra venerable persona? Mis pecados son la causa de esto, y vuestra caridad ha tomado estas insignias, por las cuales dá testimonio de que es Cristo Hijo de Dios vivo, que vino al mundo para redimirle porque otro que Cristo no pudiera sufrir tantos tormentos con tanto amor, por los pecados que no hizo; y pues Vos lo sufrís, Vos sois mi Cristo, mi Dios y mi Salvador, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

Punto segundo. — *Oida esta respuesta, levantóse toda aquella muchedumbre de gente; y atando de nuevo á Jesus le llevaron á Poncio Pilatos, presidente.*

1. En esta tercera estacion, que anduvo Cristo nuestro Señor, se ha de considerar lo primero, como el estado eclesiástico de los judíos, enemigo declarado de Jesucristo, por su sentencia le relajó al brazo seglar de Pilatos, presidente por los romanos, para que le ajusticiase mas cruelmente, pareciéndoles que era muy pequeña la pena que ellos podian darle, porque deseaban muriese con muerte muy cruel, ordenándolo así la divina Providencia, para que judíos y gentiles concurriesen á la muerte del que moria por la salvacion de todos. O dulce Jesus, si los de vuestra nacion, á quien tanto bien habeis hecho, así os condenan, qué se puede esperar de los extraños, que no os conocen? Pero Vos, Señor, estais aparejado para ser perseguido de

todos, para dar salud á todos, porque vuestra muerte es nuestra vida, y vuestra condenacion en el concilio de los malos, será nuestra salvacion en la presencia de Dios, por todos los siglos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la crueldad con que llevaron á Cristo nuestro Señor por las calles de Jerusalen con grandes voces y alaridos, concurriendo á esto mucha gente, por ser innumerable la que habia en la ciudad á causa de la fiesta del cordero. Iba nuestro buen Jesus, maniatado con paso muy apresurado; pero con un rostro modesto, grave y manso, dejándose llevar de aquellos tigres, sin resistencia alguna, sufriendo los desprecios y baldones que le decian, con mucha mayor afrenta que la noche pasada, porque con el dia claro todos le podian ver y conocer: y como sabian que este se hacia por órden de sus sacerdotes, y que ellos iban allí cerca, ninguno se atrevia á contradecir, antes clamaban contra el preso. Gracias te doy, ó buen Jesus, por todos los pasos que diste desde casa de Caifás, hasta la de Poncio Pilatos: y por las afrentas que en este camino padeciste, por ellas te suplico perdones los malos pasos que he dado para ofenderte, y los endereces de aquí adelante para que todos sean para servirte.

Punto tercero.—*Viendo Judas que Cristo estaba condenado á muerte en el concilio de los sacerdotes, y que le llevaban á Pilatos para que lo aprobase y ejecutase, pesóle de lo que habia hecho, y fuese al templo donde estaban algunos sacerdotes y ancianos, ocupados en sus ministerios, y díjoles: Pequé entregando la sangre del justo. Ellos respondieron: Qué se nos dá á nosotros de ello? mirároslo primero. Y él arrojando los dineros en el templo, fuese, y ahorcóse.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, como el demonio ciega los ojos del pecador al tiempo que peca, porque no vea la maldad de la culpa, y huya de ella, y despues los abre encareciéndosela mucho, y afeándosela

tanto, que de corrido venga á desesperar, como sucedió á Cain, el cual dijo á Dios con desesperacion [1]: Mi maldad es tan grande, que no merezco perdon ni misericordia. Pero yo, Dios mio, confieso que mi maldad es grande; mas juntamente confieso [2], que es muy mayor vuestra misericordia, y por ella confio alcanzar el perdon que no merezco, porque no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

2. Lo segundo, ponderaré como Judas comenzó á hacer penitencia, y á ejercitar las tres partes de ella, porque tuvo dolor interior, y confesó su pecado delante de los sacerdotes, y satisfizo, restituyendo el precio que habia llevado injustamente; pero todo le aprovechó poco, porque no fué buena su penitencia, ni el dolor era verdadero, ni hizo la confesion á quien debia, ni con esperanza de perdon. De donde sacaré aviso para procurar que mi penitencia no sea fingida, ni defectuosa; porque no basta decir como Judas, pequé, sino se dice, como lo dijo David, al cual diciendo, pequé, perdonó Dios su pecado [3], porque lo dijo con gran contricion y confianza de alcanzar perdon.

3. Lo tercero he de ponderar, la obstinacion de estos judíos, y la crueldad de aquellos sacerdotes, porque con ver al discípulo arrepentido, y que confesaba ser inocente su Maestro, ellos perseveran en su maldad, diciendo: Qué se nos dá á nosotros que sea inocente, y que tú hayas pecado en venderle! Miraras primero lo que hacias. Y con esta respuesta tan desabrida le dieron mayor ocasion de desesperar; por donde se vé, cuán peligroso es no hacer buena acogida á los pecadores cuando dan algun asomo de arrepentimiento. Lo cual es muy ageno del espíritu de Cristo nuestro Señor, de quien está escrito [4], que no apaga la torcida de la lámpara, que tiene algo de luz, y está echando humo; antes la atiza y aviva, para que tenga luz cumplida.

[1] Genes. 4. 13. [2] Ezech. 18. 23. [3] 2. Reg. 12. 13. [4] Isai. 42. 3.

4. Lo cuarto, se ha de ponderar el justo juicio de Dios en desamparar á este traidor, como sus pecados merecian, permitiendo que no hallase consuelo en los hombres, ni contento con su dinero; antes su dinero fuese su verdugo, y su deseo cumplido fuese su sayon y atormentador, recibiendo mayor congoja en tenerle, que recibió contento al tiempo de recibirle; y así le arrojó de sí, y no tuvo ánimo para acudir á Dios, ni á su Maestro á pedir perdon: antes atormentado de la conciencia, é instigado de Satanás, no atreviéndose á esperar la resurreccion de Cristo, de que tenia noticia, se resolvió en ahorcarse luego, como lo hizo, para que en este miserable conozcamos todos la pena de la avaricia, que es perder el dinero, la vida y la felicidad eterna, y morir á sus mismas manos, reventando por medio, y derramando sus entrañas, por no haber tenido entrañas de misericordia con Cristo.[1].

5. Finalmente, ponderaré el sentimiento que tuvo Cristo nuestro Señor de la condenacion de este discípulo, y cuán de buena gana le recibiera á penitencia, si como acudió á los sacerdotes del templo, acudiera á él con arrepentimiento. O Redentor misericordiosísimo, que á ningun pecador desechas, por muy cargado que esté de pecados: pues tanto sientes la perdicion de los que eran tuyos, no me dejes de tu mano; porque si tú me dejas, daré en los desvaríos de Judas, pues no hay mal que haga un hombre, que no le pueda hacer otro, si le sueltas de tu mano.

Punto cuarto. — *Los príncipes de los sacerdotes tomando consejo sobre lo que harian de aquel dinero, no lo quisieron echar en el arca del templo, porque era precio de sangre, sino compraron con ello un campo de un ollero, para sepultura de peregrinos*[2].

1. Donde se ha de ponderar, por una parte la hipocresía de estos malos sacerdotes, y por otra parte la

[1] Actuum. 1. 18. [2] Matth. 27. 6.

bondad de Dios, que con secreto instinto les movió á esta traza, para significar que la sangre de Cristo habia de ser de poco provecho para los sacerdotes del templo y sus secuaces; pero habia de ser precio con que se comprase el descanso eterno de los que viven en esta vida como peregrinos.

2. Y tambien se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor mostró el amor que tenia á los pobres, en querer que el precio de su sangre fuese remedio de pobres para darles sepultura, aficionándonos con esto á las obras de misericordia, aunque sea á costa de nuestra sangre. O dulce Jesus, pues tanto nos amas, que todo lo que te pertenece quieres se convierta en provecho nuestro, mira mi pobreza, y con el precio de tu sangre remediala, para que viva como peregrino en esta vida, de modo que camine con diligencia al descanso de la eterna. Amen.

MEDITACION XXXII.

DE LA ACUSACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTE PILATOS, Y DE LAS PREGUNTAS QUE PILATOS LE HIZO.

PUNTO PRIMERO.—*Presentado Cristo ante Pilatos en su pretorio, salió el presidente á los judíos, y preguntóles*[1]: *Qué acusacion traeis contra este hombre? Ellos respondieron: Si no fuera malhechor, no le entregáramos á tí.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, la mala acogida, y el mal tratamiento que haria Pilatos á Cristo nuestro Señor cuando le vió traer tan atado, y con tanto estruendo, y en dia tan solemne, concibiendo que seria algun gran malhechor, pues en tal dia, y por gente tan grave venia preso, compadeciéndome de ver á mi Señor tan despreciado, y acordándome de la diferente manera con que él recibió á la mujer adúltera que le trajeron los judíos para que la juzgase[2]. O Juez misericor-

[1] Matth. 27. 6. Joan. 18. 29. [2] Joan. 8. 3.

diosísimo, que con tanta mansedumbre recibes á los presos, no solo cuando son inocentes, sino tambien á los culpados, librándolos de sus crueles acusadores, cómo siendo tú la misma inocencia, quieres ser recibido de este soberbio juez con tal ignominia [1]? Pues confundes á los acusadores del que es culpado, y los haces ir uno trás otro con solo escribir en la tierra con tu dedo sus pecados, porqué no los escribes tambien ahora para que confundidos te dejen, y cesen de acusarte? Mas tu misericordia es tan grande, que compadeciéndose de los pecadores, no quiere compadecerse de sí, para padecer por ellos. Líbrame, Señor, de mis acusadores cuando fuere presentado en el tribunal de tu juicio, y recíbeme con piedad, para que librado por tí, goce para siempre de tí. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré la grande soberbia y presuncion de estos acusadores de Cristo, la cual mostraron en decir: *Si este no fuera malhechor, no le trajéramos á tu tribunal.* Como quien dice: Basta que nosotros siendo sacerdotes y letrados de la ley, le traigamos preso, para que estés cierto que es malhechor. O soberbia endemoniada, que así ciegas á los malhechores! O humildad soberana, que así humillas al supremo Bienhechor! De esta humildad de Cristo nuestro Señor, que siendo bienhechor de todos, quiso ser tenido por público malhechor de los mismos á quien hizo bien, tengo de sacar grande afecto á la humildad, teniendo por dicha hacer bien á todos, y que todos me tengan por malhechor, á imitacion de mi Salvador.

Punto segundo.—*Respondióles Pilatos: Si es tan público malhechor como decís, castigadle vosotros segun vuestra ley. Ellos dijeron: A nosotros no es permitido matar á alguno, esto es, matarle con el género de muerte que éste merece, porque nosotros solamente podemos apedrearle, y esta es pequeña pena para sus delitos. Entonces le comen-*

[1] Joan. 8. 9.

zaron á acusar de tres. El primero, que alborotaba la gente con mala doctrina; El segundo, que prohibia dar los tributos débidos á César. El tercero, que decia de sí ser Cristo rey; esto es, que era el Mesías, que estaba prometido por rey de los judíos.

Aquí se ha de ponderar la maldad de estos acusadores, y las calumnias que inventaron contra Cristo nuestro Señor, con ánimos emponzoñados: porque llana cosa era que no alborotaba Cristo la gente, antes la movia á penitencia, y á todo género de virtud, tanto, que dijo á sus discípulos [1]: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos, haced todo cuanto os dijeren. Tambien era llano que no prohibia pagar los tributos á César; antes dijo [2]: Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios; y él pagó el tributo por sí y por Pedro, con no estar obligado á ello. Además, nunca dijo de sí, que era rey temporal como los que hacian los romanos; antes queriéndole hacer rey, huyó [3]. Y si decia que era Mesías, sus obras daban testimonio de ello. Pues á dónde mas pudo llegar la maldad de estos falsos acusadores, que á inventar tales calumnias? Y qué mayor crueldad pudo ser, que no hartar su rabia con la muerte que ellos pudieron darle, sino fingir delitos para condenarle á otra mas cruel, que era la muerte de cruz! O dulce Jesus, gracias te doy por el silencio con que oyes tales calumnias, pudiendo fácilmente deshacerlas! Concédeme que imite tu paciencia, y líbrame del vicio del aborrecimiento, que tales calumnias inventa contra el que es aborrecido.

Punto tercero. — *Oyendo Pilatos estas acusaciones, entróse en la sala del tribunal, para examinar á Cristo de los delitos que le oponian, y comenzó por el postrero, que tenía por mas grave, diciéndole: Eres tú rey de los judíos? Cristo nuestro Señor, como vió que esta pregunta era con sencillez, respondió á ella: Mi reino no es de es-*

[1] Matth. 23. 2. [2] Luc. 20. 25. Matt. 22. 21. [3] Joan. 6. 15. [4] Joan. 18. 33.

te mundo, porque si lo fuera, tuviera vasallos y criados que me defendieran para que no fuera entregado á los judíos; y así mi reino no es como los del mundo. Replicó Pilatos: Luego rey eres tú? Respondió Cristo; Tú lo dices, que soy rey, y así lo confieso, porque nací, y vine al mundo á dar testimonio de la verdad; y los que andan en verdad, oyen mi voz.

Cerca de este exámen, que Pilatos hizo de Cristo nuestro Señor, se han de ponderar las notables sentencias que dijo en sus respuestas.

1. La primera, que su reino no era reino terreno y mundano, como los de acá, y por esto no tenia aparato de soldados, ni de gente de guarda, ni los demás ministros, que suelen tener los reyes terrenos en sus reinos. Y no solamente quiso decir que no lo era, sino que no lo pretendia, ni jamás lo habia pretendido, como sus acusadores decian.

2. La segunda, fué, que verdaderamente era rey, pero rey celestial, y tenia reino, pero reino de otro mundo, que es el reino del cielo, y el reino espiritual de su Iglesia: y por consiguiente, tenia vasallos, y criados, pero celestiales y espirituales, que son los ángeles, los justos, y los fieles, que le creen; porque cual es el rey, son sus vasallos: y cual es el reino, tales son sus ciudadanos [1]. O Rey soberano, instituido por el Padre eterno, sobre el santo monte de Sion, muy debido era á vuestra grandeza ser tambien rey de este mundo, y tener por vasallos y esclavos á todos los reyes de la tierra. Pero vuestra infinita caridad renunció esta pompa mundana para darme ejemplo de humildad, y levantar mi corazon á la pretension del reino celestial, con desprecio del terreno. Hacedme, Rey mio, vasallo digno de vuestro reino, con ánimo para hollar todo lo que estima el mundo.

3. La tercera sentencia, fué, que habia nacido en el mundo para dar testimonio de la verdad; esto es, para

[1] Psal. 2. 6.

enseñarla y predicarla, confirmándola con milagros y obras maravillosas; en lo cual tuvo tres excelencias. La primera, que nunca testificó cosa que fuese falsedad ó mentira, sino verdad, y no cualquiera, sino verdad provechosa, para alcanzar el reino, cuyo Rey era. La segunda, que testificó esta verdad con gran valor, aunque le hubiese de costar la vida el decirla. La tercera, que cuando era de cosa gloriosa para él, la decia, no por su honra, sino por cumplir con su oficio, dando testimonio de la verdad. A imitacion de este Señor he de persuadirme, que yo tambien nací, y vine al mundo para dar testimonio de la verdad con mis obras y palabras, procurando que siempre resplandezca en ellas la divina verdad, sin mezcla de mentira ni fingimiento, aunque me cueste la vida el testificarla.

4. La cuarta sentencia, fué, que todos los que son del bando de la verdad, y la aman, oyen su voz, dando crédito á lo que dice, y obedeciendo á lo que manda: y por aquí echaré yo de ver si soy del bando de Cristo[1], que es la misma verdad, ó del bando del demonio, que es padre de la mentira. En todo esto se ha de ponderar la autoridad de Cristo nuestro Señor, y la divinidad que en él resplandecia en medio de tantos desprecios, sin dejar por ellos de hacer su oficio de maestro. Y si este miserable juez le quisiera oir, aparejado estaba para enseñarle con mayor luz esta verdad; pero el desventurado, aunque comenzó á tener deseo de ello, preguntando á Cristo: *Quid est veritas?* Qué es la verdad? No esperó respuesta, porque no mereció oirla. O Maestro del cielo, respondedme dentro de mi corazon, qué es la verdad? y dádmelo á sentir con gran firmeza. Vos, Dios mio, sois la misma verdad, y cuanto de Vos procede es la verdad. Verdad es vuestra vida, vuestra doctrina, vuestros preceptos, vuestros consejos, vuestros milagros, y vuestros sacramentos[2]. O si mi vida se confor-

[1] Joan. 8, 44. [2] D. Joan, epist, 3, 4.

mase con esta verdad, y anduviese siempre en verdad hasta veros claramente en vuestra gloria. Amen.

PUNTO CUARTO.—*Oidas estas respuestas de Cristo tan concertadas, coligió de ellas Pilatos su inocencia, y sacándole consigo fuera del pretorio á vista del pueblo, dijo: Yo no hallo en este hombre causa para condenarle. Oyendo esto los príncipes de los sacerdotes y ancianos, temiendo no le soltase Pilatos, acusábanle de nuevo en muchas cosas, pero Cristo no respondia. Díjole Pilatos: No ves en cuántas cosas te acusan y cuántos testimonios dicen contra tí, cómo no respondes algo? Con todo eso Jesus no respondia palabra, sino callaba, de modo que el presidente se admiró vehementemente.*

En este punto se ha de ponderar el maravilloso silencio de Cristo nuestro Señor, el cual con razon causó vehemente admiracion en Pilatos como cosa nueva y no vista en el mundo, porque concurrieron muchas cosas que al juicio humano le provocaban á hablar y responder por sí. Las acusaciones eran muchas y falsas, y en materias gravísimas, y de gravísima deshonra, opuestas por personas calificadas, y á fin de que por ellas fuese condenado á muerte cruel y muy infame; y el mismo juez le provocaba á que respondiese por sí, con deseo de darle por libre, porque conocia su inocencia. Cualquier cosa de estas bastaba para provocar á cualquier hombre á su defensa; pero Cristo nuestro Señor, rompiendo por todas, quiso callar y no responder palabra, descubriendo en esto su grave mansedumbre y paciencia, no solo en no vengarse de sus calumniadores; pero ni quererlos convencer de su calumnia, pudiendo hacerlo con facilidad. Además, descubrió gran fortaleza, mostrando por la obra, cuán poco temia la deshonra, los tormentos y la muerte; pues ni aun hablar queria para defenderse de ella, y esto admiró á Pilatos, y me ha de admirar á mí. O buen Jesus, con cuánta razon os pusieron por nombre el Admirable,

pues no solo sois admirable en las grandezas y milagros[1], sino en las bajezas y trabajos. Admirable es vuestra mansedumbre, admirable vuestro sufrimiento, y admirable vuestro silencio. Admirable fué por cierto vuestro callar delante de Caifás; pero mas admirable fué delante Pilatos, porque las acusaciones eran mas graves, el peligro mayor, y el juez mas propicio para oiros. Menester era tal silencio para castigar mi parlería, y para darme eficaz ejemplo de callar, sufriendo con paciencia las injurias. Poned, Señor[2], guarda á mi boca, y puerta muy justa á mis labios; no permitais que mi corazon se incline á palabras de malicia para dar vanas escusas de mis pecados: y yo tambien con vuestra gracia, propongo de guardar mi boca, cuando el pecador se levantare contra mí[3], enmudeciendo, humillándome, y callando lo bueno que pudiera decir para mi defensa, como Vos callásteis lo que pudiera servir para la vuestra.

De aquí sacaré tambien, que un silencio tan raro como este, no se puede hallar sino en gente que tiene muy mortificado el amor de la honra y de la vida, y ha llegado á no tener con demasía la deshonra y la muerte, arrojando todas sus cosas en la divina Providencia, como arriba se dijo. Esto pretendió el Espíritu santo, cuando dice[4]: Funde el oro y plata que tuvieres, y haz de ello un peso para tus palabras, y frenos justos para tu boca, porque no deslices con tu lengua; que es decir: Recoge todas las virtudes morales con la caridad, figurados por el oro, y todas las virtudes intelectuales con la prudencia, figuradas por la plata, porque todas son menester para saber bien hablar y bien callar, por cuanto todos los vicios se aunan para desconcertar la lengua; y así es menester que tambien se aunen las virtudes para concertarla: y por esto quien no ofende á Dios con la lengua[5], señal es que es perfecto varon.

[1] Isai. 9. 6. [2] Psal. 140. 3. [3] Psal. 38. 2. [4] Eccl. 28. 29. [5] Jacob. 3. 2.

MEDITACION XXXIII.

DE LA PRESENTACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTE HERODES, Y DE LOS DESPRECIOS QUE ALLÍ PADECIÓ.

PUNTO PRIMERO.—*Perseverando los sacerdotes* [1], *y la multitud en acusar á Cristo, dijeron á Pilatos, que alborotaba al pueblo, enseñando su doctrina por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta Jerusalen, de donde coligió Pilatos, que Cristo era galileo y de la jurisdiccion de Herodes, que estaba entonces en Jerusalen, y remitióle el preso, para que él conociese de la causa.*

1. Aquí se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor, de quien dice san Pedro [2], que pasó desde Galilea por toda Judea, haciendo bien á todos, y sanando los oprimidos del demonio, es ahora calumniado de que alborotaba el pueblo con mala doctrina desde Galilea por toda Judea, para que se vea cuánto quiso ser humillado el que permitió que todas sus peregrinaciones y sermones, que se ordenaban para bien de aquella gente, fuesen calumniadas, diciendo que eran para su destruccion.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el trabajo y la ignominia que Cristo nuestro Señor padeció en esta cuarta estacion, desde casa de Pilatos al palacio del rey Herodes, por medio de las calles y plazas de Jerusalen, con grande estruendo de gente, porque ya era mas entrado el dia, admirándome de la caridad y humildad del Hijo de Dios, que quiso ser traido por tantos tribunales, uno peor que otro, y venir al tribunal de un rey cruelísimo, que tomó para sí la mujer de su propio hermano, y degolló al gran Bautista, porque se lo reprendia. Lo cual trazó su providencia, para que padeciendo mas por nosotros, nos obligase mas á su servicio y nos diese mas eficaces ejemplos de paciencia.

[1] Luc. 23. 5. [2] Actuum 10. 38.

PUNTO SEGUNDO.—*Herodes, en viendo á Jesus, holgóse mucho, porque habia gran tiempo que deseaba verle, y esperaba que haria en su presencia algun milagro. Hízole muchas preguntas, y á ninguna respondió. Pero los príncipes de los sacerdotes y escribas estaban allí acusándole pertinazmente.*

Sobre este punto se ha de ponderar en Herodes, el gozo que tuvo con la vista de Cristo, y la buena acogida que le hizo, no por caridad, sino por curiosidad de ver á un hombre de tanta fama, y esperar ver alguna novedad, pero todo redundó despues en mayor afrenta de Cristo nuestro Señor, el cual, sin embargo de esta acogida, no le quiso hablar, ni responder palabra, ni hacer milagro en su presencia.

1. Lo primero, en detestacion de su maldad, tratándole como á descomulgado é indigno de ver sus maravillas; y por esto otra vez le llamó raposa [1], declarando la malicia astuta con que perseguia los principales sarmientos de la viña del Señor.

2. Lo segundo, en detestacion de la vana curiosidad, porque no habla Dios sus divinas palabras, ni hace sus obras maravillosas por solo cebo del apetito curioso: y quien con este vano espíritu se llega á tratar con Dios en la oracion, hallarále mudo y sordo para consigo, ni sentirá sus inspiraciones y hablas interiores, ni su mocion para cosas grandes.

3. Lo tercero, para descubrir las ganas que tenia de morir y padecer; porque quien hizo milagros para poder morir por los hombres, privándose milagrosamente de la gloria del cuerpo, que se le debia por ser bienaventurado en el alma, no habia de hacer milagro para huir el padecer y la muerte; con lo cual confunde nuestra tibieza, que pedimos á Dios milagros, para que nos libre de los trabajos por no padecer con ellos. O buen Jesus, que tantos milagros habeis hecho para remediar

[1] Luc. 23. 8. Cantic. 2. 15

las necesidades agenas, porqué no haceis uno siquiera delante de Herodes para remediar la propia? Pues aunque su curiosidad lo desmerezca, vuestra necesidad clama, pero no quereis oir este clamor, por oir el clamor de nuestras necesidades, cuyo remedio está en que murais por ellas.

4. Por esta misma causa, aunque los sacerdotes y escribas acusaban á Cristo con grande ahinco delante de Herodes, calló con otro silencio, no menos admirable que el que tuvo delante de Pilatos, y aun en cierto modo mayor, porque á Pilatos ya habia hablado en el pretorio, descubriéndole la verdad de lo que preguntaba; pero á Herodes ninguna palabra habló, ni en su defensa, ni por otro respeto humano, aunque sabia que por este silencio incurria en su indignacion, enseñándonos con este la libertad santa que debemos tener delante de reyes y príncipes, para no hablar ni hacer delante de ellos por solo respeto mundano lo que desean, aunque de no hacerlo se nos siga daño.

Punto tercero.—*Viendo Herodes que Cristo no le hablaba, despreciólo con su ejército: y burlando de él, vestido con una vestidura blanca, le remitió á Pilatos.*

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, la sentencia de este inicuo rey contra Cristo; porque le tuvo por hombre sin juicio, y muy rústico y mal criado, juzgando que de simplicidad ó bobería callaba, y habia deseado ser rey; y así no quiso condenarle á muerte, sino afrentarle, y que por escarnio y mofa le vistiesen una ropa blanca, como la solian traer los Césares, aunque seria rota y vieja, para mayor escarnio. Y de este modo le remitió á Pilatos; como quien dice: Ahí te vuelvo ese loco y simple, que por simplicidad queria ser rey. Y todo el ejército, queriendo vengar la injuria de su señor y lisonjearle, escarneció á Cristo nuestro Señor con mil géneros de injurias, llamándole simple, descomedido, tonto y loco, reyecillo, y otros nombres

infames: y es de creer, que tambien jugarian de manos contra él, instigándoles á ello Satanás. Todo lo cual sufria este Señor con admirable paciencia, enseñándonos á despreciar las vanas honras del mundo, y á no hacer caso de los errados juicios de los hombres, que así trataron al mismo Dios. O Verbo divino, sabiduría del eterno Padre, gracias te doy por haberte humillado tanto, que quieras ser tenido de los hombres por siemple y loco! Menester era tan grande humillacion para curar mi grande soberbia y presuncion. O quién se viese vestido de esta tu librea, y fuese tenido por loco, sin dar causa culpable para ello; porque no hay mayor cordura, que gustar de ser despreciado en el mundo por tí, ni mayor locura, que buscar ser honrado sin tí.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la grande afrenta que Cristo nuestro Señor padeció por aquellas calles de Jerusalen, continuando todos los que iban con él, los escarnios que comenzó el ejército de Herodes, llamándole con grandes voces loco y rey fingido. O Rey del cielo, cuán diferentes voces son estas de las que daban habrá cinco dias, cuando os llamaban Rey de Israel, y bendito del Señor; pero ahora es tiempo de padecer, para que vengais presto á reinar. Cumplirse ha lo que está escrito[1]: La simplicidad del justo es escarnecida, lámpara es despreciada por la soberbia de los ricos; pero su resplandor y claridad, se descubrirá en el tiempo que está por venir. O Lámpara preciosísima, que lucis y ardeis con doctrina y caridad, y echais rayos de mansedumbre y de paciencia, sufriendo tantos desprecios por nuestro amor, tiempo vendrá en que se descubra vuestra preciosidad, para confusion de los ricos y soberbios que los desprecian. Confundidlos, Señor, en esta vida con los ejemplos de vuestra humillacion, para que volviendo sobre sí, amen lo que despre-

[1] Job. 12. 4.

ciaban, y desprecien lo que antes amaban y estimaban.

3. Tambien se ha de ponderar, cuán corrido pareceria Cristo nuestro Señor delante de Pilatos con aquel nuevo traje y librea: y como allí de nuevo fué tambien escarnecido de sus oficiales y criados, aumentándose siempre las injurias del humildísimo Jesus, para que no me canse yo de las que me vinieren por mis culpas, y avergonzándome de las ánsias que tengo de ser tenido por sabio y cuerdo, y de lo mucho que siento si alguno me moteja de loco ó menos avisado. Para lo cual me acordaré de aquel dicho del Apóstol[1]: Si alguno se tiene por sabio en este mundo, hágase como necio, para ser verdaderamente sabio; porque la sabiduría del mundo, es locura delante de Dios, así como la sabiduría de Dios parece locura al mundo.

4. Tambien ponderaré, como aquella vestidura blanca, que se dió á Cristo por escarnio, era figura de la blancura y pureza de su alma, y de la inocencia de su vida, la cual suele andar junta con desprecios y humillaciones; porque es gran cosa, como se dice en el libro de los Cantares[2], ser puro y blanco en lo interior, y denegrido y despreciado en lo exterior; y así pediré á nuestro Señor, que me vista la vestidura blanca de su inocencia en el alma, y la vestidura de sus desprecios en el cuerpo, para que en todo le sea semejante[3]. O Cordero sin mancilla, en cuya sangre, aunque bermeja, se lavan los santos y blanquean sus vestiduras, hacedme blanco como la nieve, imitando vuestra pureza, y teñidme como sangre, imitando vuestra pasion!

5. Ultimamente, se ha de ponderar, como Herodes y Pilatos, que antes eran enemigos, desde entonces quedaron amigos, para significar, que los príncipes de la tierra se aunan y conjuran contra Cristo para perseguirle[4]; pero Cristo nuestro Señor con su muerte los confederó en verdadera amistad, y juntó á judíos y

[1] 1. Cor. 3. 18. [2] Cant. 1. 4. [3] Apoc. 7. 14. [4] Psal. 2. 2.

gentiles en union de caridad, figurada por esta amistad, que trabaron entre sí Herodes y Pilatos[1]. Por donde tambien se vé cuán poderoso es cualquier modo de humildad, para concordar los corazones desavenidos; pues estando estos dos hombres enemistados, por punto de jurisdiccion, cuando Pilatos se humilló á remitirle el preso, quedaron amigos. Y todo fué á costa de la humillacion de Cristo, el cual con sus humillaciones compró la union de caridad que tienen los escogidos, fundada en profunda humildad.

6. Finalmente, puedo ponderar el desastroso fin que tuvieron estos dos jueces, que así despreciaron á Cristo nuestro Señor, porque aunque con su paciencia sufre y disimula sus injurias; pero como es justo juez, á su tiempo las castiga como merecen.

MEDITACION XXXIV.

DE COMO LOS JUDÍOS ESCOGIERON Á BARRABÁS Y CONDENARON Á CRISTO.

Punto primero.—1. Deseando Pilatos librar á Cristo de la muerte[2], viendo que Herodes tampoco le habia condenado, tomó un medio á su parecer conveniente, y puédese creer que fué por inspiracion de Dios.

Habia costumbre, que el presidente en aquella pascua nombrase dos presos ó mas al pueblo, dándole facultad de escoger uno de los nombrados y este quedase libre. Pilatos aprovechándose de esta ocasion, nombró con Cristo nuestro Señor un solo preso, y ese el mas insigne malhechor que habia en la cárcel, llamado Barrabás, hombre revoltoso, ladron, homicida, y por esto aborrecido de todos pareciéndole que el pueblo, por no dar libertad á tan mal hombre, escogeria á Cristo; y así les dijo: *A quién quereis que os suelte, conforme á vuestra costumbre, á Cristo, ó á Barrabás?* En lo cual

[1] Ephes. 2. 14. [2] Matt. 27. 17. Marc. 15. 6. Luc. 23. 17. Joan. 18. 39.

se ha de ponderar la humillacion de Cristo nuestro Señor; el cual con ser tan grande, tan santo, tan sabio, y tan bienhechor de todos, entra en votos, y en competencia con un hombre infame; ladron, revoltoso, homicida, y público malhechor, siendo la competencia sobre cosa tan importante, como era la libertad, honra y vida. Acá se tiene por afrenta entrar en competencia, ó hacer oposicion con un hombre vil, y de partes muy desiguales, y Cristo nuestro Señor compite con el mas vil hombre del pueblo, para darnos ejemplo de humildad en todas las cosas. O buen Jesus, con cuánta razon podiais quejaros, y decir lo que dijiste por vuestro profeta [1]: A quién me asemejásteis é igualásteis? A quién me comparásteis é hicísteis semejante? Pero segun veo, Señor, mayor injuria os espera, porque nuestra soberbia con mayor humillacion ha de ser curada.

2. *Estando el pueblo dudando á quien escogeria, los sacerdotes y ancianos comenzaron á sobornarle y persuadirle que pidiese á Barrabás.* En lo cual se ha de considerar la solicitud de estos malditos sacerdotes en sobornar al pueblo, porque es de creer, que andarian repartidos por varias partes, hablando ya á unos ya á otros, diciéndoles mil males de Cristo, que era mas revoltoso y homicida que Barrabás, pues revolvia, no solo una ciudad, sino toda la provincia y reino, con peligro de que muriesen, no uno ó dos hombres, sino toda la gente, si él no moria. Y que merecia la muerte mas que Barrabás, porque era muy mayor pecador, pues era blasfemo, encantador, enemigo de la ley de Moisés etc. Todo esto entendia bien Cristo nuestro Señor, y le causaba grande sentimiento, viendo como aquellos falsos predicadores engañaban al simple pueblo, y le quitaban el verdadero sentimiento que tenia.

3. Tambien ponderaré con gran dolor de corazon, como Barrabás tiene tantos patrones y solicitadores, y

[1] Isai. 40. 25.

agentes de su negocio; los cuales le abonan, favorecen y sobornan al pueblo con ser su causa tan injusta; y no le faltaron amigos y deudos, que juntamente con los sacerdotes hablaban por él. Pero Cristo nuestro Señor está tan solo y desamparado, que no tiene solicitador, ni agente, ni persona que se atreva á informar al pueblo, y hablar en su favor, con ser su causa tan justa y estar el juez inclinado á favorecerle: no tiene amigo, ni discípulo, ni pariente, ni persona de las muchas á quien hizo grandes bienes, que ose hablar en su defensa. O Amparador y abogado de los pobres, cómo no hay quién os ampare y abogue por vuestra causa? Quejaos, Señor, á vuestro eterno Padre, y decidle[1]: *Tibi derelictus est pauper*. O Padre mio, tú solo eres amparador de este pobre desamparado, y ayudador de este triste huérfano! Envía de tu alto cielo alguno que abogue por mí, y sea mi agente en causa tan grave. Mas vuestra infinita caridad, Salvador mio, quiere pasar por este desamparo, para librarme del que yo por mis pecados habia merecido.

Punto segundo.—*Apretando Pilatos al pueblo para que escogiese uno de los dos nombrados, díjoles: A quién quereis que os suelte, á Barrabás ó á Jesus, que se llama Cristo? y luego todos con gran clamor, dijeron: No queremos, sino á Barrabás.*

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, la extremada humildad y bajeza de Cristo nuestro Señor; pues en competencia de un hombre tan vil y abominable, perdió la cátedra, y fué reprobado y tenido por mas indigno de la libertad y de la vida que Barrabás. O dulcísimo Jesus, ahora veo con cuánta verdad dijísteis: Gusano soy, y no hombre, oprobio de los hombres, y desecho del pueblo[2], porque todos os desechan, posponiéndoos al mas vil y desechado del pueblo! O soberbia mia que presumes subir sobre todos los hombres, por-

[1] Psal. 9. 14. [2] Psal. 21. 7.

qué no te humillas con este ejemplo, y te abajas y pospones á todo? Confundid, Señor, y hundid esta soberbia, pues no es razon que desde hoy mas se atreva levantar cabeza en presencia de tanta humildad.

2. Lo segundo, ponderaré cuán errados son los juicios de los hombres, pues en causa tan clara dan sus votos contra la justicia y verdad, en agravio manifiesto de Cristo. Y cuán poderosa es la pasion de la envidia y ódio, para cegar el entendimiento, y despeñarle en intolerables errores, y cuán mudables son los hombres, y cuán fáciles en dejarse engañar; pues los que pocos dias ha, con grandes voces claman que Cristo era Salvador y Rey de Israel, ahora con gran alarido dicen que es peor que Barrabás. De todo lo cual sacaré aviso para no hacer caso de los juicios de los hombres, ni guiarme por ellos, ahora me alaben, ahora me vituperen. Y consolarme con este ejemplo de Cristo mi Señor, cuando me viere desechado en las pretensiones que tuviere, aunque sean justas, y acordándome que la pretension de la vida eterna, solamente se negocia por voto del supremo Juez, que está libre de toda pasion y engaño. Gracias te doy, Dios eterno, porque no has puesto la libertad y vida de mi alma en votos de los hombres, ni quieres que mi salvacion esté pendiente de pareceres tan errados y apasionados como los suyos. Házme Señor, superior á ellos, para que despreciando sus vanos juicios, solamente tenga cuenta con el tuyo; pues de verdad no soy bueno, ni malo, por lo que dijeren los hombres de mí, sino por lo que soy delante de tí.

3. Lo tercero, ponderaré como todas las veces que ofendo á Dios pasa dentro de mi corazon un juicio perverso, semejante á este de los judíos; porque la tentacion que me instiga á pecar, no es otra cosa, sino una pregunta que me hace diciéndome: A cuál quieres mas, á Cristo, ó á Barrabás? A Dios, ó á la criatura? Al cielo,

ó la tierra! Á la honra de Dios, ó á la tuya? Y cuando andó vacilando, y dudando sobre lo que escogeré, llega el demonio y la carne á persuadirme con sugestiones y razones, que deje á Cristo. Y finalmente, cuando consiento, es como abalanzarmo, y escoger á Barrabás, á la criatura, y al deleite sensual, ó á la honra vana, con grande injuria de Dios, y con gran desprecio de Cristo, y de su grandeza, y con grave desagradecimiento de las mercedes que me ha hecho; por lo cual me tengo de avergonzar, teniéndome por peor que los judíos; pues teniendo fe verdadera de quién es Dios, y quién es Cristo, le desprecio, y dejo por otra cosa mas vil que Barrabás. Ó Hijo unigénito del Padre celestial, que fuiste comparado á Barrabás, que quiere decir, hijo del padre no celestial, sino terreno, y en su competencia fuiste reprobado por los que eran hijos del demonio, y cumplian los deseos de su padre [1], no permitas que yo haga tal traicion como esta dentro de mi alma, sino que siempre viva como hermano tuyo, hijo de tu eterno Padre, reprobando lo que tú repruebas, y aprobando lo que apruebas, estimándote á tí sobre todo lo criado, pues eres infinitamente mas amable que todo ello.

Punto tercero.—*Atónito Pilatos de que el pueblo hubiese escogido á Barrabás, díjoles: Pues qué quereis que haga de Jesus, que se llama Cristo? Respondieron todos á voces: Crucifícale, crucifícale. Replicó Pilatos tercera vez, diciendo: Qué mal ha hecho este hombre? Yo no hallo causa en él, por la cual merezca muerte: yo le castigaré, y castigado le soltaré. Pero el pueblo, levantando mas el grito, clamaba: Crucifícale, crucifícale.*

1. Aquí se ha de ponderar; lo primero, la pusilanimidad de este juez, que conociendo la inocencia de Cristo nuestro Señor, no tuvo ánimo para librarle, antes pregunta al pueblo furioso, qué quiere que haga de él, haciéndoles jueces del que aborrecian, y le habian trai-

[1] Joan. 8. 44.

do allí por envidia. Todo lo cual resultó en afrenta del Salvador.

2. Lo segundo, tambien se ha de ponderar lo mucho que Cristo nuestro Señor sentiria aquellas voces tan rabiosas y tan repetidas, crucifícale, crucifícale, viendo que no solo pedian que fuese muerto, sino muerto con tal cruel muerte, como era la de cruz. O Salvador del mundo, en cuán grande aprieto te han puesto mis pecados! Ellos son los que dan voces, y dicen [1]: Crucifícale, crucifícale; porque siendo tú crucificado, quedarán ellos contigo crucificados, y muertos en la cruz. Mátalos, Señor, de modo que nunca mas vivian en mi alma, porque no salga de ella otro clamor semejante [2], crucificándote otra vez dentro de mi corazon.

MEDITACION XXXV.

DE LOS AZOTES DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á LA COLUNA.

Punto primero.—*Viendo Pilatos la pertinacia del pueblo en pedir que Cristo fuese crucificado, dió contra él la primera sentencia, que fuese azotado; entregándole á los soldados, para que luego la ejecutasen* [3].

1. Sobre este punto se han de ponderar los motivos que tuvo Pilatos para dar esta sentencia, que fueron dos. El uno, para ver si con esta pena de azotes ablandaria al pueblo, de modo, que quedase satisfecho, y así pudiese librar á Cristo de la muerte: de donde se puede creer, que mandaria á los soldados le azotasen cruelmente, y le pusiesen tal, que moviese á compasion á los que le mirasen.

2. El segundo, porque si hubiese de ser crucificado, hubiesen precedido los azotes, segun la ley de los romanos, que lo ordenaba así [4], para que el crucificado no ofendiese con su vista á los que le miraban desnudo,

[1] Rom. 6. 6. [2] Hebr. 6. 6. [3] Matth. 27. 23. Marc. 15. 15. Joan. 19. 1.
[4] Ex D. Hier. in Matth. tom. 9.

antes les moviese á compasion, viéndole llagado. De donde algunos contemplan [1], que Cristo nuestro Señor fué azotado dos veces. La primera, por el primer motivo: y la segunda, por el segundo cuando fué condenado á muerte de cruz.

Pero como quiera que esto haya sido, la sentencia fué injustísima, cruelísima, y afrentosísima, porque conocia bien el juez que Cristo era inocente, y sin embargo de esto le condenó á castigo de azotes, que era castigo infame, propio de ladrones, y de esclavos, y castigo cruel, derramando la sangre inocente con terribles dolores, y confirmando con la obra, lo que el pueblo habia hecho en escoger á Barrabás, y condenar á Cristo, pues lo trataba como merecia ser tratado Barrabás, por sus hurtos y latrocinios.

3. Con ser tal la sentencia, Cristo nuestro Señor en su corazon la aceptó, sin apelar, ni suplicar, ni decir palabra de queja, ni dar muestra de sentimiento contra ella; antes de muy buena gana ofreció su cuerpo á los azotes en satisfaccion de nuestros pecados, para que con las llagas de todo su cuerpo, como dijo Isaías [2], sanase las llagas de toda mi alma, y me provocase á servirle, y á amarle; pues descubriéndome sus entrañas, rasgadas con azotes, me obligaba á que yo le diese las mias con todos mis afectos. Es de creer, que entonces Cristo nuestro Señor levantaria los ojos al cielo, y diria á su eterno Padre aquellas palabras de David [3]: *Quoniam ego in flagella paratus sum*. Padre mio, aparejado estoy para los azotes, porque tú así lo has ordenado: mi cuerpo habia de ser inmortal é impasible, de modo que no pudiese tocarle mal de pena, ni el azote pudiese acercarse al tabernáculo en que mora mi alma; pero tu providencia ordenó, que yo tuviese un cuerpo apto para padecer, y ser azotado [4], y desde entónces estoy aparejado

[1] Gerson. in Monot. cap. 148, rub. 6. [2] Isai. 53. 5. [3] Psal. 37. 18. [4] Hebr. 10. 5. Psal. 39. 7.

para ello, con deseo de pagarlo que no robé, por librar de la pena á los que robaron tu honra. Gracias te doy, ó dulcísimo Redentor, por haber aceptado sentencia tan cruel, tan infame, y tan injusta! Vésme aquí, Señor aparejado por tu amor, para los azotes, con ánimo de aceptar la sentencia que dieres contra mí, porque ni será injusta, pues mis pecados la merecen, ni será infame, ni cruel, pues es sentencia de padre, que azota al hijo que ama, para que se enmiende.

PUNTO SEGUNDO.—*Oida esta sentencia, tomaron los soldados á Cristo con grande orgullo, y entráronle dentro de una sala: y en entrando, le despojaron de sus vestiduras, hasta la túnica inconsutil.*

1. En lo cual se ha de ponderar, la vergüenza grande que padeceria aquel hermosísimo mancebo, y excelentísimo Señor, viéndose así desnudo delante de tanta muchedumbre de soldados, y los escarnios que harian de él, viéndole tan vergonzoso, y esta afrenta quiso sufrir con gran paciencia, en castigo de la desvergüenza con que yo me desnudé la vestidura de su gracia, y en precio para comprar esta sagrada vestidura con que se cubra mi miserable desnudez [1]. O amantísimo Señor, que me persuades compre de ti oro puro y encendido de caridad, y vestiduras blancas de virtud, con las cuales me libre de la eterna confusion que merecia por estar desnudo de ellas, yo te ofrezco por precio la desnudez y vergüenza que padeces con un corazon determinado á desnudarme de todo lo terreno! Por ella te suplico me vistas con tu divina gracia, para que no caiga en la confusion eterna.

2. Tambien se puede considerar, que como algunos dicen [2], los soldados ataron fuertemente á Cristo nuestro Señor á una coluna, los brazos levantados en alto para poderle herir mas á su placer, lo cual no seria pe-

[1] Apoc. 3. 18. [2] Hieron. in Epitaph. Paulæ ad Eustochium tom. 1. et ibi. in Lucæ 23.

queño tormento; porque le ataron por los pies, y por las muñecas con grande crueldad; pero cuando no le atasen con sogas, estaba él mas atado con las cuerdas del amor, y aparejado para dejarse desollar con azotes por nuestro remedio. O Cordero sin mancilla[1], que con admirable mansedumbre te dejas atar de estos crueles esquilmadores; no solo para quitarte la lana de tus sagradas vestiduras, sino para desollar tu delicado cuerpo con tijeras de crueles azotes, sufriendo este dolor sin balar, ni abrir tu boca, suplícote me ates contigo con cuerdas de caridad, tan fuertes, que no basten á desatarme los azotes y trabajos temporales. Amen.

Ponto tercero. — 1. Estando ya Cristo nuestro Señor desnudo en la coluna[2], comenzaron los sayones á azotarle con extraordinaria crueldad. Los instrumentos del castigo, como algunos dicen, fueron tres diferentes de que usaron diversos verdugos, hiriéndole unos despues de otros; es á saber, unas varas verdes, llenas de espinas, y unos ramales tejidos de nervios de bueyes, con sus abrojos de hierro al remate de ellos, y unas cadenillas de hierro, que herian y penetraban hasta los huesos. Con estos azotes comenzaron á descargar terribles golpes sobre las espaldas del Salvador, las cuales con la furia de los golpes, primero se encardenalaron, luego se desollaban del cuero delgado que tenian, despues penetrando los azotes la misma carne, vertian arroyos de sangre que caian en el suelo. Y con esta crueldad iban golpeando é hiriendo todo el cuerpo, sin perdonar brazos ni hombros, y todo el pecho hasta descubrir los huesos. De suerte, que como todo el cuerpo místico de su pueblo, como dice Isaías[3], estaba llagado de piés á cabeza y del menor hasta el mayor, y con llagas de pecados, así el cuerpo de Cristo nuestro Señor desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza, no tuvo parte sana, sino todo llagado como leproso, de la manera

[1] Isai. 53. 7. [2] Vide Salmeron. tom. 10. tract. 29. [3] Isai. 1. 5.

que le habia visto en el espíritu el mismo Isaías cuando dijo[1]: *No tenia figura ni hermosura. Vimosle, y no habia en él cosa que se pudiese ver y desear. Estaba despreciado, y el mas abatido de los hombres, varon de dolores y experimentado en trabajos. Traia su rostro escondido, y no hicimos caso de él. Verdaderamente tomó sobre sí nuestras enfermedades, y se cargó de nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por leproso, herido de Dios y humillado; pero fué llagado por nuestras maldades, y molido por nuestros delitos: el castigo causador de nuestra paz, descargó sobre él, y por sus llagas hemos sanado todos.* O quién tuviera luz del cielo para contemplar, Redentor mio, la figura tan desfigurada, que tenias en esa coluna! O quién tuviera caridad tan encendida, que bastara para transfigurarme en esta figura, por la fuerza de la compasion! O el mas hermoso de los hijos de los hombres, quién te ha quitado la figura tan hermosa que tenias? O resplandor de la gloria del Padre, quién te ha oscurecido el resplandor de tu divino rostro? O Varon, sobre todos los varones, deseado y esperado de todas las gentes, quién te ha convertido en varon de dolores, y hecho abominacion de todas ellas? O salud de leprosos, quién te ha puesto como leproso? O Padre eterno, porqué consientes que sea tu Hijo tratado como ladrón, y tenido por hombre herido y castigado del mismo Dios?[2] Si mis pecados son la causa; mas justo es que yo sea castigado por ellos. Yo soy el que pequé, este Cordero ningun mal ha hecho; convierte tu mano contra mí, descarguen los azotes sobre mis espaldas, para que pague la pena quien cometió la culpa. O inmensa caridad del Padre, que así quiere castigar al Hijo, por reconciliar consigo al esclavo! O infinita caridad del Hijo, que así quiere ser castigado por reconciliar al esclavo con su Padre! Gracias te doy, Padre eterno, por esta tu inmensa caridad: y gracias te doy, Hijo unigenito encarnado, por este tu infinito amor.

[1] Isaí. 53. 2. [2] 2. Reg. 24. 17.

2. Para ponderar mas la crueldad de este castigo, puedo poner los ojos en cuatro cosas que concurrieron en él. La primera, de parte del cuerpo de Cristo nuestro Señor, que era tierno y delicado y muy sensible; y por otra parte estaba muy quebrantado con el sudor de sangre que precedió, y con el trabajo de la noche y de aquel dia: y como las heridas entraban muy adentro penetrando las entrañas, causaban excesivo dolor, y por esto en el salmo, donde dijo [1]: Sobre mis espaldas fabricaron los pecadores, dice otra letra, araron; porque como el arado penetra la tierra, y la sulca toda, así los azotes araron su sacratísima carne, y la sulcaron, penetrando en lo interior de ella. O tierra virginal, pura y blanda, poca necesidad tenias de ser arada, si la compasion que tenias de la dureza de mi corazon no te moviera á ello! Penétrale, Dios mio, con el arado de la compasion, para que sienta en mi carne los dolores que penetraron la tuya. La segunda causa fué, de parte de los sayones, que eran crueles de su condicion, y el presidente les habia mandado que con crueldad le azotasen por las causas dichas. Y el demonio les atizaba á ello para mover á Cristo nuestro Señor á impaciencia; y los príncipes de los sacerdotes y los judíos les pondrian fuego: y como se remudaban á menudo, los que de nuevo comenzaban, heríanle con nueva crueldad, especialmente que viendo á Cristo tan sufrido, y que no se quejaba, quizá á porfía le herian por sacarle algun grito ó quejido. La tercera fué, de parte de la muchedumbre de los azotes y de los que le herian. Muchos dicen [2] que fueron mas de cinco mil, y de la crueldad de sus enemigos se puede presumir, porque no se guardaba con Cristo la ley de dar cuarenta golpes menos uno, como dijo de sí san Pablo [3], sino muchos números de cuarenta, haciendo la penitencia que nuestros pe-

[1] Psal. 128. 3. [2] Fuisse 5466. insinuat S. Gertrudis, lib. 4. divin. insinuat. cap. 35. Coster. Med. 14. de Passione. [3] 2. Cor. 11. 24.

cados merecian. Y esta es la cuarta causa por parte de nuestros pecados, que eran innumerables y gravísimos: y así los azotes con que se pagaban, habian de ser como innumerables y cruelísimos.

3. Con estas consideraciones tengo de ponderar la invencible paciencia de Cristo nuestro Señor, el cual estaba como mudo sin dar muestras exteriores de queja, ó de turbacion ó enfado, sufriendo con una vunque los golpes, ofreciéndolos al Padre eterno en satisfaccion de nuestros pecados con un amor tan grande, que por muchos que fueron los azotes, tenia deseo y voluntad de recibir muchos mas y mas crueles, si fuera necesario para nuestro remedio; y así nunca dijo basta, hasta que la rabia de sus enemigos quedó harta, y la justicia de Dios satisfecha. De donde sacaré grande aborrecimiento de mis pecados, que fueron la causa de este castigo, y un gran deseo de castigarlos yo mismo con penitencias y disciplinas. Y finalmente, poniéndome á los piés de este Señor junto á la coluna, mirando su soledad, y como no hay hombre que de él se duela y compadezca, y como por todas partes se vá desangrando y enflaqueciendo: unas veces con el espíritu besaré la tierra bañada con la sangre de mi Señor y Criador; otras veces tomaré aquellos azotes teñidos con su preciosa sangre; y ponerlos he sobre mi corazon, suplicándole que sane las llagas de mis aficiones desordenadas, y me hague con su divino amor. Otras veces abrazaré aquella santa coluna, y la saludaré con reverencia, diciendo[1]: O dichosa coluna, en la cual fué atado y azotado el que es coluna del mundo y fortaleza de todo lo criado! O coluna soberana, labrada y esmaltada con la sangre del Hijo de Dios, derramada para hacer á los hombres fuertes colunas en el templo de Dios vivo! O quién estuviera atado contigo para ser bañado con esta sangre, y quedar hecho coluna en el servicio del

[1] Apoc. 3. 12.

que tanto padeció por mi remedio! O colunas del cielo, qué haceis? cómo no temblais de espanto, viendo azotado á vuestro Dios en esa coluna? O Coluna firmísima, en quien estriba todo el mundo, compadécete de tí mismo, vístete de tu fortaleza, ó brazo del Señor; porqué te has desangrado y enflaquecido, y estás á punto de desfallecer! Y pues todo esto padeces por mis culpas, fortaléceme con tu gracia para que yo las castigue, y me enmiende de ellas. Amen.

4. Ultimamente, ponderaré como acabada esta justicia tan injusta y desapiadada, los soldados desataron á Cristo nuestro Señor; el cual como quedó molido con los golpes, y enflaquecido por la mucha sangre que habia vertido por las llagas, es de creer que caeria en tierra: y como se vió desnudo, y las vestiduras estarian algo apartadas, iria por ellas medio arrastrando, bañándose en su propia sangre, que estaba al rededor de la coluna; y como mejor pudo se las vistió, porque los verdugos, parte por crueldad, parte por desden, no le querian ayudar á vestir. Todo esto puedo piamente contemplar, compadeciéndome del desamparo y flaqueza de este Señor. O Rey del cielo, que ayudais á todas las criaturas en sus obras, porque sin Vos no pueden hacer cosa alguna, cómo no teneis quien os ayude en esta necesidad? O vestiduras sagradas, que sanásteis el flujo de sangre de la mujer que tocó en vuestro ruedo, y dabais salud á cuantos enfermos os tocaban, sanad las llagas de mi Salvador, y detened la corriente de su sangre, para que pueda padecer hasta dar fin á nuestra redencion. O quién se hallara presente para servirle, aunque fuera menester dar mi sangre por aliviarle! Recibid, Dios mio, esta buena voluntad que me habeis dado, y confortadla para que os sirva en todo lo que pudiere, con deseo de hacer mucho mas de lo que puedo.

MEDITACION XXXVI.

DE LA CORONACION DE ESPINAS, Y DE LOS DEMÁS ESCARNIOS QUE LUEGO SUCEDIERON.

Punto primero. — Los soldados que habian azotado á Cristo nuestro Señor [1], instigados del demonio, inventaron para afligirle nuevos géneros de tormentos, por una parte dolorosísimos, y por otra afrentosísimos: y para que fuese la afrenta mayor, convocaron á toda la cohorte, que eran los soldados de la guarda, para que asistiesen á este espectáculo, y á la burla ó farsa que pretendian hacer de Cristo á costa de su honra y descanso, los cuales fueron todos de buena gana por entretenerse.

1. Sobre lo cual tengo de ponderar, lo primero, la insaciable gana que Cristo nuestro Señor tenia de padecer por nuestro amor, porque de esta nació querer que se inventasen contra él nuevos modos de injurias y tormentos, no contentándose con los ordinarios, para descubrir el amor que nos tenia, y la gravedad de nuestros pecados; porque como los hombres arrastrados del amor propio, inventan nuevos modos de ofender á Dios para su regalo y honra, así Cristo nuestro Señor, llevado de su amor divino, quiso que se inventasen nuevos modos de castigos contra tales pecados, y nuevos modos de derramar sangre para satisfacer por ellos, como el que inventó en el huerto. Gracias te doy, dulcísimo Jesus, por la excelencia de esta caridad con que nos amaste! O cuán bien te cuadra el nombre de justo [2], pues tantos modos inventas para ganar la justicia con que nos has de justificar. Dóite el parabien de estas invenciones de amor, y con el Profeta quiero decirte á tí, que eres justo por excelencia, que está bien, y que comerás el fruto de tus invenciones, ganando innumerables almas por medio de ellas.

[1] Matt. 27. 27. [2] Isai. 3. 10.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la maldad de estos sayones, instigados de Satanás, en convocar gente para que se junten á burlar de Cristo, y se hallen á sus desprecios, compadeciéndome de la humillacion de este Señor, que llegó á ser risa de los hombres, abominado de los que solicitan á otros para ofender á Cristo, y de hacer escarnio de sus cosas. Pero yo, Salvador mio, deseo hallarme con el espíritu en este tu espectáculo, no como los soldados para escarnecerte, sino para meditar tus obras, y ejercitarme en la consideracion de tus invenciones, para compadecerme de tus trabajos, y sacar esfuerzos para llevar los mios. Con este espíritu tengo de considerar los trabajos que nuestro Señor padeció despues de los azotes de la misma sala, los cuales se pueden reducir á seis, que sucedieron uno en pos de otro.

Punto segundo.—1. La primera injuria de Cristo nuestro Señor, fué desnudarle sus sagradas vestiduras; y créese, que como el fin de esto era, que todo el pueblo despues viese llagado su cuerpo, le desnudarian hasta la misma túnica inconsutil, dejándole desnudo del todo; con lo cual padeció gran dolor y afrenta: dolor, porque las vestiduras ya se habrian pegado á la carne con la sangre fresca que tenia cuando se las vistió; y es de creer se las desnudarian con crueldad, y sin tiento alguno. La afrenta fué grande en verse desnudo delante de todo aquel ejército de soldados, como se ponderó en la meditacion pasada.

2. Trás esta injuria sucedió la segunda, que fué vestirle una vestidura, que llaman clámide, que era una ropa larga de grana ó púrpura, que solia ser vestidura de los reyes; pero á Cristo nuestro Señor se la pusieron por escarnio, para motejarle de rey falso y fingido. De suerte, que lo que tenia el mundo por honra, convirtió en deshonra de Cristo para hacer de él una farsa y representacion de rey. O Esposo de las almas [1],

[1] Cantic. 3. 10.

blanco y colorado, escogido entre millares, muy amigo sois de estos colores, no por honra, sino por desprecio, pues en casa de Herodes fuisteis vestido de blanco, y en casa de Pilatos de colorado, mereciéndonos con estos desprecios lo blanco de la inocencia, y lo colorado de la caridad. Ayudadme, Señor, para que me precie de esta vuestra librea, y de esta púrpura ignominiosa, teniendo por afrenta, lo que el mundo tiene por vana honra, y tomando por verdadera honra, lo que él tiene por afrenta.

3. Tambien puedo ponderar, como esta vestidura larga de púrpura significaba nuestros sangrientos pecados, los cuales cargaron sobre Cristo nuestro Señor, y le pesaban y afrentaban mas que la ignominia de la púrpura, y en particular representaba las obras que tienen apariencia de buenas y generosas; pero en los ojos de Dios son malas y abominables, por la intencion mundana y terrena con que se hacen; y así en lugar de honrar á Cristo con ellas, le despreciamos y escarnecemos. O Dios de mi alma, no permitas que te ponga tal vestidura, ni que la escoja para mí! Si púrpura tengo de escoger, sea la púrpura encendida de la caridad[1], con la cual cubra la fealdad y muchedumbre de mis pecados, y sea agradable á tus divinos ojos. Amen.

Punto tercero. — La tercera injuria fué, ponerle una corona no de oro, ni de plata, ni de rosas, ó flores, sino tejida de agudas espinas, la cual cubria toda su cabeza; y como se la pusieron encima con grande furia, las espinas traspasaron su sagrado celebro y sienes, vertiendo abundancia de sangre por las heridas.

1. Sobre este punto tengo de ponderar, lo primero, la ignominia y el dolor de esta coronacion, porque de ambas cosas fué instrumento esta corona. Pusiéronla por escarnio en lugar de las coronas que se ponen á los reyes, y á los que triunfan de sus enemigos, y á los que

[1] 1. Petr. 4. 8.

temian por dioses, para denotar, que en estas tres cosas merecia ser escarnecido, porque era reyecillo y Dios fingido, y su triunfo del domingo pasado habia sido vano. Pero inventaron, que fuese tal la corona, que le atormentase cruelmente; porque como las espinas eran muchas, y muy agudas, rompian la cabeza, y sacaban la sangre, que los azotes habian dejado en aquella mas noble parte del cuerpo, y corriendo hilo á hilo por el rostro y por los ojos, los afeaba y enturbiaba, atormentando el sagrado celebro y la frente con gravísimo dolor. Levántate, pues, ó alma mia, en espíritu, y como una de las hijas de Sion[1], sal á contemplar á este verdadero rey Salomon, con esta cruel corona que le ha puesto su madre ó madrástra la sinagoga, ataviándole con ella para los desposorios que en este dia ha de celebrar en el tálamo de la cruz[2]. O Rey eterno, que coronásteis al hombre con corona de gloria y honra, poniendo debajo de sus piés todas las cosas como rey y señor de ellas, cómo estais coronado por mano de los hombres con corona de ignominia y de tormento! O ingratitud y crueldad inhumana de los hombres contra Dios! O bondad y mansedumbre inefable de Dios para con los hombres! El los corona de gloria, y ellos á él de ignominia: él con la grandeza de sus misericordias, y ellos con la fiereza de sus crueldades. Pues cómo, alma mia, no punzan tu corazon estas espinas? Cómo no sacan agua copiosa de tu cabeza, y fuentes de lágrimas de tus ojos, viendo espinado al Rey del cielo por ganarte la corona de su reino eterno? O verdadero Salomon, que os coronais de espinas para celebrar vuestro desposorio con las almas, coronad la mia con ellas, para que merezca tener parte en vuestras bodas. O sagrada corona de Jesus, aunque eres espantable al mundo, yo te adoro y reverencio como á corona de Dios. O sagradas espinas, quién fuera punzado con vuestras puntas, para que vuestras llagas fueran medicina de las mias!

[1] Cant. 3. 11. Psal. 8. 6. [2] Ps. 8. 6.

2. Luego ponderaré la gravedad de mis pecados, especialmente los de soberbia y sensualidad, que fueron causa de esta terrible coronacion, y ellos fueron las espinas que punzaron y atormentaron á este Señor, mucho mas que esotras. Porque yo me coroné de rosas y flores [1], buscando mis regalos; es coronado mi Salvador con corona de espinas. Porque yo busco corona de soberbia, pretendiendo vanas honras, quiere mi Señor tomar para sí corona de humillacion con grandes afrentas. Toma, pues, alma mia, todos tus pecados, que son las espinas que punzan á tu Redentor, y punza tu corazon con espinas de penitencia y aflicciones, por haberlos cometido. Y pues tu cabeza, que es Cristo, está coronada de espinas, avergüenzate de que tú, que eres miembro de su cuerpo, vivas coronada de flores, gastando la vida en deleites y vanidades.

3. Lo tercero, ponderaré el misterio de esta corona de Cristo nuestro Señor, fija en su cabeza; la cual, aunque se puso por desprecio y tormento, significaba, que Cristo era rey eterno, y que su reino era durable, y su corona firme, no como la de los reyes de la tierra, que se quita y se pone fácilmente. Además, que era vencedor, y triunfador perpétuo contra los demonios y el infierno, y contra el mundo y la carne, aunque á costa de su sangre, derramada con aquella corona, con la cual ganaba para los escogidos innumerables coronas de las victorias que habian de alcanzar en esta vida, y despues las coronas de la gloria.

4. Y por consiguiente nos enseña, que con corona de espinas se gana la corona del cielo; y que vale mas en esta vida abrazar la corona de trabajos, que punzan, que la corona de regalos y deleites que recrean; porque si en esta vida [2], como los mundanos, me corono de rosas, buscando las vanidades y deleites, despues seré rodeado y enclavado con las espinas de mis

[1] Sap. 2. 8. Isai. 28. 1. [2] Psal. 31. 4.

pecados y remordimientos, sin que sea posible arrancarlas. Gracias te doy, Rey soberano, vencedor glorioso, y triunfador perpétuo, por el modo que escogiste para ganar la corona y triunfo de tu gloria. Desde aquí me ofrezco á seguirte, y escojo para mí ser coronado de espinas en esta vida, con esperanza de que me has de coronar de gloria en la otra.

Punto cuarto.—Puesta la corona de espinas, pusiéronle tambien en su mano derecha en lugar de cetro una caña por escarnio, significando por esto, que su reino era reino hueco y sin sustancia, y que era rey de palillos, y movedizo como caña, y falto de juicio y seso en llamarse rey, y en desprecio de las palmas y ramos de árboles que llevaba la gente que solemnizó su triunfo en Jerusalen pocos dias habia.

1. Sobre este punto, ponderaré la injuria grave de Cristo nuestro Señor, y la estima que hace el mundo de su reino y de su doctrina, y de la perfeccion que predicaba, teniéndolo todo por cosa vana y hueca, y con cuán grande humildad aceptó el Señor esta injuria. No resistió á tomar la caña, no la echó luego de sí; antes la tomó con su benditísima mano, y la apretó muy bien como á insignia de su desprecio, porque amaba los desprecios, enseñándome á mí, que tambien los acepte, y abrace con amor. O caña venerable, ó cetro divino de mi Señor, de cuya mano recibes virtud para dar vida á cualquiera que tocares, mucho mejor que el cetro de óro del rey Asuero[1]. Tócame, Rey mio, con esta tu real vara, imprimiendo en mi corazon estima grande de tus desprecios, porque este tocamiento será para mí señal de clemencia, y prendas de vida eterna.

De aquí tambien sacaré, cuán errados son los juicios de los hombres, los cuales para sí toman cetro de oro macizo; en señal de la excelencia y estabilidad de su reino, siendo de verdad como caña mudable, y que de

[1] Esth. 4. 11.

presto se pasa, y tan frágil; que como dijo Isaías [1], no se puede con seguridad estribar en él. Y al contrario, tienen por cosa vana, como dijo el profeta Malaquías [2], servir á Dios, y guardar sus preceptos. De donde aprenderé á estimar en poco juicios tan errados, procurando no seguirlos.

2. Luego añadian otra injuria, hincando la rodilla delante de Cristo nuestro Señor, adorándole por escarnio, y diciéndole [3]: *Dios te salve, Rey de los judíos.* Y aunque la salutacion era honorífica, pero como se decia por escarnio, atormentaba los oidos de este excelentísimo Señor, que en el cielo estaba oyendo alabanzas de ángeles, y siempre se recrea en oir nuestras oraciones. O Rey soberano, cuán diferentemente eres adorado de los ángeles en el cielo, y de los hombres en la tierra! Los ángeles te adoran como á su Dios y rey verdadero; pero los hombres con adoracion fingida, te escarnecen como á Dios falso y á rey fingido. Yo, Señor, te adoro, y te saludo, con las veras que puedo, de todo mi corazon: *Ave, Rex Judæorum.* Dios te salve, Rey de los judíos y de los gentiles, Dios te salve, Rey de los ángeles y de los hombres, Dios te salve, Rey del cielo y de la tierra. Sálvame, Señor, y admíteme en tu reino, para que siempre goce de tí. Amen.

3. Tambien puedo ponderar, como dos veces fué Cristo nuestro Señor saludado en su pasion, una con fingimiento secreto de hipocresía, cuando le dijo Judas: *Ave, Rabbi.* Dios te salve, Maestro. Otra con fingimiento público, por via de escarnio, cuando le dijeron estos soldados: Dios te salve, Rey de los judíos. En que se denotan dos suertes de pecadores, que ofenden á Dios: unos hipócritas, que fingen amarle y reverenciarle; pero no le aman, ni reverencian; otros públicos y escandalosos, que hacen burla de las cosas sagradas y divinas, y por todos padece Cristo para dar salud á todos.

[1] Isai. 36. 6. [2] Malac. 3. 14. [3] Marc. 15. 18. Matt. 27. 29. Joan. 19. 3.

Y tambien tuvo misterio decir el Evangelista[1], que le adoraban, *flexo genu*, hincada la rodilla, y no ambas rodillas, para significar, que los mundanos no se dan todos á Dios, sino parte dan á Dios y parte al mundo; y con una rodilla adoran su honra, regalo y hacienda, y con otra adoran á Dios. Pero esta adoracion aprovéchales poco, porque Dios no quiere ser servido con corazon dimediado, sino entero.

Punto quinto.—Con la injuria de palabra juntaba cada soldado alguna injuria de obra dolorosa y afrentosa. Unos le tomaban la caña, y con ella herian la cabeza de este Señor, atormentándola y enclavando mas las espinas por ella. Otros le daban bofetadas en el rostro y otros le escupian en la cara, afeándosela con sus asquerosas salivas. Estas tres cosas refieren los Evangelistas, y puédese creer, que otros le darian golpes y puñadas en el cuerpo, y otros le darian repelones, mesándole las barbas, para que padeciese por los gentiles en casa de Pilatos, lo que habia padecido por los judíos en casa de Caifás. Solamente los gentiles no le vendaron el rostro porque le trataban como á rey, aunque de farsa; y porque como estaba tan desfigurado no representaba ya aquella majestad, que ponia respeto y empacho de herirle al descubierto. O Salvador del mundo, cuán repetidas son vuestras injurias, y cuán repetidos son vuestros duros tormentos! Bastara, Señor, ser una vez abofeteado, escupido y golpeado por nuestros pecados; pero vuestra caridad quiere pasar estos tormentos dos veces por mano de judíos y de gentiles, para que padeciendo de todos, pague por todos. Todos, Señor, os bendigan y glorifiquen por esta vuestra caridad; y pues por todos padeceis, alcancen todos el fruto de vuestra pasion. Amen.

En cada una de estas injurias se puede ponderar lo que se ponderó en la meditacion 30, especialmente la

[1] Matt. 27. 29.

invencible paciencia y humildad de Cristo nuestro Señor en sufrirlas, con haber sido innumerables, porque eran muchos los soldados que le injuriaban, y repetirian muchas veces las injurias por su entretenimiento, saboreándose en injuriar al que se saboreaba en ser injuriado, por dar vida á los mismos que le injuriaban.

Ultimamente, consideraré cuán cansado y afligido quedó Cristo nuestro Señor de este juego y tormento: cuán desflaquecida su cabeza, por la mucha sangre que vertia con las espinas: cuán afeado su rostro con las manchas de sangre, y con la muchedumbre de las salivas; y cuán acardenalado con los golpes de las bofetadas, ponderando como no hubo quién se compadeciese de él en este trabajo, ni quién reprimiese la furia de aquella gente feroz, hasta que ellos mismos se cansaron de atormentarle; pero no se cansó el espíritu de nuestro buen Jesus de ser atormentado, antes se aparejó para los nuevos tormentos que le estaban esperando. Y así es razon que yo no me canse de ponerme á sus piés llorando sus trabajos y mis pecados, que fueron causa de ellos; y adorándole con verdadera adoracion, le pediré mercedes, como á verdadero rey, y no otras, sino que me haga participante de sus desprecios y dolores, con la humildad, paciencia y caridad que tuvo en ellas.

MEDITACION XXXVII.

DEL ECCE HOMO, Y DEL ÚLTIMO EXÁMEN QUE HIZO PILATOS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.—Entrando Pilatos en el lugar donde estaba Cristo nuestro Señor [1], y viéndole tan mal tratado y desfigurado, parecióle, que con solo mostrarle al pueblo aplacaria su furor: y así mandó á los soldados, que le llevasen á un lugar alto, donde podia ser visto

[1] Joan. 19. 4.

de todos: y adelantándose un poco, dijo á todo el pueblo: *Veis aquí os le saco á fuera, para que entendais, que no hallo en él culpa merecedora de muerte, y á esta sazon salió Jesus á vista de todo el pueblo, vestido con la púrpura, y coronado con las espinas.*

Donde ponderaré la vergüenza que padeceria el Señor viéndose delante de tanta gente, en aquel traje tan abatido, y la humildad con que se presentó á ser visto de todos en aquella tan horrenda figura. O Redentor mio, cuán diferente figura es esta de la que teniais en el monte Tabor, llena de resplandor y majestad? Aquella descubrísteis no mas que á tres de vuestros discípulos en un monte alto; pero esta descubrís en otro lugar alto á todo el pueblo, para que todos vean vuestras ignominias y crezcan con ser vistas. Dadme, Señor, ojos de viva fe con que yo las mire, porque para mí no será menos amable esta figura lastimosa, que la otra muy gloriosa.

Estando, pues, Cristo nuestro Señor á vista de todo el pueblo, díjoles Pilatos: *Ecce Homo*, veis aquí al hombre. Estas palabras tengo de considerar primero, como dichas de Pilatos por su propio espíritu, y despues como dichas del divino Espíritu, y del Padre eterno por boca de Pilatos: ponderando tambien el modo como tengo yo de oirlas y decirlas.

1. Lo primero, en cuanto fueron dichas de Pilatos, quieren decir, mirad á este hombre, que se llama Rey, Mesías é Hijo de Dios, y veréisle tan castigado y desfigurado, que apenas parece hombre; pero de verdad es hombre; y pues es hombre como vosotros, compadeceos de vuestra humana naturaleza, y contentaos con los castigos que ha recibido este miserable hombre. Pero tú, alma mia, mira á este hombre segun todo lo exterior que se puede ver en él, para compadecerte de su dolorosa figura. Mira á este hombre llagado con azotes: afeado con salivas, acardenalado con bofetadas: mira

á este hombre vestido con vestidura de escarnio [1], y coronado con corona de dolor y desprecio. Mírale bien, y hallarás ser verdad lo que dijo de sí: Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo; y el que solia ser mas hermoso que todos los hijos de los hombres [2], es el mas feo de todos, en quien no hay cosa que pueda ser vista. O Hijo del hombre Dios, y hombre verdadero [3], harta humillacion fué abajarte á tomar forma de hombre, pues porqué te humillas tanto en esa forma, que vengas á ser tenido por gusano y no hombre, y por afrenta del linaje de los hombres? La soberbia con que yo pretendí ser mas que hombre, igualándome con Dios, es causa de que tú, Dios mio, te hayas humillado á parecer menos que hombre; porque tan abominable soberbia, pedia medicina de tan admirable humildad. O si mi hombre exterior fuese del todo semejante al tuyo, gustando con verdadera humildad de ser pisado como gusano, y tenido por menos que hombre, y desecho de los hombres!

2. Lo segundo, ponderaré estas palabras, en cuanto fueron dichas del divino Espíritu, por boca de Pilatos: *Ecce Homo*; mirad á este hombre, que aunque parece solo hombre, es mas que hombre, porque es Hijo de Dios vivo: Mesías prometido en la ley, cabeza de los hombres y de los ángeles, redentor del linaje humano, y único remediador de todas sus miserias, cuya caridad fué tan grande, que ha tomado esta figura tan dolorosa por solo amor de los hombres, para pagar las deudas de sus pecados, y librarlos de las penas eternas que merecian por ellos: por lo cual merece que todos le den millones de gracias, y le confiesen por hombre y Dios verdadero, alabándole, adorándole y sirviéndole por todos los siglos. Amen.

Estas y otras grandezas tengo de ponderar en este hombre: y considerando que se me dice á mí esta pa-

[1] Psal. 21. 7. [2] Psal. 44. 3. [3] Isai. 53. 2.

labra, prorumpiré en afectos de admiracion, amor y confianza; diciendo: Qué es posible, que hombre tan divino esté tan abatido? Qué no podré esperar, de quien tanto amor me ha mostrado? Cómo no me desahogo en amar, á quien tanto por mí ha hecho? O Hombre mas que hombre, honra del linaje de los hombres, yo te adoro y glorifico como á hombre y Dios eterno, y te suplico me tomes por tu esclavo, herrando mi rostro con esta lastimosa figura que tiene el tuyo.

3. Lo tercero, ponderaré estas palabras, como dichas por el Padre eterno: *Ecce Homo*, mirad este hombre que yo envié al mundo, para que fuese maestro de los hombres y dechado de toda perfeccion y santidad; y para dar ejemplo de ella, ha tomado esta horrenda figura. Mirad sus virtudes interiores en medio de tales ocasiones exteriores: su humildad, en tantos desprecios: su pobreza de espíritu, en tanta desnudez: su mansedumbre, en tan graves injurias: su paciencia, en tan terribles dolores: su modestia entre tantos blasfemadores: su obediencia, entre tantos perseguidores: y su caridad en medio de tantos que le aborrecen: y pues por vuestro ejemplo ha tomado esta figura, miradla y estampadla en vuestras almas. O Padre eterno, es por ventura este hombre aquel de quien dijísteis en su bautismo y transfiguracion: Este es mi Hijo muy amado, en quien bien me he agradado, á él oid? Si este es el mismo que entonces, dónde está la figura de paloma, que declare su inocencia? Dónde la nube resplandeciente, que manifieste su divinidad? Dónde Moisés y Elías que le abonen y autoricen con su presencia? De todo le veo desamparado, pero sus virtudes le acompañan; estas predican su inocencia, descubren su divinidad, y autorizan su persona: y pues me mandais que le mire y que le imite, ayudad mi flaqueza, para que pueda conformarme con la imágen de este hombre celestial, borrando de mí la imágen del hombre terreno.

De esta manera tengo de ir mirando á Cristo nuestro Señor en lo interior y en lo exterior, ponderando como en lo exterior parece menos que hombre y en lo interior es mas que hombre. En lo exterior está feo con terribles llagas; en lo interior hermoso con admirables virtudes, sacando deseos de imitar cada una de ellas.

4. Ultimamente, volviéndome al eterno Padre para alcanzar todo esto que deseo, le diré: *Ecce Homo*. O Padre soberano, mirad á este hombre llagado y desfigurado por mis pecados! Vos me mandais que le mire, para compadecerme de él; yo os suplico que le mireis para compadeceros de mí. Quereis que le mire para que le imite, miradle, Señor, para darme por su respeto fuerzas para imitarle. O Padre soberano, á quien todos los hombres hemos injuriado con graves pecados, mirad á este hombre atormentado con graves dolores para satisfacer por nuestras ofensas, y aplacad vuestra ira, dándonos perdon de ellas! O Padre de misericordias: *Ecce Homo*, mirad á este hombre, que tiene dentro de su corazon todos los hombres, y ofrece su vida por todos ellos, no me mireis á mí á solas, sino miradme junto con este hombre, y lo que por mí no merezco, dádmelo por lo que él merece![1] *Protector noster, aspice Deus, et respice in faciem Christi tui!* O Dios, protector mio, mirad, mirad el rostro de vuestro Cristo, porque no es posible desampareis á los que él tiene escondidos en lo secreto de su rostro, afligido con tal figura! Mirad, Dios mio, á este espejo, y en él veréis vuestro divino rostro, porque es imágen vuestra, y por él mirad á nosotros, y veréis que somos imágen suya: y por el amor que teneis á vuestra imágen, perdonad, reformad y santificad á todos los que somos criados á su imágen, y redimidos con la sangre que derrama en esta dolorosa figura.

PUNTO SEGUNDO. — *A estas palabras que dijo Pilatos,*

[1] Psal. 83. 10.

respondieron todos con grandes voces, y los pontífices y los ministros: Crucifícale, crucifícale.

1. En lo cual se ha de considerar, la crueldad endemoniada de estos pontífices y sacerdotes, y de este pueblo inducido por ellos, los cuales no solo no se compadecieron de este Señor, tan llagado y afligido; pero con increible ódio, con la vista de sus trabajos, creció la sed de añadir otros mayores, diciendo: Crucificale, crucificale; como quien dice: Buen principio has dadó en azotarle, acaba lo que has comenzado en crucificarle, pues los azotes preceden á la crucifixion. O qué sentimiento tan grande causarian estos clamores en los oidos del Salvador, viendo la pertinacia de aquel pueblo en pedir su muerte con mas crueldad que los gentiles, pues estos se daban ya por satisfechos, y ellos deseaban añadirle nuevos tormentos! Acordábase de los bienes que habia hecho á esta nacion, y viendo el mal pago que le daban, lastimábase por el castigo y desamparo que merecian. O alma mia, cómo no revientas de dolor, viendo tan aborrecido al que merecia ser sumamente amado! Cómo tu rostro no se baña en lágrimas, viendo el rostro de tu Señor bañado en sangre, y á sus enemigos sedientos por derramarla toda! Ama con entrañable amor al que tanto te ama, en recompensa del ódio tan injusto con que es aborrecido, y procura ser mas fervíente en amarle, que sus enemigos fueron en aborrecerle.

Enfadado Pilatos de la protervia de los pontífices y ministros, díjoles: Tomàd vosotros á ese hombre, y crucificadle, porque yo no hallo en él causa bastante para esto. Respondieron ellos: Nosotros ley tenemos; y segun nuestra ley, debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.

2. En estas palabras acusaron á Cristo nuestro Señor de blasfemo, teniendo por blasfemia que dijese de sí ser Hijo de Dios, no por adopcion, sino por naturaleza; y así, que segun la ley, debia ser castigado con

pena de muerte. En lo cual se vé la ceguedad abominable de esta gente, que tenia por blasfemia la misma verdad de Dios, aprobada por su Escritura, que decia, que el Mesías era Hijo de Dios, y confirmada con tantos milagros como Cristo hizo, para dar testimonio de ella. Por donde consta, que ellos eran blasfemos en decir que esta era blasfemia, y por consiguiente dignísimos del castigo de la ley, pero la verdadera blasfemia es perdonada y la falsa castigada, porque el Hijo de Dios quiso humillarse á ser castigado como blasfemo, para merecer el perdon de las verdaderas blasfemias. O Rey soberano, verdad es muy grande, que segun la ley habeis de morir, no porque os habeis hecho Hijo de Dios, sino porque siendo Hijo de Dios, os habeis hecho hombre, y con vuestra muerte habeis de engendrar muchos hijos adoptivos para Dios. Por ella os suplico, me hagais hijo vuestro, y como tal muera al pecado, al mundo y á la carne, y deje de vivir para mí, por vivir para Vos. Amen.

De lo dicho sacaré tambien, cuán propio es de los malos é imperfectos preciarse de la ley y no cumplirla, sino es conforme á lo que es su gusto y honra. Y para esto se aprovechan de la ley, queriendo disimular y encubrir con ella su dañada pretension [1]; pero yo abominando esta perversa y obstinada costumbre, procuraré preciarme de la ley, y del entero cumplimiento de ella, porque de otra manera, la ley será mi condenacion, manifestando mi desobediencia.

PUNTO TERCERO. — *Oyendo esto Pilatos, temió mucho; y entrando en el pretorio, dijo á Jesus; De dónde eres? Jesus no le respondió palabra alguna; y díjole Pilatos: A mí no me hablas? No sabes que tengo potestad para crucificarte, y para salvarte? Respondióle Jesus: no tuvieras potestad alguna contra mí, si no te fuera dada de arriba.*

1. En lo cual se ha de considerar la causa del temor

[1] Román. 2. 13.

de Pilatos, cuando oyó que Cristo nuestro Señor se hacia Hijo de Dios; porque las grandes virtudes que resplandecian en Cristo, le hacian muy creible, que era así como él decia, y temia mucho de condenarle, por no incurrir en la divina indignacion. O cuán admirable era la mansedumbre y paciencia, que bastó sin otros singulares milagros, para que un juez gentil siendo tan malo, tuviese por creible que un hombre tan afligido y maltratado, podia ser Hijo de Dios vivo! Dame, ó buen Jesus, que imite estas virtudes, para que seas glorificado en mí por ellas.

2. Tambien se ha de considerar la soberbia que luego salteó á este mal juez, indignándose de que Cristo no le respondia, por parecerle que era contra su autoridad. Además, su presuncion y gravedad tan hinchada, y la jactancia de sus palabras para hacerse estimar: Todo lo cual es propio de los mundanos, y ha de estar muy lejos de mí, si quiero ser del bando de Cristo.

Sobre todo se ha de considerar, la prudencia admirable de Cristo nuestro Redentor en callar, y en hablar. Calló en este caso, cuando el hablar no era mas que para su defensa; pero habló cuando era necesario, para volver por la honra de Dios, y corregir al soberbio, que presumia de su potestad; y entonces hablaba con tanta libertad, como sino estuviera en tanta miseria; y lo que le dice es: No te jactes del poder que tienes, que no es tuyo, sino del cielo, dado por mi Padre celestial, sin cuya licencia y permision nada pudieras contra mí. En lo cual resplandece grandemente la bondad del eterno Padre, que dió potestad sobre su Hijo á un tan mal juez para bien nuestro. O Juez soberano, á quien el Padre eterno dió potestad de juzgar vivos y muertos; gracias te doy por haberte sujetado á un juez tan soberbio que presume de su poder, y por otra parte tan cobarde, que no se atreve á usar de él. Líbrame, Señor, de estos extremos tan viciosos, para que ni la sober-

bia me desvanezca, ni la pusilanimidad me oprima.

PUNTO CUARTO. — *Por esta respuesta de Cristo nuestro Señor deseó mas Pilatos librarle; mas los pontífices apretáronle con amenazas, diciendo: Si suellas á este, no eres amigo del César;* como quien dice: Si le sueltas, acusarémoste delante del César, porque soltaste á su enemigo, y al que se hacia rey en perjuicio de su imperio. Y amedrentado con esto Pilatos, *sacó segunda vez á Cristo nuestro Señor á fuera, y díjoles: Ecce Rex vester, mirad á vuestro Rey.* Estas palabras se pueden considerar como dichas de Pilatos, por su propio espíritu, y como dichas por el Espíritu divino, que le movió á decirlas.

1. Pilatos las dijo por via de escarnio; como si dijera: Veis aquí á este miserable, de quien decis que se hace rey vuestro, miradle que ni es rey, ni puede pretenderlo; no es sino rey de farsa, y de representacion, como lo declara esta corona, cetro, y púrpura que trae: compadeceos de él, y no creais que este puede contradecir á César en hacerse rey. O Rey del cielo, cuán abatido estais entre los hombres en figura de rey fingido, pagando con esta humillacion, la soberbia y ambicion con que ellos desean reinar. Un rey de Israel [1], entrando en la batalla, se desnudó las vestiduras reales, por huir con este disfraz de la muerte que sus enemigos pretendian dar á él solo, sin hacer caso de los demás. Pero Vos, Dios mio, verdadero Rey de Israel, tomais insignias y apellido de rey, por entregaros á la muerte, para que muriendo Vos queden todos libres de ella. O bendito sea tal Rey, que así ama á sus vasallos, que quiere morir porque vivan ellos! Muera yo, Señor, mil muertes, porque Vos vivais en mí, y yo viva para Vos.

2. Estas mismas palabras dijo el Espíritu divino por boca de Pilatos á los judíos, para avisarles de lo que tenian presente y tanto habian deseado: *Ecce Rex vester.*

[1] 3. Reg. 22. 30.

Veis aquí al Rey que habeis estado esperando tantos años: al Rey y Mesías prometido por los profetas para vuestro remedio: al Rey que sucede en la casa de David con vara de equidad, cuyo reino ha de ser eterno: al Rey ungido por Dios para libraros de la servidumbre del demonio: aquí os le represento, mirad si le conoceis y le quereis recibir por vuestro rey.

3. Con el mismo espíritu tengo de imaginar, que estas palabras se dicen á mí, y á todos los fieles: *Ecce Rex vester*. Veis aquí á vuestro Rey, santo y sabio, manso y humilde, liberal, dadivoso, y tan amoroso, que por vuestro amor está con figura tan lastimosa, maltratado y atormentado. Veis aquí al Rey constituido por el eterno Padre sobre la Iglesia militante y triunfante [1], Rey del cielo, y de la tierra, Rey de la gloria, y Rey eterno, cuyo reino no tendrá fin. Mira, ó alma mia, si le quieres recibir por rey, y darle el debido vasallaje. Mira si te desdeñas de tener Rey tan ultrajado en lo exterior. Mira si quieres vestirte de su librea, y andar siempre en su compañía, pues para tí vino este Rey. De muy buena gana, Rey mio, os recibo y adoro por mi Rey: y cuanto os miro mas abatido, tanto de mí sois mas estimado. Vestidme de vuestra librea, que muy grande honra es del vasallo, andar vestido como su rey.

PUNTO QUINTO.—*Los pontífices respondieron á esto: Tolle, tolle, crucifige eum. Quítale, quítale de ahí, crucifícale. Dijo Pilatos: A vuestro Rey tengo de crucificar? Respondieron ellos: No tenemos otro rey sino á César.*

1. Aquí se ha de considerar, lo primero la rabia increible de esta gente, que ni aun ver á Cristo querian, y por eso dijeron, quítale de ahí; que fué decir: No le vean mas nuestros ojos, crucifícale para que de una vez se acabe. Pusieron por obra lo que de ellos refiere la Sabiduría [2]: Acechemos al justo, porque es inútil para nosotros, y contrario á nuestras obras. Danos en rostro

[1] Psal. 2. 6. [2] Sap. 2. 12.

con los pecados que hacemos contra la ley, y publícalos á todos. Dice que tiene ciencia de Dios, y se llama su Hijo: *Gravis est nobis etiam ad videndum.* Pesado es á nosotros aun el mirarle, porque su vida es muy desemejante á la de los otros, y sus caminos muy diferentes. O Justo de los justos, justísimo Salvador nuestro, utilísimo y provechosísimo para nosotros, porque sin tí todos quedaríamos inútiles y perdidos para siempre, pesada es tu vista para los malos, pero muy apacible para los buenos. Los pecadores rebeldes no querrán verte, pero los justos desean siempre contemplarte. Nunca se me quite de delante tu divino rostro, aunque sea en esta triste figura, que por mí tomaste; porque verte así, me alienta á imitar tus trabajos para despues verte y gozarte en los eternos descansos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de considerar la maldad y ceguedad de esta gente en dejar al Rey verdadero que Dios les habia dado para su bien, y aceptar por rey al tirano, que les quitaba las haciendas y la libertad que ellos tanto estimaban: y al que antes aborrecian, ahora le reciben en ódio de Cristo, y por no recibir á Cristo; y en castigo de esta maldad permitió Dios nuestro Señor que perdiesen al verdadero Rey y Mesías, y que el rey terreno que ellos escogieron, se volviese contra ellos, y los asolase y destruyese.

3. Todo esto he de aplicar á mí mismo, considerando cuántas veces dejo al Rey del cielo por el de la tierra, y por puntos de honra vana y perecedera, viviendo como si no hubiese ni tuviese otro rey mas que á Cesar. Con lo cual hago grande injuria á Dios nuestro Señor á semejanza de este pertinaz y perverso pueblo hebreo. O Rey soberano, de todo corazon me pesa por las veces que os he dejado y ofendido! Cuando era del mundo, decia con los mundanos: No tengo otro rey sino á César; pero de hoy mas, Señor, digo cuanto es de mi parte, que no quiero otro rey sino á Cristo. Vos sois

mi César y mi Rey, á quien deseo obedecer y servir de todo corazon. Y si obedeciere á los reyes de la tierra, será porque así lo quereis, y en las cosas solas que mandais; porque en lo demás, que fuere contra vuestra santa ley, no reconozco otro rey que á Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION XXXVIII.

DE LA CONDENACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Á MUERTE DE CRUZ.

Punto primero. — *Habiéndose sentado Pilatos en su tribunal, para sentenciar la causa de Cristo*[1], *envióle su mujer un recado que decia: No te metas en la causa de este Justo, porque muchas cosas he padecido hoy con visiones por él.*

Aquí se ha de considerar, como estas visiones, que padeció en sueños la mujer de Pilatos, pudieron proceder del demonio, y del buen ángel, segun lo contemplan diferentes santos, y de ambas maneras puedo sacar provecho para mí.

1. Lo primero, puedo ponderar que el demonio, viendo la extraña mansedumbre de Cristo nuestro Señor, y su invencible paciencia en tantas injurias y dolores, comenzó á sospechar que era el Mesías, Hijo de Dios, y el que habia de destruir su reino; y así amedrentó con sueños á la mujer de Pilatos, para que ella procurase estorbar su muerte, pareciéndole que por medio de la mujer persuadiria al marido lo que queria. En lo cual es digno de consideracion la invencible fuerza de la heróica virtud, pues pone admiracion á los mismos demonios; los cuales, como dice Santiago apóstol[2], creen y tiemblan: creen forzados de los indicios, y tiemblan de la majestad y santidad que creen. O si todos los hombres mirasen estas virtudes del Salvador para que cre-

[1] Matth. 27. 19. [2] Jacob. 2. 19.

yesen en él, y le respetasen! Pero no contentos con solo esto, como los demonios, tambien le imitasen y sirviesen.

2. Puedo tambien considerar, que el buen ángel con su inspiracion habló en sueños á esta mujer, y la dijo: Que si su marido condenaba á Cristo, él seria condenado, y padeceria terribles trabajos, y el pueblo hebreo seria asolado. Y á este talle le representaria algunas cosas espantosas, para que persuadiese á su marido le soltase; por lo cual ella le tuvo por justo, y así dió testimonio de ello, diciendo al marido: *Nihil tibi, et Justo illi.* No te entremetas con este Justo. O Justo y justificador de los hombres, cuya justicia es muy conocida y atestiguada, y con todo eso no es admitida ni aprobada! Justificadme con vuestra justicia, y dadme parte en ella, porque ni yo puedo vivir sin vuestra compañía, ni querria jamás apartarme de ella.

PUNTO SEGUNDO.—*Sentado Pilatos en su tribunal*[1], *pidió agua, y delante de todo el pueblo lavó sus manos, diciendo: Inocente soy de la sangre de este Justo, vosotros mirad lo que haceis. Ellos respondieron: Su sangre venga sobre nosotros, y sobre nuestros hijos.*

1. Aquí tengo de ponderar lo primero, como los Evangelistas muy á menudo nos traen á la memoria en esta historia, la inocencia de Cristo nuestro Señor, y los testimonios que de ella daba Pilatos, para que nos acordemos en cada uno de los tormentos que padece por nuestros pecados, convidándonos con esto á compadecernos mas de este Señor, y á llorar nuestras culpas, por las cuales padece tan graves penas.

2. Lo segundo, ponderaré la maldad furiosa de este pueblo judáico, que á trueco de quitar la vida á Cristo, y derramar su sangre, ofrecieron la suya, y la de sus hijos, cargándose de los castigos que merecia la muerte de este Justo tan injusta; y así les sucedió, porque la sangre de Cristo que era poderosa para dar la vida á

[1] Matth. 27. 24.

sus mismos derramadores, fué para ellos ocasion de muerte, durando en su rebeldía. Pero yo con otro espíritu diré al Padre eterno: Venga, Señor, la sangre de este Justo, Hijo vuestro, sobre mí, y sobre todos los fieles, para limpiarnos y santificarnos con ella. Yo, Señor, os ofrezco la mia, con deseo de derramarla por quien derramó por mí la suya. O sangre preciosísima de mi Salvador, no vengas sobre mí, como sobre estos rebeldes para confundirme, sino ven con misericordia para lavarme y justificarme. O Redentor mio, no permitas que á imitacion de Pilatos lave yo las manos con agua, y deje mi corazon manchado con la culpa; y que haciendo obras malas por temor humano, las quiera excusar, y lavar en la apariencia, atribuyendo á otro lo que yo miserable peco.

Punto tercero.—*Entonces Pilatos juzgó que se debia cumplir la demanda del pueblo* [1], *y entrególe á su voluntad para que hiciesen lo que querian.*

1. Esta fué la sentencia que dió el juez contra Cristo nuestro Señor, condenándole á muerte de cruz; en la cual se ha de considerar, lo primero, cuán injusta y cruel fué, pues el mismo juez conocia que era inocente, y lo testificaba, no solamente con palabras, sino con aquella ceremonia exterior de lavarse las manos, y con todo eso la pronunció, movido de temor humano, porque el pueblo no le acusase delante del César, atropellando por esto la justicia. Tambien fué cruel la sentencia, porque sabiendo que los pontífices por envidia acusaban á Cristo nuestro Señor, y por ódio deseaban que muriese tal muerte: *Tradidit voluntati eorum*, le entregó á su voluntad, siguiendo no la razon, ni leyes de justicia, ni misericordia, sino la voluntad de un pueblo furioso, que no se contentaba con menos que muerte de cruz. O dulce Jesus, no quiero entregaros á Vos, ni á vuestras cosas á tan cruel tirano, como es mi voluntad

[1] Luca 23.24.

propia, antes quiero que yo, y todas mis cosas, se entreguen á la vuestra; porque mi propia voluntad es tan cruel, que no parará hasta crucificaros otra vez en mí por la culpa; pero la vuestra es tan misericordiosa, que me librará de la muerte con su gracia.

2. Lo segundo, tengo de considerar la grande alegría de aquella gente, y la gritería que levantó cuando vió pronunciada esta sentencia, y el parabien que se darian unos á otros de haber salido con su pretension; todo lo cual era en grave injuria de Cristo nuestro Señor, que lo estaba oyendo.

3. Pero sobre todo ponderaré con mas devocion, como notificaron esta sentencia á Cristo nuestro Señor; el cual, aunque vió que era injustísima de parte del juez, pero mirando como venia por órden del eterno Padre, para remedio del mundo, luego la aceptó de muy buena gana, no apeló ni suplicó, ni se quejó del agravio que le hacian, ni habló palabra contra el juez, ni contra sus ministros, sino con gran voluntad se ofreció á la ejecucion de ella por nuestro bien, entregándose con su voluntad amorosa á la voluntad rabiosa de sus enemigos, para que hiciesen de él lo que Pilatos habia sentenciado. Gracias te doy, dulcísimo Redentor, por esta voluntad con que aceptaste sentencia tan injusta y tan cruel, por librarme de la justa sentencia de condenacion eterna que contra mí estaba dada. Con qué te pagaré yo esta voluntad? Veis aquí te entrego la mia, para cumplir en todo la tuya. Aparejado estoy para aceptar cualquier sentencia de trabajos, que por tu ordenacion ó permision contra mí se diere; y ayúdame con tu gracia para que nunca por temor ni cobardía me aparte de cumplir lo que mandas, ni falte en el oficio que me encargas.

4. Demás de esto, piamente puedo contemplar, que alguno de los discípulos, que allí se halló encubiertamente, iria á dar la nueva á la Vírgen nuestra Señora,

y la diria la figura lastimosa en que habia visto á su Hijo, y como quedaba ya condenado á muerte de cruz; con la cual nueva su corazon quedó traspasado, espinado y atormentado mas de lo que se puede sentir y decir; pero con grande resignacion en la divina voluntad pasaria por la sentencia, entendiendo que su Hijo pasaba por ella, por conformarse con la voluntad del Padre. O Virgen soberana, esforzad vuestro corazon, porque habeis de hallaros presente al sacrificio para ofrecer al Padre eterno lo que recibísteis de su mano; y si os dá mucha pena la triste nueva que oís con vuestros oidos, mayor os la dará el triste espectáculo que veréis con vuestros ojos.

MEDITACION XXXIX.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR LLEVÓ LA CRUZ Á CUESTAS Y DE LO QUE SUCEDIÓ HASTA LLEGAR AL CALVARIO.

Punto primero.—Oida y aceptada la sentencia[1], los soldados hicieron tres cosas notables por órden del juez. La primera, fué desnudar á Jesus la vestidura de púrpura, y vestir sus propias vestiduras, para que fuese conocido por ellas; pero no leemos que le quitasen la corona de espinas, antes se la dejaron puesta por no darle aquel alivio. O dulce Jesus, muy bien habeis representado el personaje de rey verdadero, y por eso os dejan la corona, que representa la perpetuidad de vuestro reino. Tiempo es ya que representeis el personaje de ladron y malhechor sin serlo, con las insignias de los verdaderos ladrones y malhechores. En lugar de la caña hueca que os quitan de las manos, habeis de abrazar con ella el madero de la cruz, y en compañía de ladrones saldréis á morir con ellos en ella. Tambien se pueden ponderar las palabras afrentosas que le dirian, como á hombre condenado por facinero-

[1] Matth. 27. 31. Marc. 15. 20.

so; y la crueldad con que le llevaron á la sala donde le habian azotado para desnudarle, dándole sus vestiduras sangrientas para que se las vistiese. Lo cual tuvo misterio, porque como Cristo Señor nuestro, para llevar su cruz, se desnudó de las vestiduras agenas que le habian puesto en casa de Herodes y Pilatos, y se vistió las suyas propias; así yo para llevar mi cruz é imitarle, tengo de desnudarme de todas las costumbres viciosas del mundo y carne, y vestirme las que son propias de Cristo, por las cuales tengo de ser conocido y tenido por discípulo suyo, especialmente la mansedumbre, paciencia, misericordia y entrañas de caridad.

2. La segunda causa, fué, traer allí el madero de la cruz grande y muy pesado; en lo cual ponderaré lo que Cristo nuestro Señor sentiria y diria dentro de su corazon cuando le vió, como interiormente se regalaria con ella, y diria mucho mejor que despues dijo san Andrés: *Salve crux pretiosa, diu desiderata, solicite amata, sine intermissione quæsita, et aliquando cupienti animo præparata.* Dios te salve, cruz preciosa, que tantos años has sido por mí deseada con gran deseo, amada con solicitud, buscada con grande continuacion, y estás ya aparejada para el que desea verse junto contigo: ven, y abrazarte he con mis brazos, porque me has de recibir en los tuyos: ven, y te daré beso de paz con mi boca, porque tengo de reclinar en tí mi cabeza, y dormir en paz el último sueño de la muerte. O con qué ternura abrazaria nuestro Salvador su cruz santificándola con aquel primer abrazo! Con qué ganas la tomaria en sus manos, y la pondria sobre sus afligidos hombros! O dulce Jesus, dame gracia para que mire tu cruz con tales ojos, y la abrace con este amor, y la busque con este deseo, gloriándome de la cruz, y no descansando hasta morir en ella.

3. La tercera cosa fué, sacar de la cárcel otros dos

ladrones, para que fuesen con él por el camino, como dice san Lucas, y para que muriesen juntos; lo cual resultaba en grande ignominia del Salvador, para que fuese tenido por ladron y malhechor. O con cuán diferentes ojos miraron estos ladrones la cruz, estremeciéndose con su vista, y cerrando los ojos por no verla! Estos amaron la culpa, y aborrecieron la pena; pero nuestro amado Jesus amó la pena, y aborreció la culpa. Estos huian de la pena que merecia su culpa propia; pero Cristo aceptó la pena que merecia la culpa agena. Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por la dulcedumbre con que abrazaste la pena de la cruz sin la culpa, por librarme de ella, trueca mi corazon á semejanza del tuyo, porque ya que como los ladrones cometí las culpas, acepte de buena gana como tú las penas que merezco por ellas, y me ofrezca con caridad á llevar tambien las agenas, padeciendo por la salud de mis prójimos, algo de lo mucho que padeciste por ellos.

Punto segundo. — *Cargándose Jesus de la cruz, salió caminando hácia el monte Calvario.*

1. Sobre este punto tan lastimoso tengo de considerar, lo primero, la grande afrenta de Cristo nuestro Señor en aquella primera salida de casa de Pilatos, cargado de su cruz, y en medio de ladrones, con voz de pregoneros que publicaban sus delitos, y con grande gritería del pueblo, concurriendo innumerable gente á ver este espectáculo. O ángeles, que estais mirando esta salida de vuestro Señor tan afrentosa, cómo no salís de vuestro cielo á pregonar la causa de ella, para volver por su honra? O Padre eterno, qué haceis viendo salir á vuestro Hijo cargado con la leña de la cruz en que ha de ser sacrificado? Salís por ventura como otro Abrahan con su hijo Isaac [2], llevando en vuestras manos el fuego y el cuchillo con que se ha de hacer el sacrificio? O fuego de amor, que ardes tanto en el corazon del Pa-

[1] Jean. 19. 17. [2] Genes. 22. 6.

dre, que le haces desenvainar el cuchillo de su justicia sobre el Hijo, para que sea sacrificado, y muerto por dar vida al pecador! Abrásame, Señor con este fuego, para que ame á quien tanto me ama. Hiéreme con ese cuchillo, de modo que muera en mí todo lo que te desagrada. Pero qué será la causa, Dios mio? Porqué no salís con vuestro Hijo, como Abrahan de noche, y con solos dos criados, y no á medio dia con grande estruendo de gente que se halle al sacrificio? O fuego de amor, que ardes y luces, y quieres que tus obras rezplandezcan, y abrasen como el sol de medio dia! Descúbreme la grandeza de esta caridad del Padre, y la profundidad de la humildad y obediencia del Hijo, para que me precie de sus desprecios, y los abrace con amor á vista de todo el mundo.

2. Lo segundo se ha de considerar la grande afliccion y dolor que sentiria el cuerpo flaco de Cristo nuestro Señor con carga tan pesada. Qué de veces tropezaria, y arrodillaria con el peso, por estar el cuerpo muy debilitado con los tormentos pasados? Cómo sudaria en congoja, oprimido con la carga de aquel madero? Cómo iria regando las calles con la sangre que corria de las llagas oprimidas y exprimidas con aquella viga de lagar que caia encima de ella? O sangre de Dios vivo, sangre de infinito valor, mezclada con el lodo de las calles, y hollada de viles hombres! O ángeles del cielo, cómo no venís á recoger esta preciosa sangre! Y cómo no ayudais á este Señor tan desangrado, para que pueda llevar tan pesada carga! O dulce Jesus, quien pudiera llevarla sobre sus hombros, para que recibieran algun alivio los tuyos! Mas ya veo, Señor, que son menester hombros de Dios para llevarla: sobre ellos ha de cargar tu principado[1], que comienza por la cruz, y la llave de la casa de David[2], para con ella abrirnos la puerta del cielo que hasta aquí ha estado cerrada.

[1] Isai. 9. 6. [2] Isai. 22. 22.

3. Lo tercero, tengo de ponderar cuánto mas sentia Cristo nuestro Señor la carga de nuestros pecados, que la carga de la cruz; porque si David decia[1], que los suyos eran para él carga pesada, cuánto mas pesada seria la carga de los pecados de todos los hombres pasados, presentes y por venir; la cual cargó toda sobre este Señor, de quién dice Isaías[2]: Todos nosotros erramos como ovejas, cada uno se fué por su camino, y el Señor puso sobre él la maldad de todos nosotros. Mis pecados, ó dulce Jesus, son los que cargan sobre tus hombros! Yo soy la oveja que erré, y tú eres llevado como oveja al matadero del monte Calvario, para ser sacrificado por mis yerros! O quién nunca los hubiera cometido, por no darte tanto trabajo! Pero ya que la culpa es mia, razon es que lleve parte de la pena, y que cargue sobre mí la cruz que tengo merecida. Yo, Señor, me ofrezco á llevarla, como tú llevaste la tuya.

Punto tercero.—*Caminando Jesus con su cruz á cuestas*[3], *asieron de un hombre, llamado Simon Cirinense, que venia de una granja, y le forzaron á que llevase la cruz detrás de Jesus.*

1. Sobre este paso se ha de considerar, la grande fatiga que llevaba Cristo nuestro Señor en este camino, de lo cual tomarian sus enemigos ocasion para baldonarle, por la flaqueza que mostraba, diciendo por otra parte, que era Hijo de Dios, y que en tres dias podia levantar la máquina del templo. Todo lo cual sufria el Señor con admirable paciencia, hasta que los príncipes de los sacerdotes, temiendo no se les muriese en el camino, le quitaron la cruz, no por aliviarle, sino por la gana que tenian de crucificarle en ella. De donde sacaré consuelo en mis trabajos, y en la cruz que me cupiere en suerte, aunque sea muy pesada, confiando en la misericordia de Jesucristo nuestro Señor, que proveerá quien me ayude á llevarla, acordándome de lo que dice san Pa-

[1] Psal. 37. 5. [2] Isai. 53. 6. [3] Matt. 27. 32. Marc. 15. 21. Luc. 23. 26.

blo [1]: *Lassati sumus supra modum, et supra virtutem.* Hemos sido cargados de tribulaciones sobre todo modo, y sobre nuestra virtud y fortaleza: de manera, que teníamos enfado de la vida, y tuvimos ya respuesta de muerte; pero de todo nos libró Dios, y nos librará en adelante.

2. Tambien ponderaré, como Cristo Señor nuestro aunque pudiera llevar su cruz solo hasta el Calvario, esforzando para ello su carne milagrosamente, no quiso usar de este poder, sino que la cruz se diese á otro que la llevase trás él, para significar, que la cruz se habia de comunicar con sus fieles, que á imitacion suya habian de llevarla, cumpliendo lo que habia dicho: Si alguno quiere venir en pos de mí [2], niéguese á sí mismo, tome su cruz cada dia, y sígame. O buen Jesus, si Vos vais delante, y llevais primero la cruz tan pesada, que os hace arrodillar, qué mucho os siga yo, llevando la mia con las fuerzas que me dais para llevarla? Cruz es, Señor, la que llevo; vuestra y mia; vuestra porque Vos la llevásteis primero, y por vuestra órden viene, y por vuestra causa se lleva; pero es mia, porque está cortada á la medida de mis fuerzas, y es para mi provecho; porque nunca me diérais vuestra cruz, si no fuera por darme juntamente los gloriosos frutos que proceden de ella.

3. Lo tercero, consideraré como ninguno se halló que quisiese llevar la cruz de Cristo, ni ayudarle en este trabajo; porque los judíos tenian por género de maldicion y de irregularidad tocar la cruz [3], por cuanto, segun la ley, era maldito quien moria en ella. Los soldados gentiles teníanlo por afrenta: y entre los discípulos y amigos de Cristo, ninguno se atrevió á ello, porque el miedo los tenia acobardados; y así hubieron de forzar á un pasajero y extranjero que la llevase. En lo cual se re-

1. Cor. 1. 8. [2] Matt. 16. 24. Marc. 8. 34. Luc. 9. 23. [3] Deut. 21. 23. Galat. 3. 13.

presentaban varias suertes de personas, que huyen de la cruz de Cristo: unos, porque no creen la virtud que Dios ha puesto en ella, como los infieles: otros, porque la tienen por afrenta, y contraria á su honra, como los soberbios y ambiciosos: otros, por temor del trabajo que hay en llevarla contra su sensualidad, como los regalados y carnales. O quién diera fuentes de lágrimas á mis ojos para llorar como san Pablo[1], los muchos que andan por el mundo, enemigos de la cruz de Cristo, cuyo Dios es el vientre, y la gloria vana para su propia confusion! O Rey de gloria, no permitas que yo sea enemigo tuyo! No quiero tener por Dios al vientre, ni á la gloria mundana, sino á Cristo crucificado: su cruz será mi regalo y mi gloria; y siendo amigo de la cruz, lo seré tambien del que murió en ella.

4. Lo cuarto ponderaré, como todos tenemos horror natural á la cruz, y no hay quien la lleve, sino es en alguna manera forzado, como Simon Cirinense[2], pero en diferente manera; porque unos la llevan con impaciencia y sin mérito, otros con paciencia y mérito, haciendo de necesidad virtud, como este Cirinense; pero á otros mas suavemente fuerza el mismo Dios con la eficacia de su inspiracion y de su gracia, por la cual vencen su repugnancia y la inclinacion de la carne, y con voluntad pronta del espíritu aceptan llevar la cruz: y como san Pablo, se glorian y gozan de llevarla en todo tiempo y lugar. O dulce Salvador, que á ninguno quieres forzar á que lleve tu cruz contra su voluntad! Y por esto dijiste[3]: Si alguno quisiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame, pues mi carne repugna y contradice á llevarla. Prevéngame tu gracia, para que con ella yo la fuerce y tome de grado tu cruz, siguiéndole á tí, pues tan de grado la llevaste por mí.

Punto cuarto. — Luego consideraré las circunstancias de este hombre, que llevó la cruz de Cristo nuestro

[1] Philip. 3. 18. [2] D. Bern. 34. in Cant. et infra Medit. 53. [3] Lucæ 9. 23.

Señor, sacando de ellas el espíritu que tienen; pues no sucedieron acaso.

1. Lo primero, llamóse Simon, que quiere decir obediente, para significar que la virtud de la obediencia se señala en vencer la repugnancia de la voluntad propia, y en aceptar la cruz que Dios nos diere, de cualquier modo que nos la diere: y los obedientes son los que alivian á Cristo y á sus vicarios; los demás antes le son carga, haciendo como dice san-Pablo [1], que lleven la suya gimiendo. O Jesus dulcísimo, que tomaste la cruz por obediencia, y te humillaste á tí mismo, haciéndote obediente hasta morir en ella! Pues amas tanto á los obedientes, que no quisiste dar tu cruz, sino al que tenia nombre de obediente, dame esta soberana virtud, con la cual me sujete á tu ordenacion, haciendo y padeciendo lo que de ella procediere, aunque sea para mí cruz muy pesada.

2. Lo segundo, era extranjero, y venia de una granja caminando á Jerusalen, para significar, que los que se han de encontrar con Cristo nuestro Señor, y ser dignos de tomar su cruz, han de resolver á vivir como peregrinos, y dejar el mundo, y sus costumbres agrestes y profanas, enderezando sus pasos y obras á la celestial Jerusalen: y si de esta manera deseo vivir, cuando mas descuidado estuviere, encontraré con Cristo, y me hará digno de que padezca con él y por él. O dichoso encuentro con Cristo cargado de su cruz! O si fuese tan dichoso, que me saliese al camino de esta manera, y pusiese sobre mis hombros la cruz que llevó sobre los suyos! Simon se llamaba tambien el apóstol, á quien saliendo de Roma salió Cristo al encuentro, diciéndole; que volvia á Roma á ser otra vez crucificado: Vamos, ó Salvador mio, juntos, y juntos llevemos la cruz; pero no sea yo como Simon Cirinense, que la llevó y no murió en ella, sino como Simon Pedro, que fué cru-

[1] Hebr. 13. 17.

cificado con Vos, siendo Vos crucificado en él.

3. Finalmente, como el trabajo de Simon Cirinense duró poco, y hasta hoy dura la memoria de él, y de sus hijos en la Iglesia, como de personas señaladas en virtud, y por esta causa san Marcos las nombró todas. Así los que llevan la cruz de Cristo nuestro Señor, aunque comienzan por fuerza, prosiguiendo con la paciencia de grado, su trabajo durará poco, y su gloria será mucha; porque quien lleva la cruz con Cristo nuestro Señor, reinará con él para siempre en su gloria.

Punto quinto. — *Seguia á Jesus gran muchedumbre del pueblo y de mujeres, llorando y lamentando; y volviéndose á ellas las dijo* [1]: *Hijas de Jerusalen, no querais llorar sobre mí, sino sobre vosotras, y sobre vuestros hijos, porque vendrá dia en que se dirá: Bienaventurados los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Y á los montes se dirá: Caed sobre nosotros. Y á los collados: Cogednos debajo, porque si en el madero verde se hace esto, qué se hará en el seco?*

1. Sobre este punto tengo de considerar; lo primero, los diversos fines de estos que seguian á Cristo nuestro Señor, porque unos le seguian para crucificarle, como los soldados y verdugos; otros para escarnecer de él, y regocijarse en verle morir, como los sacerdotes y escribas: otros por curiosidad de ver este espectáculo tan nuevo: y otros por algun conocimiento y amistad que tenian con Cristo, llorando de compasion natural los trabajos que padecia; pero ninguno de estos le seguia para ayudarle á llevar la cruz, ni con deseo de morir con él, al modo que habia dicho [2]: Si alguno quisiere venir en pos de mí, tome su cruz, y sígame. O buen Jesus, dame gracia que te siga, no como esta turba del pueblo, sino como tú quieres ser seguido, abrazando tu cruz para morir contigo en ella.

2. Lo segundo, se ha de considerar, como Cristo

[1] Lucæ 23. 28. [2] Luc. 9. 23.

nuestro Señor, en medio de tanto tropel de gente y de tanta ignominia, conservó su divina autoridad; y volviéndose á las mujeres que le seguian y lloraban, les enseñó el modo como habian de llorar con mas perfeccion, diciéndolas: *No querais llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras.* En las cuales palabras no prohibe el llorar su pasion, pues es justo que la lloren todos, sino el modo, llorándola solamente como miseria humana, y con olvido de la causa porque padece, que son nuestros pecados; como quien dice: No lloreis tanto por mí y por lo que padezco, cuanto por vosotros y por vuestros pecados, y por los pecados de vuestros hijos, que son causa de mi pasion. O Maestro soberano, que en medio de tantos trabajos no te olvidas de tu oficio, enséñame á llorar sobre tí, y sobre mí, y sobre mis projimos: sobre tí, llorando lo mucho que padeces por mi causa: sobre mí, llorando lo mucho que pequé contra tí: sobre mis prójimos, llorando sus pecados, al modo que tú muchas veces lloraste por ellos.

3. Lo tercero, ponderaré la infinita caridad de este Señor, que como olvidándose de sus trabajos, quiere que lloremos los nuestros, y los de nuestros prójimos, especialmente los castigos de aquellos que no se aprovechan de su pasion y muerte, para alcanzar perdon de sus pecados. Y para eso nos dice aquella temerosa sentencia: *Si en el madero verde se hace esto, que será en el seco?* Que fué decir: Si á mí, que soy árbol verde y fructuoso, me castiga tan terriblemente la divina Justicia, por los pecados agenos, cómo castigará á los pecadores, que son maderos secos y desaprovechados, por sus pecados propios? Si yo inocente, he sido azotado, abofeteado, espinado y escarnecido, y ahora voy con esta cruz á ser enclavado y ahelcado, que será de los culpados? Qué azotes? qué espinas? qué bofetadas? qué desprecios? qué hiel y tormentos vendrán por ellos cuando sean juzgados? O alma mia, cómo no

tiemblas del espantoso castigo que te espera, si eres árbol seco? Si no te mueven á llorar tus pecados, ver lo mucho que tu Dios padece por ellos, muévate siquiera ver lo mucho que tú padecerás, si no te aprovechas de lo que él padeció? Si no despiertas con las voces amorosas de misericordia que dá la sangre de Cristo, vertida con tanto amor, despierta con los clamores de justicia, que dá contra los rebeldes esa misma sangre, derramada con tanto dolor. O Padre eterno, apláquese vuestra ira con lo que padece vuestro Hijo inocente! Satisfágase vuestra justicia con los frutos que produce este árbol de vida; y aunque yo como árbol seco, merezca ser cortado para el fuego del infierno; mas por sus merecimientos os suplico me engirais en él de nuevo, para que lleve frutos dignos de vida eterna. Amen.

Punto sexto.—Lo sexto, se ha de considerar, como segun piamente se cree, la Vírgen santísima, oida la nueva triste de la condenacion de su Hijo á muerte, salió con san Juan y con la Magdalena y otras devotas mujeres en su busca, siguiéndole con excesivo dolor por el rastro de la sangre.

1. Y al tiempo que Cristo nuestro Señor volvió el rostro á las hijas de Jerusalen, levantó sus ojos para ver á su Madre, y la Madre levantó los suyos para ver al Hijo; y encontrándose los ojos de los dos, se penetraron los corazones, y cada uno quedó traspasado de dolor con la vista del otro. O qué cuchillo de dos filos tan agudo penetró el alma de la Vírgen, cuando vió á su amado Hijo con aquella corona de espinas, que su madrastra la sinagoga le habia puesto! Y cuando vió su divino rostro tan desfigurado, su cuerpo tan acorvado con la carga de aquel pesado madero, en medio de dos ladrones, y rodeado de innumerables sayones, que por todas partes le atormentaban! Si las hijas de Jerusalen así lloraban y sentian las penas de Cristo nuestro Señor, no teniéndole mas que por santo, cómo las llora-

ria y sentiria la que le tenia por su Hijo y por su Dios?

2. Alzó luego los ojos del ánima al eterno Padre, y vióle en espíritu [1], que estaba allí con el cuchillo y con el fuego para el sacrificio de su Hijo, y con grandes gemidos de corazon, diria [2]: O fuego del amor divino, que nunca dices basta, dí esta vez basta, pues basta lo que mi Hijo ha padecido, para que el mundo quede remediado. O cuchillo de la divina Justicia, entra en tu vaina, pues basta la sangre que has derramado, por paga de las injurias que te han hecho! O Padre eterno, cese el rigor de vuestra justicia contra vuestro Hijo y mio, pues basta lo que ha pagado, para que quede satisfecha! O convertid tambien el cuchillo contra mí, para que yo muera juntamente con él por los pecadores, porque vivir sin él, es para mí muerte, y morir con él, será vida; pero no se haga mi voluntad, sino la vuestra.

O Padre de misericordias! pues por vuestra ordenacion Abrahan fué á ofrecer el sacrificio de su hijo Isaac, sin que su madre lo supiese; porqué quereis que vuestro Hijo sea sacrificado, sabiéndolo su Madre, y asistiendo ella al sacrificio? Nuevo tormento es este del Hijo, y de la Madre; pues porqué quereis que crezcan los tormentos del uno, con la presencia del otro? Mas ya sé, Señor, vuestra costumbre en atormentar mucho á los que mucho amais, para que crezcan mucho en vuestro amor, ó descubran el que os tienen, estimando en mas vuestra voluntad, que la suya, y ofreciéndose á morir por dar vida á los que aman. O Vírgen sacratísima, pues tanto amais á los pecadores, que os ofreceis con vuestro Hijo á morir por ellos, mostrad conmigo el amor que me teneis, en darme á sentir los dolores que sentísteis viendo á vuestro Hijo tan lastimado, para que me ofrezca á morir con él á todo lo terreno, crucificando mi carne por su amor. Amen.

[1] Gen. 22. 6. [2] Prov. 30. 16.

Ultimamente consideraré *como caminando Cristo nuestro Señor en la forma dicha, salió por las puertas de la ciudad, y llegó al monte Calvario.*

3. En lo cual se ha de ponderar, lo que Cristo nuestro Señor sentiria cuando salió de la ciudad de Jerusalen con aquellas insignias de pecador, acordándose como aquella desdichada ciudad le echaba fuera de sí, y por ello seria destruida y asolada, y su pasion seria de provecho para los demás que no tuviesen parte con pertinacia en las traiciones y maldades de ella. O buen Jesus [1], que salís fuera de la ciudad, para que vuestra carne, figurada por la de los antiguos cabrones, sea ofrecida en holocausto por mis pecados! Ayudadme á salir de la perversa ciudad de este mundo, y de la compañía estragada de los mundanos, llevando sobre mis hombros vuestros desprecios, preciándome de ellos, y abrazando con amor vuestros tormentos.

MEDITACION XL.

DE LO SUCEDIDO EN EL MONTE CALVARIO ANTES DE LA CRUCIFIXION.

PUNTO PRIMERO.—Lo primero se ha de considerar, las causas porque Cristo nuestro Señor quiso ser crucificado en el monte Calvario, al medio dia, y en tiempo de tanta solemnidad, pues todo esto tiene misterio, atento que no acaso, sino por su eleccion y voluntad, escogió ser crucificado, y en el modo, tiempo y lugar, con las demás circunstancias del sacrificio [2].

La principal causa fué, para que su crucifixion y muerte por todas partes fuese para él mas penosa, y para nosotros mas provechosa, por los raros ejemplos de virtud que por esta ocasion resplandecieron en ella. Quiso morir en campo raso, para que sus ignominias y tormentos fuesen mas públicas, y pudiesen se[illegible]s de

[1] Hebr. 13. 11. [2] D. Thom. 3. p. q 46. art. 10. ad 2.

todos, pues eran para bien de todos. Quiso que este campo fuese el monte Calvario, donde eran justiciados los malhechores, para que su muerte fuese mas afrentosa, muriendo en el lugar donde eran castigados los hombres por enormes delitos, y para que se entendiese que moria, no tanto por sentencia de la justicia humana, cuanto por sentencia de la divina Justicia, en castigo de los pecados de los verdaderos malhechores, para pagar sus penas, y librarlos de las culpas. Quiso que este lugar se llamase Calvario, por estar lleno de calaveras de los justiciados, lugar hediondo y asqueroso, para que todo esto le causase horror, y se entendiese que su sangre era para salud de vivos y muertos, y para vivificar las almas, y á su tiempo los cuerpos. Quiso tambien ser crucificado al medio dia, para que todos con claridad pudiesen ver su desnudez é ignominia, y lo que padecia por todos con exceso de fervor, significado por el sol de medio dia [1]. Y por esta misma causa escogió morir en dia solemne de Pascua, cuando concurria á Jerusalen innumerable gente; porque llegando sus pasiones á noticia de muchos, fuesen mas afrentosas, y todos pudiesen aprender de la heróica humildad, paciencia y caridad, con que padecia tales cosas, y de tales perseguidores, y con tales circunstancias, cuales nunca en el mundo fueron vistas. Gracias te doy, dulcísimo Redentor, por haber escogido para tu muerte lo peor y mas desechado de la tierra: para entrar en el mundo, escogiste un vil establo, y para salir de él, un infame Calvario: para nacer, escoges un lugar asqueroso, morada de animales; y para morir, tomas otro lleno de calaveras de malhechores. Cuando naciste, concurrió mucha gente á Belen, para que te fuese ocasion de no hallar posada; y cuando mueres, concurre mucha gente á Jerusalen, para que te sea ocasion de mayor infamia. Naciste á media noche, y en ciudad pequeña, para que fue-

[1] D. Tho. 3. p. q. 46. art. 9.

se oculto tu nacimiento glorioso; y padeces á medio dia en ciudad muy grande, para que sea manifiesta tu muerte afrentosa. Y pues tu eleccion es siempre acertada, concédeme, Salvador mio, que á imitacion tuya escoja para mí lo peor del mundo, huyendo lo que es honra, y abrazando lo que es deshonra, perseverando en la humillacion hasta la muerte. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — *Llegado al monte Calvario, diéronle vino mirrado, mezclado con hiel; y como lo gustase, no quiso beberlo* [1].

1. Aquí se ha de considerar, lo primero [2], la grande crueldad de estos sayones, porque acostumbrando á dar buen vino á los que habian de justiciar para confortar su desmayo, y estando Cristo nuestro Señor afligidísimo, y apretado de sed, por estar muy desangrado, y haber hecho tantos caminos, al tiempo que le hubieron de dar el vino, se lo mezclaron con hiel y mirra amarga, para atormentarle la lengua, boca y estómago, donde no habian llegado los azotes, ni las espinas. Pero Cristo nuestro Señor, aunque sabia el vino que le daban, gustólo, aunque no lo tragó, queriendo gustar aquella amargura, y padecer aquel tormento en su seca lengua, y afligida boca, y pagar de esta manera los deleites sensuales de la gula y embriaguez nuestra, dándonos ejemplo de paciencia cuando en nuestros trabajos no halláremos alivios de los hombres, sino aumento de ellos: y tambien ejemplo de sufrimiento, cuando en nuestra hambre y sed nos faltare lo necesario, ó nos dieren comida desabrida, pues en la suya le dieron hiel [3]. O dulce Jesus, cuán cara te cuesta la paga de nuestras gulas! No se dirá por tí, que los padres comieron la uva aceda, y los hijos padecen la dentera: antes al contrario, tus hijos comimos las uvas amargas, y los agrazones de los pecados, y tú padeces la dentera, gustando las amargu-

[1] Matt. 27. 34. Marc. 15. 23. [2] Prov. 31. 6. [3] Ps. 68. 32. Jer. 31. 29. Ezec. 18. 2.

ras y tormentos que merecimos por ellos. Perdona, Redentor mio, las demasías que en este vicio he cometido, y sea salsa de mi comida la memoria de tu hiel [1], para que ni la falta del manjar me aflija, ni su deleite me arrebate.

2. Lo segundo, se ha de considerar los muchos hombres que ahora dan á beber á Cristo nuestro Señor, vino mezclado con hiel, ofreciéndole obras de suyo buenas, con intenciones perversas y circunstancias abominables: Vino con hiel es la doctrina, mezclada con errores: la fe, con malas obras: el celo, con venganza: la limosna, por vanagloria: la oracion, con distracciones voluntarias, y todas las obras de hipocresía. Esta es la uva, que llama Moisés uva de hiel, y el vino que llama hiel de dragones [2], con que los pecadores convidamos á Cristo; pero aunque lo gusta, no lo traga, sino luego lo escupe de la boca, porque le desagrada y ofende sumamente tal modo de bebida. O Rey soberano, cuán diferente comida y bebida me das de la que yo te doy. Tú me das el pan de tu cuerpo santísimo, y el vino saludable de tu preciosísima sangre, mezclado con miel de consolaciones suavísimas: y yo en retorno te vuelvo pan y vino, mezclado con hieles amarguísimas. Perdona, Señor, mi desagradecimiento, y ayúdame con tu divina gracia, para que te ofrezca de hoy mas vino de buenas obras [3], tan puro y oloroso, que te alegre el gustarlo y rumiarlo, y admitirlo en tu corazon, juntándome con él con union de perfecto amor.

Algunos contemplan, que dieron á beber á Cristo nuestro Señor dos veces en llegando al monte Calvario. La primera vez, le dieron vino escogido, que llama san Marcos mirrado y confeccionado, cual solian dar á los que habian de ser crucificados, para que los enagenase de los sentidos, y sintiesen menos el tormento. Y de este dice el evangelista san Marcos, *noluit accipe-*

[1] Thren. 3. 19. [2] Deut. 32. 32. [3] Cantic. 7. 3.

re; que no lo quiso recibir. Y por esta causa aquellos crueles soldados con rabia le dieron segunda vez vino, mezclado con hiel; del cual tambien, dice el evangelista san Mateo, que lo gustó, pero no quiso beberlo: y siendo esto así, resplandece la caridad de Cristo nuestro Señor, en no querer tomar el primer vino por no recibir aquel alivio, sino padecer con su sentido entero, y sentir mucho la terribilidad de sus dolores; y en gustar el segundo vino, para sentir su amargura, aunque no lo tragó, por la significacion dicha.

Punto tercero.—Lo tercero se ha de considerar, como para crucificar á Cristo nuestro Señor, primero le desnudaron de todas sus vestiduras, hasta la túnica interior, con gran dolor y afrenta.

Cuatro veces desnudaron á Cristo nuestro Señor en su pasion, en castigo de las muchas que yo me desnudé la vestidura de la gracia, ofendiéndole con mis pecados. La primera, cuando le azotaron. La segunda, cuando le coronaron de espinas para vestirle de púrpura. La tercera, cuando despues le desnudaron la púrpura, y le tornaron á poner sus vestiduras. La cuarta, fué para crucificarle, y esta fué la mas dolorosa y afrentosa, porque es de creer, que la túnica estaria pegada á las carnes llagadas, y quitáronsela con grande crueldad, desollándole, como cuando trasquilan sin tiento á la oveja, y la llevan con las tigeras pedazos del pellejo con la lana. La afrenta que padeció era gravísima, viéndose desnudo del todo en medio de un campo lleno de innumerable gente, burlando y escarneciendo de él los que le miraban. Todo lo cual sufria este pacientísimo Cordero con incomprensible paciencia y humildad, ofreciéndolo al eterno Padre, por la confusion, que nuestros pecados merecian; y dándonos ejemplo de sufrimiento, cuando nos faltare el vestido, y lo demás necesario para el cuerpo, y exhortándanos á la desnudez y pobreza evangélica que habia predicado, y siem-

pre desde que nació habia ejercitado. O Salvador mio, cuán á la letra quereis cumplir lo que está escrito[1]: Desnudo salí del vientre de mi Madre, y desnudo tengo de volver á ella. Desnudo nacísteis en el mundo, cubriéndoos luego vuestra Madre con unos viles y pobres pañales; y al tiempo de salir del mundo estuvísteis tambien desnudo de la vestiduras que ella os habia dado, sin que le fuese permitido cubriros con otras. O segundo Adan celestial, cuán caro os ha costado la desnudez del primer Adan terreno, nacida de su desobediencia[2], pues para cubrirla con la vestidura de vuestra gracia, fué menester que Vos estuviéseis desnudo con tanta ignominia. O vino del divino amor, que así embriagaste á este divino Noé[3], reparador del mundo, que le dejaste desnudo, escarnecido y mofado del pueblo que tenia por hijo. Embriágame tambien á mí para que me desnude de todas las cosas terrenas, y siga desnudo al desnudo Jesus, gustando de sus desprecios. Desnudo salí, Salvador mio, del vientre de mi madre, desnudo como Vos quiero volver á él, vuestra desnudez será mi vestidura; vuestra deshonra mi librea: vuestra pobreza será mi riqueza: vuestra confusion mi gloria; y vuestra muerte será mi vida, porque muriendo con Vos, resucitaré á nueva vida con Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLI.

DE LA CRUCIFIXION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero.—Despues que Cristo nuestro Señor estuvo desnudo[4], habiendo puesto la cruz tendida en la tierra, mandáronle los soldados que se tendiese de espaldas sobre ella, y al mismo punto se tendió, extendiendo sus brazos y piés, para que fuesen enclavados.

[1] Job 1. 21. [2] Genés. 3. 10. [3] Genes. 9. 21. [4] Matth. 27. 35. Marc. 15. 24. Luca 23. 34. Joan. 19. 18.

1. En lo cual se ha de ponderar, la obediencia excelentísima de este Salvador, la cual resplandeció en oir y obedecer puntualmente á la voz de aquellos crueles sayones, en cosa tan áspera y terrible, como era tenderse sobre aquella durísima cama de la cruz, para ser crucificado en ella, dándome ejemplo de obedecer á mis prelados, aunque sean malos, y de sujetarme á toda humana criatura por su amor, en lo que no fuere contrario á la divina ordenacion. O Adan celestial, que tendiste tus manos [1], no como el Adan terreno, para tomar la fruta del árbol con desobediencia, sino para ser cosidas en otro árbol por obediencia; dame gracia para que yo levante las mias á cumplir tus mandamientos, tendiéndome, si fuere menester, en cama de cruz, para morir en ella por tu amor.

2. Luego ponderaré, lo que haria Cristo nuestro Señor cuando se vió de espaldas sobre aquella dura cama, porque sin duda levantaria los ojos al cielo, y daria gracias al eterno Padre [2], porque á tal tiempo le habia traido, y con grande voluntad se ofreceria á ser sacrificado sobre aquel altar, con sacrificio sangriento por nuestros pecados; y así como el obediente Isaac se dejó atar de su propio padre, y por su mano fué puesto encima del altar y de la leña, y allí estaba esperando el golpe de la espada; así nuestro dulce Jesus estaba sobre el madero de la cruz, atado con los cordeles del amor, esperando el golpe del martillo y clavo. O Padre eterno, pues tanto os agradó el rendimiento y obediencia de Isaac, que enviásteis del cielo un ángel para que detuviese la mano de Abrahan, y no le hiriese con la espada, contentaos si es posible, con el rendimiento de este benditísimo Isaac, tendido sobre este altar de la cruz, y enviad otro ángel que detenga las manos de estos sayones, para que no enclaven las de vuestro Hijo. Bastantes muestras ha dado de su excelentísima

[1] Psal. 118. 48. [2] Genes. 22. 9.

obediencia, contentaos con tan generosa voluntad, sin que llegue á ponerse en obra. Pero ya veo, Señor, que vuestras obras y las de vuestro Hijo son perfectas, y así ambos quereis que sea perfecto el sacrificio, para que sea copiosa nuestra redencion. Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico me deis gracia, para que yo os ofrezca un sacrificio de mí mismo, entero, perfecto y agradable á vuestra Majestad.

Punto segundo.—Tendido Cristo nuestro Señor en la cruz, tomaron los soldados la una mano, y con un clavo grande y grueso la enclavaron con muy grandes golpes, y luego al otro lado enclavaron la otra; y de la misma manera le enclavaron el uno y otro pié con uno ó dos clavos, vertiendo arroyos de sangre por las cuatro heridas.

1. Sobre este paso tengo de considerar, primeramente, el terrible dolor que sintió Cristo nuestro Señor con estas crueles heridas, por ser en las partes mas nerviosas, y en cuerpo tan delicado. Si tanto siento yo la picadura de una aguja, cuánto sentiria este delicadísimo Señor ser traspasado con tan agudos clavos, rompiéndole venas, atravesándole nervios, y rasgándole sus delicadas carnes? O cuán bien te cuadra, Dios mio, el nombre que te puso Isaías[1], llamándote Varon de dolores, pues jamás hubo dolor en esta vida que igualase al tuyo. O manos sacratísimas, en las cuales está escondida la fortaleza de Dios[2], quién os ha enclavado en los brazos de la cruz, y esmaltado con las cabezas de sus clavos? O piés sacratísimos[3], de cuya presencia sale el demonio huyendo como vencido, quién os ha cosido con ese duro madero? O dulce Jesus, qué llagas son esas que teneis en medio de vuestras manos y de vuestros piés? Quién ha dado atrevimiento al martillo y á los clavos para traspasarlos, siendo Vos su criador? Mis pecados sin duda son la causa de todo esto,

[1] Isai. 53. 3. [2] Abac. 3. 4. [3] Zach. 13. 6.

los que yo cometí con las manos de mis malas obras, y con los piés de mis malos afectos, llagando ellos con mi alma, y afligiéndoos mas con estas llagas, que con las que recibís en vuestro cuerpo. O Padre eterno, mirad estas llagas y dolores de vuestro Hijo, las cuales os está ofreciendo para remedio de las mias! Aceptad su ofrenda, y curadme de ellas, pues ordenásteis las llagas del Hijo inocente [1], para dar salud á todos los que estaban por sus culpas llagados.

2. Lo segundo, consideraré otro terrible dolor que padeció Cristo nuestro Señor en esta crucifixion, porque enclavada la una mano, se encogieron los nervios; y cuando quisieron enclavarle la otra, no llegaba al lugar donde estaba hecho el taladro: y para que llegase, estiráronle tan fuertemente, que casi le desencajaron los huesos; y por esta causa dijo de sí en el salmo [2]: *Foderunt manus meas, et pedes meos, et dinumeraverunt omnia ossa mea.* Cavaron y agujerearon mis manos y mis piés, y contaron todos mis huesos; esto es, mis miembros estuvieron tan extendidos en la cruz, y mi carne tan flaca y consumida, que pudieron contar los huesos que tenia. Este dolor fué de los mas terribles que padeció Cristo nuestro Señor en su pasion, porque aunque no le quebraron ningun hueso, como dice la Escritura [3], pero aquella extension y desencajamiento ó descoyuntamiento fué dolorosísimo, y ofrecióle este Señor en satisfaccion de los pecados que cometieron los miembros de su Iglesia, por la desunion y falta de concordia y caridad. O Salvador de mi alma, ahora quiero decir lo que dijo David [4]: Todos mis huesos dirán, Señor, quién es semejante á tí! O si mis huesos se convirtiesen en lenguas para alabarte por el dolor que padeciste en los tuyos! Quién jamás fué semejante á tí en los dolores y tormentos, y en las ignominias y desprecios que padeciste en la cruz? Ninguno puede igua-

[1] Isai. 53. 5. [2] Psal. 21. 18. [3] Joan. 19. 36. [4] Psal. 34. 10.

larse con las grandezas de tu divinidad, ni tampoco se igualará con las bajezas, mezcladas con admirables virtudes, de tu sacratísima humanidad. O si supiese contar tus huesos, que son las virtudes interiores, cubiertas con esa dolorosa figura que tienes en la cruz, para imitarte en ellas! Concédenos, ó buen Jesus, por este dolor, que los huesos de tu Iglesia, que son los prelados y varones perfectos, vivan unidos entre sí, y con la demás gente flaca, que es la carne de tu cuerpo místico, trabados con union de caridad, para que todos á una te glorifiquemos, y nuestras obras estén predicando tus grandezas, diciendo: Señor, quién será semejante á tí en el poder, pues así puedes unir tan diferentes voluntades con tal union de amor?

3. Lo tercero, se puede ponderar el dolor grande que sentiria la Vírgen nuestra Señora cuando oyese los golpes del martillo, al tiempo que enclavaban á su Hijo, porque un mismo golpe penetraba con el clavo la mano ó el pié del Hijo, y traspasaba tambien con agudo dolor el corazon de la Madre. O Vírgen soberana, si á vuestro Hijo cuadra bien el nombre de Varon de dolores, á Vos tambien os cuadra otro semejante, llamándoos Mujer de dolores, pues con verdad podiais decir á todos los que estaban en aquel monte y pasaban por aquel camino[1], atended, y mirad si hay dolor semejante al mio. O si estas martilladas traspasasen tambien mi corazon como el vuestro! O si los oidos de mi alma estuviesen siempre abiertos para oir los golpes del martillo de Dios, que es su santa inspiracion, quebrantando con dolor mi duro corazon por haber ofendido al que con tan cruel martillo por mi causa es golpeado.

Punto tercero. — Despues de clavado Cristo nuestro Señor, levantaron los soldados la cruz en alto; y es de creer, que la dejaron caer de golpe en el hoyo, que para esto estaba hecho, estremeciéndose todo el cuerpo con gravísimo dolor.

[1] Thren. 1. 12.

1. Levántate, ó alma mia, en alto con tu Señor, y levanta los sentidos y afectos de tu corazon para enclavarlos con él en la cruz. Mira lo primero, el dolor, la vergüenza y afliccion que sintió tu dulce Jesus, cuando se vió en alto á la vergüenza á vista de tanta gente, desnudo, afrentado, y hecho señal de oprobio, cargado de inmensos dolores por todas las partes de su cuerpo: mira como la cabeza no tiene donde reclinarse, porque si se reclina en la cruz, se le hincan mas las espinas; las manos se le están rasgando con los clavos, por el peso del cuerpo que tira de ellos: las heridas de los piés se van abriendo y dilatando con la carga del cuerpo que estriba en ellos. Y viendo á tu Señor tan rasgado con tormentos por tus pecados, rasga tu corazon de dolor por haberlos cometido.

2. Mira luego aquellos cuatro arroyos de sangre que salen de las cuatro llagas, como cuatro rios[1], que salen del paraiso, para regar y fertilizar la tierra del corazon humano: llégate cerca de estos arroyos con el espíritu, gusta la dulzura de esta sangre derramada con tanto amor y dolor, y lávate con ella, para que quedes limpio de tus culpas, como los que lavaron[2] y blanquearon sus estolas en la sangre del Cordero. O Sangre preciosísima, lávame, purifícame, enciéndeme y embriágame con el exceso de amor con que fuiste derramada, y penétrame con el exceso de dolor con que fuiste sacada de las venas de mi Señor.

3. Tambien abre tu oido, para oir los clamores y alaridos que los enemigos de Cristo levantaron cuando le vieron levantado en la cruz, gozándose de verle tan desfigurado y afligido, y sin esperanza alguna de vivir. Oye tambien los clamores y llantos dolorosísimos que levantarian las hijas de Jerusalen cuando viesen aquel doloroso espectáculo; y especialmente los suspiros y gemidos vehementes de las mujeres devotas

[1] Genes. 2. 10. [2] Apoc. 7. 14.

que allí estaban. O cuán atormentados estaban vuestros oidos, dulcísimo Jesus, con los alaridos de vuestros enemigos, y con los llantos de vuestros amigos! Si los amigos de Job, cuando levantaron los ojos á mirarle, como le vieron en un muladar, cubierto de llagas, apenas le conocieron, y levantando el grito llorando amargamente, rasgando sus vestiduras, y cubriendo con polvo sus cabezas, y así estuvieron siete dias sin atreverse á hablarle palabra[1]: *Quia videbant dolorem esse vehementem*, porque veian su dolor ser vehemente; qué harian vuestros amigos cuando levantaron los ojos, y os vieron en ese horrible lecho, cubierto de llagas de piés á cabeza, muy mas terribles y dolorosas que las de Job? Apenas os conocieron, segun estabais desfigurado, levantaron el grito con amargo llanto, rasgaron sus entrañas con la fuerza de su dolor, cubriéndose de polvo con la vergüenza de vuestra desnudez, y quedaron enmudecidos y pasmados, sin saber que poder deciros, viendo que vuestro dolor era vehemente. O quién me diese un sentimiento tan grande como este; pues tengo mucha mas razon de sentir vuestros dolores, que tuvieron los amigos de Job, para sentir los suyos, porque Job no padecia por los pecados de sus amigos, y Vos, Salvador mio, padeceis por los nuestros! Y si el dolor de Job era vehemente, el vuestro era vehementísimo, pues aquel no perdió la vida con la fuerza de su dolor, y Vos la perdísteis cruelmente con la fuerza del vuestro. Llora, pues, ó alma mia, los dolores de tu Señor, rasga tu corazon de pena, cubre tu cabeza con polvo y ceniza, haciendo penitencia de tus pecados: y aunque la lengua no sepa, ó no pueda hablar, tu corazon medite y rumie sus vehementísimos dolores y desprecios, no solo por siete dias, sino por todos los dias de tu vida, haciendo tu morada á los piés de la cruz.

[1] Job. 2. 13.

4. Finalmente, se ha de considerar el dolor que la Vírgen santísima padeció en aquella primera vista de su Hijo, porque en encontrándose los ojos de Cristo, y de su Madre, ambos quedarian eclipsados con suma tristeza: la Madre quedó espiritualmente crucificada con la vista del Hijo; y el Hijo nuevamente afligido con la vista de su Madre: y callando ambos, por la vehemencia del dolor, el corazon de cada uno se ocupaba en sentir los dolores que padecia el otro, doliéndose mas por ellos que por los propios. Ponte, pues, ó alma mia, entre estos dos crucificados, y levanta los ojos á ver al Hijo crucificado con clavos de hierro, y luego bájalos á ver á la Madre crucificada con clavos de dolor y compasion, y suplícales que repartan contigo de su dolores, de modo, que tú tambien estés crucificada con ellos por verdadera imitacion. Lo que pertenece á este paso se ha de ponderar mas, por lo que se dijo en la meditacion fundamental, punto octavo.

MEDITACION XLII.

DE LOS MISTERIOS QUE ESTÁN ENCERRADOS EN CRISTO CRUCIFICADO.

Punto primero.—Puesto á los piés de la cruz[1], y levantando los ojos del alma al que está puesto en ella, para conocer y penetrar todo lo que allí hace y representa, tengo de considerar.

1. Lo primero, quién es el que está allí crucificado, ponderando el motivo que hubo para ello de su parte, que fué su sola bondad y misericordia, y de la nuestra que fué el remedio de nuestra miseria. Levanta, pues, ó alma mia, tus ojos desde la cruz al cielo, y desde aquel trono de ignominia que está en el monte Calvario, al trono de gloria que está en el cielo empíreo; y considera la infinita majestad de aquel Señor que está cru-

[1] D. Thom. 3. p. q. 46. art. 6.

cificado como es Dios eterno é inmenso, cuya silla es el cielo, y la tierra es estrado de sus piés; el cual está sentado sobre los querubines, y anda sobre las plumas de las vientos. Es sumamente sabio y todopoderoso, por quien fueron criadas todas las cosas del cielo y de la tierra, ángeles y hombres. Y como dice Isaías: Sustenta con tres dedos la redondez de la tierra, porque con su bondad, sabiduría y omnipotencia la conserva.

2. Y despues que hubieres considerado esto, baja tus ojos á mirar la extremada bajeza y miseria de que esta divina Persona está vestida en la cruz, ponderando como su afligido cuerpo está sustentado con otro ternario de tres agudos clavos que le tienen asido en aquel madero, sin poderse menear de una parte á otra; los cuales de tal manera sustentan la carga de su cuerpo, que le atormentan con gran dolor, y le atormentarán hasta quitarle la vida. Y haciendo comparacion de lo que esta divina Persona tiene en estos dos tronos, quedarás admirado y pasmado de que tanta grandeza haya venido á tanta bajeza: y cubriendo como los serafines lo alto y lo bajo de tu Redentor por no alcanzarlo, dirás con grande afecto[1]: Santo, Santo, Santo eres, Señor Dios de los ejércitos: tres veces eres santo, por los tres dedos con que sustentas el mundo; y tres veces santo, por los tres clavos que sustentan tu cuerpo en la cruz; y mucho mas por otros tres con que tú mismo te has clavado en ella: uno de amor á los hombres, otro de obediencia á tu eterno Padre, y otro de celo por su gloria, y de nuestro bien, los cuales le tienen asido mas fuertemente que los de acero. Gracias te doy, Redentor soberano, por este amor, obediencia y celo con que estás fijado en tu cruz. Suplícote, Señor, que me claves con esos mismos clavos en ella, de modo que siempre te ame mas que á mí; y obedezca á tu voluntad, sin hacer caso de la mia; y cele tu honra y mi salvacion eterna, sin cui-

[1] Isai 6. 3.

dar mucho de lo que presto se pasa [1]. Y si estos clavos no me tuvieren bien fijo, enclava, Señor, mis carnes con los clavos del temor, haciendo que tema tus ocultos juicios, tu rigurosa justicia, y mi eterna condenacion, de modo que me libres de ella. Amen.

Punto segundo. —Lo segundo tengo de considerar, como este Señor que está en la cruz, es aquel gran Sacerdote, segun el órden de Melchisedech [2], supremo Pontífice de la Iglesia, escogido y llamado de Dios con mas excelencia que Aaron [3], príncipe de los pastores, y obispo vigilantísimo de nuestras almas; el cual subió á la cruz para ofrecer un sacrificio sangriento, el mas excelente que jamás se ofreció en la tierra.

Las insignias de este sumo Sacerdote son dolorosas y afrentosas, pero misteriosas. Por mitra tiene una corona de espinas, fija en su cabeza, porque es cabeza perpétua de la Iglesia, y sacerdote eterno, que nunca se ha de acabar. El báculo pastoral, es la cruz. Los anillos son los clavos de las manos. La vestidura sacerdotal de varios colores, es su carne, labrada con varios cardenales y llagas causadas de los azotes. De esta manera entró nuestro buen Jesus una sola vez en el Sancta Sanctorum á ofrecer sacrificio [4], no de animales, sino de sí mismo; no por sí mismo, sino por nosotros; no sacrificio comun que se divida, sino holocausto que todo se abrase con fuego de dolor y con fuego de amor, derramando toda su sangre en remision de nuestros pecados, hasta quedar muerto y consumido en la cruz. O sumo Sacerdote, cuán caro te cuesta aplacar la ira de Dios contra nosotros, pues no te contentas con ofrecer carne y sangre de animales, sino tu propia carne y sangre unidas con tu divinidad, y apartadas entre sí con excesiva crueldad! Necesaria era tal ofrenda como la tuya para satisfacer de justicia por tal ofensa como la nuestra! Menester era que fuese Dios el sacerdote y el sacrificio,

[1] Psal. 118. 120. [2] Hebr. 6. 20. [3] 1. Petr. 3. 4. et. 2. 25. [4] Hebr. 9. 12.

para que Dios quedase del todo contento y aplacado. Qué te daré, ó supremo Pontífice y pastor de mi alma, por este sacrificio que estás ofreciendo en la cruz por ella? Deseo asistir á este tu sacrificio sangriento, y ofrecerte un sacrificio de mi corazon contrito y humillado: contrito, por los pecados que cometí contra tí; y humillado, por ver los dolores y afrentas que padeces por mí. Y demás de esto [1], te ofreceré otro sacrificio de alabanza por lo mucho que haces por mi salud, con propósito de hacer lo posible por tu servicio. Acepta, Señor, estos sacrificios, vísteme de las insignias de tu sacerdocio, y házme semejante á tí en lo mucho que padeces por mí.

Punto tercero. — Lo tercero, tengo de mirar á Jesucristo crucificado, como á doctor y maestro, enviado por el eterno Padre al mundo, para enseñarnos los caminos de la verdad y virtud, y las sendas de la santidad y perfeccion; el cual habiéndolas enseñado por palabra y obra en los treinta y tres años de su vida, al fin de ella se sube á la cátedra de la cruz, y allí hace un epílogo de todo cuanto ha enseñado con excelentísima perfeccion: porque así como cuando comenzó á predicar se subió á un monte, sentándose con sus discípulos, abrió su boca, y les predicó las ocho bienaventuranzas, que son ocho actos heróicos de virtud en que se funda la perfeccion evángelica [2]; así ahora sube al monte Calvario, y puesto en la cruz platica estas mismas virtudes, con la mayor excelencia que jamás las ejercitó, al modo que se dijo en el punto sexto de la meditacion fundamental. Y habiendo ponderado su pobreza, humildad, y las demás, se ha de imaginar, que Dios nuestro Señor me dice aquellas palabras que dijo á Moisés [3]: Mira y obra segun el ejemplar que se te ha mostrado en el monte; esto es, mira el ejemplo de virtudes que mi Hijo te ha dado en el monte Calvario, y obra segun ellas, aprendiendo la leccion que te ha leido. Pon-

[1] Psal. 49. 14. [2] Matth. 5. 1. [3] Exod. 25. 40.

te, pues ó alma mia, á los piés de la cruz, y oye con atencion la leccion que está leyendo Cristo crucificado: y pues le cuesta tanto el leerla, no seas perezosa en oirla y repetirla: imprímela en tu corazon, y ponla luego por obra, con tantas veras, que puedas decir con el Apóstol [1]: No me precio de saber otra cosa entre los hombres, sinó á Cristo, y este crucificado. O Maestro soberano, que dijiste [2]: Si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mí: trae mi memoria, para que piense siempre lo que ahí me enseñas; y mi entendimiento, para que lo penetre; y mi voluntad, para que lo ame; y todo mi espíritu, para que lo imite! O Vírgen sacratísima, y discípulo amado del Señor, que estando al pié de la cruz oísteis esta soberana leccion y os aprovechasteis altamente de ella, suplicad á este soberano Maestro la estampe en mi corazon, como la estampó en el vuestro. Amen.

Punto cuarto.—Luego tengo de considerar, como el que está en la cruz es el Señor de los ejércitos, el Dios de las batallas y de las venganzas, capitan y guerrero fortísimo; el cual en el campo raso del monte Calvario presenta la batalla á las potestades del infierno y á los príncipes de este mundo, y pelea contra ellos, y allí los vence, destruyendo el reino del pecado. Las armas con que pelea son la cruz, clavos y espinas, y los demás instrumentos de sus dolores é ignominias; con los cuales, quebrantando y desmenuzando su sacratísimo cuerpo, quebranta la cabeza de la serpiente que engañó á nuestros primeros padres, y por ellos introdujo en el mundo el pecado original, cuyo perdon nos alcanzó en la cruz. Y demás de esto quebrantó las siete cabezas del dragon vermejo [3], que son los siete vicios capitales que nacieron de este pecado original: quebrantó la soberbia con sus ignominias y desprecios, sufridos con profundísima humildad: venció la gula, gustando la hiel y vinagre

[1] 1. Cor. 2. 2. [2] Joan. 12. 32. [3] Genes. 3. 15. Apoc. 12. 3.

que le dieron para refrigerar su sed: rindió los deleites de la lujuria, con los terribles dolores que padeció en todos los miembros de su cuerpo: destruyó la avaricia con su extremada pobreza y desnudez: sujetó la ira, con su heróica mansedumbre y paciencia: venció la envidia, con los excelentes actos de caridad que ejercitó para nuestro bien. Finalmente, destruyó la pereza, con el fervor que mostró en toda la obra de nuestra redencion.

De esta manera nuestro buen Jesus, tomando forma de serpiente en la cruz, peleó como la serpiente de Moisés con las serpientes de los Magos[1], y las tragó, tragando y deshaciendo todos los pecados que infeccionan el mundo; y como Gedeon[2], quebrantando el cántaro que tenia en su mano, con el resplandor de la lámpara que estaba dentro de él, espantó y venció á los medianitas; así nuestro Capitan, quebrantado su cuerpo con los trabajos de la pasion, con el resplandor de las virtudes que de él salieron, venció los vicios y desbarató los poderes del infierno. Y este gran Dios de las venganzas, vengando en su cuerpo las injurias hechas contra su Padre, tomó venganza de sus enemigos, y los puso debajo de sus piés, enseñándome á mí el modo de vengar en mí mismo las injurias que hice á Dios, y el modo de vencer al demonio, mundo y carne, y á los vicios que hacen guerra contra mi espíritu. O Guerrero fortísimo, que derramando tu propia sangre vences á los demonios y destruyes el reino del pecado y los vicios que asuelan el mundo, enséñame á pelear como peleaste, para que venza como venciste! Dame corazon varonil, para que yo tambien, como los soldados de Gedeon, quebrante con penitencias el cántaro de mi cuerpo, y resplandezca en mí la luz de las virtudes, de modo que huyan mis enemigos y alcance victoria de ellos. O Dios de las venganzas, enséñame á tomar venganza de mí

[1] Exod. 7. 12. [2] Judic. 7. 20.

mismo, porque te ofendí, pues si de mí me vengo, triunfaré de mis enemigos por la sangre de tu Hijo, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLIII.

DEL TÍTULO DE LA CRUZ DE CRISTO Y DE LAS CAUSAS MISTERIOSAS DE SU PASION QUE EN ÉL SE ENCIERRAN.

PUNTO PRIMERO.—*Pusieron sobre la cruz un título que decia*[1]: *Jesus Nazareno, Rey de los judíos; y estaba esto con letras hebreas, griegas y latinas.*

Sobre este título se han de considerar las cuatro palabras que tiene: en las cuales, como dice san Marcos, se contenia la causa de Cristo; esto es, la causa porque le habian puesto en la cruz, no solamente la causa que tuvo Pilatos, sino principalmente la que tuvo el Padre eterno para decretarlo y permitirlo.

JESUS.—1. La primera palabra del título, es, *Jesus*, que quiere decir Salvador, porque vino á salvar el mundo, y á librarle de los pecados que tenia, y de las penas que por ellos merecia. Y esta fué la primera causa de ser crucificado, para que con su muerte y con el derramamiento de su sangre, acabase la obra de nuestra redencion. Este nombre se le puso en la circuncision, tomando posesion del oficio de Salvador, con la poca sangre que allí derramó. Mas ahora se le pone encima de la cruz, como título de su pasion, porque acaba y perfecciona todo lo que pertenece á este oficio, con el derramamiento de toda su sangre. Pues como dice san Pablo[2]: *Sine sanguinis effusione, non sit remissio.* Sin derramamiento de sangre, no hay redencion de pecados, ni salvacion. O dulcísimo Jesus, cuán caro os cuesta el oficio de Salvador, pues para salvarnos dais el precio de vuestra sangre, derramándola liberalmente, no una parte, sino toda, no poco á poco, sino á

[1] Matth. 27. 37. Marc. 15. 26. Luc. 23. 38. Joan. 19. 19. [2] Heb. 9. 22.

borbollones, virtiéndola por las llagas de vuestros piés y manos! O nombre suavísimo de Jesus, cuán bien os cuadra ahora ser como óleo derramado[1], pues derramando la sangre, haceis de ella óleo que cure nuestras llagas, y sane las dolencias de nuestras culpas! O liberalísimo Jesus, sed para mí Jesus, ejercitad conmigo el oficio de Salvador: sed para mí óleo que me cure, medicina que me sane, y ungüento olorosísimo que me conforte, aplicándome los frutos de vuestra redencion.

NAZARENUS.—2. La segunda palabra, es; *Nazareno*, que quiere decir florido: en la cual se denota la segunda causa de haber subido Jesus al árbol de la cruz, para brotar en ella las flores excelentísimas de las virtudes que allí ejercitó para nuestra enseñanza y ejemplo: flores fueron su pobreza y obediencia, su mansedumbre y humildad, su paciencia y caridad. O Jesus Nazareno, cuán florido estais en esa cruz! Toda la vida fuísteis muy florido; pero mucho mas lo estais al fin de ella. Bien podeis decir á vuestra esposa la Iglesia[2], nuestro lecho está florido, porque el lecho de la cruz está lleno de las flores olorosísimas que brotais en ella[3]. Admitidme, Señor, en ese lecho vuestro, aunque sea estrecho, que bien cabrémos los dos; pues Vos dijísteis[4]: A donde yo estoy, ahí estará el que me sirviere. O quién estuviese con Vos en la cruz, oliendo las flores que en ella brotásteis, y alentándose á brotar otras como ellas.

§. Tambien Nazareno, quiere decir lo mismo que santo; en lo cual se denota, que este Señor que está en la cruz, es Santo de todos los santos, y que muere no por culpas suyas, sino por las agenas, para librar á los hombres de ellas y hacerlos santos, cumpliéndose lo que está escrito[5]: Que en la cruz justificaria á muchos, quitando de ellos sus maldades, y pagan-

[1] Cantic. 1. 2. [2] Cantic. 1. 15. [3] Isai. 28. 20. [4] Joan. 12. 26. [5] Isai. 53. 11.

do las penas que debian por ellas. Y estos son frutos que nacen de aquellas flores, los cuales produce nuestro buen Jesus en su muerte[1]; porque el grano de trigo que cae en la tierra, si muere, lleva mucho fruto. O árbol florido y frutuoso[2], quién pudiese sentarse á tu sombra, y comer de tu dulce fruto hasta hartarse! O dulce Jesus, que dijiste[3]: Subiré á la palma, y cogeré los frutos de ella! Dame gracia que suba contigo á la palma de la cruz, y goce de los frutos que por ella produjiste, para que imitando tus virtudes, alcance la palma de la gloria que se merece por ellas. Amen.

Rex. — 3. La otra palabra del título es, Rey; en la cual se significa la causa porque Pilatos condenó á Cristo á ser crucificado: es á saber, porque los judíos le acusaban de que era su rey; y es así, que era rey, no temporal, sino celestial y eterno, cuyo reino comenzó con estabilidad desde la cruz, porque escrito está[4]: *Regnavit à ligno Deus*, que Dios reinaría desde el madero; porque como el reino del pecado comenzó en un árbol, por la desobediencia del primer Adan: así el reino de Dios comenzó en otro árbol, por la obediencia de Cristo, que murió en él. De donde sacaré, que si quiero reinar con Cristo ha de comenzar mi reinado desde la cruz, crucificando en ella mi hombre viejo, y destruyendo el cuerpo del pecado, porque los reinos de la tierra gózanse viviendo, pero el de Cristo muriendo. O Rey eterno, cuya corona y trono son eternos, y por eso la corona penetra vuestra cabeza con espinas, y en vuestro trono estais clavado con duros clavos, derramando por las heridas vuestra sangre, para conquistar con ella el reino que habeis prometido á vuestros vasallos[5], pues sois tan poderoso, que sentado en vuestro trono, con una sencilla vista destruís todo lo malo, destruid en mí todo lo que os ofende, para que entre con Vos á gozar de vuestro reino. Amen.

[1] Joan. 12. 24. [2] Cantic 2. 3. [3] Cantic. 7. 8. [4] Eccl. ex Psal. 95. 10. [5] Prov. 20. 8.

JUDÆORUM.—La última palabra del título, es, Rey de los judíos: y aunque ellos no le quisieron recibir, y por esto pidieron que fuese crucificado; pero no por eso dejó de ser Rey, enviado por el eterno Padre, para que reinase en ellos, y en todos aquellos que tuviesen la significacion de su nombre, que es confesar con verdadera confesion lo que Dios ha revelado, glorificándole por ello. Y á esta causa el nombre se escribió con letras hebreas, griegas y latinas, para que todas las naciones del mundo, significadas por estas tres lenguas, conozcan á este Rey, y le adoren; y toda lengua, como dice san Pablo [1], confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. O Hijo de Dios vivo, yo confieso que te cuadra muy bien este glorioso título, porque tú solo, y no otro, eres Jesus Nazareno, Rey de los judíos! O si todo el mundo leyese este título y le admitiese, y todos te confesasen por su Rey y Salvador! O título soberano, en quien están cifrados todos los títulos que tengo para negociar mi salvacion! Por este título serán oidas mis oraciones, cumplidos mis deseos, y remediadas todas mis necesidades. O Padre eterno, reconoce este título, que está escrito sobre la cruz de tu Hijo; y pues es título del reino que compró para mí, admíteme dentro de él, para que reine contigo por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—*Habiendo muchos leido este título, los pontífices de los judíos dijeron á Pilatos: No quieras escribir Rey de los judíos, sino el dijo: Rey soy de los judíos.*

1. Sobre este punto puedo considerar tres suertes de personas que leyeron este título de la cruz de Cristo en el monte Calvario. La primera fué de los pontífices y fariseos, y otros mal intencionados y enemigos de Cristo nuestro Señor; los cuales tuvieron el título por falso y quisieron enmendarle. Estos son figura de los herejes

[1] Philip. 2. 11.

y de los demás infieles que oyen y leen los libros sagrados, y los títulos y obras de la divinidad y humanidad de Cristo, y niegan muchas de ellas, y las quieren enmendar por su antojo y errado parecer.

2. Otros leyeron el mismo título por curiosidad, como es de costumbre en tales cosas; pero no hicieron caso de él, ni le entendieron, ni penetraron el misterio que encerraba; y estos son figura de aquellos que oyen y leen las cosas de Cristo nuestro Señor, y las creen á bulto, y sin ahondar ni penetrar los misterios que en sí encierran, y así no sacan provecho de ellas.

3. Otros hubo en el monte Calvario, como fué la Vírgen sacratísima y el evangelista san Juan, los cuales leyeron el título con devocion, y le entendieron, y penetraron los misterios que encerraba, venerándolos con grande afecto de su corazon; y estos son figura de los que leen los libros sagrados y las verdades de nuestra fe, y procuran meditarlas y rumiarlas con devocion y espíritu para su propio provecho. A los cuales tengo yo de imitar, suplicando á la Vírgen santísima y al glorioso san Juan, me alcancen la luz y espíritu con que leyeron y penetraron este título, para que con la misma lea yo, y penetre las verdades que la fe me enseña de Cristo mi Salvador[1]; pues mi vida eterna consiste en conocerle, amarle y servirle para siempre.

Punto tercero.—*Respondióles Pilatos: Quod scripsi, scripsi, lo que escribí, escribí.*

Esta palabra dijo este presidente, movido por divina inspiracion, para que se entendiese que era verdad lo que el título contenia, y que por ninguna humana razon ni persuasion se habia de mudar; y así será, que lo que está escrito en este título y en la divina Escritura, para siempre estará escrito, y no se mudará ni faltará, por mas que contra ello hagan los enemigos

[1] Joan. 17. 3.

de la fe. De donde tambien tengo de aprender á tener firmeza en lo bueno que he propuesto y determinado por seguir á Cristo: y si el demonio ó el mundo ó la carne me quisieren apartar de ello con tentaciones, tengo de responderles: Lo que escribí, escribí: lo que determiné, determiné, y no volveré atrás un punto, ni borraré lo que escribí, ni mudaré lo que una vez determiné. O Salvador del mundo, pues tan amigo eres de firmeza, que no consentiste que se mudase una letra de este título, suplícote me hagas tan constante en tu servicio, que nunca persuasion de mis enemigos baste á derribarme de él. Amen.

MEDITACION XLIV.

DE LA PARTICION DE LAS VESTIDURAS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR Y DE LOS ESCARNIOS QUE PADECIÓ EN LA CRUZ.

PUNTO PRIMERO.—*Despues que los soldados crucificaron á Jesus* [1], *tomaron sus vestiduras, y partiéronlas en cuatro partes; tomando cada uno la suya.*

Sobre esta particion se han de considerar las causas y los misterios que están encerrados en ella.

1. De parte de los cuatro soldados, que fueron los cuatro verdugos que crucificaron al Señor, la causa fué su codicia; porque como era gente vil, cada uno quiso llevar su pieza de la vestidura, echando suertes sobre cual pieza cabria á cada uno; y tambien la descosieron y dividieron á vista de Cristo, por escarnecer de él; como quien dice: Ya no tendréis mas necesidad de vestiduras. Y cuando las partian, quizá diria alguno: Rasguemos las vestiduras de este blasfemo, pues no quiso él rasgárselas; por las blasfemias que dijo contra Dios. De esta manera estaban allí atormentando los ojos y oidos de nuestro buen Jesus. O sagradas vestiduras [2], de las cuales salia virtud para sanar todas las enferme-

[1] Matth. 27. 35. Lucæ 27. 34. Joan. 19. 23. [2] Luc. 6. 19.

dades de los que las tocaban, cómo habeis venido á manos de gente tan profana? La humildad del que os trajo vestidas, es causa de vuestra humillacion, para curar con ella mi soberbia en el vestido. Concededme, Señor, esta humildad, para que lleve de buena gana cualquier injuria que hiciere á cosas mias.

2. La segunda causa misteriosa, fué de parte de Cristo nuestro Señor; el cual para dar ejemplo de perfectísima pobreza evangélica, no se contentó con estar desnudo en la cruz, sino quiso tambien enagenarse de sus vestidos, que era toda la hacienda que tenia, de modo que ni le quedase el uso, ni el dominio ó propiedad de ellos, traspasándole en aquellos pobres soldados y crueles enemigos. De donde sacaré un entrañable deseo de cumplir en el modo que mejor pudiere lo que dijo este Señor [1]: Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo á los pobres y sígueme: y el que no renuncia todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.

3. La tercera causa, fué para mostrar su inmensa caridad y liberalidad en dar cuanto tenia á los hombres, cuerpo y sangre y hacienda, y en especial para significar, que todos los hombres de cualquiera de las cuatro partes del mundo que viniesen á él, podrian tener parte en las vestidnras de su gracia, caridad y virtudes, para que se vistiesen y adornasen con ellas; y que como estos cuatro soldados que le crucificaron tuvieron derecho á estas vestiduras, que estaban teñidas con su sangre: así los pecadores, que con sus pecados le crucifican dentro de sí mismos, tienen derecho á pedir estas vestiduras de las virtudes, no por sus merecimientos, sino por la sangre del mismo Jesucristo que anda junta con ellas. O dulcísimo Jesus, gracias te doy por tu infinita liberalidad, con la cual te dignas vestir con tu preciosa vestidura al mismo que te crucifica con tanta deshonra! Pésame de la parte que he tenido en tu

[1] Matth. 19. 21.

crucifixion; mas pues eres tan liberal, dame parte en tus sagradas vestiduras; repartiendo conmigo tus soberanas virtudes.

PUNTO SEGUNDO.—*La túnica era inconsútil, tejida toda desde arriba abajo* [1]; *y por esto dijeron los soldados: No la dividamos, sino echemos suertes sobre cuya ha de ser. Con esto se cumplió lo que habia dicho el Profeta: Devidieron entre sí mis vestidos, y sobre mi vestidura echaron suertes.*

Aquí se han de considerar tambien las causas misteriosas de este hecho, pues tan en particular quiso Dios que fuese profetizado.

1. Lo primero, de parte de los verdugos: la causa fué, porque si la túnica se partiera, nó fuera de provecho para ninguno, por ser toda de una pieza tejida, segun se dice; por la Vírgen sacratísima nuestra Señora, la cual sintió tiernamente ver aquella preciosa túnica, bañada con la sangre de su Hijo en las manos de tan vil gente. O Vírgen soberana, con cuánta mayor razon pudiérais decir lo que dijo Jacob [2]: Una fiera muy cruel ha tragado á mi hijo José, y con su sangre está teñida la túnica que yo le dí. La fiera de la envidia le ha puesto en aquella cruz, y ha teñido su vestidura: no con sangre de cabritos, sino con sangre de sus venas, para librar de la muerte á los mismos que por envidia se la dan. O fiera envidia, cómo te atreves á tragar al que es la misma caridad! O caridad infinita, que matas á la fiera que te traga, destruye en nosotros esta fiera, para que conservemos entera la túnica de la verdadera caridad.

2. La segunda causa de este hecho fué, porque esta túnica representaba la humanidad de Cristo nuestro Señor, tejida desde arriba abajo: porque desde el cielo se tejió sin obra de varon en las entrañas de la Vírgen, por obra del Espíritu santo. La cual es vestidura

[1] Joan. 19. 23. Psal. 21. 19. [2] Genes. 37. 33.

riquísima de los fieles, que como dice el Apóstol [1], se visten de nuestro Señor Jesucristo cuando se bautizan, conformándose con su vida en union de caridad, sin admitir division alguna; porque Cristo no se puede dividir. Dichoso á quien le cabe en suerte esta vestidura celestial, por la cual viene á ser suerte de Dios y herencia suya.

3. Tambien esta túnica de Cristo [2] representa la Iglesia, esposa suya, en la cual quiere que no haya division, sino que se conserve siempre una en unidad de fe y de caridad. Y por esto en el libro de los Cantares dice ella [3], que es una su paloma y su perfecta, porque es uno el Espíritu santo, que tambien es figurado por la paloma, y uno el espíritu de Cristo, y de la perfeccion que reside en ella: y quien intentare dividirla, intenta dividir á Cristo y su preciosa túnica de una pieza; en lo cual es mas cruel que los que le crucificaron, porque divide y rasga lo que ellos no se atrevieron á dividir, ni el mismo Señor les quiso dar licencia para ello. O Dios de la paz y del amor, no permitas que haya cisma en tu Iglesia, ni discordia en tu religion, y division alguna en tu pueblo cristiano. Consérvalos á todos en union de caridad, para que sean una cosa en tí, y tú puedas vestirte de ellos, como de túnica preciosa, para colocarlos en el reino de tu gloria. Amen.

4. Finalmente, puedo considerar, que como Cristo nuestro Señor tenia dos vestiduras, una exterior, que se partió entre los cuatro soldados, y otra interior, que se dió á solo uno; así tambien las obras y ceremonias exteriores del cristianismo, á todos los fieles pertenecen y todas tienen parte en ellas; pero la virtud interior, que es la gracia y caridad, y la devocion, y el espíritu, solamente se dá á uno; esto es, á pocos, y esos unidos en sí mismos con union de la carne al espíritu, de la sensualidad á la razon en todo lo que manda Dios; y

[1] Rom. 6. 3. Gal. 3. 27. [2] 1. Cor. 1. 13. [3] Cant. 6. 8.

así tengo de procurar ser del número de estos pocos, y ser este uno á quien quepa tan dichosa suerte, que reciba esta divina túnica y se vista de ella.

PUNTO TERCERO.—*Hecha la particion de las vestiduras[1] sentáronse los soldados, y guardaban á Cristo.*

Puédese creer, que hicieron esto por órden de Pilatos, á instancia de los judíos, cuya mala conciencia les hacia temer que alguno no le bajase vivo de la cruz, ó para prohibir que ninguno le diese algun refrigerio ó alivio de los que se solian dar á otros crucificados; y quizá se dieron á los ladrones que estaban crucificados con Cristo, porque esta guarda no era para ellos. O Rey del cielo, cuyos soldados son innumerables legiones de ángeles, que rodean vuestro trono celestial y os cantan mil cantares de alabanza, cómo os habeis humillado á estar en ese vil trono de la cruz, teniendo por gente de guarda unos viles y crueles soldados, que nunca cesan de vituperaros? Gózome de la gloria que teneis en el cielo, y aflíjome por la ignominia y tormento que padeceis en el suelo, y por ambas cosas os alabo y glorifico, deseando tener parte en vuestra ignominia, con esperanza de tenerla despues en vuestra eterna gloria. Amen.

Luego ponderaré, como los enemigos de Cristo nuestro Señor, despues que le pusieron en la cruz, no solamente no se movieron á compasion de verle padecer tan graves ignominias y tormentos, sino con una crueldad endemoniada procuraban añadir otros de nuevo con palabras y meneos, diciéndole grandes injurias y blasfemias por instigacion del demonio; el cual pretendia por ellas tentarle, unas veces de impaciencia y desconfianza, y otras de inconstancia, faltando en lo que habia comenzado. Pero todas estas injurias sufria este inocentísimo Cordero, con admirable paciencia y humildad, y con grande constancia y fortaleza, sin dar muestras ni por palabra, ni por meneo, de algun sentimiento ó que-

1 Matth. 27. 36.

ja contra sus blasfemadores, ni de alguna flaqueza ó arrepentimiento de haber subido á la cruz, dándonos un heróico ejemplo de sufrir y vencer las tentaciones que á este modo nos acometieren.

Todo esto se ha de ponderar, discurriendo por cuatro suertes de personas que injuriaron á Cristo en la cruz, como consta de los sagrados Evangelistas.

PUNTO CUARTO. — 1. *Lo primero, los que pasaban por allí blasfemaban de él, meneando sus cabezas, y diciéndole por mofa*[1]: *Tú eres el que destruyes el templo de Dios, y en tres dias le reedificas? Sálvate á tí mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.* Y es de creer, que harian muchos gestos con la boca y labios, como lo apunta David en sus salmos[2]. Y que tambien como dijo Jeremías en sus lamentaciones[3], darian palmadas con las manos, y le silbarian con sus bocas por irrision, sufriendo el Redentor estos silbos de desprecio, para remediar el veneno que la serpiente infernal derramó con los silbos venenosos de su maldita sugestion; y así como no hizo caso de su silbo, cuando le dijo en el desierto, estando sobre el pináculo del templo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; así tambien no hace caso de este silbo que dá por boca de estos blasfemos, diciéndole[4]: Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz; antes porque es Hijo de Dios, no quiere descender vivo de la cruz, sino morir en ella para engendrar allí muchos hijos de Dios por adopcion, y para que yo entienda, que es propio de los hijos de Dios no descender por su voluntad de la cruz, sino morir en ella al mundo y al pecado, perseverando en la mortificacion hasta el fin. O Hijo de Dios vivo, no permitas que la serpiente astuta me engañe con sus silbos infernales, persuadiéndome á bajar de la cruz que una vez tomé por tu amor: dame que persevere en ella como hijo de tal Padre, porque no venga á perder la dignidad de hijo.

[1] Matt. 27. 39. Marc. 15. 29. Lucæ 23. 35. [2] Psal. 21. 14. et 108. 2. [3] Thren. 2. 15. [4] Matth. 4. 6.

2. *Lo segundo, los príncipes de los sacerdotes y los escribas y ancianos burlaban de él, diciendo unos á otros, de modo que lo oyese: A otros hizo salvos, y á sí no puede salvarse. Si es rey de Israel, baje de la cruz, y creerémos en el. Confia en Dios, librele si quiere, pues ha dicho: Hijo soy de Dios.*

En las cuales palabras por escarnio le zaherian en las cuatro cosas mas principales de que Cristo nuestro Señor se preciaba. Lo primero, en su poder, diciendo: Que quien podia librar á otros, no tenia poder para librarse á sí. Lo segundo, en su reino, diciendo: Que si era rey de Israel, bajase de la cruz, y creerian en él; como si dijeran: Tan falso es ser rey, cuan imposible bajar de la cruz. Lo tercero, en la confianza que tenia en Dios, diciéndole: Si se precia de confiar en Dios, porque le ama, pida á Dios que le libre; como quien dice: No le librará, porque no le ama. Lo cuarto, en la dignidad de Hijo de Dios, teniéndola por fingida, y en todas cuatro cosas mezclaban grandes falsedades, porque el demonio, padre de mentiras, hablaba por ellos para tentar á Cristo, y conocer si era Hijo de Dios, bajando de la cruz, á título de que aquella gente creyese en él. Mas nuestro buen Jesus sufria con paciencia estos escarnios, sin responderles palabra, ni hacer caso de sus dichos, porque sabia el mal ánimo de donde procedian. O mansísimo Cordero, qué te daré por la paciencia con que sufrias tales baldones y blasfemias contra tus soberanas y divinas virtudes? Lo que á gloria tuya deseo, es confesar lo que estos blasfemos no alcanzaron, y preciarme de lo que ellos despreciaron. Confieso que hiciste salvos á otros muchos, y que puedes salvarte; pero no quieres hacerlo por salvarme, porque mi vida está pendiente de tu muerte. Confieso tambien, que eres verdadero Rey de Israel, y que por eso no quieres bajar de la cruz donde tu reinado comienza, para que todos creamos en tí. Tambien confieso, que tienes confianza

en Dios Padre tuyo, que te ama como á propio Hijo; pero no quiere librarte, porque no es señal cierta de los hijos de Dios ser librados de los trabajos, sino perseverar constantemente hasta la muerte en ellos. Concédeme, Señor, esta confianza, resignada en tu santa voluntad, para que pueda perseverar en la cruz hasta morir en ella.

3. *La tercera, los soldados que allí estaban, tambien burlaban de Cristo, leyendo el título de la cruz, y diciendo: Si tú eres Rey de los judíos, sálvate á ti mismo.* Como si dijeran: Si eres Rey tan poderoso, que podrás salvar y librar á los judíos, líbrate á tí de la cruz en que estás. De la misma manera, dice san Marcos, que blasfemaban de Cristo los ladrones que estaban crucificados con él, como luego verémos. En todos estos puntos podemos considerar la pena grande que recibiria la Vírgen sacratísima, oyendo aquellas blasfemias que se decian contra su Hijo, y los meneos, silbos y escarnios que de él hacian. Ya que no habia visto los que padeció en casa de Caifás y en el pretorio de Pilatos, ordenó la divina Providencia que oyese estos, para que tambien fuesen sus oidos atormentados con estas injurias y blasfemias; las cuales sentia mas que si se dijeran contra ella; y aun se puede creer, que de recudida, aquellos fieros perseguidores, blasfemando del Hijo, revolvian sobre la Madre que tal Hijo habia parido; pero lo sufria con admirable paciencia y silencio, mirando el ejemplo que su Hijo la daba. O Vírgen sacratísima, qué de cuchillos traspasaron vuestro afligido corazon! Las lenguas de estos blasfemos[1], cuchillos agudos son, y cuchillos de dos filos; los cuales de un golpe hieren á vuestro Hijo, y á Vos, que sois su Madre. Porqué, ó Madre piadosísima, no hablais alguna palabra en defensa de vuestro Hijo, pues conoceis su inocencia y santidad? Mas ya veo, que no es tiempo es-

[1] Psal. 56. 5.

te de hablar, sino de callar, y que la grandeza del dolor os tiene muda para con los hombres, aunque nunca cesais de hablar con Dios.

4. Finalmente, se puede ponderar lo que dice san Lucas, que el pueblo estaba allí *spectans*, mirando á Cristo, y esperando en que habia de parar su crucifixion; y este mirar no era con devocion, sino con irrision, y así Cristo nuestro Señor le cuenta entre sus injurias en el salmo 21, diciendo: Consideráronme y miráronme. O si estos miserables le miraran como habian de mirarle, cuán grandes bienes sacaran de esta vista! Si mirar á la serpiente de metal bastaba para sanar las mordeduras mortales de las serpientes venenosas[1], cuánto mas bastara mirar al Salvador, figurado por esta serpiente, puesto sobre el madero de la cruz, con figura de pecador; para librarles de las mordeduras venenosas de sus pecados? Concédeme, Salvador mio, que te mire y te contemple con viva fe y con espíritu de amor y devocion, para que de esta vista quede sano y fuerte para alabarte y servirte por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLV.

DE LA PRIMERA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ, ROGANDO POR SUS ENEMIGOS.

Punto primero. — Estando Cristo nuestro Señor en su cruz, sufriendo los desprecios que quedan referidos[2]; y habiendo callado con grandísimo silencio, abrió su boca sacratísima para decir la primera palabra de las siete que allí habló diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.* Abre, ó alma mia, tus oidos para oir, pues tu celestial Maestro abre su boca en la cátedra de la cruz para hablar. Hablad, Señor, que vuestro siervo oye[3]; y pues sois palabra del eterno Pa-

[1] Num. 21. 8. [2] Luc. 23. 34. [3] 1. Reg. 3. 10. Isai. 9. 8.

dre, abreviada por el misterio de vuestra encarnacion y pasion, leedme alguna breve leccion, la cual pueda retener en mi memoria, y rumiar con mi entendimiento; y abrazar con todo mi corazon y voluntad.

La primera leccion que este Señor lee, y la primera palabra que habla en la cruz, toda es de amor, orando por los que le crucificaban, y excusándolos de modo que podia, mostrando en esto su infinita caridad. Para lo cual tengo de ponderar primero, la ocasion en que habla, y luego cada una de las palabras que dice, y despues los afectos que con esta oracion obra.

1. Cuanto á lo primero, consideraré á Cristo nuestro Señor lleno de dolores y tormentos en todos los miembros de su cuerpo, sin hallar lugar de descanso en aquella dura cama de la cruz. Y demás de esto, rodeado de sus enemigos, que le habian puesto en ella; los cuales actualmente se estaban saboreando en verle tan afligido, añadiéndole nuevas aflicciones con terribles injurias y blasfemias, abriendo sus bocas, moviendo sus labios, y meneando sus cabezas por escarnio. A este tiempo levanta Cristo nuestro Señor sus ojos al cielo, y derramando lágrimas por ellos, abre su boca, no para pedir fuego que los abrase como pidió Elías[1], ni para echarles su maldicion como Noé y Eliseo, cuando maldijeron á los que le escarnecian, sino para rogar á su eterno Padre que les perdonase el pecado que hacian en crucificarle y escarnecerle, doliéndose mas del daño que les venia por esta culpa, que de los tormentos é injurias que de ellos recibia, cumpliendo por la obra lo que habia dicho[2]: Amad á vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen: y lo que de él estaba profetizado, que rogaria por los transgresores; esto es, por aquellos que quebrantaron contra él todas las leyes de la caridad y piedad, de la justicia y gratitud, con la mayor crueldad y

[1] 4. Reg. 1. 10. Genes. 9. 25. 4. Reg. 2. 24. [2] Matth. 5. 44. Lucæ 6. 27. Isai. 53. 12.

desagradecimiento que jamás se habia visto en el mundo. O amantísimo Jesus cuán bien habeis mostrado que sois Dios de amor y la misma caridad[1]: pues las inmensas aguas de tantas tribulaciones, y los rios impetuosísimos de tantas persecuciones no han sido poderosas para matar ni apagar vuestro fuego; antes ha crecido tanto, que levantó su llama hasta el cielo, rogando al Padre celestial, que no castigue á los que en tantos trabajos os han puesto. Concededme, Señor, tal caridad como esta, para que yo tambien ame á mis enemigos, y ore por los que me persiguen y os persiguen, pues vuestros enemigos tambien son mios. Perdonad á todos, ó Padre de las misericordias, para que todos gocen de ellas. Amen.

Punto segundo.—Luego tengo de considerar cada palabra de las que tiene esta breve oracion.

1. La primera es, *Padre*, al cual endereza su peticion; porque aunque á él mismo, en cuanto Dios, pertenecia perdonarlos, quiso mas, como hombre, pedir esto á su Padre; porque pidiéndole que los perdonase, claramente daba á entender, que él de su parte los perdonaba y cumplia con su oficio de supremo sacerdote, ofreciendo sacrificio de sí mismo por los pecados é ignominias del pueblo, y rogando con mucho fervor á Dios por ellos. Y no dice, Dios, perdónalos[2], sino Padre, para que se entendiese, que no habia perdido la confianza que en él tenia, y para obligarle con este título tan amoroso, á que le oyese, y perdonase á sus enemigos, pues como Padre hace que su sol salga para buenos y malos, y que la lluvia descienda para justos y pecadores. O Padre soberano y misericordioso[3], cuya caridad fué tan grande, que quisiste que el Sol de justicia, tu Hijo unigénito, naciese en el mundo para dar luz, calor y vida de gracia á los mortales, y que la lluvia de su doctrina regase la tierra de los pecadores. Mira á es-

[1] Cantic. 8. 7. [2] Heb. 9. 7. [3] Matt. 5. 45.

te divino Sol, que está en la cruz cerca del occidente, para ponerse y ocultarse, y con todo eso echa de sí rayos de divino amor, rogando por sus enemigos; oye su encendida oracion, y por ella envia desde el cielo la lluvia de tu gracia sobre todos, para que todos te conozcan, y te conozcan é imiten el raro ejemplo de su excelentísima caridad.

2. La otra palabra es, *perdónalos*. No dice, perdónalos esta injuria ó agravio que me hacen, sino absolutamente, perdónalos; porque su deseo era, que fuesen perdonados todos sus pecados, sin dejarles ninguno: y porque se entendiese, que no reparaba tanto en su propia injuria, cuanto en las injurias y ofensas de su Padre, á quien suplicaba que las perdonase todas: y no dice, perdona á estos que me crucifican ó me injurian, sino perdónalos: porque no quiere poner en su oracion palabra que les acuse ó irrite la ira del Padre; y porque pedia perdon, no solo para los que le crucificaban con la obra, sino para los que con sus pecados fueron causa de su crucifixion, los cuales tenia presentes en su memoria; y por los unos y por los otros dijo, perdona á estos. O caridad liberalísima y anchurosísima de Jesus, que te dilatas y extiendes á todos los pecadores, sin excluir á ninguno de cuantos quisieren recibir perdon, penetra sus corazones, para que todos se dispongan á recibir el perdon que les ofreces, y participen el fruto de la oracion que por ellos haces.

3. La otra palabra es, *porque no saben lo que se hacen*; en la cual excusa del modo que puede á sus enemigos: porque aunque la ignorancia de muchos de ellos fué muy grosera y afectada, y muy culpable; pero la caridad de este piadosísimo Redentor con cualquier cosa de que pudo echar mano, quiso encubrir y excusar la muchedumbre y gravedad de sus pecados. Y esta escusa tambien se extiende á todos los pecadores en su modo, porque todos tienen algun modo de ignorancia en no co-

nocer, como deben, quién es Dios á quien ofenden, y cuán grave cosa es ofenderle, cuán grandes bienes pierden, y cuán terribles males acarrean; porque si todo esto lo conociesen, no le ofenderian. Y así tambien les cuadra lo que dice san Pablo[1]: Nunca crucificaron en sí mismos al Señor de gloria, si perfectamente, como es razon, le conocieran.

Esta escusa añadió Cristo nuestro Señor, no solo para mostrar su infinita caridad y la gana que tenia de que su Padre perdonase á los pecadores, sino tambien para otros dos fines. El uno, para movernos á grande confianza en su misericordia; porque si él nos excusa, quién nos acusará? Quién, dice san Pablo[2], acusará á los escogidos del Señor? Si Dios los justifica, quién habrá que les condene? Por ventura, Cristo Jesus, que murió, resucitó y está sentado á la diestra del Padre, y ruega y aboga por nosotros? El otro fin, fué para darnos ejemplo, de como hemos de excusar las faltas de nuestros prójimos, aunque sean enemigos, atribuyéndolas á ignorancia ó inadvertencia y celo, ó á otra intencion menos mala. De suerte, que no solo no lo acusemos, ni exajeremos el agravio que nos hacen, ni de él hagámos título, para que Dios les castigue, sino del mejor modo que pudiéremos le aligeremos, haciendo de la escusa título para que Dios les perdone. O Salvador dulcísimo, cuán bien habeis subido hoy al monte de la mirra[3], al collado del incienso, juntando en este monte Calvario, mirra de mortificacion muy amarga, é incienso de oracion muy encendida. Confortad, Señor, mi corazon con esta mirra, para que la abrace, y con este incienso para que os le ofrezca, buscando siempre vuestra gloria por todos los siglos. Amen.

Punto tercero.—Ultimamente, consideraré los efectos de esta oracion de Cristo nuestro Señor, ponderando lo primero, como el Padre eterno la oyó; porque si

[1] 1. Cor. 2. 8. [2] Roman. 8. 33. [3] Cantic. 4. 6.

la oracion de los humildes y mansos siempre le agrada, como dice la Escritura [1], cuánto mas le agradaria la oracion del humildísimo y amantísimo Hijo suyo? El cual, como dice san Pablo [2], cuando oró en la cruz con lágrimas, fué oido por su reverencia; esto es, por el respeto que se debia á la infinita dignidad de su Persona, y por la reverencia con que humilló y honró á su Padre; y así por esta oracion alcanzaron perdon muchos de los judíos que allí estaban: á los cuales convirtió san Pedro el dia de Pentecostés, no tanto por su predicacion, cuanto por la virtud de esta oracion de Cristo, por la cual tambien se dá el perdon á todos los pecadores que le piden y reciben. O Padre eterno, oid la oracion de vuestro Hijo, perdonando los pecados que contra Vos he cometido. Perdonadme, Padre de misericordias, porque no supe lo que hice cuando os ofendí: y aunque yo no merezco ser oido, merécelo vuestro Hijo, por quien es, y por la reverencia que siempre os ha tenido.

2. Tambien puedo ponderar el afecto que obró esta oracion en la Vírgen santísima y en san Juan y otras personas devotas que allí estaban, cuán admiradas quedarian de ver tanta caridad y mansedumbre en Cristo nuestro Señor! Y cuán llorosas por ver crucificado con tanto dolor, al que oraba por sus perseguidores con tanto amor; especialmente la Vírgen santísima, tomando ejemplo de su Hijo, ejercitaria luego la misma caridad y amor de sus enemigos; y repitiendo la oracion que habia oido, diria: Padre, perdonad á estos, porque no saben lo que hacen. O cuán agradable fué al Padre eterno la oracion de esta Vírgen humilde y mansa, mas que todas las puras criaturas, cuán bien recibida fué en el cielo, y juntándola con la del Hijo, ayudaria á recabar el perdon que deseaba! O Abogada de los pecadores, abogad por mí delante de vuestro Dios, pidiéndole que me

[1] Judic. 9. 16. [2] Hebr. 5. 7.

perdone, pues no supe lo que hice! Tambien á esta oracion de Cristo se puede atribuir la conversion del buen ladron, y del centurion, y otros afectos, que se irán poniendo en las meditaciones siguientes.

MEDITACION XLVI.

DE LOS LADRONES QUE FUERON CRUCIFICADOS CON CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LA SEGUNDA PALABRA QUE DIJO AL UNO, PROMETIÉNDOLE EL PARAISO.

PUNTO PRIMERO.—*Crucificaron con Jesus dos ladrones*[1]. *poniendo uno á su mano derecha, y otro á la izquierda, y á él en medio.*

Sobre este punto se ha de considerar, la humildad rara de Jesucristo nuestro Señor en haber querido ser crucificado en medio de dos ladrones con tanta ignominia; y es de creer, que escogerian los mas insignes que habia en la cárcel, otros tales como Barrabás, para que se cumpliese lo que estaba de él profetizado, que fué contado con los malhechores facinerosos. Y para ponderar mas esta humildad, tengo de levantar los ojos á mirar su infinita dignidad, considerando como él es Verbo eterno, que está como en medio de las divinas Personas; y el mismo que estuvo en el monte Tabor transfigurado en medio de Moisés y Elías, y el que es piedra angular, en quien se juntan los pueblos hebreo y gentil, y el dia del juicio estará sentado en el trono de su majestad, en medio de buenos y malos, teniendo los buenos al lado derecho, y los malos al izquierdo. Este Señor, pues, es el que está en este monte Calvario, y en este trono de la cruz en medio de dos ladrones, despreciado y abatido como si fuera ladron; pero no se le pega de su compañía, ni malicia ni infamia; antes está allí representando el juicio que ha de hacer entre justos y pecadores. En todo lo cual nos dá ejemplo mara-

[1] Luc. 23. 33. Joan. 19. 18. D. Tho. 3. p. q. 46. art. 11. Isai. 53. 12.

villoso con que nos consolemos, cuando nos viéremos puestos en el lugar bajo, y contados en el número de los malhechores, persuadiéndonos que si no se nos pega su malicia, no nos podrá dañar su infamia. O Rey de la gloria, cuán bien habeis mostrado que venísteis al mundo para darnos ejemplo de humildad. En la entrada fuísteis puesto en un pesebre en medio de dos animales, y en la salida sois puesto en una cruz en medio de dos ladrones, para que el fin correspondiese al principio, y la humillacion fuese creciendo por sus grados, hasta el supremo que podia llegar. Concededme, Señor, que á imitacion vuestra ordene mi vida de tal manera, que su principio, medio y fin sea humildad, abrazando por vuestro amor todo género de humillacion.

Punto segundo. — *El uno de los ladrones, que estaba crucificado con Jesus, mofaba de él, diciéndole*[1]: *Si tú eres Cristo, sálvate á tí mismo, y á nosotros. El otro le respondió: Ni tú temes á Dios, estando en la misma condenacion de muerte que está este. Nosotros justamente estamos condenados, porque recibimos lo que nuestras obras merecieron; pero este ninguna cosa mala ha hecho.*

En este punto se ha de considerar, la diferencia de los malos á los buenos, y la ignominia que Cristo recibe de los unos, y la gloria que recibe por medio de los otros.

1. Lo primero, uno de los ladrones, que se entiende era el del lado izquierdo, porque representaba á los reprobados, blasfemaba de Cristo nuestro Señor como los fariseos, zaheriéndole del pecado, porque decian estaba crucificado, que es haberse hecho Cristo y Mesías; lo cual fué de grande ignominia para el Salvador, pues llegó á tanto su desprecio, que un hombre vilísimo, condenado á muerte de cruz por sus ladrocinios y maldades, le escarneció, pareciéndole que ganaba indulgencia para bien morir en escarnecerle. Por donde se vé, cuán propio es de los malos olvidarse de sus delitos, y

[1] Lucæ 23. 39.

agravar los agenos, murmurando de ellos, y condenando á los que los cometieron, teniéndose á sí por inocentes en su comparacion; como sucedió á este mal ladron, el cual con este pecado hinchió la medida de su condenacion, y dió ocasion al Salvador, para mostrar su admirable paciencia callando, sin responder palabra al injuriador, que cabe sí tenia.

2. Al contrario de este, el otro que estaba á la mano derecha de Cristo, tocado con la inspiracion del Espíritu santo, y ayudado de la gracia del Señor, que tenia cabe sí, volvió por él, trazando así la divina Providencia, para que pues Cristo nuestro Señor sufria su injuria callando, no faltase quien respondiese por él; y en la respuesta ejercitó algunos actos heróicos de virtud, especialmente de caridad y humildad. El primero fué, corregir al público blasfemo con palabras graves y concluyentes, diciéndole: *Ni tú temes á Dios estando á punto de muerte como este?* Como quien dice: Que no temian á Dios los que están sanos, y sin peligro de muerte, menos malo es, pero que tú no le temas estando á peligro de morir, no es tolerable. El segundo fué confesar públicamente su culpa, y que justamente merecia la pena que padecia en aquella cruz, avisando de lo mismo al compañero. El tercero fué, confesar la inocencia de Cristo nuestro Señor, diciendo: *Iste nihil mali gessit;* Este ningun mal ha hecho. De suerte, que tuvo ánimo para confesar delante de todo el pueblo, que los príncipes de los sacerdotes y los escribas se engañaban en acusar á Cristo, y que Pilatos erró en condenarle, y que todos hacian mal en blasfemar de él, porque de verdad ningun mal ni pecado habia hecho. O varon admirable, que no tuvo vergüenza de confesar la inocencia de Cristo, cuando todo el mundo lo condenaba! Huyen los apóstoles [1], encúbrense los discípulos, callan todos sus conocidos, temiendo la ira de los judíos, y solo este la-

[1] Matth. 10. 22. Lucæ 12. 8.

dron en lo alto de la cruz predica á voces, que Cristo es inocente. Justo es, Salvador mio, que cumplais con él la palabra que dijísteis: Quien me confesare delante de los hombres, yo le confesaré y honraré delante de mi Padre y de sus ángeles.

3. De este ejemplo he de sacar, que así como en el monte Calvario estuvieron tres en la cruz con diferente modo; uno con culpa, y con impaciencia; otro con culpa, y con paciencia; otro sin culpa, y con admirable paciencia: así tambien suele suceder en esta vida á los hombres, unos por sus pecados son castigados de Dios, llevando con impaciencia el castigo, y estos serán condenados como el mal ladron, bajando de la cruz al infierno; otros son castigados por sus pecados, llevando la pena con humildad y paciencia, diciendo aquello de Miqueas, c. 7. *Iram Domini portabo, quia peccavi ei.* Sufriré el castigo y la ira de Dios, porque pequé contra él; y estos como el buen ladron, alcanzarán perdon de su pecado, y de la cruz irán al paraiso. Otros son afligidos sin culpa para su ejercicio y corona, llevando su afliccion con grande paciencia, á imitacion de Cristo nuestro Señor; y estos son mas dichosos, porque como dijo san Pedro en su canónica, lo mas precioso de la cruz y del tormento es padecerle sin culpa: pero yo miserable, si no pudiere alcanzar esta dicha, que sea de los postreros, porque estoy lleno de pecados, por los cuales merezco cualquier castigo, y puedo y debo decir lo que está escrito en Job[1]; pequé, y verdaderamente delinquí, y no he recibido tanto castigo como mi pecado merecia: procuraré ser siquiera de los segundos, para alcanzar de Dios misericordia, siguiendo el ejemplo del buen ladron.

Punto tercero.—Vuelto el buen ladron á Jesus, díjole: *Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum.* Señor, acuérdate de mí, cuando estuvieres en tu reino.

[1] Job. 33. 27.

1. En esta heróica oracion y peticion, se ha de considerar lo primero, como este santo penitente, despues que hubo ejercitado las obras dichas de caridad y humildad, confesando su culpa, y la santidad de Cristo, luego tomó ánimo y confianza para orar y pedir perdon de sus pecados, y la entrada en el cielo, con unas palabras breves y devotas, llenas de fe y confianza. Lo primero, llámale Señor con grande reverencia, respetando al que de todos era vituperado, y tenido por vil gusano y desecho del pueblo. Lo segundo, confiesa que es rey, y que tiene verdadero reino, al modo que él mismo lo habia dicho; no en este mundo, sino en el otro, y que por la cruz y muerte iba á tomar posesion de este reino eterno y celestial. Lo tercero, pídele que se acuerde de él cuando entrare en su reino como si dijera[1]: No te pido que me salves aquí, librándome de la cruz como pide mi compañero, sino que me salves despues que muriere en la cruz, dándome la salud y salvacion eterna. Tampoco te pido que me lleves contigo á tu reino, y me des trono y asiento en él; porque un ladron como yo, no se ha de atrever á pedir cosa tan grande: solo te pido, que te acuerdes de mí, y esto basta; porque si te acuerdas de mí, tú me darás buena muerte, y me pondrás en el lugar que quisieres de tu gloria. O ladron prudentísimo y humildísimo; cuán bien has acertado á pedir y negociar el reino de los cielos, que los valientes han de arrebatar! No te sucederá lo que á José con el copero de Faraon[2], con quien estaba preso en la cárcel, á quien pidió que cuando saliese de la prision, y se viese en su prosperidad, se acordase de él, pero luego se olvidó. No es esta la condicion del Señor con quien estás crucificado; porque pasado el tormento de la cruz, llegará el tiempo de su prosperidad, y tendrá memoria de tí, dándote parte de ella.

2. Lo segundo, tengo de ponderar las causas de don-

[1] Matth. 11. 12. [2] Génes. 40. 14.

de procedió la conversion de este ladron, y su confesion y fe maravillosa: porque puesto caso que la principal causa fué la diestra de Dios, que obró esta mudanza en su corazon; pero esta diestra de Dios [1], tomó medios para alumbrarle. Estos no fueron principalmente milagros, porque quizá no habia visto los milagros que Cristo hizo en su vida, ni habian comenzado los que sucedieron en la pasion. Tampoco fueron sermones, porque ningun sermon de Cristo habia oido; pero en lugar de milagros, le movió la heróica paciencia y mansedumbre que vió en Cristo en medio de tantas injurias; y en lugar de sermones, se enterneció con el ejemplo de aquella rara caridad, cuando le oyó rogar por sus enemigos. De donde sacó con la ilustracion del cielo, que aquel Señor era santísimo; y pues él decia que era Rey y Mesías, é Hijo de Dios, así seria sin duda. De aquí sacaré yo [2] cuánto importa ser paciente, manso y caritativo, y de dar buen ejemplo, pues todo esto tiene fuerza de milagros, y de sermones para convertir á los pecadores mas duros que peñascos. O dulce Jesus, que puesto en la cátedra de la cruz, con tu milagrosa paciencia, y con tu maravilloso ejemplo de caridad convertiste al buen ladron, ayúdame para que á imitacion tuya haga yo semejantes milagros, dando semejantes ejemplos con que edifique á mis prójimos, enfrene á los malos, y encienda en mayor perfeccion á los buenos. Amen.

3. Finalmente, á imitacion del buen ladron, puesto á los piés de Cristo crucificado, repetiré yo una y muchas veces con grande afecto la misma oracion, diciéndole: Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino. O Rey eterno, confieso que por mis pecados justamente estoy puesto en la cruz de muchos trabajos y tentaciones, no te olvides de mí, ni permitas que me pierda. Y pues ya estás pacífico en tu reino, ten memoria de

[1] Psal. 76. 11. [2] Casian. collat. 12. cap. 13.

este miserable, mirándole con ojos de misericordia.

Punto cuarto. — *Respondióle Cristo nuestro Señor: De verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraiso.*

En esta segunda palabra, que Cristo nuestro Señor dijo, se han de considerar las inestimables riquezas y tesoros de su liberalidad y misericordia, y de su bondad y caridad.

1. Lo primero, descubre aquí la eficacia de la oracion, en que rogó por los pecadores, cogiendo luego el fruto de ella en este grande pecador; del cual dicen algunos, que al principio blasfemaba de Cristo, juntamente con su compañero, por decir san Mateo y san Marcos, en número plural, que los ladrones escarnecian de él: y siendo esto así, mucho mas campea la virtud de Cristo en tocar á este blasfemo, como despues se mostró en tocar á Saulo por la oracion de san Estéban.

2. Tambien resplandece aquí la eficacia de la sangre de Jesucristo, derramada en la cruz, cuyas primicias fueron este buen ladron, trocándole con modo maravilloso, perdonándole sus pecados, á culpa y á pena, prometiéndole la entrada en el paraiso, sin dilacion, y asegurándole de ella. O buen Jesus, cuán amigo sois de ejercitar en todo lugar vuestro oficio de justificar los pecadores! En el vientre de vuestra Madre justificais á vuestro Precursor: en el pesebre llamais á los Magos, ilustrándolos con vuestra gracia: y en la cruz llamais á este ladron, prometiéndole la vida eterna, en saliendo de la vida temporal. Gracias os doy por tan inmensa liberalidad, y humilmente os suplico ejerciteis conmigo este oficio de Salvador, para que reine con Vos por todos los siglos. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar la liberalidad de esta promesa. No pide el ladron á Cristo, sino que se acuerde de él cuando estuviere en su reino, y Cristo le que en aquel mismo dia estará con él en su Rey soberano, bien bastara prometerle, que

de allí á algunos años entraria en vuestro reino; pero vuestra caridad quiere apresurar los plazos; y en lugar de purgatorio, le admite por paga los tormentos que padece; y para que no desmaye en los que ha de padecer, cuando le quiebren las piernas, le dice: Hoy serás conmigo en el paraiso. Hoy se trocará tu suerte, y de esta cruz de tormentos, pasarás al paraiso de deleites, y allí estarás conmigo; porque yo he dicho, que quien me siguiere [1]; estará donde yo estoy; y pues tú me has seguido en la cruz, tambien me seguirás en la gloria, entrando hoy á estar conmigo en ella. O Rey de la gloria, si con tanta liberalidad premiais al que solamente os siguió tres ó cuatro horas del dia, cómo premiaréis al que os siguiere con perfeccion todas las horas y edades de su vida? Si tan agradecido os mostrais al pecador que os ha injuriado innumerables veces, por una sola vez que os honra, qué agradecimiento mostraréis al que toda la vida gasta en honraros? O dichoso ladron [2], que habiendo estado todo el dia ocioso, llegaste á la viña una hora antes de anochecer, y te diste tanta priesa á trabajar, que siendo el postrero, mereciste ser el primero: el primero, digo, de los mortales que, en saliendo de esta vida, recibió luego el denario de la gloria. Date priesa, ó alma mia, á trabajar, pues mas merecerás con el fervor del trabajo, que con el largo tiempo; y juntando ambas cosas, será mas copioso tu galardon.

Punto quinto.—1. Ultimamente, tengo de considerar las dos suertes de hombres malos y buenos, que se representan en estos dos ladrones, de los cuales uno fué reprobado, y otro escogido, acordándome de lo que dice Cristo nuestro Señor [3], que en el dia del juicio, de dos que estarán en el campo ó en el molino, ó en lecho, uno será tomado, y otro dejado, que fué decir: De todos estados y modos de vida, unos serán tomados para el cielo por las buenas obras que hicieron, preveni-

[1] Joan. 12. 26. [2] Matth. 20. 8. [3] Matth. 24. 40. Luc. 17. 34.

dos y ayudados de la divina gracia, y otros serán dejados para el infierno por las culpas que hicieron con su libre albedrío. De suerte, que quien está en el molino del estado de matrimonio con muchos cuidados y trabajos, no ha de perder la confianza de su salvacion; y quien está en el lecho del estado de continencia con mucho descanso, no ha de perder el miedo de su condenacion: y el que trabaja en el campo de la vida activa, y el que descansa en el lecho de la vida contemplativa, han de vivir con esperanza, mezclada con temor de los juicios de Dios, á quien humildemente suplicaré, que no sea yo de los dejados, sino de los escogidos, haciendo vida digna de que Dios me tome para sí, colocándome en su paraiso.

2. Tambien ponderaré, como la sangre de Jesucristo, aunque era poderosa para justificar á los ladrones, solamente obró en el uno, para darnos motivos juntamente de temor contra la presuncion, y de confianza contra la pusilanimidad. De suerte, que los grandes pecadores, cuando se ven cercanos á la muerte, no desesperen, viendo que un ladron en aquella hora hizo penitencia, y alcanzó misericordia; pero ninguno presuma vivir á sus anchuras, dilatando la penitencia hasta la muerte, viendo que el otro ladron, aunque estaba junto á Cristo, murió sin penitencia, castigado con el rigor de la divina Justicia. Y harto motivo de temor es ver, como entre tantos malos como estaban en el monte Calvario, á un solo ladron se dijo: Hoy serás conmigo en el paraiso.

3. Finalmente, se puede ponderar la impresion que haria en la Vírgen sacratísima todo este suceso, así la confesion del ladron, como la respuesta de su Hijo, y como se consolaria algun tanto de ver que no faltaba quien volviese por su honra; y cómo se confirmaria en la fe, viendo una promesa tan grandiosa, en la cual se declaraba, que por la pasion de su Hijo se abrian las puertas del cielo, que tantos millares de años habian es-

tado cerradas. O alma mia, en medio de las lágrimas, respira un poco con estas dulces nuevas, mira que hoy se abren las puertas del paraiso, y aunque es á costa de la sangre de tu Señor, él se consuela de derramarla, para que con ella se quebranten las cerraduras de estas puertas [1]! O santo Abrahan, ya no me maravillo de que os alegráseis cuando vísteis en espíritu este dia, pues en él se habia de abrir el paraiso para Vos, y vuestros hijos, imitadores de vuestra fiel obediencia. O Salvador del mundo, en cuyas manos, clavadas en la cruz, está la llave de David [2], con la cual abrís, y ninguno cierra; cerrais, y ninguno abre; abridme las puertas del cielo, que mis pecados cerraron, y cerradme las puertas del infierno, que ellos abrieron, para que en el dia de mi muerte pueda, como el buen ladron, entrar con Vos en el paraiso. Amen.

MEDITACION XLVII.

DE LA TERCERA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ CON SU MADRE Y CON SAN JUAN.

Punto primero.—*Estaban cerca de la cruz de Jesus* [3], *su Madre, y la hermana de su Madre, Maria Cleofé, y Maria Magdalena, y el discípulo á quien amaba.*

1. Sobre este punto se ha de considerar, como se acercaron á la cruz de Jesus las personas que más se señalaron en amarle; porque no hay mayor señal de amar á Cristo, que seguirle hasta la cruz, compadeciéndose de sus dolores é ignominias, y haciéndose participante de ellas: y cuanto mas cerca nos llegamos, y con mayor estabilidad y firmeza, tanto mayores muestras damos de este amor, como las cuatro personas que aquí se nombran.

2. Entre las cuales, la capitana y guia fué la Vírgen

[1] Joan. 8 56. Vide Introduc. à princip. [2] Apoc. 3. 7. Isai. 22. 22. [3] Joan. 19. 25.

sacratísima, por cuyo respeto fueron los demás en su compañía, y sin la cual no tuvieran ánimo para asistir allí; pero ella, como mas firme en la fe, y mas encendida en el amor, pospuesto todo el peligro humano, y atropellando por todas las dificultades é ignominias que de aquí se le habian de seguir, quiso hallarse presente á la pasion de su Hijo, y se puso en pié cerca de la cruz, con grande constancia y fortaleza, acercándose con el cuerpo todo lo mas que le fué permitido. Pero con el espíritu se acercó tanto, que se pegó con ella, y con su Hijo, y allí quedó espiritualmente crucificada con él, por la grandeza del amor y del dolor, como se ponderó en la meditacion fundamental. De suerte, que tres clavos la tenian allí crucificada. El primero, la viva aprension de lo que su Hijo padecia. El segundo, el entrañable amor que le tenia, no solo como á Hijo, sino como á su Dios y bienhechor infinito, por lo cual todos sus trabajos tomaba por propios. El tercero, era la compasion de que tal Persona padeciese tanto por pecados agenos; de donde resultaba en su ánima un dolor tan grande, que bastó por martirio, como si muriera en otra cruz. Miraba la cabeza de su Hijo espinada, y quedaba la suya traspasada con espinas: miraba las manos enclavadas, y quedaban las suyas penetradas con los clavos: miraba los huesos desencajados, de modo que se podian contar, y los suyos se estremecian de dolor. Y á este modo, cuanto el Hijo padecia corporalmente, padecia la Madre espiritualmente, pero terriblemente. O Vírgen de las vírgenes, con cuánta razon podemos hoy llamaros Mártir de los mártires! pues como á todas las vírgenes excedísteis en la flor de la virginidad, así á todos los mártires excedeis en el fruto del martirio. Mártir sois en el deseo fervoroso de padecer todos los tormentos de muerte que vuestro Hijo padecia: y mártir tambien, por los terribilísimos dolores, que con su vista padecísteis, bastantes para daros

la muerte, si vuestro Hijo no os conservara la vida. O quién pudiera acompañaros en este modo de martirio? Alcanzadme, ó Reina de los mártires, que tenga en él alguna parte, martirizando mi carne con penitencias, y mi espíritu con abnegaciones, acercándome con fortaleza de corazon á la cruz de vuestro Hijo, y crucificándome en ella como os crucificásteis Vos.

PUNTO SEGUNDO.—*Como viese Jesus á su Madre y al discípulo que amaba, dijo á su Madre: Mujer, ves ahí á tu Hijo.*

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, la caridad de Cristo nuestro Señor, juntamente con la entereza y autoridad que mostraba en medio de tantos dolores y desprecios, atendiendo á las obras de piedad y de misericordia, y á las obligaciones de su oficio, como si no estuviera padeciendo. Ya ruega por sus enemigos, como sumo Sacerdote: ya promete el paraiso, como Redentor: ya mira por su Madre, como Hijo: y por su discípulo como Maestro: enseñándonos con este ejemplo, que no hemos de faltar á nuestras obligaciones, por vernos rodeados de trabajos. O supremo sacerdote Jesus, cuán diferente sois del otro sumo sacerdote Aaron [1], que dijo no podia hacer bien su oficio, estando con animo lloroso y triste! Pero Vos, Salvador mio, rodeado de trabajos, y afligido con tristezas, haceis perfectísimamente vuestros oficios, orando por vuestros enemigos, aplacando á vuestro Padre, y mirando por el consuelo de vuestra Madre. Dadme, Señor, esta entereza de corazon, para que nunca deje de hacer lo que me habeis encargado, aunque me vea muy atribulado.

2. Lo segundo, ponderaré las palabras que dijo á la Vírgen: *Mujer, ves ahí á tu Hijo.* Como quien dice: No me olvido de tí, ni de la obligacion que te tengo como hijo; mas pues yo me aparto de este mundo, en mi lugar te dejo á Juan por hijo, para que haga contigo ofi-

[1] Levit. 10. 19.

cio de hijo, sirviéndote, y haciendo lo que yo habia de hacer con tal Madre; pero no la quiso llamar Madre, sino mujer: lo uno, por no afligirla con esta palabra tan tierna; y lo otro principalmente para mostrar cuán descarnado estaba de todo lo que era carne y sangre, atendiendo á las obras de su Padre celestial, por lo cual nunca se lee haberla llamado con este nombre, como en la meditacion 9.ª de la tercera parte lo ponderamos. Esta palabra causó gran sentimiento en el corazon de la Vírgen, así porque entendió que su Hijo se despedia de ella para morir, como porque consideró el trueco tan desigual, que era trocar al Hijo de Dios vivo, por el hijo de un pobre pescador, y al Maestro del cielo, por el discípulo de la tierra. O Salvador del mundo, si como mirando al discípulo, dijísteis á vuestra Madre, ves ahí á tu Hijo, mirándoos á Vos mismo dijérades: *Mulier, ecce Filius tuus.* Ves aquí á tu Hijo: ves aquí el que concebiste por obra del Espíritu santo, y pariste sin dolor: ves aquí al que reclinaste en un pesebre, en medio de dos animales, y le diste leche con tus pechos: ves aquí al que trajiste en tus brazos, recreándote en mirarle y regalarle: ves aquí á tu Hijo puesto en los brazos de una terrible cruz, y en medio de dos ladrones, todo desfigurado y desangrado. Mira si me conoces por Hijo, y si me mandas algo como Madre: y pues callas y no me dices nada, en mi lugar le dejo á mi discípulo: *Ecce filius tuus.* Ves ahí á tu hijo.

3. Pero mas adelante pasó la caridad de este Señor para con nosotros en estas palabras, y mas ahondó la inteligencia de su Madre en ellas, porque no solamente la dió por hijo á Juan, sino en él á todos los demás discípulos que tenia, y tendria hasta la fin del mundo, por todos los cuales dijo: Mujer, ves ahí á tu hijo, toma por hijo á mi discípulo, y á todos los que fueren discípulos mios, porque mi voluntad es, que tú seas su madre, y ellos tus hijos; y que mires por ellos como por hijos

tuyos, procurando su bien con toda solicitud. Gracias te doy, dulcísimo Jesus, por haber encargado á tu Madre, que nos tome por hijos, haciéndonos con esto tus hermanos. O Vírgen benditísima, desde hoy mas tengo de deciros confiadamente: *Ecce filius tuus.* Señora mia, veis aquí á vuestro hijo: acordaos que os mandó vuestro Hijo unigénito, me tomáseis por hijo adoptivo, reconocedme por hijo, y mirad por mi remedio.

Punto tercero.—*Despues dijo al discípulo: Ves ahí á tu Madre, y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya.*

1. Primeramente se ha de ponderar, que como las palabras de Cristo nuestro Señor son eficaces para hacer lo que dicen, en la forma que él quiere hacerlo, con esta palabra imprimió á la Vírgen espíritu de madre para con san Juan, y con los demás discípulos: y en san Juan imprimió espíritu de hijo para con su Madre; y el mismo espíritu comunica á todos los que son perfectos discípulos suyos. Y pues esta palabra no se dijo á solo san Juan, sino en él á todos sus semejantes; he de imaginar, que Cristo nuestro Señor me dice: Ves ahí á tu Madre, ámala y venérala como á madre, obedécela y sírvela en cuanto pudieres, y acude á ella en todas tus necesidades; porque como te dí á mi Padre por tuyo, así te doy á mi Madre por tuya: vive, pues, como hijo de tal Madre. O dulcísimo Jesus, de dónde á mí tanto bien; que me dais á vuestra Madre por mi madre? Dadme, Señor, espíritu de verdadero hijo, para que la sirva como merece tan gloriosa Madre. O Madre benditísima, cierto estoy, que siendo tan obediente como sois á vuestro Hijo, luego aceptaréis el oficio de mi madre: *Monstra te esse Matrem, sumat per te preces, qui pro nobis natus, tulit esse tuus.* Muéstrate ser Madre, reciba por ti los ruegos, el que naciendo por nosotros quiso ser tu Hijo. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré las causas, por las cuales

hizo Cristo nuestro Señor este favor á san Juan. Las principales fueron dos, y ambas juntas le dispusieron para recibirle. La primera, porque fué vírgen, y convenia que el Hijo vírgen no encomendase su Madre vírgen, sino á discípulo vírgen; en lo cual declaró la estima que tenia de la virginidad de cuerpo y alma. La segunda, porque se señaló en la caridad y amor de Cristo, siguiéndole hasta la cruz, y poniéndose cerca de ella, rompiendo por todas las dificultades que de esto le apartaban, como apartaron á los demás discípulos: y pues se señaló mas que ellos, digno era de ser favorecido mas que todos. De donde sacaré un gran deseo de imitar á la Vírgen, y al glorioso san Juan, en la castidad y en el amor de Cristo y de su cruz, para ser digno de que la Vírgen me tome por hijo, y yo pueda tenerla por madre.

3. Finalmente, se ha de considerar lo que dice el Evangelista, que desde aquella hora el discípulo la tomó por suya: de la Vírgen no dice que desde aquella hora le tomó por hijo, porque ya se estaba dicho, por ser ella tan obediente, que bastaba saber cualquier señal de la divina voluntad para cumplirla; pero de sí dice que, *accepit eam in suam*, que la tomó á su cargo para ejercitar con ella todos los oficios de un buen hijo para con su madre; los cuales cumplió con grande puntualidad y diligencia, no solo por habérselo mandado su Maestro, sino tambien porque se tenia por dichoso en servir á tal Madre. O glorioso Evangelista, gózome de la buena suerte que os ha cabido en este dia; suplicad á vuestro dulce Maestro me dé el espíritu de hijo, que os dió para con su Madre, para que la sirva yo como la servísteis Vos. O Salvador mio, pues tan liberal os mostrais en la cruz, que dais vuestro paraiso al ladron que se convierte, y vuestra Madre al discípulo que os ama; usad conmigo de esta liberalidad, dándome en esta vida devocion cordial con vuestra Madre, por cuyo

medio espero hallar entrada en el paraiso, donde reine con Vos y con ella por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLVIII.

DE LAS TINIEBLAS QUE SUCEDIERON EN TODA LA TIERRA, Y DE LA CUARTA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HABLÓ EN LA CRUZ.

PUNTO PRIMERO. — *Habiendo sido Cristo nuestro Señor crucificado cerca de la hora de sexta, que es al medio dia*[1], *poco despues sucedieron unas grandes tinieblas en toda la tierra que duraron hasta hora de nona, que es las tres de la tarde.*

1. En lo cual se ha de considerar las causas porque nuestro Señor ordenó estas tinieblas milagrosas, eclipsándose el sol en tal coyuntura por tanto tiempo. Lo primero, para manifestar la ira que tenia contra aquel pueblo ingrato, por el delito atroz que cometia contra Cristo, pues no eran dignos de ver la luz del sol, los que quitaban la vida al Sol de justicia. Y tambien con estas tinieblas exteriores significaba las interiores de aquella miserable gente, y las eternas en que habian de caer por su obstinacion.

2. Lo segundo, para manifestar la inocencia y majestad de Cristo nuestro Señor con este milagro, haciendo que el sol se oscurezca, y cubra á la tierra de luto por la muerte de su Hacedor: y del modo que puede, muestre compasion de sus dolores é ignominias, y escondiendo su luz quite la ocasion á los perseguidores de mirarle con escarnio, y á los blasfemos de añadir nuevas blasfemias, haciéndolos retirar con aquella oscuridad. O Sol de justicia, justo es que el sol material se oscurezca, estando tú tambien oscurecido con tristeza, y á punto de transponerse al hemisferio de la otra vida; pero mas justo fuera que yo me entristeciera de tu muer-

[1] Matt. 27. 45. Marc. 15. 33. Luc. 23. 44. D. Thom 3. p. q. 44. art. 2.

te, pues yo soy la causa de ella. No permitas, Señor, que yo sea tan ciego, que no vea la razon que tengo de entristecerme, ni tan duro, que no me compadezca de tu tormento.

3. Lo tercero, ordenó Cristo nuestro Señor estas tinieblas, para qué cesando con esta repentina noche el bullicio de la gente, pudiese á sus solas, y con quietud, gastar aquellas tres horas en apercibirse para la muerte, y en orar con gran fervor y lágrimas por nosotros; á la manera que cuando predicaba, gastaba los dias en su oficio, conversando con los hombres: y en viniendo la noche, se recogia á los montes á orar, haciendo todo esto, no por su necesidad, sino por nuestra enseñanza y ejemplo [1]. Así estando en el monte Calvario, tendidas sus manos en la cruz, despues que hubo cumplido los oficios de piedad, arriba dichos, quiso en aquellas tres horas de tinieblas que sucedieron, ocuparse totalmente en orar, aplicando su oracion por todos los fieles que tenia presentes en su memoria, de los cuales era yo uno por quien aplicaba su oracion. O dulce Jesus, enseñadme á orar con la quietud y espíritu que en estas tres horas oraste; y avivad mi tibieza, para que me aproveche del tiempo que tengo de vida, aparejándome con gran fervor para la muerte.

4. Tambien puedo ponderar, como la Vírgen santísima gastaria este tiempo en orar con gran fervor, levantando su espíritu á una contemplacion muy alta, no de afectos gozosos, sino dolorosos, á imitacion de su Hijo. Y lo mismo es de creer haria san Juan y el buen ladron, inspirándoles este Señor á ello, y diciéndoles desde su cruz, con palabras interiores: Velad y orad conmigo, pooque no caigas en tentacion.

Punto segundo.—*Cerca de la hora nona, que era las tres de la tarde, clamó Jesus, diciendo [2]: Heli, Heli, lamazabathani; que quiere decir: Dios mio, Dios mio; porqué me desamparaste?*

[1] Hebr. 5. 9. [2] Matth. 27. 46. Marc. 15. 34.

Esta fué la cuarta palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz poco antes de espirar, y díjola con gran clamor, para que se entendiese que estaba vivo, y para declarar el afecto con que la decia, afligidísimo por el interior desamparo que sentia. Este desamparo estuvo en dos cosas.

1. La primera, en que el Padre eterno le dejaba padecer, sin librarle de aquellos terribles trabajos en que estaba: lo cual es un modo de desamparo que usa Dios con los justos para su provecho; pero en Cristo nuestro Señor fué terribilísimo, porque no hallaba descanso en cosa alguna. La cabeza no podia descansar sobre la cruz, sin nueva pena: las manos no podian sustentar el cuerpo sin rasgarse con mayor dolor: los piés no podian con la carga, sin aumentar sus heridas; y viéndose por todas partes afligido, levantó la voz al cielo con gran clamor, diciendo: Dios mio, Dios mio, porqué me desamparaste?

2. La segunda cosa en que estuvo este desamparo, fué en que la divinidad desamparó á la humanidad, cuanto á los consuelos sensibles, dejándola padecer con las tristezas y agonías que tuvo en el huerto, las cuales duraron hasta que murió; y porque ninguno pensase que su paciencia era insensibilidad, y que el acudir á las cosas de los otros, procedia de no sentir sus penas, quiso con esta palabra declararlas, diciendo: Dios mio, Dios mio, porqué me desamparaste? Mas para que entendiésemos, que esta queja no nacia de desesperacion, sino de amor por la razon dicha: no dijo, Dios, Dios, porqué me desamparaste? Sino Dios mio, Dios mio; como quien dice: Dios eres de todos, porque les das el ser que tienen; pero mucho mas eres Dios mio, porque me comunicas tu divino ser; y me amas con especial amor, y yo te amo con el mismo; pues porqué me desamparas en esta tribulacion? O buen Jesus, no es necesario que venga otra vez ángel del cielo como en el

huerto para confortaros en vuestra afliccion, diciéndoos las causas de este desamparo, porque ya está muy cercano á su fin, pero yo, Señor, os la diré, para que se descubra en mí vuestra inmensa caridad, porque yo os desamparé, apartándome de vuestra voluntad, por cumplir la mia, quereis ser desamparado de vuestro Padre; mereciendo con este desamparo, que nunca me desampare su misericordia; y para darme ejemplo de paciencia cuando sintiere semejante desamparo, pues no es mucho pase el discípulo por donde pasó su Maestro. O Maestro dulcísimo [1], *Ne me derelinquas usquequaque*, no me desampares con demasía, y cuando desfalleciere mi virtud, no me desampare tu gracia.

3. Tambien puedo considerar, como Cristo nuestro Señor se queja de otro desamparo, que sentia mucho mas que los que están dichos, viendo que sus discípulos le habian desamparado, y el pueblo hebreo le habia dejado, y millares de hombres habian de desampararle, dejando su fe, atropellando sus sacramentos, y desechando los frutos que de su pasion podian sacar. O dulce Jesus, no me espante que os quejeis de este desamparo, pues siendo vuestra redencion tan copiosa y vuestra pasion tan penosa, apenas hay quien se aproveche de ella. O Amparador nuestro, cuán desamparado os veo en este mundo! Unas naciones, no quieren recibir vuestra fe: otras, la dejan; y otras, aunque reciben vuestra ley, dejan el cumplimiento de ella, y unos desamparan á otros, desamparándoos en cada uno de vuestros pequeñuelos. O Padre eterno, no desampareis así á vuestro Hijo; y pues tan bien lo ha trabajado en su pasion, haced que sea de todos conocido, y adorado por ella.

PUNTO TERCERO.—1. Aunque Cristo nuestro Señor solamente dijo en voz alta las palabras referidas, que son principio del salmo 21, que trata de su pasion, pia-

[1] Psal. 118. 8. Psal. 70. 9.

mente se puede creer, que en secreto prosiguió todo este salmo, contando á su Padre todos los trabajos que están expresados allí; pero con mayores ánsias diria aquellas palabras: Libra, Señor, mi alma del cuchillo, y defiende á la única querida mia, del poder del perro: sácame de la boca del leon, y libra mi pequeñez de los cuernos del unicornio. Llama cuchillo á la muerte, á que está condenado por la divina Justicia; y perro á Caifás, con los demás perseguidores que mordian su fama: Leon á Pilatos, con los ministros y soldados que le despreciaban y afligian con aquellos tormentos: y unicornios á los poderes de las tinieblas infernales que solicitaban á sus enemigos contra él. Estas palabras diria con gran sentimiento, conforme á lo que de él dice san Pablo [1]: Que en los dias de su carne hizo oracion con gran clamor y lágrimas al que le podia salvar y librar de la muerte.

2. Tambien se ha de considerar, el sentimiento grande que tendria la Vírgen cuando oyó decir á su Hijo estas lastimosas palabras; las cuales en entrando por sus oidos, penetraron su corazon, y le levantó al eterno Padre, suplicándole que no desamparase á su afligido Hijo; y como ella sabia tambien los salmos de David, es de creer, que cuando este divino cantor con voz llorosa comenzó este salmo 21, en el facistol de la cruz, ella juntamente le prosiguiria en su corazon, doliéndose de los tormentos que allí se van contando de su Hijo, y con el mismo espíritu le tengo yo de decir y rumiar, haciendo pausa en cada palabra de él.

3. Ultimamente ponderaré, como algunos de los circunstantes que oyeron esta palabra, dijeron: *A Elías llama, esperad, y verémos si viene á librarle.* Esto dirian aquellos malvados perseguidores por mofa de Cristo, juzgando del vocablo *Heli*; como quien dice: Es tan miserable, que no puede salvarse á sí mismo, y así se

[1] Hebr. 5. 7.

queja y pide el favor de Elías. De esta manera torcian las palabras del Redentor para escarnecerle con ellas, permitiéndolo así su bondad para ser por todas maneras atormentado en la cruz. No permitas, Señor, que yo tuerza tus palabras, ni use de ellas para otra cosa, que glorificarte y servirte. Y pues son palabras de vida eterna, concédeme que por ellas la alcance. Amen.

MEDITACION XLIX.

DE LA SED QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR PADECIÓ EN LA CRUZ, Y DE LA QUINTA PALABRA QUE HABLÓ EN ELLA.

Punto primero. — *Sabiendo Jesus que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Sed tengo.*

1. Cerca de este misterio se ha de considerar, lo primero, la terrible sed que Cristo nuestro Señor padecia, porque desde la noche antes no habia bebido, y habia padecido grandes trabajos, andado muy aprisa muchas jornadas, y vertido mucha sangre con los azotes y espinas; y en la cruz, donde habia estado casi tres horas; por lo cual dijo el mismo Señor, en el salmo 21: Mi virtud se secó como una teja, y mi lengua se pegó al paladar, y llegué á estar como polvo á punto de perecer. Con ser la sed tan grande, la sufrió y disimuló, hasta que estaba para espirar, y entonces la declaró, para que supiésemos lo que padecia en castigo de nuestras glotonerías y embriagueces, y se lo agradeciésemos, alentándonos á padecer semejante sed por su amor, teniendo paciencia cuando nos viéremos acosados de ella. O valeroso Sansón [1], que despues de haber muerto mil filisteos con la quijada de un jumento, teneis sed mortal, pedid á vuestro Padre, que de esa cruz en que venceis á vuestros enemigos, saque una fuente de agua, con que se mate vuestra sed. O Piedra viva y pedernal

[1] Judith. 15. 15.

de fuego amoroso, pues estais herido con la vara de la cruz, brotad como la piedra que hirió Moisés [1], alguna fuente de agua con que refresqueis vuestra afligida lengua! Mas ya veo, Señor, que vuestra caridad no quiere sino brotar arroyos de sangre para lavar nuestras culpas, pues su refrigerio es padecer mucho por librarnos de ellas. Por vuestra sed os suplico me deis paciencia y templanza, para que ni la falta de la bebida me turbe, ni su abundancia me desordene.

Punto segundo.—Demás de esta sed corporal tuvo Cristo nuestro Señor sed insaciable de tres cosas, las cuales podemos sacar de la causa que dá el Evangelista, por la cual dijo esta palabra [2]: Sed tengo; es á saber, porque viendo como estaban ya cumplidos todos los trabajos que de él habian profetizado los profetas, y que solamente faltaba uno, que era darle vinagre en su sed; para que este se cumpliese, dijo: Sed tengo, provocando con esta palabra á que le diesen á beber del vinagre que allí tenian.

1. En lo cual se descubren tres excelentísimas virtudes de este excelentísimo Señor, en que se fundan tres suertes de sed que le afligian. La primera, fué una insaciable sed de obedecer, con la cual deseó cumplir la voluntad de Dios, en todas las cosas, sin dejar una jota, ni una tilde, ni cosa alguna por penosa que fuese: y como sabia que era voluntad del Padre, que en su sed le diesen vinagre, no quiso dejar de cumplirla; y por esto dice, que tiene sed, no tanto de beber agua, cuanto de gustar aquel vinagre por obedecerle. O amantísimo Jesus [3], cuyo manjar y bebida fué cumplir la voluntad de tu Padre, dame sed de esta obediencia tan ferviente, que no halle descanso en otra cosa, que en cumplirla.

2. La segunda sed, fué un entrañable deseo de padecer por nuestro amor; porque por mucho que habia

[1] Exod. 17. 6 [2] Psal. 68. 22. [3] Joan. 4. 34.

padecido, deseaba padecer mucho mas, y sin duda lo padeciera, si esta fuera la voluntad de su Padre. Y de aquí procedió, que viendo como le faltaba por padecer la bebida del vinagre, dijo: Sed tengo. Y no lo dijo para pedir refrigerio, sino por padecer nuevo tormento. O Redentor mio, confuso estoy de mí mismo; porque la sed que yo tengo, no es de padecer dolores, sino de tener muchos regalos: quitad de mí tan preciosa sed, y trocadla en otra sed como la vuestra, para que siempre tenga sed de padecer mas y mas por vuestro amor.

3. De estas dos virtudes procedió el modo que tuvo Cristo nuestro Señor de manifestar su necesidad, lleno de admirable santidad, porque la manifestó sencillamente, sin alegar razones ni causas para persuadir que le diesen de beber; ni aun lo pidió expresamente, sino solo dijo: Sed tengo; como quien dice: Esta necesidad padezco, vosotros ved si la quereis remediar, y el cómo, y cuándo la remediaréis. Con lo cual nos enseña, especialmente á los religiosos, el modo como hemos de representar nuestras necesidades temporales á Dios nuestro Señor en la oracion, y á nuestros prelados con grande resignacion, contentándonos con declarar la necesidad, dejando á su providencia el remedio de ella, cuanto al tiempo, y modo, y á lo demás, quedando aparejados para sufrirla hasta la muerte, si Dios así lo dispusiere. Y qué mucho yo haga esto con Dios, que es mi Padre, y con los prelados, que son ministros suyos, pues Cristo nuestro Señor lo hizo con los sayones y verdugos, de quien no esperaba remedio de su trabajo? Por ventura[1], si pidiere á Dios pan, daráme piedra? Y si le pidiere pesce, daráme escorpion? Y si le pidiere huevo, daráme serpiente? Y si le dijere, sed tengo, daráme hiel y vinagre? No es Dios padre tan cruel conmigo, que me niegue lo que me conviene, ó me dé lo que ha de hacerme daño: y pues esto es así, basta decirle

[1] Matth. 7. 9.

mi necesidad, dejándole con entera resignacion el cuidado de remediarla.

4. La última sed, fué de la salvacion de las almas, que con su pasion redimia, deseando que su sangre aprovechase[1] á todos, y que todos sirviesen á su Padre, y le diesen la gloria y culto debido como á Dios, porque siempre el celo ardiente de la casa de Dios le comia las entrañas, y de aquí procedia esta sed, que con mayores ánsias padeció en la cruz. Y en especial tengo de ponderar la sed que allí tenia de mi salvacion, y de que yo le sirviese con perfeccion, dándole gracias por ella, y animándome á darle de beber, para refrigerar su sed. O alma mia, mira que tu Señor está diciendo, que tiene sed de que seas obediente, paciente, humilde y caritativa, dale de beber lo que te pide por aliviar su trabajo. Tomad, Salvador mio, el vaso de mi corazon, en el cual os ofrezco unos fervientes deseos de serviros. Bebed lo que deseais, metiéndome en vuestras entrañas, de modo que nunca me salga de ellas. Amen.

De aquí sacaré, que si quiero perfectamente imitar á Cristo nuestro Señor, tengo de procurar la sed de las tres cosas dichas; esto es, de obedecer á Dios, de padecer por Dios, y de que muchos sirvan á Dios, porque trás estas se seguirá la sed de ver á Dios fuerte y vivo. Y así se cumplirá en mí lo que dijo Cristo nuestro Señor[2]: Bienaventurados los que tienen sed de la justicia, porque ellos serán hartos.

Punto tercero.—*Estaba allí una vasija llena de vinagre*[3], *y corriendo luego un soldado, tomó una esponja, y empapándola en el vinagre, la puso sobre una caña, y la juntó á la boca de Cristo para que bebiese.*

1. En este paso se ha de considerar la terrible escasez y crueldad del hombre contra Dios, y la inmensa largueza y bondad de Dios para con el hombre; porque

[1] Psal. 68. 10. [2] Psal. 41. 3. Matt. 5. 6. [3] Joan. 19. 29. Matt. 27. 48. Marc. 15. 36.

no pudo hacer mayor liberalidad, que derramar Dios toda la sangre de sus venas, sin dejar gota, para el bien del hombre; ni pudo ser mayor cortedad y villanía, que en este mismo tiempo no dar el hombre algun alivio á la sed de Dios. Pero particularizando esto he de considerar; lo primero, el desamparo de Cristo nuestro Señor en esta su sed, sin tener quien se compadeciese de él, y le diese agua con que refrescarse, sino vinagre, y aún ese mezclado con la yerba del hisopo mortal, y desabrida. Sufria este trabajo su Majestad con admirable paciencia y silencio, sin quejarse, ni decir palabra de indignacion, para darnos ejemplo de sufrimiento, y para librarnos de la sed eterna que por nuestros pecados merecíamos en el infierno, á donde los condenados piden como el rico Avariento una sola gota de agua, y no se les dá. O dulce Jesus, gracias te doy por este desamparo que padeciste, semejante en algo al de los condenados, no hallando quien te diese una gota de agua para mitigar tu sed! Por ella te suplico humildemente me libres de la sed eterna, y me des paciencia cuando me faltare el alivio para mitigar la temporal. Amen.

2. Lo segundo ponderaré la afliccion de Cristo nuestro Señor en la sed espiritual que allí padecia, cuando en aquella esponja llena de vinagre sobre la caña, consideró la bebida que le habian de dar muchos pecadores, dándole sus corazones fofos para lo bueno, llenos de vinagre acedo del pecado, puestos sobre la caña movediza de la vanidad y mutabilidad de su carne. O alma mia, mira la bebida que das á tu Señor, mezclada con tanta muchedumbre de pecados! Atiende al vinagre que le das, cuando afliges con ásperas palabras, y con acedas obras á tus projimos, en los cuales él está tomando por suya la injuria que les haces! O Salvador mio, y cuán diferente bebida me dais para hartar mi sed de la que yo os doy para la vuestra! Por la esponja

llena de vinagre sobre la caña de hisopo, me dais vuestra santísima carne, mezclada con el vino de vuestra preciosa sangre, exprimida en esa caña de la cruz, y con ella me rociais como con hisopo para que quede limpio, y me embriagais como con vino para llenarme de vuestro amor. Gracias os doy por esta bebida tan preciosa, y por ella os suplico me perdoneis las injurias que he cometido en la bebida aceda que os he dado.

3. Finalmente, ponderaré el gran dolor que sintió la Vírgen sacratísima cuando oyó decir á su Hijo: Sed tengo, y vió que le daban á beber vinagre; y como tambien conoció la sed espiritual que su Hijo tenia, crecia la suya grandemente de que hubiese muchas almas que le sirviesen. O Vírgen soberana, cuán de buena gana fuérais entonces á refrescar la sed corporal de vuestro amantísimo Hijo, si os fuera dada licencia para ello! Y cuánto de mejor gana acudís ahora á hartar su sed espiritual, porque haya muchos que le amen y gocen el fruto de su pasion. Negociad, Madre mia, que mi vida sea tal, que pueda ser alivio á vuestro sediento Hijo, sirviéndole con las veras que desea ser servido, á gloria de su santo nombre. Amen.

MEDITACION L.

DE LA SEXTA PALABRA QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DIJO EN LA CRUZ.

En recibiendo Jesus el vinagre, dijo[1]*: Consummatum est. Acabado es.*

Esta es la sexta palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz, despues que bebió algo de vinagre, para que se entendiese el fin con que habia dicho que tenia sed, y gustando aquella bebida, con la cual daba fin á sus trabajos; y así dijo: *Consummatum est.* Acabado, y cumplido es. O palabra breve y acabada, com-

[1] Joan. 19. 30.

pendiosa y muy cumplida, quién pudiera entender cumplidamente los misterios que en tí encierras, y declarar enteramente lo que significas! En tres cosas puso Cristo nuestro Señor los ojos cuando dijo estas palabras, dignas de gran ponderacion, de las cuales podemos hacer tres puntos.

PUNTO PRIMERO. — 1. Lo primero puso los ojos en todos los trabajos y tormentos que su Padre eterno quiso padeciese, desde el instante de su encarnacion, hasta el punto en que estaba, que era el fin de su pasion y de su vida; pasando por la memoria los trabajos de su nacimiento y circuncision, los de su destierro en Egipto, los de su predicacion en Judea y Galilea, y últimamente los de su pasion; y viendo como todos estaban cumplidos enteramente sin faltar ninguno, consolóse grandemente de ver que hubiese llegado al fin de sus trabajos tan á gusto de su eterno Padre, y con un afecto de reconocimiento y agradecimiento, dijo: *Consummatum est;* acabado es todo cuanto mi Padre me mandó padecer. Y es de creer repetiria la oracion que hizo en el cenáculo, dándole gracias por esta obra [1]: *Ego te clarificavi super terram, opus consummavi, quod dedisti mihi, ut faciam.* O Padre mio dulcísimo, gracias te doy porque me has traido á esta hora tan deseada por mí: yo he clarificado en la tierra, y he acabado la obra que me encomendaste; yo te la ofrezco por la redencion del mundo, y para que todos sean clarificados por mí. O Redentor mio, que dijísteis [2]: con un bautismo tengo de ser bautizado, cómo me aflijo hasta que le vea cumplido? Cese ya vuestra afliccion, pues ya está acabado este bautismo; y si la esperanza [3], que se dilataba, afligia vuestro corazon, el cumplimiento de vuestro deseo sea para Vos árbol de vida: seálo tambien, Dios mio, para mí, cogiendo el fruto que en el árbol de la cruz habeis brotado. De aquí he de sacar, cuán contento me

[1] Joan. 17. 4. [2] Lucæ 12. 50. [3] Prov. 13. 12.

hallaré en la hora de mi muerte, si he cumplido todo lo que Dios me ha mandado, gastando en esto la vida.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, puso Cristo nuestro Señor los ojos en todos los fines de su venida al mundo, y en los oficios que su Padre le habia encargado, pasando por su memoria, como su venida fué á satisfacer por el pecado de Adan, á quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, á destruir la muerte y el infierno, á abrir las puertas del cielo, á enseñar como Maestro la doctrina de la perfeccion; á dar heróico ejemplo de todas las virtudes, á entablar los consejos evangélicos, y á instituir sacramentos y sacrificios propios de la nueva ley. Y habiendo visto como de su parte habia hecho todo lo necesario para conseguir estos fines, y cumplido enteramente todos sus oficios, con grande contento dijo [1]: *Consummatum est*; ya es acabado todo lo que pretendí con mi venida al mundo; ya he concluido la consumacion y abreviacion que habia de hacer en medio de la tierra, de la cual pueda nacer abundancia de santidad en el mundo, acabándose la indignacion que contra él tenia. Ya tambien se han cumplido las semanas de Daniel, cap. 7, en las cuales se habia de acabar la prevaricacion y tener fin el pecado, y borrarse la maldad, y venir la justicia sempiterna, y cumplirse toda profecía. Ya finalmente he cumplido de mi parte todo lo necesario, para que mis escogidos sean [2] *Consummati in unum*, consumados y acabados en union de caridad, como yo y mi Padre lo somos. Gracias te doy, perfectísimo Salvador del mundo, por lo bien que has cumplido tus oficios, y acabado la obra de nuestra redencion: suplícote, Señor, que acabes tambien en mí la obra que has comenzado, consumiendo en mí todo pecado, comunicándome cumplida y consumadamente tu justicia, para que cuando mi vida se acabare, sea ya en tus ojos acabado y consumado en toda virtud. Amen.

[1] Isai. 10. 21. [2] Joan. 17. 23.

Punto tercero. — 1. Lo tercero, puso Cristo nuestro Señor los ojos en todas las sombras y figuras de su venida, que habian sucedido desde el principio del mundo hasta entonces; y en especial en los sacrificios y ceremonias de la ley vieja, y en las cosas que los profetas habian dicho, para representar todo lo que habia de hacer y padecer en el mundo; y viendo como todo esto estaba cumplido, dijo: *Consummatum est*; acabado es todo lo que era sombra y figura: acabados son ya los sacrificios y ceremonias antiguas: acabada es ya la ley de la circuncision, con las largas intolerables que consigo traia; cumplida es ya la ley, y los profetas[1], pues no vine á quebrantarla, sino á cumplirla: porque el cielo y la tierra faltarán, antes que se deje de cumplir una jota ó una tilde, de todo cuanto en ella se dice. Así lo habeis cumplido, Señor, como lo dijisteis, porque vuestra palabra es mas perpétua que el cielo, y mas firme que la tierra; por lo cual deseo que todos los moradores de tierra y cielo os alaben y glorifiquen en esa cruz. Amen.

Ultimamente ponderaré, como este mismo Señor que está en este doloroso trono para espirar, volverá el dia del juicio en un trono de gloria para juzgar; y habiendo dividido á buenos de malos, y sentenciado á unos y á otros conforme á sus obras, dirá tambien esta palabra: *Consummatum est*. Ya es acabado el mundo y su gloria vana: ya es acabado el tiempo de merecer y desmerecer: ya son acabados los deleites de los malos y los trabajos de los buenos: ya es acabado el poderío y reino del demonio, para tentar y engañar de nuevo á los hombres: ya es acabado y cumplido el número de los escogidos para el cielo, y su medida ha llegado á cumplimiento y perfeccion. Y esto mismo proporcionalmente me dirá á mí en la hora de mi muerte, cuando venga á juzgarme, pues para mí todo esto se acaba en aquella

[1] Matt. 5. 17.

hora. Y con esta consideracion tengo de animarme á vivir de tal manera, que pueda decir con san Pablo[1]: *Cursum consummavi, fidem servavi.* Consumado y acabado he mi carrera, y en ella he guardado la fe y lealtad que debia á Dios, sin desfallecer en ella. O Juez supremo de los hombres, cuya justicia será tan cumplida, y consumada, como lo ha sido tu misericordia, cumple ahora en mí tu misericordia, llenándome de gracia y de merecimientos, para que despues cumplas en mí tu justicia, dándome la corona de ellos en tu gloria. Amen.

MEDITACION LI.

DE LA SÉPTIMA PALABRA QUE DIJO EN LA CRUZ CRISTO NUESTRO SEÑOR Y DE SU MUERTE.

PUNTO PRIMERO.—*Clamando Jesus con grande voz, dijo*[2]*: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

1. Sobre esta postrera palabra se han de considerar, primeramente las causas porque la dijo con tan grande clamor y grito. Una fué para que se entendiese que tenia fuerza y vigor para dilatar la vida, y atajar la muerte si quisiera; y que si moria; era porque queria morir, conforme á lo que antes habia dicho[3]: Ninguno me puede quitar la vida, si yo no la ofrezco de mi voluntad, porque tengo potestad de dejarla, y tornarla á tomar cuando quisiere. Gracias te doy, dulce Jesus, por esta voluntad que tuviste de morir, y dar tu vida por mí, yo te ofrezco la mia desde luego, aparejado para perderla cada y cuando que fuere menester por tu gloria.

2. La segunda causa, fué para declarar el natural sentimiento que tenia el alma en apartarse de su cuerpo. Miraba la buena compañía que le habia hecho treinta y tres años, y cuán bien le habia servido y ayudado en todas las obras de nuestra redencion, y como esta-

[1] 2. Ad. Timot. 4. 7. [2] Lucæ 23 46. [3] Joan 10. 18.

Digitized by Google

ba unido con la divinidad, así como ella. De aquí resultaba una grande pena y dolor natural en apartarse de él, la cual significó con este clamor y grito en lugar de las congojas y bascas con que otras almas se apartan de sus cuerpos. O ánima santísima de Jesus, por el dolor que sentiste en apartarte de tu santo cuerpo, te suplico confortes la mia, para que no tema con demasía apartarse del suyo.

3. Lo tercero, clamó Cristo nuestro Señor con voz clara y sonora, en señal de la victoria que alcanzaba del demonio y del infierno, porque así como Gedeon [1] quebrantó su cántaro, y alzando el grito venció á los madianitas, tambien nuestro glorioso capitan, quebrantando su cuerpo en la cruz con los tormentos, y clamando con esta voz sonora, venció con su muerte á los demonios, poniendo terror y espanto á las potestades infernales. Y fué esta voz milagrosa, porque los crucificados, como mueren desangrados, cuando están cercanos á la muerte, están muy desflaquecidos; pero nuestro buen Jesus usó entonces de su poder, mostrando que su muerte era para vencer, y que en ella estaba escondida su fortaleza y su victoria. Gracias te doy, Salvador poderosísimo, por la victoria que has ganado, no tanto para tí, cuanto para nosotros, muriendo por darnos vida. Suplícote, Señor [2], que cuando desfalleciere mi virtud, no me desampares, fortaleciéndome con la tuya, para que muriendo alcance por tí la victoria que ganaste para mí.

Punto segundo.—Luego se ha de considerar las palabras que Cristo nuestro Señor dijo con este clamor que son tomadas del salmo 30: y es de creer, que en diciendo *Consummatum est*, comenzó á decir interiormente este devoto salmo; y en llegando á este verso, levantó la voz y dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

[1] Judic. 7. 19. [2] Psal. 70. 9.

1. Cada palabra tiene particular misterio. Llámale Padre, en señal de amor y confianza; la cual es muy necesaria en la hora de la muerte, para que haga Dios con nosotros oficio de padre, amparándonos y defendiéndonos con su proteccion, y admitiéndonos á la herencia que tiene prometida á sus hijos; mas para esto, es menester que en vida hagamos con él oficio de buenos hijos, amándole, honrándole y sirviéndole como tal Padre merece. O Padre amantísimo, concédeme, mientras vivo, que tenga para contigo espíritu de verdadero hijo, para que confiadamente pueda en mi muerte llamarte Padre.

2. Lo segundo, encomienda su espíritu en las manos del Padre, para significar, que en las manos de tal Padre, y no en otras puede estar seguro. Estas manos criaron nuestro espíritu [1], y en ellas nos tiene escritos para no olvidarse de nosotros. En sus manos están nuestras suertes, porque de ellas depende la dichosa suerte de nuestra salvacion. O alma mia, arrójate en las manos de tu Padre, que pues te tiene escrito en ellas, no te borrará del libro de la vida: y pues tus suertes están en sus manos, él hará que te quepa la buena suerte de la gloria. O dulce Jesus, como Vos encomendais vuestro espíritu en las manos de vuestro Padre, así yo encomiendo el mio en las vuestras, las cuales teneis extendidas en la cruz para abrazar á los pecadores que se acogieren á ellas. Ahí teneis á vuestros escogidos, escritos con vuestra sangre y asidos con vuestra fortaleza, de modo, que ninguno podrá sacarlos de ellas. En las mias no está seguro mi espíritu, porque son muy flacas: yo le entrego en las vuestras, que son muy fuertes; y pues con ellas le habeis redimido, haced que por ellas sea glorificado.

3. Lo tercero, dice, que le encomienda su espíritu: no dice su hacienda, porque ninguna tiene: no su hon-

[1] Psal. 118. 73. Isai. 49. 16. Psal. 30. 6.

ra, porque no le dá cuidado: no su cuerpo, porque no es lo que mas estima, sino su espíritu, que es lo principal del hombre, de cuya buena suerte pende todo lo demás. Enseñándonos con esto el cuidado grande que en la hora de la muerte hemos de tener de encomendar á Dios el alma, dejando á su providencia el suceso de lo que toca al cuerpo; porque si mi espíritu entra en las manos de Dios, eso me basta para ser bienaventurado.

4. Pero mas adelante pasa la caridad de Cristo nuestro Señor, el cual no solo encomendó á su Padre su propio espíritu, poniéndole en sus manos como en depósito para tomarle de ahí á tres dias, y reunirle al cuerpo, sino tambien le encomendó el espíritu de todos sus escogidos, que tenia por suyo; porque como dice san Pablo [1], el que se llega á Dios es un espíritu con él: de suerte, que tambien aquí encomendó á su Padre mi espíritu, y la vida espiritual que he de hacer, suplicándole que lo tomase todo debajo de su proteccion; y con este mismo sentimiento puedo yo decir estas palabras á nuestro Señor, no solo en muerte, sino en vida.

Punto tercero.—*En diciendo esto* [2], *inclinó Cristo la cabeza, y entregó su espíritu.*

1. Cuanto á esta inclinacion de la cabeza, que como fué voluntaria, así fué misteriosa, se han de considerar las causas de ella. La primera, para significar que moria por obediencia, inclinando la cabeza á la divina ordenacion. La segunda, para declarar su humildad de corazon y su pobreza, como no tenia donde reclinar su cabeza en la cruz. La tercera, para darnos á entender la gravedad de nuestros pecados, que con su carga le hicieron inclinar hasta la muerte. La cuarta, para señalar el lugar del limbo, adonde su espíritu encaminaba la jornada que habia de hacer para despojarle. De estas causas tengo de sacar afectos de agradecimiento é

[1] 1. Cor. 6. 17. [2] Joan. 19. 30.

imitacion, inclinando mi cuello y cabeza al yugo de la obediencia por Cristo, y mirando siempre la tierra de donde fuí formado, y el infierno que tengo merecido, adonde me aploma la carga de mis pecados; suplicando á Cristo nuestro Señor, que por la inclinacion de su cabeza en la cruz, me conceda todo esto, para que inclinando ahora mi cabeza con humildad, la pueda levantar despues con grande confianza.

2. Luego se ha de ponderar, como Cristo nuestro Señor de tal manera entregó su espíritu, que verdaderamente murió por la fuerza y terribilidad de los dolores que padeció en la cruz, y por el desfallecimiento de la sangre que por sus heridas derramaba hilo á hilo sin parar; y así como las venas comenzaron á vaciarse de la sangre, comenzó el rostro á demudarse, y los miembros del cuerpo á enflaquecerse, y faltando las fuerzas vino á espirar. O buen Pastor, cuán bien habeis cumplido con vuestro oficio, dando la vida por vuestras ovejas! O sumo Sacerdote, cuán buen sacrificio habeis ofrecido de Vos mismo en esa ara de la cruz! O sapientísimo Maestro, cuán alta leccion de justicia y santidad habeis leido en esa cátedra! O Redentor liberalísimo, cuán copioso precio habeis dado por la redencion de vuestros cautivos! O Sol de justicia, que salísteis como gigante del oriente [1], cuán bien habeis corrido vuestra carrera, alumbrando y calentando la tierra, hasta parar en el occidente de la muerte! Gracias os doy por los trabajos que habeis tomado por mi amor: tiempo era ya que descansáraïs, dando fin á vuestras penas, diciendo como otro David [2]: En paz conmigo mismo dormiré y descansaré.

3. Pero aunque es verdad, que el cuerpo de este Señor quedó libre de penas, mas quedó tal, que era un retablo de dolores á todos los que le miraban, especialmente á la Vírgen sacratísima, cuyo dolor no cesó con

[1] Psal. 18. 6. [2] Psalm. 4. 9.

la muerte del Hijo; antes en parte se renovó, viéndose privada del que tanto amaba. O qué lágrimas derramaria por sus ojos! O qué suspiros y gemidos sacaria de su corazon! O qué clamores del espíritu levantaria al cielo! O qué deseos tan vivos tendria su alma de acompañar á la de su Hijo! Y qué quejas daria al eterno Padre, porque la dejaba sola en este valle de miserias, aunque acompañadas con grande conformidad con su voluntad; pero como tenia muy viva fe, y cierta esperanza de la resureccion, algun consuelo recibió con ver despenado al que tanto padecia, sabiendo que todos sus trabajos se acababan con la muerte.

4. Finalmente, puedo considerar lo que muchos santos ponderan, que el demonio se halló presente á un lado de la cruz, esperando si hallaba en Cristo algo que fuese suyo, para asir de ello, pero no lo halló, como el mismo Señor lo habia dicho [1]. Tambien es de creer que pues los ángeles se hallan á la muerte de los justos, enviaria el Padre eterno algunos de sus jerarquías, para que se hallasen á la muerte de este supremo Justo de los justos; no para ayudarle, sino para honrarle y acompañarle. O gran sacerdote Jesus [2], que á imitacion del otro de vuestro nombre estais vestido de vestiduras manchadas, no con manchas de culpas propias, sino de las agenas, y á vuestro lado teneis á Satanás para contradeciros, aunque no al lado derecho como le tenia el otro, sino al lado izquierdo, porque en nada pudo venceros; y al otro lado teneis, no un ángel, sino muchos que asisten para honraros, y yo os suplico humildemente, os acordeis de mí en la hora de mi muerte, limpiándo mi alma de toda mancha de pecado, de modo que Satanás no pueda prevalecer contra ella [3]: y enviadme vuestro santo ángel para que me defienda, de modo, que en siendo suelta de su cuerpo, merezca ser colocada en vuestra gloria. Amen.

[1] Joan. 14. 30. [2] Zachar. 3. 3. [3] En la Medit. 9. de la 1. Part.

SUMA DE LAS MEDITACIONES PASADAS,

EN QUE SE PONE UN MODO DE BIEN VIVIR, Y UN APAREJO DE BIEN MORIR, Á IMITACION DE CRISTO CRUCIFICADO.

1. Lo primero, así como Cristo nuestro Señor estuvo en la cruz desnudo de sus vestiduras, y estas las dejó para que los soldados las repartiesen entre sí mismos, tambien yo tengo de procurar desnudar mi corazon del amor de todas las cosas de esta vida, de suerte, que quede totalmente desnudo de las aficiones desordenadas que tenia. Cuanto al uso de las cosas que poseyere, tengo de ser tan moderado, que no tome sino las necesarias, desnudándome de las supérfluas, y de las que se toman por vanidad ó regalo; y cuanto á la propiedad, tengo de desnudarme de algunas para que se vistan los pobres: y si puedo, mucho mejor será desnudarme de todas, renunciándolas para seguir desnudo al desnudo Jesus, y morir del todo desnudo como él, dejando todos los cuidados de lo temporal, por atender á lo eterno.

2. Lo segundo, así como Cristo nuestro Señor estuvo en la cruz, clavados piés y manos con tres clavos, sin tener libertad de moverse de una parte á otra, y desangrándose poco á poco por las heridas, hasta vaciar toda la sangre de sus venas; tambien yo no me tengo de contentar con desnudarme de las cosas exteriores que poseo, sino procurar, como dice san Pablo [1], crucificar mi carne con sus vicios y concupiscencias en la cruz de Cristo, de modo, que no tenga piés ni manos libres para desear ni hacer cosa que la desvie de esta cruz, sino que esté sujeta del todo al espíritu [2], y enclavada con los clavos del temor de Dios, y de su amor y obediencia á su santa voluntad, como se ponderó en la meditacion 44. Y de esta manera ha de perseverar, hasta

[1] Galat. 5. 24. [2] Ex Casian. lib. 4. cap. 34. et 35.

que se vacie y purifique toda la mala sangre de sus pecados é imperfecciones; porque como el crucificado no muere de un golpe [1], sino poco á poco, así no podré mortificar de un golpe todas mis pasiones y aficiones desordenadas, sino poco á poco con paciencia y larga esperanza, continuando el ejercicio de la mortificacion, hasta que alcance esta perfecta muerte: y como el crucificado no se crucifica á sí mismo, sino otro le crucifica y enclava, así mi carne ha de ser crucificada por otros: la ha de crucificar el espíritu con penitencias, negando sus antojos y deseos; pero á ella y al espíritu, crucifica Dios nuestro Señor con trabajos, el demonio con tentaciones, y los hombres con persecuciones, las cuales hemos de llevar con paciencia, hasta morir esta dichosa muerte.

3. Lo tercero, así como Cristo nuestro Señor en la cruz tuvo especial cuidado de cumplir sus obligaciones y oficios con tres personas: es á saber, con su Madre, con su discípulo y con el buen ladron, á los cuales habló como queda dicho; así tengo yo de tener cuidado de cumplir las obligaciones de piedad y de justicia, y las de mi estado y oficio, especialmente con tres suertes de personas. Lo primero, con mis superiores, significados por la Madre. Lo segundo, con los domésticos, significados por el discípulo. Lo tercero, con los demás hombres, figurados por el buen ladron, dando á cada uno lo que estoy obligado, y ayudando á todos como mejor pudiere. Pero además de esto, he de cumplir las obligaciones de la perfecta caridad, rogando á Dios por mis enemigos, y por los suyos, para que los convierta; y excusando las faltas de mis prójimos, como lo hizo el mismo Señor, comenzando por aquí el cumplimiento de sus oficios.

4. Lo cuarto, como Cristo nuestro Señor, cumplidas estas obligaciones en las tres horas que hubo de tinie-

[1] eut. 7. 22.

blas, se ocupó en oracion, como quien se aparejaba para morir; así yo, cumplidas las obligaciones de mi estado y oficio, tengo de tomar tiempo, y lugar retirado y y quieto para vacar á solo Dios, y negociar mi salvacion y una buena muerte: y en especial, atizar una gran sed, como la que tuvo Cristo nuestro Señor de obedecer á Dios y á sus ministros, de padecer mucho por su servicio, y de ganar muchas almas que le sirvan: y como me fuere acercando á la muerte, así han de ir creciendo estos ejercicios de oracion, con los efectos que de ella proceden, disponiéndome para ella, porque como dice san Gregorio [1]; *Quanto morti vicinior, tanto solicitior*. Cuanto mas cercano á la muerte, tanto he de ser mas cuidadoso para que sea buena.

5. Lo quinto, para esto he de procurar, que todas mis obras vayan tan bien hechas, que al fin de cada una pueda decir aquella palabra de Cristo: *Consummatum est*. Acabado es lo que Dios me mandó en esta obra, cumplido queda, y bien perfecto. Y de la misma manera he de gastar el dia tan bien, que á la noche pueda decir lo mismo: y al mismo paso tengo de ordenar la vida, y aparejarme al fin de ella con los sacramentos de confesion y viático, con el testamento y disposicion de mis cosas obligatorias, de modo, que pueda decir: *Consummatum est*. Acabado es, y cumplido todo lo que Dios me ha mandado.

6. Ultimamente, en vida y en muerte, con amor y confianza, encomendaré á Dios mi espíritu, poniéndole en sus manos para que él le guarde, defienda, y le gobierne, y enderece al fin de la bienaventuranza eterna, al modo que se ponderó en la meditacion precedente. Pero como Cristo nuestro Señor quiso morir en su florida edad, á los 33 años de su vida, cuando los hombres sienten mas el morir, así yo tengo de ofrecerme con resignacion en las manos de Dios, para que me lleve, cuan-

[1] Lib. 7. epistol. 1.

do él quiere, aunque sea en lo mas florido de mi edad, y de mis pretensiones, fiándome que me llevará en la edad, tiempo y lugar que mas me conviniere para mi salvacion.

MEDITACION LII.

DE LOS MILAGROS QUE SUCEDIERON EN MURIENDO CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Despues que Cristo nuestro Señor murió, demás de las tinieblas que han precedido, sucedieron otros milagros para tres fines [1]; es á saber, para declarar la gloria del que moria, y la maldad de aquel pueblo que le crucificaba, y para significar los admirables efectos que se seguirian de su muerte.

PUNTO PRIMERO. — *El velo del templo se dividió en dos partes, de alto á bajo.*

Las causas de esta division fueron principalmente dos. La primera, porque así como el sumo Sacerdote Caifás, cuando oyó decir á Cristo, que era Hijo de Dios, juzgando que era blasfemia [2], rasgó sus vestiduras en señal de dolor y pena; así el mismo Dios rasgó el velo de su templo en señal de la blasfemia y sacrilegio horrendo que cometió aquel pueblo, injuriando y crucificando á su Hijo. O alma mia, si eres templo de Dios vivo, rasga tu corazon de pena, por lo mucho que tu Señor padeció en la cruz, siendo tú la causa de ello! O Dios de mi corazon, rasgadle Vos con vuestra mano, comunicándome este sentimiento, porque yo soy tan flaco, que no puedo por mí rasgarle como deseo.

La segunda causa, fué para significar, que por la muerte de Cristo nuestro Señor, se abria camino para conocer los secretos y misterios de Dios [3], que antes estaban ocultos, parte por el velo de las sombras y figu-

[1] Vide etiam supra in Introduction. [2] Matt. 27. 51. Marc. 15. 38. Luc 13. 45. [3] Hebr. 9. 8.

ras de la vieja ley, parte por el velo de nuestros pecados; que hacian division entre nosotros y Dios. O Salvador mio, romped en mí este velo que me impide el conoceros! Dadme luz divina con que penetre vuestros secretos celestiales en aquel grado que me conviene, para serviros con perfeccion.

PUNTO SEGUNDO.—*La tierra tembló*[1], *las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron.*

1. Las causas de estos milagros fueron otras dos. La primera, para que las criaturas sensibles á su modo, diesen muestras de dolor y sentimiento por la muerte del Salvador, en detestacion de la dureza y obstinacion de aquel pueblo rebelde que le crucificó, y juntamente fuesen confusion de los que no se compadecen de la pasion de Cristo nuestro Señor. O alma mia, cómo no tiemblas y te estremeces como la tierra, viendo estremecer á Jesus en la cruz! Cómo no te partes por medio como las piedras, viendo que la piedra viva Cristo, se parte por medio apartando su alma de su afligido cuerpo? Cómo no te abres de pena como los sepulcros de los muertos, viendo á tu Señor abierto por tantas partes? O Salvador del mundo, no permitas que sea mas insensible que la tierra, y mas duro que las piedras y que los sepulcros de los muertos; pues siendo yo el que pequé, tengo mas razon de sentir lo que tú padeces por mi pecado.

2. La segunda causa, fué para significar, que en virtud de la pasion de Cristo nuestro Señor, temblarian los corazones terrenos con el temor santo de Dios, que es principio de la justificacion; y por mas duros que fuesen, se quebrantarian con la contricion y dolor de sus pecados, y se abririan para descubrir en la confesion sus obras muertas, que son las culpas que matan las almas, á fin de que resuciten con Cristo á nueva vida. De donde sacaré, cuán provechoso sea meditar bien estos divinos misterios, con los cuales se alcanzan en la ora-

[1] Matt. 27. 51.

cion los tres efectos dichos, como se dijo en la introduccion de esta cuarta parte.

PUNTO TERCERO. — *El centurion que guardaba á Cristo, viendo estas cosas, y que habia espirado con tal clamor, dijo* [1]: *Verdaderamente este hombre era justo, y era Hijo de Dios, y los soldados que con él estaban, temieron mucho, y dijeron: Verdaderamente este era Hijo de Dios. Y la turba del pueblo, que estaba allí mirando este espectáculo, hiriendo sus pechos, se volvieron á la ciudad.*

Aquí se ha de considerar, como los milagros dichos obraron los efectos que significaban, en virtud de la pasion de Cristo, moviendo los corazones de los que los vieron, para que confesasen á Cristo por justo y santo; y lo que mas era, por Hijo de Dios, hiriendo sus pechos en señal de penitencia y dolor, por las injurias que le habian hecho. Y aunque el centurion y los soldados eran gentiles, y la turba del pueblo hebreo habia estado tan dura y pertinaz en pedir la muerte de Cristo, se trocaron en este punto, convencidos de la verdad, y de la inocencia y santidad del que murió por ellos: y tambien en virtud de la oracion que hizo en la cruz, rogando por los que le perseguian, la cual obró estas mudanzas y conversiones dichas. Y á imitacion de esta gente, tambien yo tengo de herir mi pecho por los pecados que contra Cristo he cometido, suplicándole por su pasion me les perdone.

MEDITACION LIII.

DE LA LANZADA EN EL COSTADO Y TAMBIEN DE LAS CINCO LLAGAS.

PUNTO PRIMERO.—*Rogaron los judíos á Pilatos mandase quebrar las piernas de los crucificados, y quitar sus cuerpos de la cruz* [2], *porque no estuviesen en ella el dia siguiente, que era sábado, y fiesta muy solemne.*

1. Aquí se ha de ponderar, la maldad de estos prín-

[1] Matt. 27. 54. Marc. 15. 39. Luc. 23. 47. [2] Joan. 19. 31.

cipes de los sacerdotes, los cuales con título de fingida religion encubrieron su crueldad y envidia, porque pretendieron se quebrantasen las piernas á Cristo nuestro Señor para darle este nuevo tormento, si estuviese vivo; ó á lo menos para que pasase por esta nueva injuria, si estaba muerto. Y desearon se quitase de la cruz, porque vieron que la gente se compungia de verle, y le confesaba por justo, y por Hijo de Dios, queriendo quitársele de los ojos para oscurecer su gloria. De donde sacaré un temor grande de los juicios de Dios, cerca de los obstinados y endurecidos pecadores; los cuales en lugar de compungirse con estos milagros, como la gente sencilla, se endurecen mas como Faraon, y añaden pecados á pecados, por llevar adelante su porfiado intento. O Dios misericordiosísimo, no permitas que caiga en dureza de corazon, de modo, que convierta en mi daño, lo que tú ordenas para mi provecho.

2. Tambien se ha de ponderar, como la ley antigua mandaba [1], que el crucificado fuese quitado el mismo dia de la cruz, y sepultado, porque era maldito el que moria en ella, y porque no contaminase la tierra con su mal olor. Por esta ley quiso pasar Cristo nuestro Señor, haciéndose, como dice san Pablo [2], maldito por nosotros, para librarnos de la maldicion del pecado en el mismo dia que murió por él. Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por haberte humillado á que tu cuerpo fuese tenido por maldito, y por contagio de la tierra, siendo tú la bendicion de todas las gentes, y el olor suavísimo que las hace santas. Danos, Señor, esta humildad, para que con su olor edifiquemos la Iglesia; y libranos de la soberbia, cuyo mal olor contamina la tierra.

En cumplimiento de esta peticion, por órden de Pilatos, vinieron los soldados, y quebrantaron las piernas del uno, y del otro, que estaban crucificados con Jesus: y como vieron que Jesus estaba muerto, no le quebraron las piernas.

[1] Deut. 21. 22. [2] Galat. 3. 13.

3. En lo cual se ha de considerar, como las trazas de los hombres nunca pueden prevalecer contra las de Dios, el cual no quiso que quebrasen las piernas de Cristo nuestro Señor, en cumplimiento de la Escritura, que dijo del Cordero pascual, que le representaba [1]: *No le quebrareis hueso alguno.* Para significar que los tormentos de su pasion, aunque fuesen terribilísimos, no quebrantarian su fortaleza y paciencia, ni menoscabarian su caridad, ni las virtudes sólidas, significadas por los huesos, sino que siempre se conservarian enteras y perfectas, por mas que los demonios y sus enemigos pretendiesen quebrantarlas, como tambien pretenden quebrar las de los escogidos; pero él los defiende y anima con su ejemplo, á los cuales dijo despues su Apóstol [2]: Alegraos con las tribulaciones, porque la prueba de vuestra fe, consiste en la paciencia; y para que la paciencia sea perfecta, habeis de ser perfectos y enteros, sin faltar en cosa alguna. O Dios eterno [3], que librais á los justos de muchas tribulaciones, y guardais sus huesos, sin que se quiebre ninguno, conservad en mí fortaleza en los trabajos, y guardad las virtudes interiores de mi alma, porque si Vos no guardais estos huesos, presto serán de mis enemigos quebrantados.

PUNTO SEGUNDO. — *Uno de los soldados abrió con una lanza su costado.*

1. Sobre este misterio, lo primero, se ha de considerar la causa de esta lanzada de parte de los soldados, la cual no fué otra que su crueldad y furia, para asegurarse mas de la muerte de Cristo, y hacer aquella injuria al cuerpo muerto, ya que no le pudieron quebrar las piernas estando vivo. Pero aunque el cuerpo de nuestro Señor recibió la herida, y por estar muerto no sintió dolor, sintióle grandísimo el ánima de la Vírgen su madre; la cual por la grandeza de su amor, mas estaba en el cuerpo de su Hijo, que en el suyo. O Vírgen sobe-

[1] Exod. 12. 46. [2] Jacob. 1. 2. [3] Psal. 33. 20.

rana, con cuánta verdad podeis decir ahora lo que dijo el Apóstol [1]: Cumplo en mi carne lo que falta á la pasion de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia. Faltó á esta lanzada de Cristo el dolor, porque él no la sintió, y Vos, Vírgen purísima, supliste esta falta, padeciendo y sintiendo el dolor que él habia de sentir, ofreciéndole al eterno Padre por el cuerpo místico de vuestro Hijo, que es su Iglesia: y pues le ofrecisteis por mí, que soy miembro de este cuerpo, alcanzadme gracia para que sienta lo que sentísteis, y padezca algo de lo mucho que padecísteis: traspase esta lanzada mi corazon, y atormentele con gran dolor, porque fué causa con sus pecados de la herida que recibió mi Salvador.

2. Pero mucho mas son dignas de ponderar las causas porque Cristo nuestro Señor no se contentó con que sus espaldas fuesen abiertas con azotes, su cabeza con espinas, sus manos y piés con clavos, sino tambien quiso que su costado fuese abierto con la lanza con mayor abertura, que penetrase hasta su corazon; ordenando esto en castigo de los pecados que todo el cuerpo místico del linaje humano habia cometido con todos los miembros y potencias exteriores é interiores, y mucho mas con el corazon; de donde, como el mismo Señor dijo [2], salen las cosas que manchan al hombre, y le condenan: y para purgarle de esta ponzoña, quiere que sea abierto el suyo, del cual procede la vida. O Salvador mio [3], por la abertura de tu precioso costado; te suplico perdones los innumerables pecados que de mi corazon han procedido. Ciérrale, Señor, de tal manera, que nunca salgan de él obras que manchen mi alma, y solamente le abre; para que de él procedan obras con que gane la vida eterna.

3. Tambien por esta llaga del costado quiso descubrir nuestro buen Jesus la infinita caridad y amor que nos tenia, y como todo cuanto habia hecho y padecido

[1] Colos. 1. 24. [2] Matt. 15. 19. [3] Prov. 4. 23.

por nosotros, habia sido por puro amor y con amor, como si dijera aquello de los Cantares [1] Llagaste mi corazon, hermana y esposa mia, llagaste mi corazon, dos veces le llagaste: una con llaga de amor, cuando te amé por sola mi bondad y misericordia, poniendo en tí mis dones, para que ellos me inclinasen á amarte; y otra vez le llagaste con el hierro de una lanza, pues por tu causa fué llagado, para que por esta segunda llaga conocieses la primera, y echases de ver lo mucho que te amé. O amantísimo Jesus y Redentor mio, hermano y esposo de las almas castas, con qué te pagaré las llagas que recibiste por mi amor? Llaga, Señor, mi corazon, con llagas de amor y de dolor, para que te ame por lo mucho que me amaste, y me compadezca de lo mucho que por mí padeciste. Dame, Señor mio, licencia que entre por la abertura de tu costado, para que en ese horno de fuego que arde dentro de tu corazon, sea yo todo abrasado con tu amor. Amen.

4. Tambien quiso este dulcísimo Amador, que fuesen abiertos sus piés y manos con los clavos, y el costado con la lanza, para que los agujeros y aberturas de esta Piedra viva, fuesen morada espiritual de todos los fieles en cualquier estado y grado de virtud que estuviesen. De modo, que pecadores y principiantes, los que aprovechan y los perfectos, con la meditacion de estas llagas, entrando con el espíritu dentro de ellas, alcanzasen su deseado fin. Ellas son lugar de refugio á los erizos [2], que son los pecadores; espinados con las espinas de sus pecados, y como cueva donde pueden esconderse de la ira de Dios los que le han injuriado. Son como madrigueras, donde el pueblo flaco de los principiantes, figurados por los conejuelos, se encierran para defenderse de los enemigos invisibles y visibles que les persiguen. Y con ser de suyo pusilánimes, metidos en estas llagas,

[1] Cant. 4. 9. [2] D. Augustin. in manual. cap. 22. et 23. D. Bern. ser. 61. in Cant. Psal. 54.

son fuertes é invencibles como peñas. Son tambien como soledad espiritual, donde se recogen los que viven cansados del bullicio del mundo, y como palomas desean huir, y alejarse á donde hallen algun descanso: y finalmente, son como nido á donde moran con paz y seguridad, los que de corazon desean estar siempre unidos con Cristo, á los cuales les convida y llama, diciendo[1]: Levántate, date priesa, amiga mia y esposa mia, ven, y mora en los agujeros de la piedra, y en la hendidura de la pared. O Amado de mi alma, pues abrís vuestras llagas para que yo more en ellas, y me convidais á ello, yo me determino con vuestra gracia de hacer para mí tres tabernáculos y moradas, no en el monte Tabor, sino en el monte Calvario[2]. Un tabernáculo será en las llagas de vuestros sacratísimos piés, ocupándome en meditar vuestros pasos, para saber por donde tengo de caminar para la vida eterna, sintiendo juntamente los dolores que en ellos padecísteis. El otro será en las llagas de vuestras manos, considerando siempre vuestras obras, y los tormentos que sufrísteis por hacerme bien con ellas. Pero el tercero, y mas ancho, será en la llaga de vuestro costado, contemplando continuamente la insaciable caridad con que amásteis y os ofrecísteis á hacer y padecer todo lo necesario para mi remedio. En estos tabernáculos quiero estar de dia y de noche, aquí quiero dormir, comer, leer, negociar y orar, mezclando cuanto hiciere con la consideracion de vuestras amorosas y dolorosas llagas. Mas porque yo no tengo alas para volar á ellas, dadme, Dios mio, alas como de paloma, pensamientos y aficiones puras, con las cuales como paloma medite y gima vuestros dolores y mis pecados, gimiendo tambien y suspirando por verme siempre unido con Vos, con union de perfecto amor. O Vírgen purísima, que fuísteis la primera que como paloma volásteis á los agujeros de estas llagas, pedid á vuestro Hijo ben-

[1] Cantic. 2. 10. [2] Ex D. Bonav. in stimulo divini amoris cap. 1.

ditísimo me admita dentro de ellas. O divino Noé [1], pues en el arca de vuestro cuerpo abrísteis á un lado puerta por donde entrasen los vivientes que habian de escaparse del diluvio, dadme licencia que entre por esta puerta, para que el diluvio de los pecados del mundo no me aneguel O Pastor soberano, pues sois la puerta por la cual entran vuestras ovejas, y hallan pasto de vida eterna, tened por bien que yo entre por la puerta de vuestro costado [2], para que halle pasto de luz y amor con que apacentar mi alma! O fortísimo David, que con vuestras cinco llagas, como con cinco piedras, derribásteis al gigante Goliad [3], que es el demonio, aunque una sola bastaba para ello, derribad con ella la soberbia de mi corazon, perdonad los pecados de mis cinco sentidos, y enfrenadlos de manera, que siempre se ocupen en serviros.

Estos afectos y propósitos, y otros semejantes que apunta san Buenaventura [4], se han de sacar de la meditacion de estas llagas, mirando por ellas las infinitas perfecciones de Dios, y las inmensas virtudes de Cristo, especialmente su inefable caridad; pues, como dice san Bernardo [5]: *Patet arcanum cordis per foramina corporis; quid ni viscera per vulnera pateant?* Lo secreto del corazon de Dios se descubre por los agujeros de su cuerpo, y qué mucho que descubra sus entrañas por sus llagas?

PUNTO TERCERO.—*Luego salió sangre y agua* [6]; *y el que lo vió, dió testimonio de ello, y es su testimonio verdadero.*

1. El misterio de esta sangre y agua que manó del costado de Cristo nuestro Señor, fué uno de los principales fines porque quiso fuese abierto con la lanza. Las causas de este misterio fueron: La primera, para declararnos su inmensa largueza y caridad en darnos to-

[1] Gen. 6. 16. [2] Joan. 10. 9. [3] 1 Reg. 17. 40. [4] In stimulo divini amoris cap: 1. [5] Serm. 61. in Cant. [6] Jo. 19. 34.

da su sangre, sin reservar gota de ella; porque esa poca que habia quedado en el corazon, donde no llegaron las espinas, ni los clavos, quiso que saliese siendo punzado con la lanza. O Salvador mio, qué te daré yo por esta liberalidad tan pródiga, si pródiga se puede llamar la que con tanto acuerdo y providencia se derrama? Toma, Señor mi corazon, y cuanto está dentro de él: toma toda su sangre, y todos sus espíritus vitales, para que todos se ocupen en amarte, y mi sangre hierva en deseo de servirte.

2. La segunda causa, fué para declararnos la eficacia de su pasion y muerte, para lavar nuestros pecados y purificarnos en virtud de su sangre, con el agua de su gracia, y con ella juntamente apagar el ardor de nuestras codicias, y hartar la sed de nuestros deseos. O dulcísimo Salvador, ahora confieso que tú eres la fuente de Dávid [1], de cuyo costado, patente y abierto, mana continuamente agua y sangre, para lavar las manchas sangrientas de nuestras culpas! Tú eres la piedra viva y pedernal de fuego [2], la cual siendo herida en el costado con la lanza, brota abundantísimas aguas para refrescar á los que en el desierto de este mundo perecen de sed. O fuentes del Salvador [3], abiertas en sus piés, manos y costado, con grande gozo acudo á vuestros caños por agua de salud, que me lave y limpie, sane y salve! Ea, Salvador dulcísimo, pues teneis patentes estas fuentes, brotad por ellas agua y sangre, que lleguen hasta lo íntimo de mi corazon; él sea la vasija donde se deposite, para que con tan precioso licor quede puro, santo, sano y salvo. Amen.

3. De aquí procede la tercera causa, para significar [4], que del costado de Cristo muerto en la cruz con tanto amor, saldrian los sacramentos de la nueva ley, con virtud de lavar y santificar las almas, especialmente el sacramento del bautismo y el de la penitencia,

[1] Zac. 13. 1. [2] Num. 20. 11. [3] Isai. 12. 3. [4] Ps. 70. 6.

que es bebida de lágrimas, figurado por el agua; y el santísimo Sacramento del altar[1], figurado por el agua y sangre, en cuya memoria en el cáliz se mezcla agua con el vino; y así cuando yo voy á recibir estos sacramentos, y sobre todos éste divinísimo Sacramento, tengo de imaginar que me llego al costado de Cristo á beber del agua y sangre que salió de él, y á participar de las gracias y dones que manan de las fuentes del Salvador. O Salvador amabilísimo, que mereciste con dolores las aguas que tengo de sacar con gozo de tus fuentes, no me cierres sus caños, como mi grande ingratitud merece; porque de hoy mas propongo con tu ayuda acudir á ellas, no con tedio, sino con muy grande gozo; no con tibieza, sino con grande fervor; no de tarde en tarde, sino muy á menudo, procurando sacar de ellas, no agua, sino aguas, llenando mi alma con abundancia de muchas gracias y virtudes para gloria tuya. Amen.

4. De todas estas causas se saca otra, por la cual quiso el Salvador que se abriese su costado, para significar, que como de la costilla de Adan, estando dormido[2], fué formada Eva; así de su costado, estando durmiendo el sueño de la muerte en la cruz[3], saldria la Iglesia como otra Eva, madre de los verdaderamente vivientes; la cual fuese hermosa, sin tener mancha ni ruga, ni otra fealdad, porque con el agua y sangre del mismo costado, se lavaria y alcanzaria esta hermosura. Gracias te doy, ó Adan celestial, por el amor que tuviste á tu Iglesia, entregándote por ella á tantos trabajos. Pero qué mucho la amases tanto, pues tú mismo la sacaste de tu lado, y del seno de tu corazon? Suplícote, Señor, la conserves en paz y santidad, limpia de toda mancha y ruga, para que llegue con muchos hijos, á ser gloriosa entre los ángeles, viendo tu divina esencia con el Padre y con el Espíritu santo, por todos los siglos. Amen.

[1] D. Tho. 3. p. q. 74. art. 6. [2] Gen. 3. 20. [3] Ephes. 5. 27.

5. Ultimamente ponderaré, que como advirtió el Evangelista, esto sucedió en cumplimiento de la Escritura, que dice [1]: *Videbunt in quem transfixerunt.* Verán al que traspasaron. Para significar, que los pecadores, que con nuestros pecados punzamos y alanceamos á Cristo, hemos de verle y contemplarle con viva fe, para que con sus heridas quedemos sanos, y con sus llagas quedemos libres de las nuestras, y con su lanza quede traspasado nuestro corazon, y salga de él una fuente de agua de lágrimas, haciendo grande llanto por su muerte, y por la causa que dimos á ella; pero si no hiciéremos esto en esta vida, juntamente nos avisa, que vendrá tiempo en que le verémos, no en la cruz con las llagas de fealdad, sino en trono de gloria como juez con llagas de resplandor, de las cuales saldrán rayos de ira y de venganza contra sus perseguidores, y llorarán amargamente sin remedio las injurias que le hicieron. O alma mia, mira bien la diferencia que vá de vista á vista, y de llanto á llanto! Y pues ahora puedes ver con devocion las llagas de Cristo crucificado, y llorarlas con provecho, no aguardes á tiempo que las veas con espanto y llores con tormento.

MEDITACION LIV.

DEL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.

PUNTO PRIMERO.—*Siendo ya tarde, vino un hombre noble y rico, llamado José, varon bueno y justo, y discípulo de Jesus, aunque oculto, per miedo de los judíos* [2]; *el cual audacter con gran osadía y animo fué á Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesus: y Pilatos, sabiendo que ya era muerto, mandó que se le diesen.*

1. Sobre este paso tengo de considerar, lo primero, la providencia y cuidado que Dios nuestro Señor tiene con los suyos, así difuntos como vivos. Estaba el cuerpo

[1] Zac. 12. 10. [2] Matth. 27. 57. Marc. 15. 43. Lucæ 23. 50. Joan. 19. 38.

de Cristo nuestro Señor colgado en la cruz con grande infamia de sus conocidos; y algunas devotas mujeres estaban *à longe*, apartadas de la cruz por miedo de los judíos. Su Madre santísima y el discípulo Juan con la Magdalena, estaban cerca, pero muy llorosos y afligidos por su muerte, y congojados por no saber como podian bajarle de la cruz, con la decencia que tan precioso cuerpo merecia, temiendo que si los soldados le bajaban, seria con grande ignominia y desacato; pero en medio de esta congoja no faltó la divina Providencia, mirando por la honra del Hijo difunto y de la afligida Madre, proveyendo quien le bajase de la cruz con grande reverencia y honra; porque es propio de nuestro Padre celestial consolar á los afligidos, y honrar á los humillados; y así quiso que como las deshonras de su Hijo duraron hasta la muerte en la cruz, luego desde la misma cruz comenzasen sus honras, para que nos animemos á padecer humillaciones, pues tan presto acude Dios con las exaltaciones.

2. Lo segundo, consideraré como nuestro Señor inspiró á un varon llamado José, que se encargase de este oficio, cuyas propiedades eran ser rico y noble, porque así convenia para poder ejercitarle; pero juntamente era bueno y justo, deseoso del reino de Dios, porque no quiso nuestro Señor servirse de hombre malo y vicioso, y de poca caridad, ni hiciera caso de su nobleza y riquezas, sino las acompañara con bondad y justicia. Este con haber sido discípulo oculto de nuestro Señor, amilanado por temor de los judíos, entonces con grande ánimo se manifestó, y tuvo atrevimiento para entrar á Pilatos, y pedirle el cuerpo de su Maestro para darle sepultura. En lo cual resplandece la virtud de la pasion de Cristo y la eficacia de la divina inspiracion que destierra del alma toda cobardía y pusilanimidad, acometiendo las dificultades que antes temia, y cobrando atrevimiento para las cosas de que antes huia.

O amantísimo Jesus, tocad mi corazon con la fuerza de vuestra inspiracion, para que pospuesto todo temor humano, acometa con gran pecho lo que fuere del servicio divino.

3. Lo tercero, consideraré la humildad y obediencia que quiso mostrar Cristo nuestro Señor despues de muerto en pasar por las leyes de los malhechores y crucificados, los cuales no podian ser bajados de la cruz, sin licencia de los jueces, y esta licencia quiso que se pidiese para bajar al suyo; porque como subió á la cruz por obediencia de su Padre celestial, así despues de muerto quiso bajar de ella por obediencia de la ley, que lo mandaba, y del presidente que lo concedió, para que por aquí aprenda yo á no bajar de la cruz, en que Dios me ha puesto, sin licencia del mismo que me puso en ella.

PUNTO SEGUNDO. — *Habida licencia, compró José una sábana limpia, y vino tambien con él otro hombre, llamado Nicodemus, trayendo consigo una mixtura, ó ungüento de mirra y aloé, como cien libras, para ungir el cuerpo de Jesus.*

1. Aquí se ha de considerar, el cuidado que tuvo la divina Providencia de dar á José de Arimathea compañero que le ayudase[1], igual á él, porque tambien era noble y justo, y discípulo de Jesus, aunque oculto, porque sabe nuestro Señor cuanto importa juntarse dos buenos á las obras de caridad, animándose y esforzándose uno á otro con el ejemplo. José acabó de perder el miedo con la compañía de Nicodemus, y este con la compañía de José, y ambos con grande fortaleza acometieron esta obra; porque, como dice el Sabio[2], cuando un hermano ayuda á otro, ambos son como una ciudad muy fuerte: y como Cristo nuestro Señor en vida enviaba á sus discípulos de dos en dos, así ahora en muerte escoge otros dos discípulos para que le bajen de la

[1] Joan. 3. 1. [2] Prov. 18. 19.

cruz, porque todas sus obras quiere se hagan con caridad. Pero así como cada uno de estos dos varones trajo algo para la sepultura de Cristo, José trajo una sábana para envolver el cuerpo, comprándola de nuevo en la tienda, porque juzgó que no convenia traer sábana que hubiese servido á otros. Y Nicodemus trajo un precioso ungüento, y en grande cantidad, para ungirle todo; así tambien quien ofrece su corazon al servicio de Cristo, siempre con la voluntad junta las obras que puede, segun su posibilidad, procurando que sean obras limpias y puras, mezcladas con mortificacion y devocion, preciosas y muchas. De suerte, que ni por ser preciosas sean pocas, ni por ser muchas sean de poco precio, sino que lo juntemos todo del mejor modo que pudiéremos. O dulcísimo Salvador, qué maravilla es que te ofrezca yo tales obras, habiéndome tú ofrecido las tuyas, que infinitamente sobrepujan á las mias? Concédeme que no sea corto en darte todo lo que pudiere; pues todo es poco cuanto puedo darte.

Punto tercero.—Estos dos varones bajaron el cuerpo de Cristo nuestro Señor de la cruz, con grande reverencia y devocion, mezclada con grande compasion y lágrimas. Desclavaron los sagrados piés y manos, besándoselas con gran ternura: quitáronle la corona de espinas de la cabeza, adorándola con grande reverencia: y cuando le desclavaban, abrazáronse con el sagrado cuerpo, para sustentar al que antes sustentaban los clavos, cuya divina Persona sustenta con sola su palabra cielos y tierra, y todo cuanto está dentro de ellos. O Hijo de Dios vivo, unido con cuerpo muerto y necesitado á que tus mismas criaturas le sustenten; gracias te doy por esta humildad que aquí muestras, llena de tanta caridad. O caridad fuerte como la muerte [1]! O celo duro como la sepultura! Cómo has vencido al invencible, sujetándole á la muerte, y rindiéndole á que sea puesto

[1] Cantic. 8. 6.

en un sepulcro? Vénceme tambien á mí, para que muera con mi Señor: porque morir con él, es ganancia; y ser vencido por tí, es alcanzar victoria.

2. En bajando el cuerpo de la cruz, recibióle la Vírgen en sus brazos, y abrazóle con ellos, y mucho mas con los de su alma, toda traspasada de dolor, cumpliéndose á la letra lo que se dice en los Cantares[1]: Hacecico de mirra es mi Amado para mí, entre mis pechos le pondré. O Vírgen soberana, qué diferente abrazo es este de los que le dabades en el portal de Belen, y cuando caminabais á Egipto! Entonces era para Vos hacecico y ramillete de mirra, como joyel puesto entre vuestros sagrados pechos; pero ahora es haz grande de mirra muy amarga, que os llena toda de amargura. Ya podeis decir aquella lamentacion de Jeremías[2]: Llenóme de amarguras, y embriagóme con agenjos muy amargos. Miraba esta Vírgen todo el cuerpo de su Hijo en cada uno de sus miembros atormentados, y de allí cogia mirra de que componia este haz tan amargo. Contemplaba los huesos desencajados, besando los agujeros de las manos, y enderezando los dedos escogidos. Luego miraba las llagas del costado y de los piés, quedando su espíritu llagado con la vista de tantas llagas, y embriagado con tantas amarguras.

3. Tambien acudiria la Magdalena, abrazándose con los piés, donde alcanzó perdon de sus pecados; y como los vió tan heridos y lastimados, quedó su corazon herido, y sus ojos se hicieron fuentes de lágrimas, con que los comenzó á regar, deseando, si pudiera, limpiarlos con sus cabellos, como lo solia hacer; pero el Discípulo amado fuese luego al pecho, donde se habia recostado la noche antes, y como le vió abierto por un lado con la lanza, besaba aquella sagrada llaga, bañábala con lágrimas de sus ojos, y deseaba entrar dentro de ella á dormir otro sueño de contemplacion, mas pro-

[1] Cantic. 1. 12. [2] Thren. 3. 15.

fundo que el pasado. O dichosas almas, á quien fué concedido tocar y abrazar este soberano cuerpo! Dadme licencia, Salvador mio, que con el espíritu yo le abrace, transformándome todo en vuestro amor. De hoy mas habeis de ser para mí ramillete de mirra, el cual estará siempre entre mis pechos, mirándole con mis ojos, y amándole con todos los afectos de mi corazon.

MEDITACION LV.

DEL ENTIERRO Y SEPULTURA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

Punto primero.—Despues que la Vírgen santísima hubo tenido un rato el cuerpo de su Hijo en su regazo, dióleá José y á Nicodemus para que hiciesen su ministerio, quedándose ella con la corona de espinas y con los clavos, como con prendas y joyas muy preciosas.

Tomaron el santo cuerpo estos varones, y ungiéronle con la mirra, gastando en esto todas las cien libras, de modo que todo el cuerpo quedó empapado en ella, para significar, que todo aquel santísimo cuerpo, desde que fué concebido, hasta que espiró, vivió empapado en mirra de trabajos y mortificaciones, para que todo el cuerpo místico de su Iglesia se ungiese con esta mirra, preservando de la corrupcion de la culpa, al que quisiese ungirse con ella: y porque el número de ciento significa perfeccion, por estas cien libras nos significa, que nuestra mortificacion ha de ser muy perfecta y acabada en todo género de virtud, como fué la suya, conforme á lo que se dice en el libro de los Cantares, cap. 7, que las manos y dedos de la Esposa estaban llenos de mirra escogidísima. O alma mia, acuérdate muy de veras de esta mirra de tu Amado, y unge con ella tu cuerpo, trayendo siempre en él, como el Apóstol [1], la mortificacion de Cristo Jesus, para que se manifieste por la tuya.

[1] 2. Cor. 4. 10.

Hecha esta uncion, envolvieron el sagrado cuerpo en la sábana limpia, y la sagrada cabeza en un sudario, atándole como era costumbre: *Ligaverunt illud linteis cum aromatibus.* O Vírgen sacratísima, qué dolor sentiria vuestro corazon, viendo cubierto el rostro en quien deseabais mirar mas que los ángeles del cielo! O rostro mas puro que el sol, quién te ha cubierto con la nube de esta mortaja? O Adan celestial, quién te ha vestido con piel de animales muertos? Tu caridad ha hecho esto para librar de la muerte al Adan terreno, y para quitar de por medio la nube de mis pecados, que me impide ver tu divino rostro.

Tambien se puede ponderar el amor que Cristo nuestro Señor tuvo á la pobreza, pues la mirra, la sábana y sudario quiso que fuese de limosna, como tambien quiso que el sepulcro fuese ageno y prestado, enseñándonos á amar la virtud que tanto amó, y á ejercitarla en vida y en muerte como él la ejercitó.

Punto segundo.— Amortajado el cuerpo, es de creer que le pondrian en unas andas, como era costumbre llevar á enterrar los difuntos, y toda aquella compañía de devotas mujeres irian llorando con la Madre del difunto[1], que lloraba como la viuda de Naim á su hijo único, que habia muerto en la flor de su edad. O Dios infinito, cómo no salis al encuentro á esta desconsolada Viuda, y la decís: *Noli flere?* No quieras llorar. Cómo no tocais esas andas en que vá el cuerpo de este glorioso Mancebo, Hijo único suyo y vuestro, y le decís: Mancebo, á tí digo, levántate, volviéndole á su Madre, que tan sola queda sin él? Mas ya veo, Señor, que no es llegado este tiempo, porque primero ha de entrar Jonás en el vientre de la ballena[2], y ha de estar este Hijo del hombre tres dias en el corazon de la tierra, para salir despues vivo de ella.

Tambien se puede piamente creer, que los coros de

[1] Luc. 7. 13. [2] Jonæ 2. 1. Matt. 12. 40.

los ángeles se dividirian en dos partes, y una parte iria acompañando al alma de Cristo nuestro Señor, como despues verémos, y la otra vendria acompañando este divino cuerpo unido con la divinidad, para honrarle como convenia, cumpliendo lo que estaba escrito [1]. Que el sepulcro de este Señor seria glorioso, por concurrir muchas cosas, que le honraron en la sepultura, y una de ellas fué la compañía de estos ángeles gloriosos, de los cuales podemos decir lo que dijo Isaías, cap. 7: Que que de verdad la paz lloraban amargamente, no por los ángeles de llorasen, sino porque si fueran capaces de lágrimas, su caridad les hiciera llorar con los que lloraban, habiendo tan justa causa para llorar. O ángeles de la paz, alcanzadme que llore amargamente la muerte de mi Señor, y que con lágrimas de mi corazon acompañe á los que lloran, pues yo he sido la causa de ponerle en tal figura, que mueva á todos á llorar.

Punto tercero.—*Cerca del lugar donde Jesus fué crucificado habia un huerto [2], y en él estaba un sepulcro nuevo cavado en la peña, donde ninguno habia sido enterrado; allí pusieron á Jesus, y José puso una gran piedra á la puerta del sepulcro.*

1. Lo primero, se ha de considerar las propiedades del sepulcro que Cristo escogió para sí; tomándoselo á José, que le habia labrado. La primera, estaba en un huerto; porque como el primer Adan pecó en un huerto, y allí incurrió la pena de muerte, quiso el segundo Adan llorar este pecado en otro huerto, y en otro ser sepultado, para librarle del pecado y de la muerte.

2. La segunda, era nuevo, porque siendo este Señor el nuevo Adan y hombre nuevo, no habia de escoger para su cuerpo, sino sepulcro nuevo; así como cuando entró en el mundo, escogió para su cuerpo el vientre de la Vírgen, que era como sepulcro, pero nuevo, en quien ninguno habia sido puesto, porque siempre

[1] Isai. 11. 10. [2] Matt. 27. 60. Marc. 15. 46. Joan. 19. 41.

fué Vírgen[1], huerto cerrado, y morada de solo Cristo, en quien no tuvo parte su esposo José; como ni estotro la tuvo en el sepulcro, que para sí habia labrado.

3. La tercera, estaba cavado en piedra ó peña, á fuerza de picos que la hendieron, para significar, que habia de ser sepultado en él la piedra viva Cristo, labrado con picos de trabajos, de quien dijo el Padre eterno[2]: Yo labraré esta Piedra á cincel, y cavaré muchos hoyos en ella, y en un dia quitaré toda la maldad de la tierra; porque en virtud de las llagas que recibió esta divina Piedra, se perdonó el pecado con que toda la tierra estaba infeccionada. O Piedra viva, házme fuerte como piedra, lábrame con mazo y escoplo de trabajos, para que sea sepulcro en que puedas morar para siempre. Amen.

4. En este sepulcro pusieron aquel santísimo cuerpo de Jesus, humillándose el que está sobre los cielos á ser puesto debajo de tierra entre los muertos. Pusiéronme, dice por David[3], en el lago interior, en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Lo cual ordenó este Señor para librarnos con esta humillacion del lago inferior del infierno, de las tinieblas de la ignorancia, y de la sombra de la muerte[4], que es el pecado, porque consigo sepultó los vicios del mundo, para que en virtud de su muerte quedasen muertos para siempre. O sepulcro de Dios[5] verdaderamente glorioso, porqué dentro de tí encierras al que es resplandor del eterno Padre, gloria de los angeles, honra del mundo, salud y vida de los hombres! Líbrame, ó sagrado sepulcro, del oscuro lago del infierno y de la mortal sombra del pecado: admíteme dentro de tí para que muera y sea sepultado con el que murió y fué sepultado por mí.

5. Ultimamente, tengo de considerar, como en este misterio se representa el aparejo debido para la comunion, porque como la consagracion del cuerpo y sangre

[1] Cantic. 4. 12. [2] Zac. 3. 9. [3] Ps. 87. 7. [4] Isai. 11. 10. [5] Roman. 6. 4.

de Cristo nuestro Señor, en diferentes especies de pan y vino, significa como arriba se dijo, su muerte, en la cual la sangre fué apartada del cuerpo; así la comunion representa su sepultura, porque este sagrado cuerpo con sus cinco llagas, llenas de merecimientos que procedieron de la mirra de su pasion, y cubierto como con mortaja, con el velo de las especies de pan, entra en nuestro pecho como en sepulcro, el cual ha de ser como huerto lleno de flores de olorosas virtudes; y sepulcro nuevo, por la renovacion de la vida, echando fuera de él todos los resabios de la vida vieja, para que quede tan limpio, como si en él nunca hubiera caido cosa muerta. Ha de estar labrado en piedra, por la fortaleza y constancia grande que ha de tener en sufrir las mortificaciones y tribulaciones de esta vida. Y ha de estar cercano al monte Calvario, porque siempre se ha de ocupar en pensar las aflicciones de Cristo crucificado, é imitar sus soberanas virtudes. Con este aparejo será sepulcro glorioso de Cristo, el cual gustará de entrar en él, y enriquecerle con los dones de su gracia. Pero despues de haber comulgado, he de poner una gran piedra sobre la puerta del sepulcro, guardando con fortaleza el tesoro que he recibido, cerrando la puerta del corazon y de los sentidos, á todo lo que puede quitarme tanto bien, sepultándome á mí mismo dentro de mí mismo, con el Señor que tengo dentro de mí, para razonar con él, y agradecerle los bienes y mercedes que me ha hecho. Pues, como dice san Gregorio [1], la misma contemplacion, es como un sepulcro del espíritu, donde se encierra y esconde con Cristo en Dios. O alma mia, procura como José de Arimathea ungir á este Señor con mirra de mortificaciones muy perfectas! Envuélvele en una sábana de lienzo nuevo con gran limpieza de vida; dale tu propio sepulcro, que es tu corazon, labrado con gran firmeza, y de esta manera serás como José, que

[1] Lib. 5. mor. c. 5. Colos. 3. 3.

quiere decir el que crece, porque con cada comunion crecerás en las virtudes, hasta que subas á morar en la ciudad celestial, significada por Arimathea [1], que quiere decir excelsa, la que está puesta en alto, viendo claramente al Dios de los dioses, en el alcázar alto de la santa Sion, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION LVI.

DE LA SOLEDAD DE NUESTRA SEÑORA, Y DE LO QUE HIZO DESPUES DEL ENTIERRO DE SU HIJO.

Punto primero.—Acabado todo el oficio de la sepultura, la Vírgen nuestra Señora, llena de nuevo dolor, por verse del todo sola y privada, no solo del Hijo vivo, sino de su cuerpo muerto, determinó volverse á su posada, acompañándola aquellos nobles varones, con la Magdalena y las otras devotas mujeres: y al tiempo que llegaron al monte Calvario, en viendo la Vírgen la cruz de su Hijo, la adoró, siendo ella la primera que nos dió ejemplo de esta adoracion. O qué palabras tan tiernas y devotas la diria, regalándose con ella! Hincaria en tierra sus rodillas, y levantadas las manos en alto, comenzaria á decir: Dios te salve, ó cruz preciosa, en cuyos brazos murió el que yo traje siendo niño en los mios: mayor ventura fué la tuya en esto, que la mia, pues en mis brazos comenzó la redencion del mundo, y en los tuyos la acabó y perfeccionó: bendita eres entre todas las criaturas, porque en tí se trocó la maldicion de la culpa en la bendicion de la gracia, por el que murió en tí para dar vida al mundo. Dios te salve, ó árbol de la vida, por cuyo fruto todos los mortales pueden alcanzar la vida eterna, yo te adoro como á imágen del que es imágen invisible de Dios, y tendió sus brazos y piés en tí, para renovar la imágen que Adan borró por su pecado. Con estas ú otras tales palabras adoraria la

[1] Jansenius c. 244. concordiæ.

Vírgen la santa cruz, y los demás que iban con ella á su imitacion harian lo mismo.

Por el camino iria esta Señora con gran cuidado por no pisar la sangre de su Hijo, la cual creia que era sangre de Dios unida con su divinidad, y se lastimaria grandemente de los que la pisaban, llorando los pecados de aquellos, que como dice san Pablo [1], huellan al Hijo de Dios, y contaminan la sangre de su nuevo testamento. En llegando á la posada, con grande humildad, agradeció á los dos varones, José y Nicodemus, el oficio de caridad que habian hecho con su Hijo, y se despidió de ellos; y quizá les diria lo que dijo David [2], á los moradores de Galaad, cuando enterraron á Saul, á quien habian muerto los filisteos: Benditos seais de Dios, que hicísteis tal misericordia con vuestro señor Saul, y le dísteis sepultura. Dios os lo premiará usando con vosotros de misericordia, y yo tambien de mi parte os seré agradecida por el bien que le habeis hecho.

Punto segundo.—1. Entrándose la Vírgen en su posada, y recogida en algun retrete, comenzó á llorar su soledad y desamparo. Tenia su alma dividida en muchas partes á donde estaba el tesoro de su corazon. Una parte estaba en el sepulcro con el cuerpo de su Hijo, meditando y rumiando los dolores que habia padecido en su pasion. Otra parte tenia en el limbo, con el alma del mismo Hijo, contemplando lo que haria con los padres que allí estaban; pero mucho mas por entonces se le iba el corazon á los dolores, revolviéndolos por su memoria, y llorando las causas de ellos, suplicando al Padre eterno aplicase su fruto á muchos, para gloria del que los padeció.

2. Otro rato de la noche gastó en platicar con la compañía que allí tenia de los trabajos de Cristo, especialmente el evangelista san Juan la contó las cosas que habia hecho su Maestro en el cenáculo, cómo habia cena-

[1] Hebr. 10. 29. [2] 2. Reg. 2. 5.

do con ellos el cordero, y lavádoles los piés, é instituido el santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre, y hécholes un divino sermon, y avisádoles de lo que les habia de suceder, y cómo se habian ido al huerto de Getsemaní, y las palabras de tristeza que les habia dicho, y cómo se retiró á oracion por tres veces. Y finalmente, cómo vino Judas con un ejército de soldados á prenderle, los milagros que allí hizo, y cómo todos sus discípulos huyeron y le desampararon. Todo esto oia la Vírgen con gran devocion y espíritu, y conservaba todas estas cosas, confiriéndolas dentro de su corazon; pero cuando volvió á contemplar las penas que ella habia visto, toda se resolvia en lágrimas, gastando en esto lo restante de la noche. O Vírgen soberana, querria yo llorar con Vos como el profeta Jeremías [1], y deciros: Cómo estais sentada en soledad, la que solíais ser como ciudad llena de mucho pueblo? Qué haceis como viuda desamparada, la que por derecho sois señora de las gentes.! Llorando llorais de noche, y vuestras lágrimas corren por vuestras mejillas. No hay quien os consuele entre vuestros amigos, porque unos han huido, y otros se han convertido en crueles enemigos. Consolaos, ó Princesa soberana, cesen vuestros gemidos y suspiros; pare la corriente de vuestras lágrimas, porque el grano de trigo que sembrásteis en el sepulcro, dentro de tres dias saldrá vivo con su fruto muy copioso, para premiar con cien doblada alegría esta vuestra soledad y tristeza.

3. Luego ponderaré, como en este tiempo aquel buen Pastor, que habia dado la vida por sus ovejas, aunque bajó al limbo para dar consuelo y libertad á las que estaban recogidas en aquel aprisco, no se olvidó de las que andaban descarriadas en la tierra, como ovejas sin pastor, y con la virtud de su omnipotencia, desde el limbo las inspiró á que se recogiesen á donde estaba su Madre, para que ella en su lugar las consolase y esforzase. El pri-

[1] Thren. 1. 1.

mero que vino, fué Pedro, todo lloroso y lastimado, por las tres veces que habia negado á su Maestro; y postrándose delante de la Vírgen y de su condiscípulo Juan, renovaria sus amargas lágrimas por muchos títulos; por sus negaciones, por los trabajos de su Maestro, y por el desconsuelo de la Madre, y de los demás que allí lloraban. Pero la Vírgen le consoló blandemente, como quien sabia bien la condicion de Dios, que es consolar á los que lloran. Luego fueron viniendo los demás apóstoles, y á todos recibió la Vírgen con grande caridad, como recoge la gallina debajo sus alas á sus polluelos, cuando vienen huyendo del milano. Exhórtolos á que tuviesen fe y esperanza de la resurreccion de su Hijo; pues como se cumplió lo que les dijo de su crucifixion y muerte, así se cumpliria lo que juntamente les dijo de su resurreccion. O Vírgen soberana, cuán bien comenzais á ejercitar el oficio de Madre, que vuestro Hijo os encargó en la cruz; recogedme tambien debajo de vuestras alas, para que los milanos del infierno no se atrevan á hacerme daño.

Tambien puedo ponderar el sentimiento que tendria la Vírgen y los apóstoles cuando echaron menos en su número de doce á Judas; y la desventura de este miserable, el cual si con arrepentimiento viniera á nuestra Señora, como vino san Pedro, sin duda le admitiera, y consolara; pero ya su culpa le habia puesto donde no es, ni será jamás capaz de consuelo.

Punto tercero.—*En este mismo tiempo*[1] *María Magdalena y María José, y otras devotas mujeres, que habian estado mirando el sepulcro, y el modo como sepultaban el cuerpo de Jesus, aparejaban ungüentos y olores con que ungirle, despues de pasado el dia solemne del sábado.*

1. En este paso consideraré la devocion y vigilancia de estas mujeres, así en contemplar muy despacio lo que pasaba en la sepultura de Cristo nuestro Señor,

[1] Luc. 23. 55.

y en notar bien el lugar y modo como quedaba para cuando volviesen otra vez, como tambien en apercibir con tiempo nuevas especies aromáticas con que ungirle; porque dado caso que se hubiesen gastado cien libras de mirra en la primera uncion, todo les pareceria poco, conforme al deseo que tenian de honrar y servir á su Maestro, de quien tanto bien habian recibido: y aunque esta obra iba mezclada en estas devotas mujeres con alguna imperfeccion de fe; pero de ella puedo sacar dos cosas que tengo de hacer toda la vida, y en especial despues de la comunion. La primera, es, contemplar muy despacio, no por curiosidad, sino por caridad todo lo que pertenece á Cristo crucificado, muerto y sepultado por mí, y el modo como entra dentro de los sepulcros vivos de las almas que le reciben en el Sacramento, y lo que dentro de ellas obra. La segunda, es, no contentarme con sola meditacion y contemplacion, sino despues de ella, ocuparme en recoger especies aromáticas; esto es, ejercicios olorosos de virtudes á gloria de Dios y provecho de los prójimos, y edificacion de la Iglesia, que es su cuerpo místico, el cual es ungido con estas obras.

MEDITACION LVII.

DE LAS GUARDAS QUE PUSIERON AL SEPULCRO DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE LA INCORRUPCION DE SU CUERPO.

PUNTO PRIMERO.—*El dia siguiente, que fué sábado, los príncipes de los sacerdotes y fariseos, dijeron á Pilatos: Hemos acordado, que aquel engañador dijo, estando vivo, que despues de tres dias resucitaria. Manda, pues, guardar su sepulcro hasta el tercero dia, porque no vengan quizá sus discípulos, y le hurten, y digan al pueblo que resucitó, y sea el postrer yerro peor que el primero.*

En este hecho se descubre la furia de los enemigos de Cristo nuestro Señor, y con cuanta razon [illegible] Da-

vid [1]: La soberbia de los que te aborrecen crece siempre; porque con ser el dia del sábado tan solemne, madrugaron para llevar adelante su obstinada persecucion.

1. Y lo primero, estos soberbios se desdeñaron de llamar á Cristo nuestro Señor por su nombre propio, y como blasfemos le llamaron con nombre propio del demonio, que es engañador, siendo de verdad el desengañador del mundo, y el maestro de todos los desengaños, para que yo me consuele cuando fuere injuriado con nombres tan afrentosos.

2. Lo segundo, estos aborrecedores de Cristo dieron en temerarios y sospechosos, temiendo donde no habia que temer, sospechando que los discípulos hurtarian el cuerpo de su Maestro, y publicarian que habia resucitado, y que el pueblo los creeria. Todo lo cual no llevaba piés ni cabeza, sino que su ódio les cegaba, y su envidia les turbaba el juicio; y los que llamaban á Cristo engañador, no echaban de ver cuán engañados andaban, porque el verdadero engañador, que es el demonio y el espíritu de la soberbia, les traia engañados. Demás de esto, los que ponian su contento en quitar la vida á Cristo nuestro Señor no quedaron hartos, sino como mar tempestuoso que hierve, están inquietos, y pretenden oscurecer la gloria de su resurreccion; mas no les aprovechó, porque la divina Providencia convirtió sus trazas contra ellos mismos tomando de ellas ocasion para que la resurreccion de Cristo fuese mas publicada y mas creida. O dulcísimo Jesus que fuiste perseguido en vida y en muerte de tus enemigos, no permitas que yo caiga en tal ceguedad, que tenga por engaño al mismo desengaño, calificando por engaños los consejos de los justos que siguen los tuyos. Si tengo de ser engañado, sea Dios mio, por tí mismo [2], que con santo engaño sueles engañar á la carne, para que se rinda con gusto al espíritu.

[1] Psal. 73. 23. [2] Oseas 2. 14. Ribera. ibi.

PUNTO SEGUNDO.—*Respondióles Pilatos: Ahí teneis gente de guarda, guardadle como sabeis; y ellos cerraron el sepulcro, sellando la piedra, y poniendo guardas.*

1. En este hecho mostraron estos fariseos la congoja de su dañada sospecha, porque ni aun se fiaron de los soldados, pareciéndoles que los discípulos de Cristo podian coecharlos para que les dejasen sacar el cuerpo, y por esto sellaron con su sello la piedra del sepulcro: pero mucho mejor le selló el Padre eterno con el sello de su omnipotencia, poniendo millares de ángeles que guardasen el cuerpo de su Hijo. O Salvador mio, que como otro Daniel [1] fuísteis echado por envidia de vuestros enemigos en el lago de los leones, sellándose la piedra del lago con el sello del rey Dario; seguro estais en ese lago del sepulcro, porque ni los leones, que son los gusanos, se atreverán tocar en vuestro cuerpo, ni los enemigos de fuera podrán hacerle daño. Libradme, Señor, de los enemigos domésticos, que son mis pasiones, porque no me despedacen con sus bocas; y de los enemigos de fuera, que son los demonios y sus ministros, porque no me dañen con sus tentaciones y calumnias.

2. Del ejemplo de estos hijos del siglo tengo de sacar aviso para ser tan diligente como ellos en guardar mi alma, despues que ha sido morada y sepulcro de Cristo nuestro Señor en la comunion, procurando sellarla y guardarla, porque no me roben á Cristo, y el espíritu de la devocion: pero qué sello puedo poner mas seguro, ni que guarda mas poderosa que al mismo Cristo? O Amador mio, que dijísteis [2]: Ponme como sello sobre tu corazon y brazo, porque es fuerte el amor como la muerte, y duro el celo como el sepulcro! Suplícote selles mi corazon y mis sentidos y potencias, con el sello de tu caridad, y de la imitacion de tus gloriosas virtudes, para que guardado con este se-

[1] Daniel. 6. 17. [2] Cant. 8. 6.

llo pueda gozar de tí para siempre. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Estuvo el cuerpo de Cristo nuestro Señor en el sepulcro tres dias y tres noches[1], tomando la parte por el todo, que vienen á hacer dos noches y un dia entero, para significar, que por la muerte y sepultura de Cristo nuestro Señor somos libres de dos muertes; de alma y de cuerpo, de la culpa y de la pena, significadas por las dos noches, las cuales se repararán con una vida significada por un dia, que es la vida de la gracia y caridad.

2. Y en todo este tiempo, el cuerpo de Cristo nuestro Salvador se conservó entero é incorrupto, sin que ninguna parte suya se resolviese en polvo ni en otra cosa, como estaba profetizado por David, cuando dijo[2]: No permitirás que tu Santo vea la corrupcion; porque aunque quiso sujetarse de su voluntad á las miserias del hombre, y á la pena de muerte en que incurrió por la culpa, pero no quiso sujetarse á la pena de la corrupcion y conversion en polvo, por no dejar, ni por breve tiempo las dos partes de la naturaleza que habia juntado consigo en unidad de persona; porque si el cuerpo se deshiciera, habia de faltar esta union: lo cual no consintió su bondad ni caridad, porque nunca quiso dejar lo que una vez tomó. O amantísimo Redentor, gracias te doy por habernos librado de las dos muertes, de culpa, y pena eterna, ganando con tu muerte la vida de la gracia, que es principio de la vida eterna! Aplícame, Señor, el fruto de tu pasion, librándome de estas dos muertes, y concediéndome estas dos vidas, que en tí son una. Gózome, Salvador mio, de que tu cuerpo siempre haya perseverado incorrupto, y que la union de tu divina Persona con él nunca haya faltado; por lo cual te suplico me libres de la corrupcion del pecado, y me juntes contigo en union de perfecta caridad, en la cual persevere hasta la vida eterna. Amen.

[1] Ex D. Th. 3. p. q. 51. art. 4. [2] Psal. 15. 10. Act. 2. 31.

El descendimiento al limbo se pondrá en la quinta parte que se sigue, porque pertenece á los triunfos gloriosos de Cristo nuestro Señor, los cuales alcanzó por los merecimientos de su pasion, por la cual sea glorificado y honrado de los hombres, y de los angeles, con el Padre, y con el Espiritu santo, por todos los siglos de los siglos. Amen.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

CUARTA PARTE DE LAS MEDITACIONES,

sobre los misterios de la pasion de Jesucristo nuestro Señor.

Introduccion de la oracion mental, cerca de la pasion de Cristo nuestro Señor, en que se pone el fin, disposiciones, y varios modos de meditarla. . . . . *pag.* 1
Meditacion fundamental de la pasion, en que se pone una suma de las cosas que se han de meditar en cada misterio, cuanto á la dignidad de la persona que padece, y terribilidad de sus dolores y perseguidores; y de las causas y amor con que padece, y virtudes que ejercita. 15
Medit. 2.ª — De la subida de Cristo nuestro Señor á Jerusalen, en que descubrió á sus apóstoles lo que allí habia de padecer. 42
Medit. 3.ª — De la entrada de Cristo nuestro Señor en Jerusalen con ramos. 49
Medit. 4.ª — De las lágrimas que derramó sobre Jerusalen, cuando comenzó á verla, y de lo que sucedió aquel dia. 57
Medit. 5.ª — De la cena de Cristo nuestro Señor en Betania. 63
Medit. 6.ª — De como Judas vendió por treinta dineros á Cristo y los príncipes de los sacerdotes se resolvieron de matarle. 68
Medit. 7.ª — De la última cena, en que Cristo nuestro Señor comió el cordero legal con sus apóstoles, y como antes de ella se despidió de su Madre santísima. . . 78
Medit. 8.ª — Del lavatorio de los piés. 84
Medit. 9.ª — De lo que hizo Cristo nuestro Señor antes

de instituir el santo Sacramento, para representar la disposicion que han de tener los que lo han de recibir. 99
Medit. 10. — Del tiempo, lugar y compañía que escogió para instituir este santísimo Sacramento. . . . 100
Medit. 11. — De la maravillosa conversion, que Cristo hizo del pan en su cuerpo, y del modo como él y los apóstoles comulgaron. 105
Medit. 12. — De la conversion del vino en la sangre de Cristo, y de los grandes tesoros que están encerrados en ella. 113
Medit. 13. — De las especies sacramentales del pan y vino, y de lo que por ellas se representa. 117
Medit. 14. — De seis cosas misteriosas que Cristo hizo y dijo cuando consagró el pan y el vino. 123
Medit. 15. — De la potestad que Cristo nuestro Señor dió á sus apóstoles, para hacer lo mismo que él habia hecho, y de la que tienen ahora los sacerdotes para ofrecer y consagrar el sacrificio del cuerpo y sangre de Cristo. 128
Medit. 16. — De como Cristo en la cena dijo á sus apóstoles, que uno de ellos le habia de entregar, y Judas se salió para esto. 133
Medit. 17. — De la contienda de los apóstoles sobre la mayoría, y como Cristo nuestro Señor los corrigió, y avisó del escándalo que habian de padecer aquella noche. 139
Medit. 18. — Del sermon que hizo Cristo nuestro Señor despues de la cena. 143
Medit. 19. — De la oracion que hizo á su Padre, al fin del sermon de la cena. 155
Medit. 20. — De la ida de Cristo al huerto, y de la tristeza y afliccion interior que allí tuvo. 162
Medit. 21. — De la oracion que hizo en el huerto. . . 171
Medit. 22. — De la aparicion del ángel, y del sudor de sangre. 180
Medit. 23. — Por aplicacion de los sentidos interiores del alma cerca de la sangre que Cristo derramó en el huerto. 18

Medit. 24. — De la venida de Judas con los soldados á prender á Cristo, y de lo que sucedió antes de la prision. 190
Medit. 25. — Del prendimiento. 198
Medit. 26. — Del trabajo que Cristo padeció desde el huerto á casa de Anás, y de lo que allí sucedió. . . 205
Medit. 27. — De la bofetada y remision á Caifás. . . 210
Medit. 28. — De las tres negaciones de san Pedro. . 213
Medit. 29. — De los falsos testimonios, que dijeron contra Cristo en casa de Caifás, y de lo que respondió á su pregunta. 220
Medit. 30. — De las injurias y dolores que padeció en presencia de Caifás en lo restante de la noche. . . 225
Medit. 31. — De la presentacion de Cristo ante Pilatos, y de la muerte de Judas. 235
Medit. 32. — De la acusacion de Cristo ante Pilatos, y de las preguntas que Pilatos le hizo. 241
Medit. 33. — De la presentacion de Cristo ante Herodes, y de los desprecios que allí padeció. 248
Medit. 34. — De como los judíos escogieron á Barrabás, y condenaron á Cristo. 253
Medit. 35. — De los azotes de Cristo á la coluna. . . 258
Medit. 36. — De la coronacion de espinas, y de los demás escarnios que luego sucedieron. 266
Medit. 37. — Del Ecce Homo, y del último exámen que hizo Pilatos de Cristo. 271
Medit 38. — De la condenacion de Cristo á muerte de cruz. 285
Medit. 39. — De como llevó la cruz á cuestas, y de lo que sucedió hasta llegar al Calvario. 289
Medit. 40. — De lo que sucedió en el monte Calvario, antes de la crucifixion. 301
Medit. 41. — De la crucifixion de Cristo. 306
Medit. 42. — De los misterios que están encerrados en Cristo crucificado. 313
Medit. 43. — Del título de la cruz de Cristo, y de las causas misteriosas de su pasion que en él se encierran. . 319
Medit. 44. — De la particion de las vestiduras de Cristo,

y de los escarnios que padeció en la cruz. . . . 324
Medit. 45. — De la primera palabra que Cristo habló en la cruz, rogando por sus enemigos. 332
Medit. 46. — De los ladrones que fueron crucificados con Cristo, y de la segunda palabra que dijo al uno, prometiéndole el paraiso. 338
Medit. 47. — De la tercera palabra que habló en la cruz con su Madre y con san Juan. 347
Medit. 48. — De las tinieblas que sucedieron en toda la tierra, y de la cuarta palabra que Cristo habló en la cruz. 353
Medit. 49. — De la sed que padeció en la cruz, y de la quinta palabra que habló en ella. 358
Medit. 50. — De la sexta palabra que dijo en la cruz. . 363
Medit. 51. — De la séptima palabra que dijo, y de su muerte. Un modo de bien vivir y aparejo de bien morir, á imitacion de Cristo. 367
Medit. 52. — De los milagros que sucedieron en muriendo Cristo. 376
Medit. 53. — De la lanzada en el costado, y de las cinco llagas. 378
Medit. 54. — Del descendimiento de la cruz. . . . 387
Medit. 55. — Del entierro y sepultura de Cristo. . . 393
Medit. 56. — De la soledad de nuestra Señora, y de lo que hizo despues del entierro de su Hijo. 397
Medit. 57. — De las guardas que pusieron al sepulcro de Cristo, y de la incorrupcion de su cuerpo. . . . 401

FIN DEL ÍNDICE.